

CARLOS ALBERTO MONTANER

**VÍSPERA DEL FINAL: FIDEL CASTRO Y LA
REVOLUCIÓN CUBANA**

GLOBUS

1994

ÍNDICE

I.	Vaya por delante lo siguiente	3
II.	Castro en la era del poscomunismo	18
III.	Panorama en la víspera del cambio	31
IV.	Quién es Fidel Castro y cómo tomó el poder	40
V.	De por qué se creyó Castro el Napoleón del Tercer Mundo.....	50
VI.	Anatomía del poder en la Cuba de Castro	73
VII.	Los beneficiados de la revolución... ..	94
VIII.	Una revolución en busca de una ideología	114
IX.	Los males ocultos del castrismo	128
X.	La revolución y los intelectuales	141
XI.	Libertad y represión.....	162
XII.	El fracaso económico.....	183
XIII.	Cuba y los USA	197
XIV.	El anticastrismo	207
XV.	Votar con los pies: los que se exilian.....	220
XVI.	La Cuba futura	233
XVII.	Epílogo y recapitulación	241

CAPÍTULO I

VAYA POR DELANTE LO SIGUIENTE

Este libro se propone explicar las desventuras de Castro en la era del poscomunismo – vísperas del final–, hacer balance de lo que realmente ha sido la revolución cubana a lo largo de más de tres décadas y asomarse brevemente a lo que puede ser una Cuba democrática.

Este no es un libro de historia, sino un ensayo de interpretación. Doy por sentado que el lector conoce el telón de fondo. Si se encuentra perdido, lo más sensato es que acuda a los tres volúmenes de Hugh Thomas (*Cuba: la búsqueda de la libertad*), excelente manual de historia cubana contemporánea, o –si prefiere un estudio detallado y erudito– a *Cuba: economía y sociedad* del historiador Leví Marrero. *Fidel Castro y la revolución cubana* es otra cosa. Cuando decidí escribirlo se me planteó primero la cuestión metodológica: ¿cómo se analiza una revolución? Después de ciertos intentos que naufragaban en el fárrago o en la acumulación de datos, opté por debatir una serie de temas de interés general –Batista, Fidel, la mujer, las razas, el sexo, la estructura del poder, la oposición, etc.– y me aventuré a tratarlos directamente y –ahora lo comprendo avergonzado– con cierto intolerable desenfado. En todo caso, esta secuencia de ensayos, pese a su inarticulada apariencia, tiene –o creo que tiene– una coherencia que permite establecer un definitivo juicio de valor a manera de suma total. Ese es el objetivo. El lector, abrumado durante años por lecturas contradictorias, podrá ahora mirar detrás de las imágenes y formular un juicio definitivo sobre la revolución cubana. Este pretende suministrarle una interpretación general de los acontecimientos, y luego dejarle que extraiga sus propias conclusiones.

La publicación fragmentaria de papeles parecidos a éstos me ha acarreado en el pasado un buen número de ataques y reproches. Para mi fortuna, los escribientes que hasta ahora me han salido al paso han sido más machacones que convincentes. Esa falta de imaginación me permite adelantar el inventario de sus principales objeciones a esta obra

y, de paso, articular mi respuesta. El procedimiento, desde luego, no es muy ortodoxo, pero intento con ello que no se use de tapabocas lo que generalmente no pasan de ser prejuicios facilones. No descarto la hipótesis de haberme equivocado frecuentemente en el análisis de ciertos hechos, pero esto tiene que demostrarse con algo más que gruñidos.

Primera objeción. El análisis de la revolución cubana no es válido porque el autor es un exiliado, y siempre dará una visión negativa de ese proceso.

Si lo anterior es cierto, tampoco los señores Goytisolo, Arrabal, Madariaga o Sender –por ejemplo– no tenían autoridad ninguna para enjuiciar el acontecer político español. Ni Lenin –desde Londres y Suiza– a la Rusia de los zares. Ni Martí, Sarmiento y Bolívar, que tantos papeles emborronaron en el exilio, a sus países sojuzgados. Ni Solzhenitzyn, a la URSS que le expatrió a la fuerza. Probablemente ocurra lo contrario: gústenos o no, los testimonios más valiosos son los de los imbricados en la historia, ya sean derrotados o triunfadores, categorías vidriosas que el tiempo acaba por borrar. (¿Recuerda alguien que Josefo, el gran historiador judío, fue un derrotado?) Pero además, como ha señalado I.L. Horowitz, intelectual al margen de toda sospecha, se da la circunstancia que los mejores análisis del castrismo han sido realizados por académicos exiliados (Mesa-Lago, Domínguez, Suárez, Clark, et al).

Segunda objeción. El análisis está viciado de origen por la condición anticastrista de su autor, por su convicta y confesa militancia liberal.

Supongo, entonces, que el análisis de las dictaduras comunistas deben hacerlo los comunistas, el del fascismo los fascistas y el de las democracias burguesas los liberales. Con este criterio, claro, no se hubiera *El Capital*, que no es más que un análisis del capitalismo realizado desde supuestos comunistas. Pretender *objetividad* en esta materia, por otra parte es risible. Nadie la tiene. Todos operamos desde criterios profundamente subjetivos. ¿No es acaso una superstición creer –como creen los marxistas– en el destino superior (en la *misión*) de la «clase» (?) proletaria? Ser marxista a pesar de la reiterada imposibilidad de verificar la teoría con más de setenta años de práctica fallida, ¿no es la

más palpable muestra de subjetividad? Todos somos subjetivos, entre otras cosas porque es imposible moverse en el terreno de la ética –que es de lo que se trata– aventurando juicios, si no se va bien provisto de una tabla de valores. Soy, efectivamente, liberal, en el sentido europeo del término, probablemente –y ya es bastante– porque no me alcanza el entusiasmo para ser otra cosa, pero seguramente porque, aún con sus imperfecciones, no conozco otras sociedades más habitables que las que se rigen por normas liberales. No tengo, pues, otra manera de enjuiciar la dictadura comunista cubana que desde mi particular repertorio de preferencias y rechazos. Admito que los comunistas suscriban determinada visión de la humanidad e, instalados en ella, conciben como les dé la gana las relaciones entre los hombres; pero no acepto que alguien pueda estar en posesión de la verdad y, por lo tanto, del privilegio de proclamarla.

Tercera objeción: El trabajo es subjetivo y contiene afirmaciones que no siempre sustentan con datos o estadísticas.

Casi estamos de acuerdo: este libro es un largo ensayo –o muchos ensayos cortos en torno a un tema– y no una monografía académica. Sólo que es altamente dudoso que la historia se pueda interpretar científicamente. Estos intentos cientificistas suelen acabar en mamotretos notariales de escasa utilidad. Tirios y troyanos, puestos a la tarea de analizar la revolución cubana –o cualquier revolución– acabarán haciendo afirmaciones arbitrarias. ¿Qué son, si no, esas vagas fórmulas de «el pueblo revolucionario», «la oligarquía»? ¿Qué significado real –científico– tienen las palabras esas de «pequeño burgués», lumpem proletariado», «burguesía»? No es posible el «análisis científico de la historia», entre otras cosas porque el lenguaje que utilizamos pertenece al alegre capítulo de la ensayística política. Por otra parte, no creo que la explicación de un hecho histórico cualquiera pueda sustentarse siempre en datos objetivos. Tampoco es necesario hacerlo. Una mujer apaleada y humillada, en una celda, como es el caso de la poetisa María Elena Cruz Varela, es un hecho que no requiere trámite para su censura. Las estadísticas, además, pueden ser engañosas aun siendo ciertas. Un riguroso arqueo del crecimiento económico alemán entre 1933 y 1939 –kilómetros de carreteras, índice de precios, productividad *per cápita* y todos esos datos– arrojaría una muy favorable imagen de la

Alemania hitleriana. ¿Sirve de algo esa inmaculada información a la hora de enjuiciar el nazismo? Mucho más importante es, y mucho mayor peso histórico tiene –conminados a establecer un juicio de valor– el hecho *no computable* del antisemitismo y la intolerancia de aquella tribu frenética. Y algo parecido debió suponer Hugh Thomas al reseñar la monumental obra del académico de Harvard, Jorge Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, y preguntarse si «sería capaz un cubano medio, sumergido en los miles de secretos y frustraciones de una sociedad controlada, de reconocer en esos cuidados capítulos algo que se parezca a los problemas de la Isla». Lo que yo he tratado, precisamente, es de que este libro refleje los problemas de la Isla confiando no sólo en el rigor de los datos objetivos, sino también en el sentido común, la observación y la capacidad para establecer juicios éticos; porque, al fin y al cabo, la única utilidad de la información académica es la de servir como otro punto de apoyo a las reflexiones morales. ¿Qué medida objetiva puede utilizarse para avalar la (mi) afirmación de que el ciudadano cubano vive en un constante estado de terror y sobresalto? La afirmación no está hecha a la ligera, sino tras centenares de entrevistas realizadas con cubanos que han logrado escapar, o con funcionarios del régimen que en el exterior, en virtud de viejas relaciones, han tenido acceso a secretas reuniones patéticamente misteriosas. Admito que el lector, ya sea procastrista o esté escamado, ponga en duda estas afirmaciones; pero sólo será consecuente si hace lo mismo con las otras. Es decir, con la emocionante historia de los niños felices y los obreros contentos por la derrota del imperialismo. No veo cómo la revolución puede probar que tiene el respaldo del pueblo, pero sus corifeos no vacilan en afirmarlo en papeles «científicos». El puntilloso lector que por cuestiones metodológicas ponga en solfa mis aseveraciones deberá hacer lo mismo con las de La Habana. Acepto que el terreno es movedizo, pero lo es para todos, claro.

Por último, aunque Castro se ha quedado prácticamente solo, hay dos argumentos finales en su favor que me gustaría refutar antes de entrar realmente en el libro. El primero tiene que ver con el embargo americano y la supuesta responsabilidad de Washington en la terrible situación económica por la que Cuba hoy atraviesa. Con el segundo se intenta justificar la revolución y exonerarla de culpas, comparando el nivel de vida de la Isla –la sanidad, la educación, los deportes– con el de Haití o Bolivia.

En cuanto al embargo, bueno es que se recuerde que apenas se trata de una prohibición a los ciudadanos norteamericanos de que no gasten dólares en Cuba, o a las compañías de esa nacionalidad de que no comercien con la Isla. Prohibición que se originó a principios de la década de los sesenta como consecuencia de las confiscaciones sin indemnización de las compañías norteamericanas.

Por supuesto, ese embargo no le impide al gobierno de La Habana comerciar con el resto de los países del mundo, y vender o comprar todo género de mercancías. De ese comercio sin límites pueden dar fe los españoles o los argentinos, a quienes el gobierno de Castro ha dejado de pagarles más de mil millones de dólares, así como los franceses, los japoneses, los mexicanos o los canadienses. Más aún: incluso las compañías norteamericanas radicadas fuera de Estados Unidos no cesan de venderle o comprarle al gobierno de Castro cuando tiene algo que vender. En 1990, ese comercio con los odiados yanquis ascendió a más de 500 millones de dólares hasta que la *Ley Torricelli* prohibió ese tipo de transacciones, en beneficio de los exportadores de otros países. Lo que ya no venden las compañías yanquis ahora lo venden las francesas, españolas o de cualquier otra bandera. La *Ley Torricelli* a quien fundamentalmente perjudica es a los exportadores norteamericanos. De manera que la excusa del embargo, hay que tomarla como eso: como una coartada poco seria para intentar justificar una catástrofe económica sin precedentes en la isla de Cuba.

En cuanto a los *logros de la revolución*, lo justo es comparar lo que ha ocurrido en Cuba durante estos treinta años, con lo sucedido en Puerto Rico, y no con los niveles de pobreza de Haití o Bolivia. En efecto, Cuba y Puerto Rico forman parte de la cultura antillana: hasta 1898 tuvieron un destino paralelo, y en 1959 las dos islas gozaban de un parecido nivel de desarrollo, mientras padecían exactamente los mismos problemas: monocultivo azucarero, desempleo parcial y cierto analfabetismo en las zonas rurales. A partir de 1959, a esas similitudes se unieron otros dos fenómenos más o menos semejantes: los cubanos comenzaron a emigrar masivamente rumbo a Estados Unidos – como ocurría con puertorriqueños avecindados en Nueva York o Chicago–, mientras una

potencia mundial –la URSS– dio inicio a una ayuda económica al gobierno de Castro valorada en miles de millones de dólares, más o menos como sucede con el respaldo que Washington le brinda a San Juan.

¿Qué ha ocurrido en estos 35 años cuando se comparan los resultados de Puerto Rico con los de Cuba? Pues que los de Puerto Rico han sido infinitamente mejores en casi todos los órdenes. Pero es en el terreno económico donde la diferencia entre las dos islas se ha hecho abismal. Los puertorriqueños hoy tienen una renta *per cápita* cuádruple de los cubanos (Cuba, \$1,200; Puerto Rico, \$6,000) y exportan casi diez veces más (Cuba, \$1,700 millones; Puerto Rico, \$15,000 millones). No obstante, hay todavía un aspecto en el que los logros puertorriqueños son infinitamente más impresionantes: la diversificación de la economía. Los puertorriqueños han conseguido el final de la dependencia azucarera, la industrialización de la Isla con millares de fábricas de alta tecnología y el desarrollo de grandes centros turísticos que reciben ocho veces el número de viajeros que Cuba. Es tanto más impresionante cuanto que la población de Puerto Rico es una tercera parte de la cubana y aquella isla catorce veces más pequeña que Cuba. Todo esto, por supuesto, lo han logrado los puertorriqueños sin dictadura, sin guerras africanas y con elecciones periódicas en las que eligen el gobierno, y el sistema en el que les da la real gana de vivir. En todo caso, y para aclarar definitivamente cuál fue el punto de partida de la revolución cubana, este capítulo concluye con el apéndice que sigue a continuación.

Estado de la economía cubana antes de Castro

Si en 1959 el panorama económico de Cuba hubiera sido el de Bangladesh o Haití, muchos de los razonamientos vertidos a lo largo de este libro no serían válidos. Donde la gente desfallece por hambre en medio de la calle, casi cualquier medida que tienda a aliviar esa situación parecerá aceptable. Ese no era el caso de Cuba. Para probarlo, resumimos un trabajo del Dr. Leví Marrero, el más notable geógrafo e historiador de la economía cubana, aparecido en la tercera edición de su *Geografía de Cuba* (Editorial Minerva, Nueva York, 1966); obra, por cierto, que en su momento fue traducida en la URSS.

Lacoste, citado por Leví Marrero, ha seleccionado quince caracteres constitutivos del subdesarrollo como guía para que el científico social llegue a sus propias conclusiones mediante el análisis de los datos disponibles en cada país. Esta es la revisión de tales características en la sociedad cubana de la década de 1950.

1. Alimentación
2. Agricultura
3. Ingreso nacional per cápita y niveles de vida
4. Industrialización
5. Consumo de energía
6. Subordinación económica
7. Sector comercial
8. Estructuras sociales
9. Significación de la clase media
10. La integración nacional
11. Desempleo y subempleo
12. Nivel de educación
13. Crecimiento demográfico
14. Estado sanitario
15. La toma de conciencia

1. La alimentación

En la tabla relativa al valor calórico de las dietas de 93 países, computada en escala mundial por Ginsburg (*Atlas*), Cuba ocupaba el rango 26 con 2.730 calorías diarias (según la FAO, 2.870 calorías). El mínimo adecuado, según la OMS, es de 2.500 calorías por día. Hoy Cuba admite que sólo proporciona 1.760 calorías a los cubanos. En América sólo superaban a Cuba, Argentina (3.360), Estados Unidos (3.100), Canadá (3.070) y Uruguay (2.945). En cuanto a fuentes de proteínas de origen animal, Cuba era uno de los países proporcionalmente mejor abastecidos, con 6.000.000 de cabezas, equivalente a una res por habitante. El sacrificio de reses y cerdos en 1957 arrojaba una tasa per cápita anual de 34 kilogramos de carne roja, sin incluir aves y pescados. La

producción de leche de 1958 alcanzó 800.000 toneladas y se produjeron 315 millones de huevos.

2. La agricultura

Hay una evidente relación entre la proporción de la población dedicada a la agricultura y el índice de desarrollo (o subdesarrollo). En 1955, la Europa meridional empleaba el 58% de su población trabajadora en la agricultura; África del Norte, el 73%; África negra, el 76%; Asia del Sudoeste, el 70%; Asia meridional del Norte, el 74%; Asia Oriental, el 71 %; Estados Unidos y Canadá, el 13%. Cuba empleaba el 30'5% y ocupaba el lugar número 30 entre las 97 naciones estudiadas por Ginsburg. Pero además, Cuba ocupaba el segundo lugar entre todos los países latinoamericanos en utilización proporcional del suelo agrícola. En la tabla sobre uso de kilogramos de fertilizantes por hectárea cultivada, Cuba ocupaba el lugar 35, junto a España, entre 102 países analizados, con un promedio de 26 kilogramos (el mundial era de 22 kilogramos-hectárea).

3. Ingreso nacional per cápita y niveles de vida

Según el profesor H.T. Oshima, de la Universidad de Stanford, California, «el ingreso per cápita del pueblo cubano (1953) era del mismo orden de magnitud de los ingresos per cápita señalados para Italia y la Unión Soviética por Gilbert y Kravis en su *Comparación internacional de productos nacionales y capacidad de compra de las monedas*, y por Bornstein en *Comparación de las economías de los Estados Unidos y la Unión Soviética*. En la década de 1950, varios de los países socialistas aparecen con ingresos per cápita inferiores a Cuba: Rumania, 320 dólares; Yugoslavia, 297; Bulgaria, 285; China, 56; Cuba 520 dólares» (J.M. Illán, *Cuba en cifras*).

Automóviles.- Uno por cada 40. Tercer lugar de América Latina después de Venezuela y Puerto Rico. Tercer lugar mundial en kilómetros de carreteras por miles de vehículos.

Teléfonos.- Uno por cada 38 habitantes. Cuarto país en Latinoamérica, después de Puerto Rico, Argentina y Uruguay (Brasil, un teléfono/68 habitantes; México, un teléfono/72 habitantes).

Radioreceptores.- Uno por cada 6'5 habitantes. Tercer lugar en Latinoamérica. Funcionaban 270 estaciones transmisoras.

Televisión.- Un televisor por cada 25 habitantes. Primer lugar en América Latina. Cinco estaciones de televisión, una de ellas en color (1958).

4. Industrialización

Según el texto de Lacoste, en 1959 la población obrera mundial alcanzaba los porcentajes siguientes: África, 11 por 100; Asia, 10 por 100; Latinoamérica, 17 por 100; Estados Unidos y Canadá, 37 por 100; Europa Occidental, 42 por 100. En Cuba (1953), el 24 por 100 de la fuerza de trabajo correspondía al sector industrial. La producción industrial no azucarera ya era mayor en esa fecha que la azucarera. Se producían 10.000 artículos diferentes. En cuanto a consumo de acero por habitante, tocaba a Cuba, entre 108 países, el rango 39, por delante de países como México y Brasil.

5. Consumo de energía

Entre 124 países analizados por Ginsburg, Cuba ocupaba el rango 25, con 11'8 megavatios/hora anuales per cápita. Era el primer país de Latinoamérica, seguido de Venezuela. La Unión Soviética ocupaba el rango 22, con 16 megavatios/hora. México, en cambio, ocupaba el puesto 42, con sólo 6'4 megavatios/hora.

6. Subordinación económica

En el año 1929 –el punto más alto de la curva– la penetración económica de Estados Unidos en Cuba asciende a 1.525 millones de dólares, de los cuales 800 millones correspondían a la industria azucarera. A partir de 1935, la situación comenzó a cambiar. Ese año, de 161 centrales azucareras, solamente 50 (y de poca capacidad) eran de propiedad cubana, y producían apenas el 13 por 100 del azúcar total. Sin embargo,

en 1958, 121 de las 161 centrales eran de propiedad cubana y representaban el 62 por 100 del total. Había también reconocida participación cubana en las corporaciones que poseían el resto de las fábricas de azúcar.

Las inversiones norteamericanas se elevaban en 1958 a 861 millones de dólares; al mismo tiempo, la capitalización de Cuba en los sectores industrial, comercial y agrícola se estimaba en más de 6.000 millones de dólares, lo que reducía la proporción del capital inversionista norteamericano a menos del 14 por 100 (Illán). Las propiedades urbanas cubanas, no incluidas en el cálculo anterior, representaban otros 6.000 millones de dólares. En igual fecha, las inversiones británicas, principalmente ferrocarriles, calculadas en 150 millones de dólares treinta años antes, eran apenas de 400.000 dólares.

La autonomía interna se manifestaba en otro hecho: en 1939, los bancos cubanos contaban con el 23'3% de los depósitos privados. En 1951, al ser inaugurado el Banco Nacional, sumaban el 53'2%, para alcanzar el 61'1% en 1958.

7. El sector comercial

Cuba, con una sociedad totalmente dentro de una economía monetaria, poseía un sector comercial muy denso. Illán da para el año 1958 las siguientes cifras: 65.000 establecimientos comerciales, o sea, uno por cada mil habitantes aproximadamente, que ocupaban a 254.000 personas y producían una media anual de ventas de 2.500 millones de dólares.

8. Las estructuras sociales

Noyola, el economista marxista mexicano, en una serie de conferencias pronunciadas en 1960 en el Banco Nacional de Cuba por invitación de la Revolución, afirmó: «Las diferencias regionales y culturales entre los distintos sectores de la población son mucho menos marcadas en Cuba que en otros países. Motivos de la gran fluidez social son, en parte, una gran homogeneidad social y cultural, y el hecho de que aquí (Cuba) no existieran o no se desarrollaran o desaparecieran con el desarrollo, desde la época

colonial, las instituciones y las relaciones de trabajo de tipo feudal. Por otro lado, el rápido desarrollo económico y la tendencia de elevación de los niveles de salarios fueron también un factor que permitió una fluidez social mucho mayor (...). Los contrastes entre miseria y riqueza son mucho menos marcados aquí. De hecho, yo diría que Cuba es uno de los países, con excepción tal vez de Costa Rica y Uruguay, donde está menos mal distribuido el ingreso en América Latina».

9. Significación de la clase media

Gino Germani, en un estudio para la UNESCO (1963), calculaba a la clase media en un 22% de la población total, equivalente a las proporciones de Chile y Colombia, ligeramente inferior a la Argentina (26%) y superior a las del Perú (18%) y Brasil (15%). El ecuatoriano A. Díaz, en un estudio publicado en *Política* (Caracas, 1961), calculaba la clase media cubana en un 33% de la población; Goldenberg, citando a los profesores MacGaffey y Barnett (1962), reitera que «es indudablemente cierto que el grupo de ingresos en Cuba era el mayor de Latinoamérica. Esto podía ser confirmado por cualquiera que caminase con los ojos abiertos a través de los mejores sectores y viese los nuevos suburbios de la clase media, que estaban brotando como hongos». Goldenberg ha dicho que: «La vasta mayoría de la población formaba una nación y carecía de todos los tabús y tradiciones que en muchos países subdesarrollados interfieren el camino hacia el desarrollo y la modernización». El historiador norteamericano T. Draper, señala que: «Una interpretación social de la revolución cubana debe comenzar mirando a la sociedad cubana como mucho más urbana, menos agraria, mucho más clase media y mucho menos atrasada de lo que el castrismo ha querido hacerle aparecer...».

10. La integración nacional

En el *Atlas* de Ginsburg aparece señalado reiteradamente el destacado rango mundial que había alcanzado Cuba en cuanto a vías de comunicación y medios de transporte, en la forma que sigue:

	Rango mundial	
Densidad de vías férreas: km de vía por km ²	8'27	13
Km de vías férreas por 100.000 habitantes	16'0	9
Millones de ton/km de carga por 100.000 habitantes	16'3	42
Densidad de carreteras: km de carretera por 100 km ²	4'0	75
Densidad de vehículos de motor	29'7	28

(URSS: 12'5 vehículos/1.000 habitantes en 1957; rango mundial, 46)

11. Desempleo y subempleo

La falta de una programación económica nacional contribuyó a la perpetuación de la alta tasa de desempleo y subempleo, a pesar de los períodos de las relativas bonanzas de los precios azucareros que desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial favorecieron a la economía cubana. El fomento de la agricultura comercial intensamente tecnificada, como el cultivo del arroz y el fomento de nuevas industrias, absorbían una proporción mínima de la gran masa desempleada y subempleada en campos y ciudades. El Consejo Nacional de Economía admitía en 1957, como resultado de su encuesta sobre empleo, desempleo y subempleo en Cuba, que de una fuerza de trabajo de 2.200.000, equivalentes al 53% de la población de más de catorce años de edad, había un 16.4% crónicamente desempleada, mientras que de un 6.1 % a un 7% trabajaba dentro de la esfera familiar, sin remuneración.

12. El nivel de educación

Desde 1940, todos los maestros cubanos, en los niveles primario y secundario, poseían títulos normales o universitarios. Era el único país latinoamericano que había alcanzado tal logro.

Funcionaban en Cuba 30.000 aulas primarias con más de 34.000 maestros. La matrícula ascendía a 1.300.000 alumnos.

La educación privada, representada por más de 1.000 escuelas, servía a más de 200.000 estudiantes, bajo la orientación oficial del Estado.

La calidad de los textos cubanos solía ser alta. En 1959, Cuba exportó libros de texto por valor de 10 millones. Muchos de aquellos textos todavía se utilizan en varios países de América Latina, como sucede con el de *Álgebra* de Baldor.

Alfabetización.- De acuerdo con Ginsburg, Cuba ocupaba la posición 35 entre 136 países analizados, con una tasa de 80% capaz de leer y escribir, lo cual colocaba a la Isla en la misma categoría que Chile y Costa Rica, superada en Latinoamérica solamente por Argentina (85 al 90% alfabetizados) y Uruguay (80-85%). El dato es impresionante si sabemos que al terminar el régimen colonial español en 1898, solamente 28 de cada 100 cubanos sabían leer y escribir. No fue en las tres décadas de Castro cuando los cubanos masivamente se alfabetizaron, sino en las seis anteriores.

Prensa.- Entre 112 países analizados por Ginsburg, Cuba ocupaba el rango 33, con una circulación diaria de 101 ejemplares de periódicos por cada mil habitantes. En Latinoamérica, solamente Uruguay (233/1.000), Argentina (154/1.000) y Panamá (111/1.000) superaban a Cuba.

Universidad.- Según el Anuario Estadístico de las Naciones Unidas (1959), Argentina, Uruguay y México ocupaban los primeros lugares de Latinoamérica, con 3'8 universitarios por cada 1.000 habitantes.

13. El crecimiento demográfico

Al finalizar la década de los cincuenta, Cuba tenía una tasa anual de 25'1 nacimientos por 1.000 habitantes, comparable a la de Estados Unidos (22'4) y Canadá (25'5) y figuraba en el tercer lugar de América Latina, después de Uruguay (21'3) y Argentina (22'4), mientras

en el resto de la región, las cifras alcanzaban niveles entre los más altos del mundo: Costa Rica, 50'5; Guatemala, 49'9; México, 44'9; El Salvador, 45'3; Venezuela, 44'4.

La tasa de mortalidad de Cuba era de las más bajas del mundo: 5'8 muertos anuales por 1.000 habitantes; en Estados Unidos era 9'5; en Canadá, 7'6; en Chile se elevaba a 20'6 y en México y Perú, a 10'6. Hacia 1955, la población cubana crecía en un 2'4 por 100 anual. Alta de acuerdo con la media mundial, que era de 1'6 por 100, pero baja comparada con Latinoamérica, puesto que 13 países superaban a Cuba.

14. El estado sanitario

Según Ginsburg, en una tabla que describe el estado sanitario de 122 países, Cuba estaba situada en el rango 22 con 128.6 médicos y dentistas por 100.000 habitantes. Los dos únicos países latinoamericanos con mayor proporción de profesionales eran Argentina y Uruguay. Muy por detrás de Cuba se situaban países socialistas como Polonia, Yugoslavia, Hungría, Bulgaria y China. En 1953, aun países como Holanda, Francia, Reino Unido y Finlandia proporcionalmente contaban con menos médicos y dentistas que Cuba.

En cuanto a capacidad de hospitalización en 1952-53, de acuerdo con el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de California, Cuba contaba con una cama por cada 300 habitantes. Sólo Costa Rica (1/135) Argentina (1/160), Uruguay (1/175) y Chile (1/185) superaban a Cuba en el ámbito latinoamericano.

15. La toma de conciencia

La toma de conciencia ante el subdesarrollo, que según Lacoste es el primer paso hacia el desarrollo mismo, se produjo en Cuba en los primeros años de la década de 1930, cuando la crisis económica insular, originada en la depresión mundial, coincidió con la lucha contra la última dictadura caudillesca (Gerardo Machado) producto de la sociedad tradicional.

¿Hasta dónde había avanzado Cuba en el camino del desarrollo?

Un análisis cuantitativo de la capacidad alcanzada por la economía cubana para generar ahorro y autofinanciar su crecimiento, ha llevado a varios economistas distinguidos, como los profesores José Álvarez Díaz y José M. Illán, a situar a Cuba, en los años finales de la década de 1950, en el instante decisivo que W. W. Rostow llamaba gráficamente *el despegue* hacia la etapa de madurez económica de las sociedades desarrolladas. Se señala, en apoyo de este criterio, que la formación interna neta de capital alcanzó en Cuba el 15'5 por 100 del ingreso nacional y en 1958 el 13'5 por 100. Ambos porcentajes superaban ampliamente el 10 por 100, mínimo señalado por Rostow como suficiente para alimentar el proceso de desarrollo autónomo de una economía nacional.

Por último –y antes de entrar en el análisis de un régimen que agoniza– para juzgar desde España lo que era la Cuba anterior a Castro, vale la pena analizar un dato objetivo: en 1959, ¿hacia dónde se movía la masa migratoria? ¿Iban los españoles a trabajar a Cuba, o iban los cubanos a trabajar a España? Evidentemente, eran los españoles los que marchaban a Cuba. Y el dato es importante, porque no hay indicador más fiable de la prosperidad que el destino que eligen las personas dispuestas a abandonar su país.

Prácticamente nadie selecciona para vivir un país peor y con menos oportunidades que el que abandona. Y Cuba, pese a sus deficiencias, en el momento que Castro entra en La Habana a bordo de un tanque era un país más próspero y prometedor que España. Y si treinta y tres años después España es infinitamente más rica y habitable que Cuba, la responsabilidad de este fracaso sólo puede imputársele a quienes durante ese período han gobernado sin hacer concesiones a la prudencia y al sentido común. Acerquémonos ahora a la Cuba actual.

CAPÍTULO 2

CASTRO EN LA ERA DEL POSCOMUNISMO

Desde que el muro de Berlín se desplomó, Castro comenzó a cavar trincheras. Dice que ahí, en la Isla, salvará al marxismo de su posible extinción; y lo dice con esa fiera devoción ecológica con que los australianos protegen los ornitorrincos o Jane Fonda la ballena azul.

Otras veces, a Castro le da por la metáfora acuática. «Primero la Isla se hundirá en el mar que permitir el regreso del capitalismo». Incluso, no sería imposible, si Cuba se hunde, si consigue hundirla, que aun bajo el agua intente salvar al comunismo, convirtiendo la plataforma marina en una gigantesca piscifactoría de estalinistas. Por lo pronto, ya cuentan con unas agallas a prueba de cualquier atmósfera.

El problema –su problema– es ser el protagonista de una hazaña grandiosa y singular. Castro padece de *himalayismo*. Tiene que llegar más alto que nadie. Tiene que competir contra todos los hombres y derrotarlos en un combate desigual. Mientras más enemigos, mejor. Mientras más poderosos, mejor. Nada le estimula más las suprarrenales que el *más difícil todavía*. Nada le dispara las descargas de adrenalina con mayor energía que una monumental camorra con algún adversario tremebundo.

Siempre ha sido así. En 1958, liquidar a Batista y su dictadura no era el fin de la lucha. Esa era la excusa. El fin de la lucha era satisfacer la necesidad patológica que tiene este San Jorge caribeño de salir todos los días a matar el primer dragón que despida su cálido aliento por el vecindario. Y mientras más caliente el vaho y más grande el reptil, más intenso el placer de dejarlo tieso de un espadazo en el entrecejo.

Por eso la *perestroika* en un principio le vino como anillo al dedo. Primero había fracasado en su batalla por desarrollar a Cuba súbita y fulgurantemente. Al cabo de tres décadas de marxismo, lo único que en el país no está racionado son los policías y la

desilusión. Más adelante fracasó como animador, *godfather* y teórico de la rencorosa guerrilla tercermundista. Dejó en el camino, eso sí, un impresionante reguero de muertos –montoneros, tupamaros macheteros y otros iluminados matarifes–, más un sinfín de viudas, huérfanos y *madres de mayo* regadas por toda la geografía latinoamericana.

Luego fracasó como Tarzán soviético en las selvas africanas. Tras 15 años de lucha y diez mil bajas inútiles –entre ellas tres mil muertos–, tuvo que subir a sus tropas en todas las lianas disponibles y enviarlas de regreso a casa, mientras en la cercanía de Luanda se oía, imperturbable, el amenazador tan-tan de los tambores del UNITA y las carcajadas de Savimbi.

Y así estaba Castro en La Habana, a finales de los ochenta, soñoliento, sin gigantes a los que destripar, sin pirámides que erigir, sin planes grandiosos, cuando de pronto estalla la noticia de que la URSS estaba a punto de quebrar; Marx se había equivocado punto por punto y el comunismo sólo servía como pretexto para escribir *grafitti* en los urinarios.

Castro vio los cielos abiertos. Donde Europa del Este se derrumbaba, ahí estaría él para resistir. Donde fracasaban Honecker, Jaruzelski o Zhikov, él triunfaría. A Ceaucescu podían fusilarlo, pero él era más, mucho más, que el *Conducator*. Su Partido Comunista era mejor. Sus camaradas más disciplinados. Su pueblo, más obediente. ¿Que todo el planeta le pedía que cambiara de rumbo? Obviamente, todo el planeta se equivocaba. Y el primero, Gorbachov, su gran enemigo, puesto que la batalla contra el adversario americano ya había perdido toda urgencia o sentido. De lo que ahora se trataba, paradójicamente, era de derrotar a los desalentados comunistas y demostrarles, por encima de toda experiencia y más allá de la razón y la evidencia, que el comunismo era viable, y que Cuba desde ahora se constituía en Parque Nacional de la teoría y la práctica con el objeto de preservar la especie hasta que llegue el día de la repoblación planetaria de marxistas.

¡Dios de mi vida! ¿Qué diablos se hace con razonamientos de ese tipo? ¿Qué estrategia de oposición se sigue frente a un personaje permanentemente empeñado en escalar la

historia por su cara más escarpada aunque en el esfuerzo pierda todo el equipo y las tres cuartas partes de los *sherpas*? ¿Hay que lanzarle en paracaídas cien bombas de *valium* puro, o mil siquiатras acompañados por otros tantos sofás?

El asunto es gravísimo, aunque tenga ribetes humorísticos, porque la última hazaña de este héroe de *comic* puede costar varias decenas de millares de muertos y el empobrecimiento radical de la sociedad cubana. Castro ya ha dado órdenes de que el país comience a gestionarse con criterio de economía de guerra –lo de la «última trinchera» es más que una metáfora– y hay cubanos sembrando boniatos en el macetero del dormitorio, mientras se sabe que el 30 por cien de la población suele irse a la cama con un vaso de agua con azúcar por toda cena.

Toros y bicicletas

Claro que ha decretado otras medidas económicas. Fidel Castro, acosado por la falta de petróleo, ha decidido montar a medio millón de cubanos en bicicletas y capturar 200.000 toros para que tiren mansamente de arados y carretas. A lomo de buey y pedales de bicicleta, Castro ha «recuperado las gloriosas tradiciones campesinas», como le llama su prensa orwelliana al regreso de los mulos, los piojos, la vela, el retrete cubierto de moscas y el barracón de esclavos en medio del monte. Los primeros 100.000 habaneros ya marchan silenciosos rumbo a los galpones rurales en los que van a ser internados para que labren la tierra como sus antepasados del siglo XIX. Luego seguirán otros 100.000, y así hasta descongestionar las ciudades, pues sin energía no es posible sostener la civilización urbana.

El asunto es pavoroso, porque para construir el último *bunker*, Castro está *desconstruyendo* la civilización de su entorno. No la pulveriza de un zarpazo, sino le poda atributos de manera progresiva y sistemática. Fuera los motores, la luz eléctrica, los acueductos. Fuera los electrodomésticos, la cremallera, los paraguas... Castro empezó prometiendo El *Capital* de Marx y acabó aplicando *La máquina del tiempo* de H.G. Wells. Hoy, los cubanos tienen su futuro instalado en un pasado que retrocede a velocidad de vértigo, y que incluye –no miento, aunque parezca una exageración– el

regreso de muchos de ellos a las cavernas. Todas las cuevas *habitables* del país han sido debidamente inventariadas y no tardarán en ser ocupadas por una legión de cubanos convertidos en los últimos trogloditas del planeta, como revelara el economista Manuel Sánchez Pérez, exviceministro del gobierno cubano, tras su desertión en 1986.

¿De dónde surge esta locura? Por supuesto que de la terquedad patológica de un Castro empeñado en mantenerse en el poder a toda costa; pero ahí no termina el análisis. Castro está poniendo en práctica un plan que había sido cuidadosamente concebido para hacerle frente a un largo bloqueo naval norteamericano. Había previsto que un día el país, como consecuencia de la permanente hostilidad de los *yanquis*, podría verse rodeado por una marina americana dispuesta a no dejar pasar ninguna clase de suministros a la Isla. Ese episodio no se produjo, pero el final de la caridad soviética está desatando las mismas consecuencias. De manera que Castro desempolvó los planes de guerra y los puso en marcha en tiempos de paz, no para enfrentarse a la agresividad norteamericana, sino al incontrolable desbarajuste soviético.

Sólo que esa maniobra tiene un lado irremediabilmente fallido: el propósito original de la resistencia era vencer el bloqueo naval y emerger victorioso tras una intensa batalla diplomática contra el *imperialismo yanqui*. Sin embargo, hoy Castro destruye la civilización de su país sin otro enemigo que la propia torpeza de su régimen y la ineficacia de un sistema que no funciona bien ni cuando lo administran los alemanes. La suya es una resistencia sin propósito ni destino. Pura cabezonería que ha adoptado el glorioso nombre de *numantinismo*.

¿Qué va a ocurrir en Cuba a medio plazo? Algo bien sencillo de prever: el país, que estaba mal, ha entrado en una espiral invertida. Cada vez estar peor. Cada vez creará menos bienes y servicios. Y, como las intenciones de Castro son reducir el consumo y la complejidad social a la medida de una capacidad productiva decreciente, llegará un momento en que se provocará –y ya hay numerosos síntomas de que ese momento ha llegado– una especie de parálisis general de la nación y una hambruna africana que sólo podrá aliviar la fatigada piedad de las naciones más desarrolladas.

Ultimo acto

Pero, primero, vamos a echar cuentas. ¿Por qué toda esta locura? Cuba no tiene un solo dólar en reserva. Le debe a Occidente siete mil millones –que no cesan de reclamarle– y otros veinte mil a lo que fue la URSS. Si Cuba exportara a precio de mercado todo el azúcar que produce, le pagarían mil quinientos millones de dólares por su zafra. Pero si le cobraran el petróleo que debería consumir, también a precio de mercado, la factura ascendería dos mil doscientos cincuenta.

Al margen del azúcar, la Isla vende en el extranjero otros 300 millones de dólares –tabaco, cítricos, mariscos, níquel y ciertas minucias–, mientras extrae unos 200 de los sorprendidos turistas que se aventuran a llegar a Varadero. Pero para mantener las fábricas funcionando, la flota en alta mar, los camiones recorriendo el país y la infraestructura turística más o menos atendida, necesita importar productos de Occidente por valor de 1,500 millones de dólares.

Es decir: Cuba, mientras más produce, más pierde. Mientras más vende más se endeuda. Mientras más trabaja dentro de su ineficiente sistema, más se hunde. Sencillamente, se trata de un país quebrado, que consume muchísimo más de lo que crea, y que no tenía otra fuente de financiamiento para cubrir este enorme y creciente déficit que el generosísimo subsidio soviético. Un subsidio calculado nada menos que en cinco mil millones de dólares anuales. Algo así como el 40 por cien del actual Producto Interno Bruto de la Isla o el doble del valor de todas las exportaciones. Sin esa ayuda, la ya escuálida libreta de racionamiento ha tenido que reducir los suministros a la mitad, ha habido que limitar el uso de la electricidad a pocas horas al día, y el tráfico rodado ha quedado recortado a lo imprescindible. Sin esa ayuda, sencillamente, los cubanos pasan hambre, han caído en picado los índices de sanidad, y el país desciende varios peldaños más en la dirección del subdesarrollo y la miseria. Se calculiza.

Pero Castro no parece darse cuenta de que el destino económico de la Isla estaba en manos de los rusos. Castro no conoce ni la prudencia ni la medida. No entiende que la

guerra fría llegó a su fin, que las dictaduras marxistas se agotaron por torpes y brutales, y que el comunismo cubano no tiene la menor posibilidad de prevalecer sin la antigua tutela constante y solícita de Moscú.

El viejo líder, patológicamente terco, cegado por su megalomanía, ni siquiera quiere darse cuenta de que todo el aparato de poder –los ministros, los generales, los policías, los angustiados administradores de su caos doméstico– también están pidiendo la reforma *sotto voce*, pues saben que en ello puede irles el viejo pellejo curtido de tanto aplaudir en la plaza pública.

Porque todos los caminos conducen inevitablemente al desmantelamiento del comunismo en Cuba, pero no todos son pacíficamente transitables. Existe a vía húngara, serena y dialogante, con un partido que se transforma y continúa influyendo en la sociedad, pero también existen la vía alemana, con represalias contra quienes se resistieron al cambio, y la rumana, con rebelión popular, paredones y un baño de sangre espeluznante.

¿Qué puede ocurrir a medio plazo en Cuba? Lo mejor, lo ideal, sería que las presiones internas y externas le hicieran comprender a Castro que esa Isla no puede convertirse en el último reducto del marxismo-leninismo en el mundo, razón por la cual tiene que emprender sin demoras el camino de la reforma democrática, aunque con ello pierda el poder. Al fin y al cabo ya lo ha ejercido por más de tres décadas...

Pero si Castro se mantiene en su postura, debemos esperar dos reacciones probables en la medida en que se deteriore la situación económica de la Isla. Una reacción popular de inconformidad, originada por la creciente escasez, con protestas en las calles y tal vez algunos saqueos, como ensayo general del gran motín nacional que se avecina. La otra posibilidad es la revuelta palaciega. Una conspiración de los altos mandos militares, o de la policía política, temerosos de que la obcecación de Castro los arrastre a todos en la caída.

Pero también existe un tercer y nada desdeñable *escenario*: en este posible desenlace, Castro, abrumado por problemas económicos insolubles, acosado por las presiones internas y externas en favor de la reforma, temeroso de las conspiraciones o de las manifestaciones espontáneas de protesta, busca y provoca un enfrentamiento militar con Estados Unidos para poner punto final a su gobierno *–a su era–* en medio de una traca de fuegos artificiales de todos los colores y sonidos.

Conozco bien a Castro y sé que eso exactamente es lo que tiene en la cabeza cuando dice y repite que primero la Isla se hundiría en el mar, antes que abandonar el comunismo. Para hundir la Isla en el mar, sólo tiene que atacar la base de Guantánamo o lanzar sus Migs contra el sur de la Florida en un vuelo de apenas siete minutos.

Castro es perfectamente capaz de hacer esto si se cree perdido. Más aún: su más cara convicción estratégica, la que siempre le gusta repetir, es que los países débiles sólo consiguen superar sus problemas internacionalizando los conflictos y haciéndolos extremadamente peligrosos. En 1962, durante la *Crisis de los Cohetes*, envió a New York a los hermanos Patricio y Tony La Guardia con un maletín lleno de explosivos y la Guardia la orden de volar la Asamblea General de las Naciones Unidas si Cuba era invadida por los Estados Unidos. Treinta años después, Patricio está preso y Tony fue fusilado, pero Castro sigue siendo la misma persona. La misma maldita persona, nacida para morir mandando, aunque la historia lo condene por toda la eternidad.

Los planes fracasados

Sicológicamente se está preparando para ese holocausto. Castro está deprimido, errático, desesperado. Me lo cuentan quienes lo han visto después de fracaso del golpe estalinista en la URSS. Esa era su última esperanza. Creí que en Moscú se produciría un violento giro que devolvería la vieja guardia al poder. Lo esperaba. Lo necesitaba. Y no sólo por razones ideológicas, sino por motivos estrictamente económicos. Con toda claridad había previsto, antes del golpe, que las privilegiadas relaciones comerciales que Cuba mantenía con la URSS llegarían a su fin en 1992. Y su régimen necesitaba por lo menos cinco años para adaptarse al cese de los subsidios soviéticos. Eso cinco años de gracia y subsidio

acaso los podía aguardar de los golpistas Eran sus aliados naturales y –en algunos casos– sus amigos.

¿Por qué cinco años? Por varias razones. Y la primera es la dependencia energética. Cuba necesita importar todos los días de Dios nada menos que 200.000 barriles de petróleo, la mitad de los cuales se convierte en energía eléctrica. En cinco años, la factura del petróleo se hubiera reducido sustancialmente al entrar en funcionamiento una central nuclear que Moscú instalaba. Esa central ya nunca será terminada, y ni siquiera es posible contratar expertos de otros países para acabarla, porque la tecnología empleada es parecida a la de Chernobil, y ha ido sufriendo modificación tras modificación hasta convertirse en un rompecabezas que ninguna empresa sería intentaría componer para no arriesgarse a los peligros de una catástrofe nuclear.

La segunda puerta de escape era el turismo. Para sobrevivir el país necesita *grosso modo*, a precio de mercado, importar bienes y servicios por valor de cinco mil millones de dólares, pero sus exportaciones apenas alcanzan la mitad de esa cifra. El turismo, pues, era el modo más natural de equilibrar la balanza comercial. Sólo que, por razones políticas, para evitar la *contaminación ideológica*, durante tres décadas Castro impidió que los visitantes pasaran de 250.000 personas al año: el mismo número que su laboriosa policía política podía controlar. Y ahora necesitaba multiplicar por diez esa cifra.

Necesitaba llegar a dos millones y medio, como la vecina isla de Puerto Rico. Pero eso, también requería tiempo e inversiones. Por lo menos, los cinco años por los que suspiraba día tras día.

Su tercera esperanza era menos razonable: el desarrollo de una gran industria de exportación de biotecnología. Castro se proponía incrementar espectacularmente las ventas al exterior de vacunas, interferón y productos de laboratorio, pero la experiencia debe haberle demostrado tres fenómenos curiosos que afectan a este tipo de comercio: el enorme costo de comercialización internacional (a Bayer le cuesta 100 millones de dólares producir y comercializar productos nuevos); el carácter impredecible de la

demanda; y la competencia feroz en control de calidad, aspecto en el que la producción cubana es deplorable. Lo que quizás explique que las exportaciones cubanas de 1991 fueron considerablemente menores que las de 1990.

En resumen: Fidel Castro no tiene ninguna posibilidad de escapar a la catástrofe económica. Sus proyecciones de cinco años se han reducido a pocos meses. Y la crisis actual no es una abstracción metafísica, sino la parálisis progresiva del transporte, la planta industrial y los servicios básicos. Y nadie va a acudir en su ayuda, porque carece de sentido subsidiar la ineficacia crónica de un régimen empeñado en mantener un modelo económico que ha fracasado en todos los sitios en los que se ha implantado.

¿Cómo va a salir Castro de este atolladero? Quienes le han visto recientemente me dicen que no sabe. Que está totalmente desorientado. Que cambia de planes cada 48 horas. Sin embargo, ha puesto en marcha un plan de urgencia: la *opción cero*. Los cubanos vuelven a los bosques y reducen el consumo a niveles del siglo XIX. En las calles de las ciudades, el ejército se prepara para repartir un plato común a toda la ciudadanía. Desaparece cualquier vestigio de confort o contemporaneidad que pudiera existir en el país. Pero lo grave es que nadie explica las razones de ese estúpido sacrificio.

Cuba no es Stalingrado. Stalingrado se defendía de un enemigo externo. El enemigo de Cuba es interno: la inmensa torpeza del sistema. El régimen mismo. Ante esta locura, es posible que el pueblo cubano no se rebele, porque tiene mucho miedo, pero no va a obedecer. Va a elegir el camino de la resistencia pacífica. Y ya hay una evidencia: a fines de 1991, el gobierno trató de establecer una milicia civil de matones para apalear en las calles o en los centros de trabajo a los desafectos, y no pudo reclutar a casi nadie. Los fidelistas ven muy cerca el final de la revolución y no quieren comprometerse inútilmente.

La última opción que a Castro le queda, es la apertura democrática, a sabiendas de que perdería el poder. Es ese *modo europeo de terminar con la dictadura* (del que España fue pionera), en el cual la Asamblea del Poder Popular modifica la Constitución, acepta el

multipartidismo, convoca elecciones y entierra la revolución con garantías previas de que no habría represalias contra los comunistas derrotados. Es el modelo *hara-kiri*.

Por supuesto, el tercer camino es el único basado en el sentido común, lo que indica que a Castro debe resultarle repugnante. No obstante, parece que no lo ha desechado totalmente. Sólo que estamos ante un jugador de póquer dispuesto a llevar el *bluff* hasta sus últimas consecuencias. Si se equivoca, va a perder la cabeza. La partida ya la tiene perdida.

Las razones ocultas de su terquedad

¿A dónde va Castro? ¿Hasta dónde va a llevar ese *bluff*? Porque nadie duda que Castro es un hombre terco, dotado de un infinito *ego*, pero no es un loco de manicomio ni una persona incapaz de prever las consecuencias de sus actos. Por el contrario, se trata de una persona eminentemente cautelosa que suele tomar simultáneamente distintas avenidas para impedir que lo sorprendan sus enemigos. De ahí lo sospechosa que resulta su cerrazón actual.

Para justificar su testarudez, Castro esgrime dos argumentos: la protección de «una *dignidad nacional* que no permite imposiciones del imperialismo», y la poco creíble certidumbre de que la organización comunista es éticamente superior a la que proponen los creyentes en la economía de mercado y la democracia liberal. Castro, pues, no se presenta como un hombre terco, sino como un patriota.

¿Es ésta toda la verdad? ¿Hay algo más que explique la insensatez de que un hombre conduzca a once millones de personas hacia la *débacle* invocando groseros sofismas que ninguna persona inteligente puede creer?

Por supuesto que sí. *Castro está aterrado*. Esa es la clave. Y no sólo porque perdería el poder —que ya es bastante—, sino porque teme se sepan y se demuestren todas las oscuras actividades a las que se ha dedicado en estos 30 años de delirios revolucionarios tercermundistas. Esta es la razón oculta de su *numantinismo*. Castro no quiere que sus

adversarios puedan poner la mano sobre las pruebas incontrovertibles de sus relaciones con el narcotráfico, como se describe en el muy premiado libro de Andrés Oppenheimer *La hora final de Castro*. Le horroriza que se ventile su responsabilidad indirecta o su autoría *intelectual* en varios crímenes políticos. Quiere ocultar los vínculos de la Dirección Nacional de Inteligencia (DGI) con numerosos secuestros cometidos en América Latina, algunos de los cuales culminaron en asesinatos. Castro teme que las cámaras de una televisión democrática penetren en sus múltiples residencias, y que el pueblo vea la manera regalada en que vivió durante tres décadas quien no hacía otra cosa que predicar la austeridad para los demás. Castro quisiera que los cubanos nunca entraran en su lujoso yate, ni que tuvieran conocimiento de sus caprichos de cazador con coto privado, como los reyes de antes, o de submarinista de lujo que posee hasta una pequeña casa experimental situada bajo las aguas. A Castro, en suma, le horroriza que una auditoría objetiva y desapasionada demuestre que él solo le cuesta más a la nación cubana que la familia real inglesa al pueblo británico.

No hay un solo delito del Código Penal del que el Máximo *Líder* pudiera escapar si algún día se abriera una investigación en toda la regla: malversación, prevaricación, conspiración, complicidad en asesinatos o actos de terrorismo, cuentas en Suiza, apropiación indebida de fondos; incluso hasta apropiación indebida de fondos indebidos, como ocurrió con los 60 millones de dólares producto de un secuestro, birlados a los montoneros argentinos, o la plata depositada por los allendistas tras el golpe de 1973, y que hoy se niega a devolver al pueblo chileno. Más todavía: contrabando, falsificación de todo lo imaginable (billetes, pasaportes, marcas de cigarrillos, licores y un largo y revolucionario etcétera enroscado en las necesidades objetivas de la lucha armada).

Es evidente, a estas alturas de la historia, que Fidel Castro ya no está protegiendo su poder personal, sino los entresijos sombríos de su agitada vida. Teme convertirse en otro Honecker desprestigiado y errabundo hasta su muerte, condenado por las mismas leyes que él le impuso al pueblo cubano. Pero cuanto hace es inútil, porque esa biografía tenebrosa que tanto le preocupa, de todos modos va a salir a la luz pública, detalladamente contada por el KGB, la Stasi y el resto de los servicios de inteligencia de

Europa oriental, hoy pasados al adversario con los archivos a cuestas y una necesidad crónica de comer dos veces al día.

Y como parte de esas revelaciones que vienen, ya comienzan a saberse algunos datos escabrosos, como por ejemplo, sus viejos vínculos con el hoy general retirado del KGB Nikolai Leonov, quien –como ha contado Xavier Domingo en un sensacional reportaje aparecido en El *Observador* de Barcelona– ya desde la década de los 50, en México, comenzó a convencerlo –junto a Ernesto Guevara– de la conveniencia de situar la revolución cubana bajo la advocación de la santa madre Rusia.

Castro se equivoca. Curiosamente, sólo tiene una oportunidad de mantener en secreto los detalles más negativos de su biografía: pactar cuanto antes una salida negociada del poder, con la condición de que no se les investiguen ni a él ni a sus colaboradores, los crímenes y delitos en los que han incurrido a lo largo de más de tres décadas, porque –de lo contrario– un par de centenares de personas pueden acabar en el juzgado de guardia de La Habana, o –lo que sería peor– extraditados a la Florida, como Lehder y Noriega, para que lo juzguen los tribunales norteamericanos, puesto que fue en este territorio donde fundamentalmente se cometieron los delitos. Castro y sus colaboradores más cercanos tienen que pactar algo parecido a la ley de obediencia debida o a la de borrón y cuenta nueva que aprobaron en Argentina y Uruguay. Si no lo hace, si se queda paralizado por el terror, repitiendo como un tenor su do de pecho de *socialismo o muerte*, puede estar seguro de que su honor y de su dignidad personal quedarán devastados por las revelaciones de quienes le conocieron de cerca y fueron testigos de centenares de las monstruosidades delictivas en las que intervino. Y ni siquiera la muerte violenta durante un golpe de Estado, o en un hipotético enfrentamiento con los americanos, lo salvaría a él ni a sus más cercanos cómplices del deshonor, porque lo primero que haría cualquier vencedor del castrismo, o cualquiera que lo liquide en un golpe palaciego, sería enterrar la memoria del *Máximo Líder* y de sus secuaces bajo el peso de la infamia. Es increíble que Castro se dé cuenta de que el empeñamiento en la defensa de una posición insostenible hace imposible que la historia lo absuelva. Es sorprendente que no se percate de que su mejor escenario posible consiste en perder el poder por las buenas antes de que

se lo arrebatan por las malas. Es asombroso que, al final de su turbulenta vida, no advierta que no será la historia quien lo condenará, sino su propia y suicida terquedad.

CAPÍTULO 3

PANORAMA EN LA VÍSPERA DEL CAMBIO

Bien: como queda dicho, Castro dirige el único gobierno comunista de Occidente que se ha negado a abandonar el modelo estalinista de partido único, economía centralizada y ausencia total de libertad. Al margen del discurso de la dignidad y de la superioridad ética del marxismo, para justificar su terquedad el dictador cubano suele hacer otras dos curiosas aseveraciones encaminadas a demostrar que lo ocurrido en Europa del Este y en la URSS no tiene necesariamente que suceder en la Isla. La primera está relacionada con el origen de la revolución. Como su régimen –afirma Castro– no fue una creación de la URSS, sino el resultado de una revolución autóctona, no tiene que desaparecer o transformarse como consecuencia de los cambios acaecidos en el Este.

Ese arbitrario razonamiento no toma en cuenta que la revolución cubana no se hizo en nombre de las ideas comunistas, pues precisamente lo más espurio del comunismo cubano es su origen. Por el contrario, la lucha contra Batista fue convocada por Castro y por otros grupos de oposición como un esfuerzo por restaurar las libertades republicanas conculcadas por el dictador. Poco después del triunfo, se consumó un cambio de rumbo que en modo alguno el pueblo deseaba o autorizó.

Pero más sorprendente aún es que Castro ignore el destino del marxismo en los otros países que también hicieron su revolución autóctona: Angola, Mozambique, Etiopía y –sobre todo– Nicaragua, abandonaron el objetivo construir sociedades comunistas tras experimentar fallidamente con un modelo de Estado que sólo sirvió para alentar la corrupción, la guerra civil, la represión y la ineficacia. Y ninguno de esos gobiernos fue instalado por el Ejército Rojo.

No obstante, la otra justificación esgrimida por Castro es todavía más absurda: como su régimen –según él– no ha incurrido en los mismos errores cometidos en Europa del

Este o en lo que fue la URSS, no tiene por qué imitar las reformas que liquidaron el comunismo en Occidente.

Eso, simplemente, no es cierto. Castro sí ha cometido todos y cada uno de los errores y abusos típicos de los estados comunistas. Y no podía ser de otro modo, puesto que su administración está calcada de la antigua URSS, la Constitución se inspira muy de cerca en la que tenía Bulgaria, y el marco teórico no es otro que el marxismo-leninismo. De manera que nadie puede sorprenderse de las colas, la escasez, la pobreza creciente, la represión, el clima de terror, la persecución a los disidentes, la alienación de las jóvenes generaciones y el resto de los tristes síntomas que unifican a las sociedades comunistas de un modo casi asombroso.

Pero, si hay algo que distingue al castrismo de los otros países comunistas es, curiosamente, que en Cuba no sólo se cometían los mismos errores en los que caían los «hermanos socialistas», sino que esos disparates se incrementan por el temperamento desordenado y voluntarista del *Máximo Líder*, como sabe cualquier persona que conozca sus delirantes proyectos agropecuarios o los designios imperiales que llevaron al pueblo cubano a larguísimas guerras en África o a intentar desestabilizar toda la América Latina.

En todo caso, Castro miente cuando asegura que su régimen no va a cambiar. Su régimen tiene que cambiar porque, al desaparecer la ayuda soviética, el modelo comunista se hace totalmente inviable. Y –como ya he señalado– la razón es muy elemental: la sociedad cubana produce considerablemente menos de lo que consume. Durante más de treinta años, ese déficit crónico fue cubierto por los subsidios soviéticos, pero esa política de despilfarro es imposible en la era convulsa de Boris Yeltsin.

Más aún, pese a la retórica inmovilista –como se comprobó en el IV Congreso del Partido Comunista en octubre de 1991–, Castro ya está comenzando a efectuar algunos cambios económicos y políticos para enfrentarse a la nueva situación, sólo

que por ahora se trata de modificaciones sin ninguna importancia real, dirigidas a tratar de consolidar su régimen autocrático, y no a proporcionar apertura alguna hacia la libertad y el pluripartidismo.

Por supuesto, todo el mundo sabe que la escasez de alimentos se hubiera podido aliviar rápidamente autorizando a los campesinos a producir y comerciar más o menos libremente –como ya se hizo entre 1976 y 1984–, pero Castro se niega a aplicar medidas capitalistas de las que ciertos cubanos emprendedores pudieran beneficiarse, aunque no encuentra contradicción alguna en que los capitalistas extranjeros sí se beneficien del trabajo de los obreros cubanos.

Capitalismo bueno y malo

En efecto, en el reino de la ortodoxia marxista cualquier inversionista del exterior dispuesto a adquirir y explotar parte del patrimonio industrial o agrícola cubano, hoy encuentra para su *joint venture* toda la comprensión y la ayuda del gobierno. Sin ningún pudor se le ofrece un proletariado dócil, con bajos salarios y sin derecho a huelga, así como la posibilidad de repatriar totalmente los beneficios, todo ello aunado al privilegio de vivir en el país con unas condiciones totalmente humillantes para la población nativa: un verdadero *apartheid* compuesto por hoteles, playas, tiendas y restaurantes especiales; criados abundantes y baratos; funcionarios que allanan los inconvenientes burocráticos y trato de VIP en todas las instancias del gobierno. Es como si el capitalismo sólo fuera condenable cuando lo ejercen los cubanos, mientras para los extranjeros resulta totalmente recomendable.

A pesar de esas ventajas –impensables en cualquier país en el que existieran sindicatos libres– no parece haber demasiados capitalistas dispuestos a invertir su dinero en una sociedad dirigida por un gobierno legendariamente desorganizado, cuya estabilidad futura tiene que poner en duda cualquier persona sensata, lo que explica que muy pocos inversionistas acudan a la llamada de La Habana.

Y, si fallidas o raquíticas son las medidas económicas tomadas por Castro, otro tanto puede decirse de las políticas. Hasta ahora la «apertura» proporcionada por el gobierno se ha limitado a reducir la edad de las personas a abandonar la Isla como emigrantes o turistas, y a permitir que muchos de los artistas e intelectuales que consigan alguna invitación del extranjero puedan salir sin demasiadas trabas.

En otras palabras: Castro ha autorizado a ciertos inconformistas a abandonar lenta y ordenadamente el país, mas todavía no ha dado señales de admitir que la sociedad cubana tenga el derecho de decidir si quiere sustituir o modificar radicalmente el modelo de estado que se le ha impuesto a partir de 1959.

Es evidente que la mayoría de los síntomas son bastante negativos. Ante una situación desesperada, como la que afecta al régimen, Castro tenía dos caminos: aumentar la represión de forma brutal u ofrecer cambios para que la inconformidad pudiera expresarse. Y eligió la primera, como demuestran las palizas y encarcelamiento a fines de 1991 de una docena de intelectuales disidentes encabezados por la poetisa María Elena Cruz Varela, o como prueban los fusilamientos de principios de 1992, pese a las reiteradas peticiones de clemencia por parte de los principales líderes de Occidente. Sólo que la resistencia de Castro, simplemente, carece de sentido en la actual situación de Cuba. Si lo que está intentando es ganar tiempo para salvar la revolución, por el camino que ha elegido, hundirá cada vez más a los cubanos en la miseria y en la desesperanza. Y cada vez hundirá más su mítica revolución.

Inconformidad en el Partido

Esta afirmación no sólo viene de la oposición. En las propias filas del gobierno hay serias discrepancias con la política de Castro. Las hay en el sector de la cultura y las hay en las filas del Partido, lo que explica que el IV Congreso se tuvo que aplazar hasta fines del año 1991, de manera que los delegados fueran cuidadosamente seleccionados y aleccionados. Castro no tenía la certeza de poder controlar totalmente el evento, y prefirió postergarlo.

¿Qué ocurre realmente entre los partidarios de la revolución? No es difícil precisarlo: una parte sustancial del aparato de poder sabe o intuye que el régimen de Castro no puede sobrevivir a la crisis general del comunismo, y quiere buscar una salida digna a una situación general que les toca hondamente en lo personal.

Los más críticos son los jóvenes, pero en este caso la definición de esa edad viene dada por la percepción psicológica: en política son jóvenes todos aquellos que creen tener un futuro personal estimable. Son jóvenes aquellos capaces de concebir un ilusionado proyecto vital. Y esos cubanos hoy advierten que la indiferencia de Castro ante la realidad pone en peligro el destino de ellos y de sus familiares.

De ahí que se pueda afirmar que la última línea de defensa del castrismo está compuesta por algunas personas pertenecientes a la generación de Castro, casi todas de más de sesenta años, fidelistas fatigados y carentes de ideales, sin más horizontes que la muerte. Personas que alcanzaron el poder hace más de tres décadas, y que hoy no luchan por defender una mítica revolución en la que ya casi nadie cree, sino luchan por mantener los privilegios, el status social y un modo de vida sustancialmente mejor que el de la inmensa mayoría de los cubanos.

Los escenarios posibles

Este panorama nos precipita a la pregunta inevitable: ¿qué ocurre en una sociedad en la que los índices de producción y consumo caen en picado, el modelo político pierde toda legitimidad, la población se muestra mayoritariamente inconforme, y el aparato de poder se encuentra dividido e irreversiblemente desmoralizado?

Pueden suceder varias cosas. La primera es que un aumento de la represión consiga mantener bajo control y en silencio a la población. Esto es posible por un tiempo, pero no sin pagar por ello un precio tremendo: esa sociedad cada vez producirá menos, el país será más pobre, rechazará con mayor energía la ideología que le imponen y odiará con mayor intensidad a quienes lo sojuzgan. En todo caso, eso no significa que el régimen conseguiría mantenerse *sine die*, sino que en algún momento –a la muerte del

dictador, por ejemplo– la desesperación provocará un desenlace violento probablemente no premeditado.

Es decir: no necesariamente tiene que producirse una conspiración militar o un golpe de estado palaciego para que sobrevenga un período de violencia. La chispa puede surgir por el más insospechado de los motivos, como sabe cualquier persona que examine la historia.

En cualquier caso, ese desenlace es el más lamentable de cuantos Castro podría provocar en su afán de perpetuarse en el poder. Y es el más lamentable, porque nada puede ser peor para el destino de un pueblo que ser sometido a unas cotas crecientes de miseria y desdicha que lo conduzcan a un motín callejero o a una guerra civil reñida entre distintas facciones de unas fuerzas armadas súbitamente divididas.

La conspiración militar

El escenario de la conspiración militar es posible, pero poco probable. Y hay varias razones para ello. La primera es que la contrainteligencia militar es el más activo y eficaz de los cuerpos represivos del castrismo. Hoy no hay en la Isla ningún funcionario tan estrechamente vigilado como los oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Al extremo de que el jefe supremo del país –sólo por debajo de Fidel y Raúl Castro– es el general Abelardo Colomé Ibarra, hasta el verano de 1989 jefe, precisamente, de la contrainteligencia en los órganos castrenses.

Pero, al margen de la capacidad represiva de la contrainteligencia, hay otros dos elementos que parecen alejar la posibilidad de una conspiración. Por un lado, la falta real de autonomía en los cuerpos militares, puesto que no se trata de una institución de la República que Castro heredó, sino de un cuerpo creado por él y por su hermano, con más rasgos de banda personal que de fuerzas armadas, aunque no faltan en la institución numerosos oficiales que secretamente detestan a Castro y al comunismo, como revelara el general Rafael del Pino tras su desertión (1987). En todo caso, es

probable que se mantenga cierta lealtad primaria al caudillo que les ha otorgado favores, privilegios y una determinada jerarquía.

El otro factor es el de la incertidumbre. Los militares cubanos saben que en un país diferente al creado por Castro, en el que desaparecieran las tensiones con Estados Unidos y las locuras imperiales de la revolución, carecerá de sentido tener unas fuerzas armadas como las que hoy sostiene la nación. En una Cuba democrática y distinta, parecida a los países del entorno americano, no serían necesarias las milicias, y bastaría reducir el actual ejército –más de 300.000 hombres– a la décima parte para mantener el orden. De manera que muchos oficiales, aunque se sientan hastiados de los errores y horrores de la revolución, y aun cuando tengan simpatías por la apertura política, probablemente sobrepongan sus intereses inmediatos antes que participar en una conspiración dudosa y difícil cuyos efectos finales acaso los perjudiquen en el orden profesional.

De cualquier manera, el hecho de que el fin del castrismo no sobrevenga por los cuarteles puede ser una circunstancia afortunada. Al fin y a la postre, si de lo que se trata es de dismantelar un estado totalitario y entronizar la democracia, es mucho más fácil lograr estos objetivos mediante un desenlace político que no dé lugar a la aparición de nuevos caudillos militares en la nación cubana. En última instancia, el desenlace final e incluso la crisis general del comunismo, se ha dado en todas partes – con la excepción parcial de Rumania– dentro del marco de la confrontación política.

El desplome interior

¿Cómo llegará ese desenlace? ¿Quiénes van a presionar a Fidel y a Raúl en la dirección de las reformas democratizadoras? ¿Será Carlos Lage, médico convertido en administrador y economista, pero hombre sensato que transmite síntomas de prudencia y sentido común? ¿Será Jaime Crombet, cuya proximidad al poder no impidió que su madre, una buenísima mujer, pasara largos años en la cárcel? ¿Será Osmani Cienfuegos, atribulado gestor del caos administrativo del país, de vuelta de todas las ilusiones revolucionarias desde hace muchos años? ¿Será el general Manuel Fernández,

jefe de la Seguridad del Estado, quien ya en 1987, totalmente apesadumbrado, le confesaba al mayor de la contrainteligencia Rodríguez Menier, poco antes de que éste desertara, que «el edificio de la revolución se desplomaba inexorablemente»?

No hay duda de que en Cuba ya tiene que haber arritmia en el corazón del poder. Y no se trata de una metáfora vacía, sino de una forma rápida de explicar lo que ocurre en la cúpula del gobierno de la Isla. Todos tienen miedo y lo expresan por medio de una palabra clave repetida hasta el cansancio: expectativa. Están a la expectativa de ver qué ocurre en lo que fue la Europa del Este y en Moscú, entre Estados Unidos y Rusia, entre Clinton y Yeltsin. La expectativa es una tensa espera llena de presagios y terribles pesadillas.

¿Cuál es ahora el estado psicológico de estos hombres, altaneros y casi omnipotentes hace sólo unos meses, y hoy llenos de dudas e incertidumbre sobre su propio destino personal y familiar? Súbitamente han pasado, de la vanguardia revolucionaria de América, a convertirse en estalinistas conservadores sin aliados ni simpatizantes. Y lo que es más grave, en un instante han dejado de autoperibirse como héroes triunfantes y empiezan a descubrir en el espejo a seres débiles, universalmente rechazados y a punto de ser derrotados por fuerzas que no pueden identificar. Esos hombres, el círculo íntimo de Castro, de gozar de cierto brillo internacional, han pasado al descrédito y al desprestigio, y en la poco recomendable compañía de los manicomios de Corea del Norte y Vietnam.

Todo esto, naturalmente, constituye un mazazo en la conciencia de la élite gobernante, porque las luchas políticas, al contrario de lo que superficialmente se percibe, no sólo ocurren en las urnas o en las barricadas, sino también, y en gran medida, dentro de los cerebros particulares e intransferibles de quienes combaten.

El bicho humano es una curiosa criatura dedicada obsesivamente a satisfacer su propia autopercepción y a proyectarla infatigablemente entre –y si es posible sobre– los demás miembros de la especie. Para esa causa vive, se desvive y muere. La vida de los seres

humanos se consagra casi totalmente a esa extraña pero indeclinable empresa de alimentar el ego y clavarlo entre los demás congéneres. Por la otra punta, eso a lo que se llama desmoralización no es más que el rápido y devastador desplome del ego y de su supuesta proyección exterior. Es la crisis de ese delicado y poco comprendido mecanismo interior.

En esa fase exacta del derrumbe psicológico se halla la élite del poder en Cuba. Están, se sienten, desmoralizados. Empequeñecidos. No debe ser falso el rumor de que Fidel Castro está deprimido o de que Carlos Rafael Rodríguez, –el vicepresidente– pasa por un profundo estrés que recientemente lo mantuvo en España más tiempo de la cuenta. Los gobiernos también entran en fase maníacodepresiva, como puede atestiguar cualquier persona que ha visto colapsarse una estructura de poder. Las instituciones no se rompen ni se caen: son los hombres. Y no son los cañonazos externos, sino los internos, los que destruyen a ciertos tipos de gobierno...

Eso quiere decir algo muy importante: se acerca el día de un cambio inevitable en la Cuba de Castro. La actitud expectante de la élite de poder es exactamente la adecuada para acumular presiones cada día mayores y cada más dolorosas. Quienes hoy mandan en Cuba comienzan a ser devorados por sus propios fantasmas. Y ése era el requisito indispensable para provocar el desenlace.

En todo caso, el fin del comunismo en Cuba –por el método que sea– es un buen punto de partida para revisar la historia de la revolución y acercarnos aún más a la psicología de quien ha sido la clave del proceso: Fidel Castro.

CAPÍTULO 4

QUIÉN ES FIDEL CASTRO Y CÓMO TOMÓ EL PODER

La fuga de Batista

¿Cómo comenzó este gobierno que ahora agoniza? El 31 de diciembre de 1958, La Habana esperó el Año Nuevo en una tensa calma. Apenas había fiestas o celebraciones porque la consigna de la oposición, lanzada por Emilio Guede, uno de los jefes de propaganda del *Movimiento 26 de Julio*, había prendido en el pueblo: sobriedad, silencio, oscuridad. No era prudente provocar a la policía, pero había que demostrar, al mismo tiempo, el repudio general hacia la dictadura de Batista.

Las noticias de los frentes de lucha eran alentadoras. En Oriente, la columna guerrillera de Huber Matos avanzaba hacia Santiago de Cuba por órdenes expresas de Fidel Castro. En la provincia de Las Villas, los hombres del Che Guevara y de Rolando Cubelas habían tomado Santa Clara, una de las mayores ciudades del país, mientras las guerrillas del Segundo Frente Nacional del Escambray atacaban o asediaban media docena de poblados de regular tamaño. Días antes, el jefe de este movimiento, un joven español de 24 años, Eloy Gutiérrez Menoyo, había protagonizado una increíble hazaña, al infiltrarse, disfrazado, en un cuartel del Ejército y, tras desarmar al oficial de mayor rango, lograr la rendición de la fortaleza.

Sin duda la situación militar del ejército de Batista no era halagüeña. Habían fracasado las dos ofensivas que su Estado Mayor lanzó, primero, contra la Sierra Maestra, en el extremo oriental del país, y luego contra las fuerzas guerrilleras que operaban en el centro de la Isla, a unos trescientos kilómetros de La Habana. Al principio –en los primeros meses de 1957– hubiera sido muy fácil aplastar la insurrección, pero Batista optó por no atacar debido a la más vil de las razones: porque la «guerra» le permitía aprobar presupuestos y gastos extraordinarios sobre los cuales no tenía que dar explicación alguna

al Tribunal de Cuentas, circunstancia que hizo ricos a unos cuantos militares de alta graduación y aumentó considerablemente la fortuna del dictador.

Sin embargo, pese a los relativos éxitos de los rebeldes, a finales de 1958, las fuerzas armadas permanecían prácticamente intactas. El 90% del Ejército de tierra continuaba en sus cuarteles, y Batista podía contar con el total dominio del aire, y el auxilio de una marina de guerra que, si bien era escasa y anticuada, al menos servía para cañonear desde la costa ciertas posiciones guerrilleras. En realidad, la situación de Batista no era desesperada. El total de guerrilleros en todo el país no llegaba a tres mil hombres, mientras las fuerzas a su mando alcanzaban los treinta mil. Desde un punto de vista *estrictamente militar*, Batista todavía podía recuperar el terreno perdido –menos del 2% del territorio nacional– y derrotar a la oposición. No obstante, la madrugada del 1 de enero de 1959, tras despedir el Año Viejo con vivas y champán, Batista, su familia y sus más inmediatos colaboradores abordaron dos aviones de la Fuerza Aérea y se marcharon rumbo a República Dominicana, sorprendiendo a todo el país, incluido Fidel Castro, quien en su reducto de la Sierra Maestra se preparaba para una larga guerra que podía culminar de cualquier forma menos con la improbable fuga de un adversario todavía tremendamente poderoso.

En rigor, bajo la sorpresiva decisión de Batista habían otros factores más allá de los acontecimientos bélicos. En primer término, tras las fraudulentas elecciones de noviembre de 1958, en las que apenas hubo participación popular –siete semanas antes de su fuga–, se había hecho patente que la inmensa mayoría del pueblo cubano repudiaba al dictador y ni siquiera estaba dispuesta a buscar una salida electoral en la que se pudiera ver alguna forma de continuismo. Batista era y se sabía universalmente rechazado, lo cual tenía para él cierta importancia psicológica, porque su irrupción en la vida pública, treinta años antes, había sido por la vía del respaldo popular, y con cierto prestigio revolucionario construido por su aliado de entonces, el partido de los comunistas, llamado en Cuba «Socialista Popular». Contrariamente a lo que pueda pensarse, Batista no se percibía como un dictador de derechas, sino como un caudillo populista, amante y protector del gobierno de los republicanos españoles en el exilio, enemigo del tirano

Trujillo –quien luego le brindara asilo–, y próximo a las capas más pobres del país, de donde él mismo saliera en la cresta del movimiento revolucionario que en 1933 lo convirtió de sargento taquígrafo en coronel jefe de las Fuerzas Armadas.

Pero la triste convicción del rechazo tal vez no hubiera bastado para desalojarlo del poder, si sus servicios secretos no le hubieran puesto sobre la mesa dos informes definitivos: en primer lugar, supo que algunos oficiales de su ejército estaban en secreto contacto con Fidel Castro y a la búsqueda de una fórmula de pacificación que *necesariamente* pasaba por su destitución, y quién sabe si su arresto y enjuiciamiento. En segundo lugar –y esto era más grave–, tuvo noticias de que altos funcionarios de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana se habían reunido con representantes de la oposición para buscar soluciones políticas que evitaran el colapso institucional del país. Washington sabía que a medio plazo la dictadura era insostenible, y ni siquiera podía salvarla la transmisión del mando al Dr. Andrés Rivero Agüero, el hábil abogado y político batistiano designado Presidente tras la farsa electoral de noviembre de 1948.

Ante esta situación, Batista se llenó de pánico. Se vio súbitamente repudiado por el pueblo y «traicionado» por dos de los pilares básicos de su gobierno: *los americanos* y las Fuerzas Armadas. A su memoria acudieron los acontecimientos de 1933, en los que otro general dictador, Gerardo Machado, caía víctima de los mismos factores: la opinión pública, el Ejército y la embajada de los Estados Unidos. Se vio, como Machado en 1933, incapaz de controlar los factores de poder, y temió ser víctima de la ira popular si se desencadenaban desórdenes callejeros en medio de la anarquía revolucionaria, semejantes a los que habían conmovido al país veinticinco años antes. Víctima de esta pesadilla, sin gloria ni grandeza, el general huyó al amanecer, dejando en total desamparo a miles de hombres comprometidos en la defensa de su innoble causa.

Fidel entra en juego

Tan pronto se supo la noticia en el cuartel general de Fidel Castro, el entonces joven abogado de 33 años, Comandante en Jefe del *Movimiento 26 de Julio*, ordenó una lenta marcha por carretera sobre La Habana, deteniéndose primero en Santiago de Cuba, para

dar tiempo a que las columnas del Che Guevara y de Camilo Cienfuegos, a mitad de camino de la capital, consolidaran el poder y evitaran no sólo un contragolpe militar, sino también que los otros grupos guerrilleros de la oposición, ajenos a su jefatura, pudieran controlar sectores militares o políticos de importancia. Castro no gritaba «todo el poder para los soviets», pero supo ingeniárselas para acaparar todo el poder, en primera instancia, para el *26 de Julio* –su propio partido–, y pocos meses después para sí mismo.

¿Quién era en realidad este personaje *hollywoodesco* capaz de acuñar el arquetipo greñudo y romántico del revolucionario latinoamericano? Se trataba de uno de los cinco hijos de un inmigrante gallego llamado Angel Castro, llegado a Cuba como soldado español, cerca de 1898, para luchar contra las tropas mambisas. Angel Castro, tras la instauración de la República (1902), se hizo ganadero y agricultor; casó primero con una señora de apellido Argote, de la que tuvo varios hijos, amancebándose más tarde con Lina Ruz, la ex sirvienta de la casa, madre de Fidel, Raúl, Ramón, Emma y Juana. Angel Castro, en su condición de latifundista, tenía una buena situación económica, y su mujer, Lina Ruz –por lo visto una mujer bondadosa e inteligente–, se ocupó de que los hijos recibieran cierta educación. Fidel con los jesuitas, y se distinguió como atleta y como parte del equipo de *debates*. Curiosamente, el debate final del bachillerato giró en torno a un tema singular: la educación bajo el socialismo. El joven Fidel se encargó de criticarla duramente, mientras el joven José Ignacio Rasco, hoy líder democristiano en el exilio, se ocupó de defenderla. Fidel se mostró fogoso y elocuente, demostrando sus incipientes condiciones de líder.

En realidad, el Castro de los años adolescentes era borrosamente anticomunista, pero no por demócrata, sino por la influencia falangista de los curas jesuitas, al extremo de ser el único partidario que tenía el Eje entre los alumnos internos del colegio Belén. No obstante, a poco de comenzar la carrera Derecho, a mediados de la década de los cuarenta, el contacto con Alfredo Guevara, un joven comunista de la Facultad de Filosofía y Letras, contribuyó a moldear las ideas políticas de Fidel Castro. Castro no ingresó, como Guevara, en el Partido, pero sí suscribió el análisis radical de los males de la sociedad cubana, suponiendo, desde entonces, que la corrupción de los políticos,

la codicia del imperialismo norteamericano y la mala distribución de la tierra, eran los factores causantes de la pobreza en el país, y que con erradicarlos se obtendría una inmediata expansión de la economía y un fortalecimiento de las instituciones.

Poco más había en la cabeza política de Castro cuando comenzó en la universidad, pero sí existía una clara voluntad de protagonismo, lo que enseguida lo enfrentó violentamente con los estudiantes que controlaban la Federación Estudiantil Universitaria. En aquellos años –pese a que el país vivía en un régimen de derecho producto de unas elecciones libres– la Universidad de La Habana era un reñidero político que frecuentemente degeneraba en tiroteos y asesinatos. Castro, se vio envuelto muy pronto en los conflictos, e intentó matar a uno de los líderes rivales, Leonel González, a quien logró herir de bala en el vientre. Otras dos acusaciones por asesinato le hicieron entonces, la del presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, Manolo Castro –sin parentesco alguno con Fidel–, y la del sargento de la guardia universitaria, Fernández Caral; mas en ambas nada pudo probarse en las investigaciones.

En 1949, Castro termina la carrera de abogado e ingresa en el Partido Ortodoxo, formación populista de ideología levemente socialdemócrata, pero de ademanes radicales. Se casa con Mirtha Díaz Balart, hija de un prominente político batistiano, tiene un hijo con ella, Fidelito, y por un año se traslada a Estados Unidos. Por aquel entonces acaricia la idea de estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia, en Nueva York, y olvidarse por un tiempo de Cuba, país en el que tenía demasiados enemigos y en el que su vida corría peligro como consecuencia de las *vendettas* entre las pandillas rivales.

Pero, al cabo, puede más la vocación política y regresa a la Isla dispuesto a convertirse en legislador. En 1951 es seleccionado como candidato a la Cámara de Representantes por un barrio de La Habana. Entre sus amigos tiene fama de ser un idealista infatigable. Sus enemigos lo ven como un *gángster* peligroso. Unos y otros admiten que se trata de

una personalidad descollante, imposible de ignorar, destinado a la fama sí surgían las condiciones necesarias y si una bala no se interponía en su turbulento camino.

El 10 de marzo de 1952, el general Fulgencio Batista y un grupo de antiguos camaradas dan un golpe militar y derrocan el gobierno democrático de Carlos Prío Socarrás. Estas eran, precisamente, las condiciones que Castro necesitaba. Batista quería evitar unas inmediatas elecciones en las que probablemente triunfaría el Partido Ortodoxo, en cuyas listas de candidatos aparecía el nombre de Fidel.

Ante estos hechos, Castro se dio a la inmediata tarea de organizar la insurrección contra Batista. No era el único. Los estudiantes universitarios, encabezados por sus líderes comenzaron a conspirar. El Partido «Auténtico» –formación más o menos socialdemócrata que había sido desplazada del poder– destinó a varios de sus mejores hombres a las tareas insurreccionales. Cuba se convirtió otra vez, en un hervidero de conspiraciones. Sin embargo, quien más claramente había decidido su camino era Fidel Castro.

Castro sabía que, veinte años antes, el desaparecido revolucionario Antonio Guiteras, organizador de la «Joven Cuba», había asaltado un cuartel y luego había conseguido alzarse en las serranías contra el dictador Gerardo Machado. Y, Castro, ni corto ni perezoso, hizo suyos el programa y la estrategia de Guiteras –un galimatías antiimperialista y anticapitalista–, y con menos de un centenar de hombres, casi todos reclutados en la sección juvenil del Partido Ortodoxo, el 26 de julio de 1953 llevó a cabo un ataque contra el Cuartel Moncada, la instalación militar más poderosa del Ejército en Santiago de Cuba, mientras otro grupo, infructuosamente, intentaba apoderarse del cuartel de Bayamo, también en la provincia de Oriente.

El ataque fue un modelo de imprudencia temeraria y de falta de pericia, que se saldó con varias docenas de soldados y asaltantes muertos, y con el encarcelamiento de los revolucionarios que sobrevivieron, entre ellos el propio Fidel y su hermano Raúl.

El ataque al Moncada –duramente criticado por los comunistas cubanos– no sirvió para derrocar a Batista, pero sí para darle a Fidel estatura política nacional y para convertirlo en la figura clave de la oposición, liderazgo que luego supo cultivar desde la cárcel por medio de una hábil correspondencia dirigida a los periodistas y a los principales políticos del país.

Apenas veintiún meses después de haber sido condenados, Fidel y sus compañeros fueron amnistiados. Para el joven dirigente, el próximo paso también debía darse tras la huella de Guiteras: alzarse en la Sierra Maestra, aquellas montañas que había recorrido en su adolescencia, y comenzar una guerra guerrillas. Prometió hacerlo desde México, antes de terminar el año 1956 y –en efecto– en el mes de diciembre, con 82 hombres, puso pie en tierra cubana.

El desembarco fue casi tan desastroso como el ataque al Moncada. Prácticamente todos sus hombres murieron o fueron hechos prisioneros. Sólo unos veinte, con Fidel a la cabeza, lograron alcanzar las zonas intrincadas de la Sierra, gracias a la ayuda providencial que les dio un viejo campesino llamado Crescencio Pérez, que vivía en esos parajes huyendo de la ley desde hacía decenas de años.

En realidad, el desembarco y alzamiento no ofrecían peligro alguno contra Batista en el orden militar, pero tuvieron un fuerte impacto psicológico en la población y en otras organizaciones insurreccionales. La mera existencia de ese pequeño foco guerrillero, al que el Ejército no alcanzaba o no quería destruir, se convirtió en un acicate para los demás grupos revolucionarios.

En marzo de 1957, un grupo de estudiantes de la Universidad de La Habana, dirigidos por Carlos Gutiérrez Menoyo, un exiliado español que había peleado con los *maquis* en Francia, atacan al Palacio Presidencial con el objeto de matar a Batista y descabezar al régimen. El ataque fracasa casi inexplicablemente, y en él mueren Gutiérrez Menoyo junto a 27 asaltantes y cinco guardias. El hermano menor, Eloy, pacientemente recoge las armas que «sobran» del ataque a Palacio y comienza a preparar un alzamiento guerrillero.

Noche tras noche, en La Habana y Santiago de Cuba estallan bombas colocadas por los grupos clandestinos. Se producen algunos atentados personales, y la policía y el ejército reaccionan torturando y asesinando a detenidos y sospechosos.

La opinión pública, casi unánimemente, comienza a condenar a Batista, y a pedirle una salida política que ponga fin a la inquietud que vive el país. La burguesía financia abiertamente a los grupos revolucionarios. La Iglesia publica sus cartas pastorales contra la dictadura. Los colegios profesionales través de la hábil labor del ingeniero Manuel Ray, se constituyen en Resistencia Cívica, con el objeto de auxiliar a los insurrectos. Toda la nación comienza a vivir, entusiasmada y temerosa, la aventura de la revolución. Nadie piensa en el comunismo, ni mucho menos en Moscú. Se habla de democracia, de libertad, de respeto a los derechos humanos. Se intenta recuperar la legalidad interrumpida con el golpe de Batista. Sólo hay un rincón en todo el mapa revolucionario en el que el lenguaje tiene otro signo político: allá en la Sierra dicen que hay un médico argentino hablando de marxismo. También dicen que odia a los yanquis porque en 1954 estaba en Guatemala cuando los militares de Castillo Armas dieron un golpe contra Jacobo Arbenz con el auxilio de la CIA. Poca cosa. El comunismo no era una preocupación de los cubanos de los años cincuenta. Esas desgracias sólo podían ocurrir en Europa o en Asia, y en la esfera de influencia de la URSS. En Cuba, a 150 kilómetros de los Estados Unidos, se peleaba por la libertad.

El camino de Moscú

Sin embargo, a las pocas semanas de producirse el triunfo revolucionario, el gobierno de Castro comienza a virar a babor y entra en franco conflicto con los Estados Unidos. Nada de esto estaba en el programa original de la Revolución. ¿Qué había ocurrido? La mitad de la izquierda se empeña en atribuirlo a la necesidad que Castro tenía de protegerse de las represalias norteamericanas, mientras la otra mitad, encabezada por Castro, insiste en que la adopción del comunismo era la lógica meta de los revolucionarios marxistas. Sin embargo, no parece probable que en la Sierra se haya fraguado un plan secreto para convertir a Cuba en un estado comunista. En la Sierra existía una tendencia radical, encabezada por el Che y por Raúl Castro –tendencia francamente marxista y

antinorteamericana, que incluso había entrado en contacto con Moscú–, y con la cual Fidel coqueteaba, pero sin comprometerse decididamente. Castro sabía que en aquel momento la adopción de un programa marxista lo liquidaba como líder de la insurrección, puesto que el comunismo era una especie de anatema entre los cubanos opositores, incluyendo a los cuadros urbanos del propio *26 de Julio*.

No obstante, Castro tenía ciertos planes personales que inevitablemente acabaría enfrentándolo a Washington y vinculándolo a la URSS. El primero tenía que ver con los Estados Unidos. Ya en una carta dirigida a Celia Sánchez el 6 de junio de 1958, desde la Sierra Maestra, y publicada por Carlos Franqui años después, Castro revelaba que su *leitmotiv* era pelear incesantemente contra los Estados Unidos, cosa que continuaría haciendo tras revolucionario: «Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos (los norteamericanos). Me doy cuenta que ése va a ser mi destino verdadero».

Castro podía o no ser comunista, pero en cualquier caso, sí era rabiosamente *antinorteamericano*. Más aún, su innato sentido de las relaciones públicas le indicaba que el antinorteamericanismo era la perfecta credencial para convertirse en el líder latinoamericano más importante del siglo. Y ése era su secreto objetivo.

Tal vez si los Estados Unidos hubieran aceptado en silencio las confiscaciones de bienes norteamericanos, y hubiera continuado las relaciones económicas con Cuba de forma favorable a la Isla, pagando un sobreprecio por el azúcar y concediendo préstamos en condiciones aceptables, mientras simultáneamente ignoraba los esfuerzos subversivos internacionales en los que Cuba se embarcaba desde 1959, Castro no se hubiera situado en la órbita soviética, pero era irreal esperar que los Estados Unidos contribuyeran a financiar una revolución notoriamente contraria a sus propios intereses, mientras se resignaba a comportarse pasivamente ante la aparición de un gobierno manifiestamente hostil.

Es decir, la revolución acabó entregándose a Moscú y adoptando el modelo de estado que los comunistas preconizan, porque el antiyanquismo de Fidel y su aventurerismo internacional inevitablemente lo conducían a un enfrentamiento con los Estados Unidos y con otros países de América Latina, del que sólo lo salvó la protección de Moscú.

Una vez bajo el ala del Kremlin, Castro pudo entregarse casi con total impunidad a sus sueños revolucionarios y a esa «larga guerra» que le prometía a Celia Sánchez, y que dejó un reguero de muertos cubanos en Venezuela, Bolivia, Angola, Etiopía, Siria o Granada. No fueron los yanquis quienes lo empujaron en brazos de Moscú. Fue su propia conveniencia y su enfermiza necesidad de un rol histórico.

CAPÍTULO 5

DE POR QUÉ SE CREYÓ CASTRO EL NAPOLEÓN DEL TERCER MUNDO

¿Por qué asumió Castro ese rol histórico? Para responder, hay que dar ciertas pistas. He de comenzar por la información más elemental. Veamos. Cuba es una isla de poco menos de 115.000 kilómetros cuadrados en la que viven aproximadamente once millones de habitantes. Es decir, todo el país cabe cuatro veces en España y toda su población es también más o menos una cuarta parte de la española.

Como poca gente ignora, se trata de un pobre país azucarero, con ingresos *per cápita* en torno a los \$1.200 dólares, y una de las deudas –también por persona– más altas del mundo (\$3.000). Aunque ese pavoroso dato pierde su dramatismo cuando sabemos que las cinco sextas partes de la deuda externa cubana –unos \$30.000 millones– han sido contraídas con el desaparecido bloque soviético, y jamás serán recuperadas (o ni siquiera exigidas) por los prestamistas.

La Habana –la gran ciudad de la Isla–, con dos millones de habitantes que a duras penas consiguen alimentarse tras infinitas colas, según un artículo aparecido el 24 de junio de 1987 en la revista *Cuba Internacional*, cuenta con 526.000 casas, de las cuales el 55% está en mal estado o sólo regular. Hay en ella 62 barrios insalubres, 65.000 personas han tenido que ser recogidas en refugios provisionales que se perpetúan indefinidamente, y 212.000 almas habitan en barriadas destartaladas. Setenta mil casas han tenido que ser apuntaladas para evitar que se derrumben, y otras tantas aguardan la visita de los técnicos para saber si también es necesario sujetarlas con puntales de madera.

El suministro de agua a la ciudad y el sistema de alcantarillado se han convertido en una pesadilla, y prácticamente todos los habitantes padecen intermitentemente las consecuencias de esta penuria, que a veces provoca verdaderas epidemias infecciosas.

Poderío militar

En todo caso, lo que quiero subrayar es que estamos ante un pobre país del Tercer Mundo, asediado por la carencia de las cosas más elementales, y habitado por una población profundamente insatisfecha. No obstante, esa nación casi desvalida cuenta con un aparato militar y paramilitar que alcanza la increíble cifra de 1.183.000 personas, sin incluir a los miembros de Comités de Defensa de la Revolución. Esa enorme masa humana se divide en dos ejércitos que suman 325.000 soldados, de los cuales un poco más de la mitad pertenecen a la reserva activa. Medio millón están inscritos y hacen prácticas en la milicia territorial. El resto se divide entre Marina, Aviación, Guardias de Fronteras, Defensa Civil, Policía de Seguridad y otros cuerpos armados.

Esas Fuerzas Armadas operan con 360 aviones y helicópteros de combate, cerca de 1.000 tanques de guerra y carros blindados de transporte, 700 piezas de artillería, 200 lanzadores de misiles y una Marina que cuenta con casi ochenta barcos, de los cuales 3 son submarinos, hay una fragata y cerca de 30 modernas torpederas.

Como es sabido, ese enorme aparato militar actuó durante la guerra fría en el extranjero de una manera verdaderamente notable. Solamente en Angola hubo más soldados cubanos (55.000) que todas las Fuerzas Armadas de Venezuela combinadas (4.500). Simultáneamente, Castro había asignado 7.000 a Etiopía, mientras otros diez mil se repartían entre el ex Congo Francés, Yemen del Sur, Mozambique y la media docena de naciones africanas militarmente vinculadas a La Habana.

Por otra parte, la guerra de Angola fue el conflicto militar más largo en el que jamás participara una nación del Nuevo Mundo –15 años– y a la escala de la población cubana, la intervención de los soldados castristas duplica la presencia militar norteamericana en Vietnam, aunque triplica el número de bajas: unas diez mil, de acuerdo con el testimonio del general Rafael del Pino.

Una historia de intervenciones

Por supuesto. Sólo me estoy refiriendo a la presencia militar evidente de los ejércitos de Castro en el Tercer Mundo, pero el cuadro no estaría completo sin la obligada referencia a los ingentes esfuerzos subversivos de La Habana.

Como muy bien ha documentado Roger Fontaine en *Terrorism: The Cuban Connection* (Nueva York, 1988), en las más de tres décadas que ha durado la revolución, el gobierno cubano ha adiestrado, alentado y mantenido relaciones de cooperación con grupos subversivos de todos los países de América Latina, con la probable excepción de México, consiguiendo por lo menos dos triunfos espectaculares: Nicaragua y Granada, aunque en ninguno de los dos la aventura totalitaria logró consolidarse.

Simultáneamente, los organismos conspirativos cubanos han tenido –y tienen– relaciones de colaboración con el IRA, la ETA española –algunos de cuyos miembros se adiestraron en Cuba a principios de la década de los setenta– y, especialmente, con la OLP, como describiera el periódico *ABC* de Madrid.

Dos veces las Fuerzas Armadas cubanas han participado de forma masiva en guerras libradas en territorios árabes. La primera en la década de los sesenta (en 1963) cuando Marruecos y Argelia se enfrentaron, y Castro envió contingente de casi tres mil soldados, al mando del Comandante Efigenio Almejeiras, para combatir contra los ejércitos de Rabat, y la segunda, en los setenta, cuando una brigada acorazada de los cubanos fue derrotada por los israelíes en las alturas del Golán, durante la guerra de 1974.

De manera que sería una perfecta ingenuidad suponer que el grado monstruoso de militarización que sufre la sociedad cubana es producto de la amenaza perenne y cercana de los Estados Unidos. Eso no es cierto. El castrismo tiene vocación imperial, y Castro se considera, por encima de todo, un guerrero elegido por el Destino para cumplir con una misión revolucionaria en el mundo, papel al que ni siquiera se resigna a renunciar tras la desaparición de la guerra fría.

Esto es muy importante de subrayar, porque se tiene la tendencia a suponer que la militarización de Cuba es una consecuencia del enfrentamiento con Estados Unidos, cuando la verdad es que la mayor parte de las fuerzas revolucionarias o subversivas del castrismo han estado encaminadas a desestabilizar pueblos del Tercer Mundo o democracias incipientes, como sucedió con la ofensiva guerrillera organizada contra Venezuela y Perú en la década de los sesenta.

Orígenes del mesianismo

A fin de cuentas, ¿dónde y por qué surgió esta tendencia mesiánica en el líder de la revolución cubana? Para entender el fenómeno, quizás tengamos que remontarnos a la adolescencia de Castro, y al exclusivo Colegio de Belén, dirigido por los jesuitas, en el que Fidel cursó los estudios de bachillerato.

Allí, en el plantel riguroso –quizás una de las mejores escuelas del país–, el joven estudiante entró en contacto con el padre Alberto de Castro, un sacerdote cubano, imbuido de la retórica falangista española, enamorado de la idea del resurgimiento de una Hispanidad vigorosa que se opusiera al materialismo rampante del mundo anglosajón, encabezado por los Estados Unidos e Inglaterra.

Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, y el bisoño Castro, como tantos muchachos de su escuela, seguía con atención el curso de los combates, pero algo le distinguía especialmente: Fidel era partidario de Alemania y de los fascistas italianos. Su mentor lo había ganado para la causa antidemocrática y –especialmente– para la causa antinorteamericana. «Algún día –soñaba Alberto de Castro e inoculaba a sus discípulos sus visiones–, algún día, los pueblos de habla hispana, con España como inspiración, se alzarían frente a Estados Unidos e Inglaterra –naciones codiciosamente capitalistas–, para dirigir un planeta regido por los valores que dominaban en el alma ibérica, esa portentosa reserva espiritual de Occidente».

A Fidel Castro, por otra parte, no le era difícil incorporar a su primer discurso político este elemento anticapitalista y antinorteamericano. En su casa, desde muy niño, siempre

había oído a su padre quejarse amargamente de los «americanos», puesto que el viejo Ángel Castro, un gallego inmigrante, primero tuvo que vérselas con «los gringos» en la fugaz guerra de 1898 a la que acudió como recluta obligado. Y luego, durante los primeros años de la República, volvió a entrar en conflicto con ellos, como consecuencia de algunos pleitos por la tenencia y explotación de ciertas fincas que lindaban con propiedades norteamericanas.

Por supuesto, esa animadversión de Castro contra los «yanquis» no le venía solamente por la influencia personal de su padre o por sugerencia de su director espiritual durante los años de formación adolescente. Pese al arraigado proyanquismo de la burguesía y de las clases populares cubanas, había en el país unos grupos medios, formados casi siempre por profesionales de origen burgués, minoritarios, pero elocuentes, que sostenían denodadamente pasiones antinorteamericanas basadas en un nacionalismo herido por las frecuentes intervenciones de Washington en la política cubana, y exacerbadas por un análisis muy elemental de los males presentes en la economía del país. Análisis en el que se atribuía a la voracidad del capital americano el estado de relativa miseria en que se encontraba una parte apreciable de la población rural.

Si se van sumando los elementos constitutivos del ser y del saber del Castro joven, a esas alturas el cuadro de su actuación posterior comienza a ser muy coherente. Ya tenemos la queja antiyanqui, aprendida del padre; tenemos la causa sagrada impregnada de la ética mesiánica del falangismo; ya tenemos una cierta tradición cubana de censura y resentimiento contra el poderoso vecino. Sólo falta una fuerte experiencia vital que consiga convencerlo de que la batalla hay que darla fuera y no sólo dentro de los mezquinos límites insulares.

Cayo Confites y el Bogotazo

Esa experiencia le va a llegar a Castro muy joven, en 1947, cuando los cubanos y algunos exiliados dominicanos organizaron una expedición de 1.500 hombres destinada a derrocar al dictador de Santo Domingo, Rafael Leónidas Trujillo.

Por aquellos años existía una especie de coordinación para la actuación internacional entre distintos partidos de la corriente que luego se llamaría *Izquierda Democrática* y que en Cuba encarnaba en el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), a la sazón en el poder; en Venezuela, su líder sería Rómulo Betancourt; en Guatemala, Juan José Arévalo; en Puerto Rico, Luis Muñoz Marín; en Costa Rica, José Figueres; y en la República Dominicana, los exiliados Juan Bosch, Angel Miolán y el general Juan Rodríguez.

Ya en esa fecha los cubanos se creían llamados a la acción revolucionaria internacional, y no fue difícil enrolar un verdadero cuerpo expedicionario para la tarea de derrocar a Trujillo.

Fidel Castro tenía entonces 21 años y se involucró en aquella aventura. Sólo que poco antes de zarpar ese pequeño ejército, acantonado en Cayo Confites, en el norte de Cuba, el presidente norteamericano Truman, para evitar una posible guerra en el Caribe, solicitó de su colega cubano Ramón Grau la desmovilización de la tropa. En consecuencia, a las pocas semanas de haber comenzado el adiestramiento, todos los participantes, escoltados por la Marina cubana, tuvieron que regresar a la isla de Cuba sin haberse acercado siquiera a aguas dominicanas.

Castro no había tenido aún su bautizo de fuego en aventuras internacionales, pero ya había conocido de cerca la proximidad de la guerra y la pasión por las causas políticas fuera de las fronteras cubanas. Apenas un año después, el 9 de abril de 1948, otro acontecimiento político, esta vez de grandes proporciones, contribuiría a despertar aún más su apetito por las revoluciones y los conflictos internacionales. En esa fecha estalló el famoso «bogotazo», y a Castro, por razones fortuitas, le sorprendió el proceso en la capital colombiana y a pocos pasos de donde se encendió la chispa.

Los hechos ocurrieron de la siguiente manera: en abril de 1948 estaba prevista en Colombia la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Iba a efectuarse una ceremonia por todo lo alto, y se esperaba una masiva representación internacional.

En Argentina gobernaba Juan Domingo Perón, líder que aspiraba a cierto protagonismo, y quien tenía un serio enfrentamiento político con los Estados Unidos.

Perón –u otros dirigentes de su partido– vieron una oportunidad dorada de impulsar su causa, y se propusieron hacer coincidir la creación de la OEA con la de un foro estudiantil latinoamericano, dentro de la vociferante izquierda antiyanqui. Para esa tarea, junto a otros cuatro jóvenes cubanos, invitaron a Bogotá, con todos los gastos pagados, a Fidel Castro.

El 9 de abril –la mañana, por cierto, en que Jorge Eliecer Gaitán, el líder Partido Liberal colombiano, iba a recibir a los estudiantes cubanos–, un asesino le quitó la vida, acontecimiento que desató una verdadera guerra civil en el país. Ya en ese momento, Castro vio más de cerca el apocalipsis revolucionario, y le gustó lo que vio. El espectáculo de los coches y edificios incendiados las barricadas, y de las personas arrastradas por la multitud, lejos de amedrentarlo, probablemente estimuló sus emociones políticas, al extremo de que detenido cuando arengaba a unos policías, dentro de una comisaría, mientras intentaba convencerlos de que se sumaran a la rebelión popular.

Para su fortuna, pocos días después, el gobierno cubano, preocupado sobre todo por Enrique Ovares, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios de la Isla, también en Bogotá, envió un avión de transporte para evacuar a la inquieta delegación cubana. Entonces, rodeado por otros insólitos pasajeros –el avión transportaba reses–, Castro regresó a Cuba, si no entre vítores de seguidores, por lo menos entre mugidos plañideros que no le permitieron conciliar el sueño durante el trayecto de regreso, y que acaso sirvieron como música de fondo para la gran tragedia que posiblemente comenzó a orquestar en su cerebro. Algún día, acaso sería él mismo capaz de provocar un «bogotazo» en cada república hispanoamericana, para instaurar a tiro limpio el reino de la justicia revolucionaria y la prosperidad instantánea al sur del Río Grande.

El marco para el héroe

Por supuesto, todos aquellos delirios de napoleonismo revolucionario no hubieran podido realizarse si la República se hubiera mantenido dentro de los cauces constitucionales.

En un país donde el parlamento, la judicatura y los órganos de opinión pública hubieran permanecido sujetos por las normas democráticas convencionales, hubiera sido imposible la irrupción en escena de un líder como Castro, y mucho menos para ejecutar un proyecto internacionalista tan delirante como el que Fidel ha llevado a cabo durante más de treinta años de gobierno unipersonal.

Más aún, pese a la leyenda del carisma de Castro, y pese al magnetismo que ejerce sobre las masas, lo cierto es que el joven Fidel, mientras tuvo que competir democráticamente con otros estudiantes, y persuadir a sus compañeros con razones, no alcanzó la menor preponderancia. Fidel no pudo ser –y lo intentó–, presidente de su promoción en la Facultad de Derecho. Ni era especialmente simpático dentro de las filas del Partido Ortodoxo, una agrupación vagamente socialdemócrata por la que llegó a aspirar a Representante en la Cámara, en las elecciones que hubieran debido celebrarse en 1952 si Batista no hubiese dado el golpe militar en marzo de ese año.

Pero con la entrada de Batista en escena, todo cambió. Apareció entonces el marco adecuado para que Castro se convirtiera en la cabeza de la oposición, y para que pudiera reunir en torno suyo a un grupo de fanáticos, subyugados por el liderazgo del héroe, lo suficientemente audaces e imprudentes como para seguirle luego en la conquista de América Latina y a África para su aventura revolucionaria, y en la tarea de convertir a Cuba en plataforma para insurrección latinoamericana.

El proyecto escondido

Porque no debe creerse que Castro se fue convirtiendo en un revolucionario internacionalista empujado por las «fuerzas ciegas del destino» o al calor de su disputa con los Estados Unidos. Pensar eso es incurrir en una mayúscula ingenuidad. En el verano de 1958, cuando Castro todavía no había triunfado, y estaba en la Sierra

Maestra, con un ejército que apenas pasaba de cuatrocientos o quinientos hombres, ya acariciaba su sueño de acaudillar una rebelión antinorteamericana de carácter internacional. Para Fidel no había duda de que él y Cuba –la Isla sería su instrumento– tenían un superior destino que jugar en la historia del planeta. Tampoco era el único que postulaba esas teorías.

Pocos años antes, en 1953, un intelectual español de cierto prestigio, exiliado en Cuba, había formulado explícitamente una curiosa hipótesis sobre el destino imperial de los cubanos. En un extraño libro, escrito a la manera de diálogos platónicos, precisamente titulado *Diálogo con el destino*, don Gustavo Pittaluga, un eminente endocrinólogo, en medio de otras muchas conjeturas y opiniones, llegó a afirmar que Cuba debía convertirse en algo así como en la cabeza espiritual del Caribe y Centroamérica, rol que acaso conseguiría acomodar a los intereses de México y Venezuela, las dos grandes naciones que limitarían al norte y al sur con el vago imperio propuesto por el médico español.

Ignoro por qué Pittaluga no incluyó a Colombia en su diseño político –este país y no Venezuela es la frontera sur del Istmo– y mucho menos las razones que tendrían los pueblos centroamericanos, tan diferentes a Cuba algunos de ellos, como es el caso de Guatemala, para admitir el liderazgo de una isla distante y a la que no los unía la tradición histórica de compartir virreinato o capitanía general. Pero lo cierto es que las teorías de Gustavo Pittaluga, probablemente por lisonjeras, calaron hondo en la conciencia de los jóvenes políticos cubanos, aunque, por supuesto, la inmensa mayoría del país las ignoró. En todo caso, para cierta gente Cuba tenía un destino imperial que cumplir. Y todo destino imperial necesita de un César que sea capaz de desarrollarlo.

Los objetivos del César

Y Fidel era el César perfecto para ese destino imperial. Tenía la ambición personal, el discurso ético, e incluso contaba con la psicología adecuada. Pero no podía presentarse ante el pueblo cubano solamente con una propuesta de expansión revolucionaria internacional, porque las masas no le hubieran hecho el menor caso. El programa tenía

que ser de otra índole, y la lucha contra Batista le proporcionaba la justificación adecuada. En el orden político, Castro podía proponer la restauración de las libertades públicas, conculcadas con el golpe de 1952 y, en el económico, limitarse a denunciar las injusticias sociales con un vocabulario típico de esa izquierda más o menos nebulosa que por aquel entonces extraía su diagnóstico y su recetario sociopolíticos del «cepalismo», la doctrina económica populista, proteccionista y nacionalista más tarde propuesta por el Consejo Económico para América Latina (CEPAL), bajo la batuta del economista argentino Raúl Presbich. Aunque debe olvidarse que Castro, progresivamente, y en especial tras su contacto con el Che Guevara en México en 1956, había experimentado una radicalización de todos sus esquemas políticos. Ya en esas fechas su antiyanquismo y su nacionalismo anticapitalista habían aumentado de temperatura y el joven líder comenzaba a suscribir la mayor parte de los análisis marxistas con respecto a los países subdesarrollados, si bien todavía no la metodología preconizada por Moscú para la toma del poder.

De manera que el 1 de enero de 1959, cuando Castro, tras la huida de Batista, amanece como hombre fuerte de Cuba y líder victorioso de la revolución, llevaba en su mochila dos proyectos políticos distintos pero complementarios.

A los cubanos les dice que él y su *Movimiento 26 de Julio* saben gobernar en la dirección adecuada para conseguir terminar con las injusticias sociales y lograr un ejemplar desarrollo económico. En pocos años, Cuba –promete– se convertiría en la vitrina de la transformación económica impulsada por las ideas revolucionarias. En una década –aseguró Guevara en Punta del Este (Uruguay) a principio de los sesenta– Cuba superaría a los Estados Unidos no sólo en renta *per cápita*, sino también en el resto de los indicadores sociales que determinan el nivel de prosperidad nacional.

En realidad, Castro y su grupo no mentían de manera deliberada. Sencillamente, se trataba de un equipo de aventureros políticos, sin la menor experiencia en tareas de gobierno, y para los cuales las actividades económicas resultaban absolutamente misteriosas. Por aquel entonces se pensaba, *grosso modo*, que con una profunda reforma

agraria, con planificación centralizada, con control del crédito y de los precios y salarios, con la estatización de las grandes empresas nacionales y extranjeras, y con la congelación del costo de los alquileres de las viviendas, podía conseguirse el despegue económico y una súbita justicia distributiva de los bienes nacionales. Transformación de la que Castro pensaba extraer la legitimidad que requería para gobernar sin limitaciones ni plazos.

El otro objetivo –la conquista imperial de zonas del Tercer Mundo– obviamente no podía proclamarse de una manera demasiado explícita; primero, para no asustar a la clientela política del país, y luego, para no alertar excesivamente al enemigo norteamericano, diana y objetivo final de todos los disparos efectuados desde La Habana.

El fracaso del desarrollismo

Como era de esperar, las medidas económicas condujeron al país al caos más absoluto a lo largo de la década de 1960. En ese período, tras varias «ofensivas revolucionarias», como se llamaron en el argot político, fueron estatizadas la mayor parte de las actividades económicas, y la nación entró en un peligroso declive caracterizado por la inflación, el desabastecimiento y la progresiva pauperización de las masas, especialmente en los sectores medios del país, franja demográfica que a principios de la revolución ocupaba un respetable tercio del censo.

En la década de 1970, y tras experimentar irresponsablemente con la desaparición de los sistemas de contabilidad y de la formulación de presupuestos, Castro se convenció de que el desarrollismo instantáneo de los pueblos no podía ser el *leitmotiv* de la revolución, y de que el país no podía convertirse en un modelo socioeconómico exportable, entre otras razones, porque el país había pasado del tercer puesto en el nivel latinoamericano de desarrollo al décimosegundo o décimotercero, según el baremo que se utilizara para medir el grado de prosperidad de los cubanos.

Quedaban, eso sí, como justificación social de la revolución, un extendido sistema de sanidad y un vasto aparato de educación popular, pero esos dos aparentes «logros» de la

revolución no podían bastar para proponer a Cuba como modelo político en América Latina. Al fin y al cabo Uruguay, Argentina, Trinidad-Tobago, Costa Rica y –por supuesto– Puerto Rico también atendían a los enfermos o educaban a los niños, sin necesidad de someter a la sociedad a las tensiones desatadas por el castrismo.

El internacionalismo como legitimación

Pero ese fracaso de lo que se ha llamado, sin fundamento, el «modelo cubano», tenía una consecuencia imprevista. Sólo le dejaba a Castro un factor de legitimación de su régimen: el internacionalismo. Si Castro no podía justificar su permanencia en el poder como gerente de un proceso ejemplar de desarrollo económico, sólo le quedaba como alternativa su carácter de cabecilla revolucionario internacional.

De ahí que existiera una relación proporcional e inversa entre el fracaso económico y la injerencia en los asuntos internos de otros países. Si en los primeros años de la revolución las intromisiones cubanas en el exterior se limitaban al envío de guerrilleros y a desarrollar las teorías del *foquismo*, ya mediados de la década de los setenta –cuando hay la certidumbre del total desastre cubano como modelo de desarrollo socioeconómico–, se produce la invasión de Angola o de Etiopía, episodios en los que Castro actúa como gran *gurkha* planetario del comunismo en el Tercer Mundo. Y es ése el papel casi exclusivamente sobre el cual ejerció su autoridad en Cuba hasta que la *perestroika* puso fin a la vocación de conquista revolucionaria de Moscú.

Por supuesto, este análisis nos precipita a una conclusión pesimista sobre capacidad de Castro para cambiar de rol y abandonar las actividades conspirativas. Si ya fracasó como líder desarrollista, si su revolución carece de atractivo internacional tras varias décadas de reiterados desastres, ¿puede también abandonar sin consecuencias su condición de *Godfather* de las izquierdas revolucionarias del Tercer Mundo? ¿Cómo legitimaría en ese caso su omnímodo poder personal en la isla de Cuba?

El dilema de los socialistas

Y la pregunta no es un vago ejercicio retórico. Fidel Castro sólo pudo ejercer de gran padrino internacional de las causas revolucionarias gracias al apoyo de los soviéticos. Fue precisamente después de 1970, cuando Castro abandonó todas las veleidades nacionalistas y se inscribió sin tapujos en bloque del Este, poniendo al país bajo la dirección virtual de Moscú, cuando pudo magnificar su papel estelar en el Tercer Mundo.

Y lo sorprendente no es que la URSS lo reclutara como gatillo alegre del bloque soviético en el Tercer Mundo, sino que Castro tuvo la habilidad diplomática y política de convencer al Kremlin, y especialmente a Brezhnev, de que renunciara al tradicional análisis marxista que negaba a las sociedades «semifeudales» o subdesarrolladas, la posibilidad de evolucionar hacia socialismo sin pasar previamente por la etapa de la consolidación de la burguesía y el surgimiento de la clase proletaria.

Fue Castro quien precipitó a los soviéticos en África, y, en cierta medida, es el ejemplo de Cuba en África lo que, de una manera tal vez inconsciente, acelera la decisión de intervención en Afganistán.

A partir de la experiencia castrista, y a partir de la prédica revolucionaria cubana, es cuando Moscú renuncia a su táctica clásica de conseguir que un gran aparato obrero estimule las contradicciones del capitalismo, hasta que una gran huelga general le destruya el espinazo económico a la burguesía, y los comunistas se abran paso hasta el poder en la cresta de unas masas persuadidas de las ventajas del proyecto marxista. Castro los convenció de que la violencia pura y dura, ejercida en forma de guerrillas, o de terrorismo, o por medio de golpes militares, auxiliada por invasiones en toda la regla, podía instalar o consolidar en el poder a ciertas vanguardias comunistas que entonces, desde arriba y desde los cuarteles, serían capaces de desovar un partido revolucionario parecido al que Marx y Lenin recetaban como condición indispensable para la creación del socialismo.

Trampa para atrapar soviéticos

Si bien ahora parecen claras las razones o las urgencias de Castro para jugar un rol protagonista en el planeta, fueron menos evidentes las ventajas de la desaparecida URSS en mantener a Cuba como ejército de conquista en el Tercer Mundo. Costaba demasiado.

En efecto, un cuarenta por ciento de la ayuda exterior soviética fuera del marco europeo se destinaba a Cuba. Los cálculos occidentales sitúan el monto de esa ayuda en un valor de entre 5.000 y 6.000 millones de dólares. Es decir, una cifra aproximada al diez por ciento del déficit fiscal soviético oficial de 1989. Simultáneamente, unos diez mil ciudadanos soviéticos vivían en la Isla hasta 1991, la mayor parte como asesores militares del ejército de Cuba. Pero, lo que es aún más sorprendente, al margen de ese gran sacrificio económico, la URSS llegó a correr enormes riesgos por proteger al régimen de Castro, al extremo de haber tenido que arrostrar en 1962 el peligro de una guerra atómica por el incidente de los misiles.

¿Cómo, por qué y con qué consecuencias se vinculó la Unión Soviética tan estrechamente a un país distante y distinto con el que no la unían lazos históricos, geográficos o culturales?

La URSS y América Latina en 1959

Hasta 1959, la estrategia soviética con relación a América Latina parecía subordinada a una idea central: la revolución marxista en ese continente era imposible mientras no ocurriera previamente en Estados Unidos. Comoquiera que las concentraciones obreras eran limitadas, que no había surgido una fuerte conciencia de clases, y Estados Unidos era la potencia indiscutiblemente hegemónica en la zona, no se debía intentar la toma del poder por grupos comunistas, puesto que, dentro del rigor del análisis marxista, no existían las condiciones objetivas ni subjetivas para tal aventura.

No obstante, en 1959 ocurrió algo que sorprendió al Kremlin. En una isla del Caribe, a 90 millas de Estados Unidos, un pequeño país realizó una revolución burguesa –acaudillada

por estudiantes y profesionales blancos adscritos a la clase media–, y enseguida empezó a radicalizarse hacia posiciones antinorteamericanas y prosoviéticas.

El hecho debe haber producido cierta perplejidad en Moscú, dado que el partido comunista cubano –Partido Socialista Popular–, tradicionalmente prosoviético y alineado con las tesis del PCUS, no había apoyado con entusiasmo la lucha armada contra Batista, y sólo el último año, en 1958, cuando ya se podía prever el colapso de la dictadura, le había ordenado a algunos cuadros y dirigentes que se sumaran al movimiento de Fidel Castro con el objeto de infiltrarlo y radicalizarlo desde dentro.

Sin embargo, al contrario de lo que entonces pensaban los comunistas –que veían en Castro a un aventurero putschista con dudosos antecedentes gangsteriles y una confusa ideología pequeñoburguesa– había elementos en la personalidad y en la cosmovisión del joven barbudo, que lo pondrían en las manos del Partido y de Moscú casi por la propia naturaleza de las cosas.

En primer lugar, Castro no sabía gobernar. No tenía un método, no tenía experiencia. Ni siquiera estaba rodeado de lugartenientes que pudieran exhibir cierto historial en las tareas gerenciales. El Partido, en cambio, podía ponerle todo esto en sus manos. Con mayor o menor torpeza, con mayor o menor eficacia, el Partido podía organizar el Estado que Castro quería dirigir, exactamente de la manera que él lo necesitaba. Es decir: una organización vertical, con un indiscutible líder en la cúspide, y unos sistemas de control de la sociedad que harían imposible su derrocamiento por causas internas.

Por otra parte, el objetivo vital de Castro consistía en batallar incesantemente contra Estados Unidos, puesto que su autopercepción no era la de un sereno estadista, sino la de un guerrero romántico dispuesto a cambiar el mundo con un creciente e internacional ejército, compuesto por airadas guerrillas que reprodujeran en las selvas de América Latina y África el episodio cubano de la Sierra Maestra.

Eso –por supuesto– era impensable si Castro no conseguía quien lo protegiera de la reacción norteamericana. Necesitaba un guardaespaldas para su cruzada política, y sólo la URSS podía prestar ese servicio. De ahí que la elección del comunismo como sistema y la alianza con Moscú como marco defensivo no resultaran descabelladas para los propósitos de Castro.

Jruschof y la guerra fría

Al otro lado del planeta, las piezas del rompecabezas también parecían encajar. En 1959 y 1960, seguramente Nikita Jruschof, Mikoyan y los expertos soviéticos en relaciones exteriores, deben haber visto con bastante escepticismo la vocación guerrera de Castro y su voluntad de continuar la insurrección en el Tercer Mundo. Pero aquellos eran los años duros de la guerra fría, tiempos en los que la superioridad militar norteamericana resultaba abrumadora, y tiempos en los que la URSS se sentía amenazada por un rosario de bases americanas, de la OTAN o de la SEATO, que rodeaban a la nación y de alguna forma contribuían a forjar un cierto espíritu de defensa basado en la sensación de asedio.

En ese contexto surge la idea en el Kremlin de apadrinar al gobierno cubano e intentar colocar a escasos kilómetros de la frontera sur norteamericana a un aliado de la URSS capaz de ejercer sobre Estados Unidos el mismo tipo de presión que, por ejemplo, ejercían sobre los soviéticos las bases prooccidentales de Turquía o Irán.

De manera que para los rusos hubo cierta lógica y una mutua conveniencia en aproximarse a la revolución caribeña que Castro ponía al servicio de Moscú sin otras condiciones que las de armar y proteger a la Isla contra una eventual reacción norteamericana, y en suministrarle la ayuda indispensable para que el Máximo Líder se pudiera dedicar a su tarea de redentor del Mundo.

Por otra parte, también puede haber influido en el audaz movimiento de Jruschof la atmósfera de euforia en la que se vivía en ese momento en la Unión Soviética. En 1957 la URSS había lanzado el primer satélite, y durante un largo período los índices de crecimiento prometían un destino económico de primer rango para este país, lo que acaso

justificaba la predicción de Jruschov de que en una o dos décadas su país superaría a Estados Unidos. No era una fanfarronada. Se trataba de una ilusión basada en ciertos datos razonablemente optimistas.

Obviamente, es difícil creer que el objetivo de soviétizar a Cuba iba encaminado a perpetrar un ataque nuclear imprevisto contra Estados Unidos. Sin embargo, una de las primeras consecuencias de las vinculaciones entre la URSS y Cuba fue el episodio de la Crisis de los Misiles en octubre de 1962.

En ese tenso y dramático momento histórico se hizo patente que la Unión Soviética era capaz de actuar con sentido de la responsabilidad y del límite, mientras Castro dio las primeras muestras de su inflexible terquedad, no vacilando en intentar provocar a Estados Unidos hasta la frontera de lo irracional, mientras criticaba severamente a sus aliados soviéticos por negociar una solución pacífica a la crisis.

A partir de ese momento y hasta 1970, las relaciones entre La Habana y Moscú fueron a veces contradictorias y difíciles. Fidel, muy celoso de su poder personal, en dos oportunidades (1965 y 1968) aplastó a varios grupos pro-soviéticos que intentaban corregir con medidas ortodoxas ciertas arbitrariedades en las que Castro y Guevara incurrieran, víctimas de una mezcla de infantilismo revolucionario y tendencias anarcoides.

En esos años, Castro desarrolló su teoría del «foquismo», hipótesis política que consistía en asegurar que, aun cuando no existieran las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para desencadenar una revolución comunista, un pequeño foco de revolucionarios afincados en las guerrillas rurales podía crear un ejército capaz, en su momento, de segregar un partido comunista de masas, y de provocar el colapso de las débiles estructuras burguesas en América Latina. Con esta estrategia –pensaba Castro– se ahorra a esos pueblos el largo período de maduración que, según los marxistas, era un requisito previo para el asalto final al poder.

En definitiva, el «foquismo» resultó un costoso y sangriento disparate, Guevara murió en 1968 en el intento de plasmar su teoría en la práctica. Pero como consecuencia de aquellos hechos, los partidos comunistas se dividieron, surgiendo una facción mucho más cercana y obediente de La Habana que del Kremlin, división que ha llegado hasta nuestros días.

No obstante, a pesar de esas veleidades autonómicas, en 1970, abrumado por los fracasos económicos y militares, Castro pareció rectificar y someterse a la disciplina y al modelo convencional de los regímenes del Este, pero en modo alguno abandonó su proyecto de influir en el Tercer Mundo y de exportar el antiamericanismo y la violencia subversiva.

Para su fortuna, a partir del ascenso de Leonid Brezhnev al poder, el líder cubano contó en el Kremlin con un aliado aún más irresponsable que dispuesto –incluso– a otorgarle a Cuba unos subsidios totalmente desproporcionados con la población de la Isla y con las propias posibilidades de la URSS, generosidad que tal vez dependía de que en Moscú se percibiera a Cuba no como un costoso satélite, sino como un portaviones anclado cerca de Estados Unidos, en un punto estratégico de singular importancia. Si Brezhnev y la URSS buscaban la paridad o la superioridad militar con respecto a Estados Unidos, la posesión de Cuba, pese a su alto costo, podía tener sentido estratégico. A fin de cuentas, los submarinos de la flota soviética podían repostar en la bahía de Cienfuegos, las estaciones de escucha colocadas al norte de la Isla eran útiles para interceptar las comunicaciones del «enemigo», y las pistas de aterrizaje de las bases aéreas eventualmente podían darles servicio a los aviones soviéticos en caso de guerra. No hay duda, pues, de que, si el ejército soviético buscaba la paridad o la superioridad militares, no era tan descaminado mantener a Castro dentro de la alianza con el bloque comunista.

El precio de la agresividad

Pero eso traería un costo imprevisible. En los proyectos revolucionarios que Castro forjaba en el Tercer Mundo, África jugaba un papel muy importante desde principios de los años sesenta. De manera que en 1975, cuando se desploma el régimen colonialista portugués de Luanda, Castro no sólo envía sus tropas para apuntalar al MPLA, sino

consigue algo mucho más sorprendente: persuade a los soviéticos de que lo apoyen en esa nueva aventura, abriéndose paso en el Kremlin la idea de que podía resultar conveniente instalar regímenes comunistas en el Tercer Mundo utilizando para ello tropas cubanas.

El momento de desarrollar esos planes parecía propicio. Estados Unidos acababa de salir de la guerra de Vietnam, y la sociedad norteamericana se encontraba desmoralizada e incapaz de responder vigorosamente a ningún reto que se le hiciese en el Tercer Mundo. Europa, por otra parte, tampoco tenía voluntad de lucha ni pensaba que era responsabilidad suya el enfrentarse a los soviéticos y disputarles la hegemonía en las regiones menos desarrolladas del planeta. En última instancia –solía decirse en las cancillerías europeas– la potencia hegemónica en el Tercer Mundo tenía que pagar por ello factura y no estaba nada claro qué se obtenía a cambio de aquellos incosteables compromisos.

En 1978, esta vez probablemente por iniciativa soviética, se repitió el mismo esquema en Etiopía. La URSS vio la oportunidad de consolidar en su puesto a un aliado pro-socialista, y le pidió a La Habana que lanzara sus tropas contra Somalia. Sólo que la combinación del aventurerismo de Castro con la audacia mal calculada de Brezhnev tuvo un inesperado efecto: contribuyó a reforzar en Estados Unidos las tendencias más conservadoras y anticomunistas en política exterior, fenómeno que se hizo patente con la derrota de Carter y el ascenso de Ronald Reagan a la Casa Blanca en 1980. Probablemente, una URSS y una Cuba más prudentes y menos agresivas no hubieran provocado en el seno de la sociedad norteamericana la aparición de un influyente sector (los neoconservadores) que aseguraba, con bastante fundamento, que Estados Unidos tenía que protegerse del inminente peligro de dominio que significaba una Unión Soviética víctima de un evidente espasmo imperial.

Como es fácilmente constatable, la consecuencia de la agresividad de la URSS-Cuba en el Tercer Mundo fue en cierta medida el aumento de los presupuestos de defensa norteamericanos, el desarrollo de costosísimas tecnologías militares y el

recalentamiento de la rivalidad armamentística entre las dos superpotencias, con el resultado que luego pudo comprobarse. Al terminar Reagan sus dos mandatos, la situación económica de la URSS se había agravado, un porcentaje enorme del Producto Nacional Bruto se dedicaba a la defensa y –lo que resultaba más comprometedor– una parte importantísima de la comunidad científica y de la *intelligentsia* de la URSS se consagraba a tareas improductivas relacionadas con la competencia militar con Estados Unidos.

La perestroika y Cuba

Pero ese alarmante cuadro no podía durar eternamente. Tras la muerte de Brezhnev y los breves períodos de Andropov y Chernienko, surge en la URSS la figura de Gorbachov, y con él la *perestroika*, el *glasnost* y una nueva manera de enfocar las relaciones internacionales.

Con todo realismo, el nuevo Presidente soviético, que encarnaba una fuerte corriente de opinión en el PCUS, admitió que la carrera armamentística había afectado seriamente la capacidad económica de la URSS, y que el coste de sostener compromisos internacionales onerosos se hacía intolerable para una sociedad en la que escaseaban los productos básicos. De manera que la era de la confrontación daba paso a la de la convivencia pacífica, el desarme, la cooperación y el abandono del clima de mutuos temores que había imperado desde fines de la década de los cuarenta hasta ese momento.

Sin embargo, el gobierno de Gorbachov y las fuerzas que dentro de la URSS defendían las reformas y la distensión no encontraron en Castro la menor dosis de comprensión. El Castro que en 1962 no entendía que Jruschov retirara los misiles de Cuba para evitar una tercera guerra mundial, tampoco entendía que Gorbachov y los reformistas renunciaran a la carrera armamentista y a la ideología de conquista que tanto contribuyeron al empobrecimiento de toda la sociedad soviética.

Además de la prohibición de que en la Isla circularan *Sputnik* y *Novedades de Moscú*, además de las públicas críticas vertidas por Castro contra la *perestroika* y el *glasnost*, y su

apocalíptica visión de una URSS despedazada por la guerra civil, el viejo líder cubano, ya con más de 65 años de edad, continúa insistiendo en su derecho a fomentar la insurrección antioccidental a toda costa, mientras se empeña en recurrir a la colectivización y al centralismo, medidas que a lo largo de varias décadas han demostrado no sólo su ineficacia, sino también su carácter contraproducente. En 1959, Cuba contaba con ingresos *per cápita* entonces semejantes a los de Italia y mayores que los de la Unión Soviética. Sin embargo, treinta años después vive sometida a la escasez y al racionamiento de prácticamente todos los productos de primera necesidad. Pero quizás lo más significativo de este fracaso económico estriba en que ha ocurrido pese a que la economía de la Isla contó hasta 1991 con un subsidio masivo de la URSS que llegaba al 25% del Producto Nacional Bruto (y hasta el 40 según algunos autores).

Mientras Estados Unidos apenas aportaba 350 millones de dólares para el desarrollo de todo el Caribe durante la época de Reagan, el sobreprecio que la URSS pagaba por el azúcar cubano y el infraprecio que le fijaba al petróleo y otros subsidios remitidos a la Isla, alcanzaron la cifra astronómica de esos 5.000 a 6.000 millones de dólares anuales que pasaban de las críticas arcas del Kremlin a las totalmente en bancarrota de La Habana. Todo esto, sin olvidar la impagable deuda acumulada por Cuba con la URSS, obligación que excede los 20.000 millones de dólares, de acuerdo con la estimación del economista cubano Manuel Sánchez Pérez, viceministro hasta 1985 del sector económico.

Conclusiones

Lógicamente, este cuadro precipitó a los soviéticos a una serena revisión de las relaciones entre Cuba y la URSS, llevándoles a una serie de reflexiones que acabaron por distanciar definitivamente a ambos países, especialmente tras la llegada de Boris Yeltsin al Kremlin.

En definitiva, éstas son las preguntas que hoy se hacen los historiadores y politólogos del entorno de Yeltsin:

–¿Tuvo sentido intentar sovietizar y controlar un país situado a miles de kilómetros de distancia con el que no se tenía el menor vínculo histórico, geográfico ni cultural?

–¿Valió la pena poner a la URSS –y al mundo– al borde de la destrucción en 1962 para defender la dictadura unipersonal de un aventurero que buscaba en el marxismo una coartada ética, en el partido comunista un método de gobierno y en su relación con Moscú un manto protector para desarrollar impunemente su vocación guerrillera?

–Para el Partido Comunista de la URSS, ¿era razonable alimentar y apoyar a un líder que buscaba su propia gloria partidista aunque estuviera en contradicción con el poder que lo sostenía?

–¿Fue una decisión sabia expandir las responsabilidades y los compromisos de la Unión Soviética a Cuba, Angola, Etiopía o Nicaragua? ¿Cuánto les costaron estos empobrecidos y desorganizados clientes a los obreros soviéticos? ¿Qué grado de conflictividad y de hostilidad antisoviética provocó en Occidente la conquista de estos territorios?

–¿No habrá sido un error de Gorbachov continuar subsidiando a un Castro enemigo público y declarado de la *perestroika*, del *glasnost* y de todas las tendencias democráticas?

Parece evidente que Castro y su régimen forman parte de un período de la historia que afortunadamente ha sido superado. Pero también es obvio que Castro no se da cuenta de esta circunstancia e insiste en repetir en la proximidad del siglo XXI los peligrosos esquemas de comportamiento de las décadas de 1960 y 1970.

Pero el problema se le presentó a Castro con la desaparición de la URSS y el cambio de rumbo anticomunista surgido en el antiguo bloque del Este. En la división internacional del trabajo socialista, a él y a Cuba se les había asignado el papel de proveedores de mano de obra para las tareas de conquista. Al desaparecer esa categoría en la nómina del Kremlin, Castro se convierte en algo así como un parado internacional, sin ningún trabajo que justifique su liderazgo no sólo en el exterior, sino también en el plano interno.

Tras retirar los ejércitos cubanos de Angola y de Etiopía; tras desaparecer la presencia militar cubana en los dieciocho países en los que había estado vigente; tras la derrota de

los sandinistas en Nicaragua y la pacificación de Centroamérica, el papel de Castro se ha reducido hasta la insignificancia, con la consecuente pérdida de legitimidad por el líder cubano. Castro fue sólo un producto de la Guerra Fría. Y con ella tiene que terminar.

CAPÍTULO 6

ANATOMÍA DEL PODER EN LA CUBA DE CASTRO

Esa pérdida de legitimidad, paradójicamente, hace más peligroso a Castro en su agonía final, porque le lleva a recurrir a la violencia y a los fusilamientos con mayor rigor, circunstancia que hoy, secretamente, muchos de sus colaboradores rechazan, aunque públicamente la acatan, porque ésa ha sido la forma de mantenerse en el poder durante muchos años.

¿Cómo manda Fidel? Delega en el círculo íntimo de su gente, pero es obvio que mantiene en sus manos todas las correas de transmisión. La única condición inexcusable para tener acceso al poder es la lealtad absoluta al *Máximo Líder*. Todos los puestos clave políticos y militares –los únicos que garantizan la continuidad de un régimen– están bajo el control de los fidelistas, y si flaquean, son reemplazados por fidelistas de nuevo cuño. ¿Cómo ha sido posible ingresar en esa élite? ¿Cómo se ha llegado a formar parte del equipo de Castro? Esencialmente, por la aventura de la Sierra Maestra. Fidel reclutó a su tropa definitiva en la Sierra. Sólo confía en los que le conocieron *después* del mito. Los que habían sido sus compañeros de luchas universitarias o en el Partido Ortodoxo –antes del mito– son mantenidos a cierta cautelosa distancia o en altos puestos administrativos, pero alejados de la llave de la armería. Es natural: la sumisión más genuina y espontánea es la que le profesan los que siempre le vieron como un héroe y un genio. Los más propensos a esta cándida admiración son los guajiros (campesinos) y los hombres de escasa instrucción. Media, además, una predecible gratitud: a fin de cuentas, Castro los sacó de la insignificancia y los convirtió en personajes importantes, y hoy son los hombres que le garantizan una fulminante respuesta militar en caso de que no sea obedecido o su poder fuera puesto en tela de juicio. No son exactamente comunistas. Son fidelistas. Encarnan el papel político que Castro les señala. Carecen de la más elemental autonomía, circunstancia valiosa para el *Máximo Líder*.

Pero, ¿hay algún factor en el poder que no sea fidelista? Por supuesto que sí. En sus orígenes, el gobierno fue el resultado de un compromiso entre el *Movimiento 26 de Julio* y el partido comunista (*Partido Socialista Popular*). Se intentó dar la impresión de una estructura monolítica, pero a la amalgama se le ven las costuras. El propio *26 de Julio* era un aparato fragmentado en dos grandes zonas desde la lucha contra Batista. Por una parte, lo que se ha llamado *el llano*, formado por el núcleo clandestino urbano, y por la otra, *la Sierra*, es decir, las guerrillas rurales. *El llano* llevó el peso de la lucha contra Batista, pero la espectacularidad la acaparó *la Sierra*. El elemento humano de uno y otro sector también era diferente. *El llano* estaba integrado por estudiantes, profesionales, clase media, casi todos blancos, mientras que *la Sierra* incorporó a centenares de campesinos de escasa educación, frecuentemente mestizos o negros. Las tensiones entre ambos grupos surgieron como consecuencia del control que se ejercía desde *la Sierra*, donde estaba la jefatura, sobre las ciudades, donde estaba el peligro. Cuando los hombres del claudestinaje eran intensamente buscados por la policía, se decía que estaban «quemados» y se les enviaba a la relativa seguridad de la guerrilla rural. Esta situación provocó cierta rivalidad entre ambos sectores de la lucha, a la que no fue ajeno un solapado encontronazo entre clases. El claudestinaje urbano se perfiló desde entonces como la derecha del *26 de Julio*, y la primera oposición a Castro, desde el poder, fue la que se comenzó a instrumentar por estos sectores moderados. Faustino Pérez, Marcelo Fernández, Armando Hart, David Salvador, Vicente Báez (Mateo), Manuel Ray, Víctor Paneque, Aldo Vera, Emilio Guede, Enrique Oltuski, Carlos Varona, Manolo Fernández y otros elementos clave de la Dirección Nacional del 26 de Julio tuvieron reuniones semiconspirativas ante la evidencia del giro comunista que los Castro y Guevara le imprimían a la revolución. De estos hombres, algunos tomaron definitivamente el camino de la insurrección, y otros –Faustino Pérez, Armando Hart, Marcelo Fernández, Oltuski– acabaron aceptando el comunismo como una fatalidad inmutable y frente a la cual no aparecía otra alternativa mejor. Castro admitió la reincorporación al poder de estos revolucionarios críticos y escépticos, pero se cuidó mucho de situarlos en puestos «peligrosos». *El llano* –el claudestinaje urbano– que se ha mantenido leal, ha sido utilizado por la revolución, pero lejos del polvorín. Castro sólo confía a medias en estos

hombres. Los suyos son los guajiros de la Sierra, dispuestos a matar o morir por el *Máximo Líder* sin cuestionar la justificación ética de sus actos.

El viejo partido comunista (*Partido Socialista Popular*) es la otra fuerza presente en la estructura del poder, pero sólo desde posiciones subalternas escaso acceso al aparato militar. Castro no confía en los antiguos comunistas y no le falta razón. El partido comunista traicionó la lucha contra la dictadura de Machado, fue batistiano durante la primera etapa de Batista y rabiosamente sectario durante la insurrección contra la segunda dictadura de Batista, evento en el que apenas tuvo participación. Sólo al final, en los últimos meses de la tiranía, cuando el desplome era previsible, envió varios hombres a la Sierra Maestra y alzó una guerrilla en la provincia de Las Villas con el objeto de ponerla al servicio de Castro y neutralizar la influencia de otros grupos guerrilleros de la zona, marcadamente anticomunistas. La vulnerabilidad del PSP era tremenda. Sólo el brazo de Fidel podía hacer que tuviera acceso al poder. Algunos episodios increíblemente viles se conocían *sotto voce* entre los sectores revolucionarios. Marcos Rodríguez, un miembro destacado del PSP, había entregado a la policía de Batista, con el objeto de que los eliminaran, por ser anticomunistas confesos, a cuatro de los dirigentes del Directorio Revolucionario Estudiantil. La cúpula del Partido había conocido o propiciado estas traiciones, y luego protegió al traidor. No era sorprendente. En rigor, el PSP estaba formado por dos tipos humanos muy diferentes: la alta jerarquía, corrompida y cínica, intelectualmente mejor o peor dotada, y la militancia de base, sufrida y honesta, casi siempre compuesta por hombres de escasa instrucción.

Cuando Fidel Castro decidió «comunizar» a la revolución, el viejo partido tuvo la fantástica ilusión de que «usaría» a Fidel y a los suyos, ignorantes absolutos de la doctrina de la secta. Escalante, Ordoqui y otros elementos de la cúpula del PSP se dieron a la tarea de infiltrar sus cuadros en las esferas decisorias y en el control militar. Castro, que nunca los perdió de vista, no tardó en descubrirlos, y acabó el juego con un empujón que puso en la cárcel a Escalante, y a Ordoqui y a su mujer en un juicio público por complicidad con la sombría felonía de Marcos Rodríguez, «Marquitos».

En última instancia, Fidel no necesitaba del PSP como intérprete de Moscú. Había establecido sus propios canales de comunicación, y Moscú se limitó a pedir clemencia para el viejo partido satélite, en desgracia ante el Júpiter tonante cubano. El acuerdo tácito consistió en entretener al PSP con el aparato cultural, puesto que el poeta Guillén, el pintor Mariano, el crítico Portuondo, el ensayista Marinello y la bailarina Alicia Alonso, servían para atender los asuntos del ballet, la pintura, la música, la literatura, el cine y otras actividades absolutamente misteriosas para el fidelismo. Ocupados en amables pasatiempos, los viejos camaradas disfrutaban de la «sensación», del Poder, sin encarnar, ni remotamente, un riesgo político para Castro.

Durante más de tres décadas, Castro ha acaparado personalmente el poder político. Esto le ha permitido lanzar a la revolución por diferentes y hasta contradictorios derroteros, sin más trámite que su propia decisión. Desde adoptar el marxismo-leninismo como respaldo teórico, hasta «decretar» la industrialización, frenarla, olvidarla, tratar de huir del monocultivo cañero, regresar a él con el alocado proyecto de producir diez millones de toneladas de azúcar... Esta velocidad tremenda no hubiera sido posible con un partido crítico y unos órganos legislativos independientes. La institución –Fidel lo intuye– es el fin de la revolución. Por lo menos, de su revolución. De ahí que la institucionalización del régimen no haya sido más que una burda coartada para buscar legitimidad política en la medida que el tiempo ha ido borrando el recuerdo de las victorias militares de la Sierra Maestra. A Castro, hombre nacido para mandar como no ha existido otro en la historia del país, le hubiera resultado difícil aceptar unas instituciones que limitaran su frenética capacidad de acción. Por eso, la institucionalización –tan en boga en los años setenta– no era más que una palabra hueca. Es más sencillo gobernar por decreto, por simples memorándums, por discursos que la gente interpreta como si fueran leyes y órdenes de cumplimiento obligatorio.

Esta circunstancia da fortaleza a la estructura del poder, pero arroja ciertas dudas sobre la continuidad del régimen si Castro muriera o fuera asesinado. En un panorama claro, en el que el propio Fidel ha impedido el surgimiento de líderes nacionales y en el que no hay instituciones capaces de brindar un sustituto indiscutible, es probable que se produzcan

enfrentamientos entre los diferentes sectores del poder. Por supuesto, Raúl Castro, vicario de Fidel en las Fuerzas Armadas, sería momentáneamente la figura dominante, pero Raúl, dentro de esa institución, es detestado por no pocos oficiales con mando, especialmente por los graduados en las academias militares de lo que fue el campo socialista.

¿Cómo manda Fidel?

A principios de la década de los 70, Régis Debray publicó en París su versión de la aventura boliviana del Che Guevara. Debray fue un joven intelectual francés, profesor de filosofía y autor de un opúsculo (*Revolución en la revolución*), y luego aprendiz de guerrillero en la tropa de Guevara, y por último asesor para Latinoamérica del presidente Mitterrand, ya de regreso de cualquier simpatía castrista. Según el argentinocubano, el francesito no tenía condiciones para la dura vida de la guerrilla y se agenció una débil coartada para pasar al «clandestinaje urbano». A la postre, el Ejército boliviano dio con él, y tras varios años de cárcel –en los que aprendió a hablar español y a limitar su tendencia al análisis superficial– se vio libre otra vez, y dispuesto –por lo visto– a no evadirse jamás del estricto (y seguro) marco de la teoría. La praxis, a todas luces, conduce al calabozo, a la muerte o a la siempre dolorosa y ridícula contradicción.

Debray ingresó en el «manicomio» cubano a mediados de la década sesenta. Por aquellos años, Fidel vivía unos curiosos delirios paranoicos, violentamente contagiosos, de cuyos efectos no pudo librarse el joven profesor de filosofía. El líder cubano se proponía «convertir los Andes en la Sierra Maestra, «iniciar una larga marcha americana» (a lo Mao), «incendiar el continente en una total guerra revolucionaria», «alzar en vilo al Tercer Mundo», para lo cual enviaba guerrilleros al África o «voluntarios» a Vietnam, todo ello al servicio de su aspiración a la corona del Tercer Mundo. En aquel entonces, Fidel abrigaba secretas aspiraciones de independencia frente a Moscú y Washington, pretendiendo para La Habana la condición de metrópoli del mundo hispanoamericano, previamente conquistado por el Che. Estaba pactado el traslado de Fidel al continente tan pronto como existiese un territorio seguro «liberado». Todas estas demenciales lucubraciones, dichas entre bocanadas de habano y sorbos de café, en medio del espectáculo surrealista de los barbudos, sonaban extrañamente verosímiles. No sabía

Debray que en el Caribe todo es verosímil. Fidel convocaba al apocalipsis con la misma seriedad con que Duvalier practicaba el vudú o Trujillo la santería. Debray sucumbió a la magia. El carisma y la vehemencia del cubano lo aplastaron. A las cuatro horas de estar en La Habana se le había olvidado *El discurso del método*. Brillante, elocuente y esclavo de una lógica sencilla, retorcida y convincente –rasgos típicos del paranoico genial–, Fidel encandiló al joven marxista francés. Tal vez Debray hubiera sospechado la trampa en que caía de haber sabido que al *Máximo Líder*, además de «el Caballo» se le llamaba «el Loco», apelativo que con su habitual sagacidad lo bautizó, *sotto voce*, el periodista Kuchilán desde la peña de El Carmelo. «El Loco» tomó por asalto la imaginación de Debray.

Las tres últimas décadas de la historia de Cuba son absolutamente inexplicables si se olvida la psicología de su principal y casi único protagonista. Nada de esto recogerán los libros del futuro. Se hablará de «condicionantes económicas», «estructuras de poder», «coyunturas internacionales» y otras altisonantes palabrejas de la historiografía. Pero se olvidarán las rabietas infantiles de Fidel, su delirio de persecución, sus anormales accesos de ira, sus celos paranoicos contra toda persona que destaque o que comience a ser estimada o admirada por el pueblo. El dato impresionante de que Castro, personalmente, como revelara el primer actor cubano Eduardo Moure, pidió la sustitución de dos galanes de televisión, porque empezaban a conseguir fans entre los espectadores, no será otra cosa que un rumor borroso, no obstante resumir la manera enfermiza en que Fidel se relaciona con su pueblo. Fidel oscuramente se valora como un supermacho que ejerce un dominio de amante/tirano sobre el país que ha conquistado. El lecho o recámara donde todo se ventila es la tribuna. En la tribuna, Fidel castiga, ama o regaña a su amante, todo de acuerdo con la «obediencia» y «lealtad» –virtudes tradicionales de la hembra– que los cubanos hayan mostrado. Colérico o feliz, en un plano de promiscua intimidad, como no creo que caudillo alguno antes que él haya alcanzado, Fidel manipula al pueblo-hembra. Se reserva, con especial sentido de su deber de macho, las malas noticias. Él anuncia la escasez y los ciclones, el fracaso de la zafra, la reimplantación de la pena de muerte o la disolución del campo socialista. Es él –sólo él– quien truena, amenaza y flagela a la Gran Hembra por sus veleidades casquivanas. Sus inmediatos subalternos han padecido,

sobrecogidos por el terror, los gritos y malos tratos del Hombre. José Llanusa –que alcanzó el Ministerio de Educación con la notable formación académica que le confería su condición de coach (técnico) de baloncesto– debió sufrir algún empujón nada metafórico en presencia de otros dirigentes. La reacción de estos subordinados, humillados y ofendidos por el amante/tirano, es de una patética congruencia: se tornan rencorosos y abatidos. Una vez, a la salida de un canal de televisión, el comandante Faustino Pérez, héroe de la resistencia castigado por Fidel, tuvo un ataque de nervios, tomó al líder por las solapas, y entre arrepentido y rabioso le pidió otra oportunidad de ser leal. Castro le apretó los hombros, lo miró fijamente y se la dio. Desde entonces, Faustino mantiene una equívoca actitud a mitad de camino entre el desprecio y el despecho. El desengaño y su secuela de confusiones no se produce contra una fallida aventura ideológica que pasó a ser dictadura, sino contra el supermacho malvado que los subyugó y luego traicionó. Todo se dirime en la esfera de lo personal. Aman y son amados por el caudillo en una evidente relación pasiva-activa.

¿Cómo pudo semejante personaje adueñarse de un país? Sencillo: en la cresta de una revolución. Es decir, en un territorio sin instituciones y sin cánones para medir la idoneidad de los hombres. Las revoluciones son el único escenario a la medida de los héroes épicos. Fidel es el héroe épico por excelencia: audaz, enérgico, dogmático. Dentro del andamiaje republicano de una democracia burguesa, la mayor parte de esas características se convertirían en defectos. En medio de una revolución, se truecan en virtudes.

¿Cómo logra conquistar a sus adeptos? Guevara, por ejemplo, era muchísimo más inteligente que Fidel y, por supuesto, mejor formado, más culto. Sin embargo, el argentino, sometido al carisma de Castro, es capaz de romper con su ejemplar sobriedad y dedicarle un lamentable poema en el que se entrega a su héroe adorado. Fidel lo conquistó, y el joven médico, pese a saberse intelectual y moralmente mejor dotado, se subordinó. Esta extraña relación erótico-política, tan frecuente en el manicomio cubano, presidió siempre la relación entre ambos hombres. Cuando Guevara quiso sustraerse a ella, cuando quiso romper con el «influjo», Castro lo consideró una especie de traición, y

en ese extraño estado quedaron las relaciones entre ambos hombres en el momento en que el argentino marchó a África en 1965. De ahí que, entre todos los documentos del Che, Fidel haya escogido como «testamento político» una carta en la que el guerrillero rectificaba anteriores posturas de independencia de criterio y suscribía, de nuevo, íntegramente, la visión de su señor y jefe. Desde la tribuna –la recámara, el lecho– revalidaba Fidel su posición de amante-vencedor indisputable.

Debray –y vuelvo al origen de estas reflexiones– no entra en su libro en las anteriores consideraciones. De los escritores que se han acercado al fenómeno cubano, sólo Karol, Dumont y Enzensberger han intuido la monstruosa significación última de las relaciones entre Fidel y los cubanos. Debray, tenazmente superficial, se contenta con razones inmediatas. Una, de mucho peso, parece obsesionarle con relación al fracaso de su aventura: la colosal estupidez que significó extraer conclusiones universales de la particular e irrepetible experiencia cubana. Debray, y con él los propios protagonistas de la revolución cubana, acabaron por creerse la mitología revolucionaria. Por ejemplo, la fantástica historia de los doce hombres que derrotaron a un ejército de 30.000 respaldados por los Estados Unidos y otras ridículas conclusiones sacadas *a posteriori* del anecdotario folklórico de la lucha contra la increíble torpeza batistera.

Hoy, al cabo de muchos años de la muerte del Che y de la toma del poder por los barbudos, los actores menudos de la historia del proceso –Debray entre ellos– comienzan a sacudirse la locura castrista. En París, a salvo del contagio paranoide de Fidel, lejos de su viril seducción, Debray recobró la lucidez y escribió entonces unos libros tristemente reveladores.

¿Sobre quién manda Fidel?

Como democracia sigue siendo una palabra mágica, en los sitios donde no las hay se le busca un apellido para decir que sí, que existe, pero es distinta a las otras. En Cuba, de acuerdo con la leyenda, existe una «democracia directa». Fidel maneja el país con la mentalidad con que Trujillo gobernaba la República Dominicana. Es un Trujillo que ha leído (un poco) a Lenin y que cree tener sensibilidad social, cuando lo que tiene es

sensiblería «sociológica». Cuba es su finca. Conoce a los guajiros y les cuenta y escucha unos cuentos muy aburridos sobre las vacas y las gallinas. Visita a los huérfanos y juega al baloncesto con ellos. Se mete en una mina, en una nave pesquera o entre los carboneros de la ciénaga. Recibe (o recibía) a Sartre, a Gina Lollobrigida y a Sukarno, da igual quién sea el visitante. Desde que murió Mussolini es el dictador más fotogénico. Tiene una insaciable curiosidad. Mete su helénica nariz en todo, con lo cual disfruta, porque el Poder divierte, y si es absoluto, uno se divierte absolutamente. Le divierte –por ejemplo– andar con un casco de ciclonero, interrogar personalmente a un espía de la CIA o inaugurar un hospital de cojos. Ve y vive el acontecimiento de cada día en su finquita de 114.524 kilómetros cuadrados. Todo lo que ocurre le compete. Con su memoria de elefante acumula datos, ideas y anécdotas. «Usted, señora –le dijo a una infeliz cigarrera de la calle Prado en 1959, tras el triunfo de la revolución y en presencia de cien periodistas–, no me quiso fiar un mazo de tabacos antes del ataque al Moncada». La mujer por poco se desmaya, y Fidel sonrió, orgulloso de su retentiva. Esa memoria la maneja como el dictador dominicano Trujillo. «¿Cómo andan Fefa y los niños?» A lo mejor una vez, hace catorce años, vio al personaje que tiene delante y se enteró entonces de la existencia de Fefa. Hay cierta enfermiza incapacidad en todo esto. Fidel Castro no sabe establecer prioridades. Se ocupa lo mismo de una tontería que de un asunto serio. Para ciertos extranjeros y determinados indígenas, eso tiene su encanto. Es tan lindo tener un presidente que lo mismo pitchea nueve innings, que encesta un balón, que captura un tiburón. Es tan gracioso eso de tomar café con un señor de la historia, que a la gente se le olvida que la función del gobernante no es adiestrarse para ganar el decatión ni entretener el paciente ocio de las barberías. Las payasadas que le ríen a Castro, los ingleses no se las tolerarían a ningún ministro, ni mucho menos a un primer ministro británico. Pero Cuba es tan exótica, tan rumbera, que parece que todo le va bien. Ocurre como le ocurrió a aquel pintoresco y sanguinario Amín I de Uganda. Amín es un Fidel más desgarrado y oscuro. Fidel le gana a Amin en coherencia y en la búsqueda de objetivos políticos. Amín le ganaba en que sabía tocar las maracas. En todo caso, en favor de ambos dictadores se abona el sentido de las relaciones públicas. Pinochet fue menos cruel que Amín, pero mucho más impopular. Pinochet mataba en serio, Amín en broma. Fidel –a escala– hace lo que hacía Stalin, y a Stalin lo censuran y a él le guiñan el ojo. Stalin no jugaba al baloncesto ni

preguntaba por Fefa. Ese estilo popular de Padrecito-de-la-Patria suele dar resultado en sociedades, como la cubana, bastante provincianas. El gobernante no es ya un señor remoto que teledirige su vida, sino un tipo de carne y hueso con el que no es imposible conversar un sobre el tiempo, la zafra o la inmortalidad del cangrejo. Fidel lo sabe y lo explota. Eso es parte de lo que algunos increíbles señores llaman «democracia directa». La «democracia directa» también se ejerce desde la tribuna. En las grandes plazas del país, desde lo alto, Fidel, el altísimo, interroga al pueblo: «¿Merece nuestra revolución que realicemos trabajo voluntario?» Y el pueblo ruge que sí, contento de entregar sus domingos a la deliciosa tarea de cortar caña. Otras veces, las preguntas son más comprometedoras: «¿Quieren elecciones?» No, no, gritan todos con un acceso de asco. Y entonces, algunos corresponsales de prensa, entusiasmados, entornan los ojitos, y anotan en sus libretas el milagro de la «democracia directa». No importa que en las plazas estén los «listeros» comprobando la asistencia del pueblo, o que los gestos y las pupilas tremebundas de los partidarios dirijan y midan el entusiasmo controlado. Los corresponsales seguirán hablando de «democracia directa». Fidel tiene, o tuvo, antes del final del comunismo, buena prensa. Caía simpático. Es –más bien era– de lo más gracioso. (Especialmente si uno no vive en Cuba, claro).

Pero, ¿es bueno o malo conocer a las vacas por nombre y apellido? El asunto es vidrioso. Aun a punto de caerse, Castro es el gobernante más popular de la historia de Cuba. A ver si nos entendemos: no se trata de que la gente apruebe o desapruebe las medidas que dicta, sino de que el estilo en que se mueve es totalmente popular. Hay varios indicios. Es el primer mandamás que los cubanos llaman por su nombre. Los otros eran «Batista» o «Prío» o «Menocal». Castro es «Fidel». O «Fifo», o «el Caballo». Es un tipo familiar al que se conoce de toda la vida. Un tipo que es mucho más que el señor instalado en el gobierno. Es una especie de inevitable presente que inunda la casa a través de la radio, la televisión, el periódico, la conversación familiar o el juego de los niños.

Sus dichos, su acento de muchacho afónico devorador hambriento de des intervocálicas, sus gestos de tenor cómico, son acertadamente imitados por once millones de cubanos víctimas del político más promiscuo de la historia. Mientras los gobernantes previos,

frente al micrófono, recuperaban las eses, las des y hasta las zetas y las ces, en un intento desesperado –casi un ataque kamikaze por ser cultos, Fidel habla en *cubano* sin la menor inhibición y con una candorosa espontaneidad. No es exactamente un orador de barricada, ni mucho menos un tribuno elocuente. Es un sujeto que coge el micrófono por el cuello y se ríe, pelea, regaña, amenaza, elogia, conversa, chilla, agarra una rabieta, insulta y dice lo que le da la gana con el mayor desenfado. La espontaneidad le salva del ridículo.

Esa democracia directa –madre mía– tiene su poder, que es Fidel, y su oposición que también es Fidel. Fidel es el único crítico serio de su gobierno. Es el Juan Palomo de la política. Hace el disparate y luego lo censura. En 1970 lanza la zafra de los diez millones y cuando fracasa, culpa al ministro de la Industria Azucarera. Varias veces, desde la tribuna, ha puesto «a disposición del pueblo» su cargo. El pueblo le grita que no, que se siga sacrificando, y entonces él, humildemente, acepta los dictados de la mayoría bulliciosa. Frente a estos espectáculos, inevitablemente, siempre hay un señor que trae a democracia ateniense y la plaza socrática, o enjundiosas citas latinas de las páginas rosas del *Pequeño Larousse*. Y en medio de todo aquello, uno, que no tiene vocación de histrión, se queda pasmado.

¿Para qué manda Fidel?

Ya sabemos que la revolución cubana se radicalizó vertiginosamente desde el poder. La cúpula directiva pasó de ser un grupo reformista pequeñoburgués a encarnar el papel marxista-leninista. Muchos factores incidieron en el cambio: el carácter autoritario de Castro, los servicios que le prestara el partido comunista (PSP) poco antes del triunfo revolucionario, el temor a la reacción norteamericana, cierta sensibilidad social. Todo esto, conjugado, inclinó la balanza en dirección a Moscú. Pero hay más. Hay un factor de tremenda importancia en la comunización de Cuba: el único rol que le garantizaba a Castro preponderancia mundial era el de caudillo de la primera revolución comunista de América. Si se pierde de vista a Fidel Castro se oscurece cualquier análisis de la historia cubana contemporánea. Fidel es un hombre mesiánico, con una enfermiza vocación por el poder y la gloria. Toda su vida, desde la adolescencia, ha perseguido sin tregua los titulares

de los periódicos. En 1959, tras el fracaso de la revolución boliviana, la extinción de la mítica revolucionaria mexicana, el desprestigio del peronismo y la cauta moderación de la izquierda democrática de Rómulo Betancourt o Muñoz Marín, ¿qué camino fulgurante le quedaba a Castro para atraer la atención del mundo? Instaurar el comunismo en Cuba era el tipo de empresa ideal para el infatigable deportista. La tarea propia del guerrero que no conoce reposo. Cuando se discutió la hipótesis de comunizar al país entre Fidel, Raúl, Guevara y otros íntimos del cónclave revolucionario, renació en ellos el *espíritu de causa*. De nuevo había cruzada, y lucha, y gloria. Moscú no entendía exactamente lo que ocurría en la Cuba de 1959. Por primera vez los esfuerzos conspirativos de sus agentes eran menores que los de los gobernantes. Moscú tampoco pudo prever que traía a su bando a un feroz competidor. Una vez dentro del sistema, Fidel Castro convocó a sus colaboradores más íntimos y les comunicó los nuevos objetivos de la revolución. En el orden doméstico, el establecimiento de la primera nación comunista del mundo. La Unión Soviética llevaba cincuenta años de socialismo y dictadura del proletariado, en vía eterna hacia el comunismo. Cuba se saltaría etapas, modificaría la conducta y los hábitos de la gente, haría desaparecer el dinero y el afán de lucro en apenas unos años. Cuba (Fidel Castro) le demostraría al mundo, etcétera, etcétera. En el orden externo, el reto a los soviéticos no era menor. El razonamiento de Fidel era de una ingenua sencillez: Asia para los chinos, Europa para los soviéticos y Latinoamérica para los cubanos. Reclamaba para Cuba (para sí) la jefatura de un tercer bloque comunista que surgiría como consecuencia de los esfuerzos subversivos organizados por La Habana. Para fortuna de sus planes, los oradores de todas las tribunas comenzaban a declamar la retórica tercermundista. El Tercer Mundo reclamaba un papel protagónico frente a la actuación de las grandes potencias. Fidel se concibió como eje y portavoz de ese Tercer Mundo. Organizó en La Habana conferencias de la Tricontinental, mantuvo, adiestró y envió guerrilleros a todas partes. Con una mano se batía contra el imperialismo, y con la otra, simbólicamente, le discutía a Moscú su supremacía comunista en ciertas partes del mundo.

Moscú, gigantón viejo y de regreso de todas las utopías, admitió resignado la gesticulación vehemente del curioso satélite. Sólo tenía que esperar pacientemente el fracaso del impulsivo líder antillano. A la postre, Castro se cansaría de enviar guerrillas que

sucumbían, de alimentar a diletantes del marxismo y de ignorar a los viejos partidos comunistas locales. A fin de cuentas, descubriría que la manera más certera de destruir un sistema económico es tomar esos míticos atajos hacia la prosperidad. Lejos de construir la primera nación comunista del mundo, Castro acabó creando la primera dictadura militar del socialismo, en medio de una vergonzosa cadena de fracasos económicos, escaseces, dependencia exterior y penurias.

Aquellos vibrantes objetivos iniciales se fueron apagando lentamente ante la evidencia del fracaso. Las guerrillas no prosperaban, los intelectuales acabaron rebelándose, los estudiantes no respondieron o terminaron acusando a Cuba de reaccionaria. La melancólica certidumbre de que siempre hay alguien a la izquierda (o a la derecha) concluyó por posesionarse de Castro. La Habana, para muchos comunistas incontrolados, para la gauche divine, es un régimen estalinista de escaso atractivo. Todos los grandes objetivos del castrismo se fueron desmoronando ante una realidad mucho más compleja de lo que Castro sospechaba. La euforia y el optimismo suelen ser nefastos en política.

¿Está loco Fidel Castro?

En suma: ¿está loco Fidel Castro? El señor Fidel Castro, que se cree Napoleón (y que probablemente esté en lo cierto), en 1981 afirmó que Estados Unidos le envió una epidemia de dengue con el torvo propósito de minar aún más la salud de sus azorados súbditos. Hace años se quejó amargamente de que la CIA le destruyó la cosecha de tabaco diseminando el terrible «moho azul», mientras simultáneamente dañaba la cosecha de azúcar desatando las iras de la «roya», diminuto bicho domesticado –claro– por los pérfidos «Dr. Strangeloves» del Pentágono. Pero esas fantásticas acusaciones no son nuevas: hace casi treinta años ya alertó al mundo sobre otra singular canallada: la CIA desviaba los ciclones y los encaminaba en bocanadas siniestras contra las costas de la isla de Cuba. Todo ello conduce a la pregunta inevitable: ¿estará loco este imaginativo caballero? Jean Kirpatrick, la brillante politóloga yanqui y exdelegada de su país ante las Naciones Unidas, piensa que sí, y así lo ha recogido el ABC madrileño. Juanita, hermana de Fidel, también lo sostiene. Su excuñado, Waldo Díaz-Balart, pintor grande del constructivismo, lo afirma con más tristeza que pasión. A su ex amante Naty Revuelta solía escapársele la misma sospecha. Su

secretario Juan Orta lo aseguraba. Nasser y Tito se burlaban de la salud mental del personaje, y hasta el propio Che, en medio de su manifiesta admiración, mostraba serias reservas:

–Hay que perdonarle esas cosas, Pardo –le decía a un amigo periodista–, ya sabés que Fidel está un poco turulato.

¿Un poco? ¿Cuán poco? ¿Qué tipo de locura padece? Por supuesto, yo no creo que Castro esté loco, aunque evidentemente tiene rasgos paranoicos: desconfianza patológica, delirios de persecución, racionalizaciones de origen descabellado perfectamente articuladas. Pero también acusa síntomas neuróticos: crisis maniacodepresivas, accesos eufóricos, hiperactividad motora y oral, episodios de furia transitoria. Obviamente, no se trata de un loco de manicomio y de camisa de fuerza, pero sin duda sí de una personalidad sicótica. La casta –así la llama Szasz– siquiátrica/sicóloga acuesta, seda y trata a millones de pacientes infinitamente más equilibrados que el hirsuto señor de La Habana, aun cuando a esta desdichada fauna sólo le sea dable incordiar en el pequeño mundillo de la familia o del vecindario, mientras que Fidel Castro dispone de una acorralada clientela de millones de once millones de petrificados cubanitos sujetos a las consecuencias de sus accesos.

Y eso es muy grave, porque nunca sabremos a ciencia cierta si Castro está o no realmente loco, y probablemente ni siquiera alcanzaremos a descifrar qué diablos es eso de «estar loco» cuando se aplica a su caso, pero no hay duda de que cuando un sujeto de ese extraño comportamiento alcanza el poder, los papeles se invierten. En circunstancias normales, cuando el vecino del quinto piso insiste en que la CIA le está mandando ciclones o la prima le inocular el dengue, se le encierra, se le seda, se le da una aspirina, dos bofetadas, tres electroshock y/o una estampita de San Judas Tadeo; o, en todo caso, se le recomienda que se case a ver si evacua el nerviosismo por la entropierna, es remedio eficacísimo. Pero cuando el autor del despropósito no es el del vecino del quinto, sino el de la casa de gobierno, Dios nos coja confesados, porque son los «normales» los que acaban en los manicomios, como les ocurrió a mis amigos el historiador Juan Peñate y el escritor Juan Manuel Cao.

¿Qué hacer, pues, con el señor Castro? Yo creo que aquí nos hemos equivocado de foros internacionales. El problema de Cuba no tiene nada que ver el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sino con la Organización Mundial de la Salud, la Escuela Viena y los sicofármacos.

Aquí lo que hay que gritar es ¡Viva Cuba Librium! Por una punta es éste un problema de botica y por la otra de servicios secretos. O sea, que el mismo comando de la CIA que inoculó el dengue en la Isla debe penetrar sigilosamente en las habitaciones de Castro en La Habana, mientras éste duerme, e inyectarle en la vena un suero pacificador de treinta y ocho litros de cualquier sustancia calmante. A ver si de una dichosa vez la historia absuelve al resto de los cubanos, que son a la larga quienes han resultado condenados a pagar el pato de la alterada personalidad de este inquietante caballero.

Un caso de crisis

Pero no siempre sufren sus adversarios. A veces el propio régimen se convierte en víctima de la personalidad de Castro. Y el caso más notorio tuvo que ver con los sucesos de la Embajada de Perú, en abril de 1980, cuando Fidel Castro, indignado porque un puñado de cubanos había logrado penetrar por la fuerza en el recinto diplomático, quitó la guardia de la puerta, provocando que en pocas horas 10.800 personas –todos los que cabían centímetro a centímetro– penetraran en la casa buscando asilo para escapar del país.

¿Por qué Fidel Castro provocó el fulminante descrédito de su régimen? ¿Por qué hizo evidente en un par de noches peruanas que de Cuba quería irse medio país, secreto que con extraordinaria habilidad llevaba dos décadas ocultando? La respuesta hay que buscarla en otro rasgo de su temperamento: la soberbia. Fidel no admite contradictores, ni críticos, ni situaciones de reto. Así ha sido desde que existen datos de su conducta pública. Fidel suscribe hasta el suicidio la vieja estupidez de «sostenella pero no enmendalla».

Siempre ataca, siempre huye hacia adelante, no se retracta nunca. Para figurar en su corte personal es necesario carecer de criterios propios y –si es posible– poder exhibir un encefalograma plano. De ahí la triste pobreza espiritual de sus acólitos preferidos.

No tienen otra función que ejecutar órdenes (o gente), reír las gracias del jefe y darle vueltas a la pelota en la punta del hociquillo dialéctico. Junto a Fidel hay muy poca gente inteligente, y la que hay no puede excederse. El más brillante, el más imaginativo, el más creativo tiene que ser Fidel. Espejito, espejito, ¿quién es el tirano más bello del mundo? Nadie le iguala. Nadie puede desafiarlo.

La pugna entre Castro y Perú se produjo porque, por una vez, este anciano muchacho, cabezón y soberbio, no pudo hacer su voluntad y prefirió romper el juego. Sólo que la rabieta le hizo blanco en medio del prestigio.

Este incidente, claro, debió dar que pensar a la camarilla. El perfil de la revolución, la dirección ideológica y la importancia internacional se deben a Castro. Pero –al mismo tiempo– es Fidel quien cava la fosa del proceso. Es el padre y el enemigo, el ala y el ancla. El único cubano que podía poner a Cuba en el mapa internacional, pero que acabará por borrarla. Su impulso hacia la soberbia es mucho más poderoso que su instinto de prudencia, y ahí está como prueba, el incidente de la Embajada del Perú.

El simple reconocimiento de este hecho es una fuente de subversión dentro de la estructura de poder del régimen. Todo comunista, todo funcionario convencido de la incurabilidad del Máximo Líder, de su crónica condición de desorganizador del estado, de caotizador de la vida pública, entonces debe haber llegado a la inexorable convicción de que sustituirlo es mucho más factible que educarlo, sólo que nadie se ha atrevido a ponerle el cascabel al gato.

El cartel de La Habana: todas las claves

El verano de 1989 trajo la sorprendente noticia de que varios altos jefes del Ejército y del Ministerio del Interior habían sido detenidos y acusados de compra y tráfico de drogas. Entre los jefes del Ejército estaba el General de División Arnaldo Ochoa, héroe de las Fuerzas Armadas, y entre los del MININT aparecían los nombres de los legendarios gemelos La Guardia.

En todo caso, ¿cómo y por qué Castro entró en el turbio asunto del tráfico de drogas? ¿Cómo un hombre de mentalidad estricta, que odia el consumo de drogas, que persigue dentro de la Isla este tipo de vicio, se prestó a pactar con el Cartel de Medellín la utilización de Cuba como una escala en el camino la droga rumbo a Estados Unidos? ¿Cómo y por qué, si él había autorizado este turbio negocio, luego fue capaz de fusilar al general Ochoa, a Tony de Guardia, a Martínez Valdés y a Padrón?

Hay respuestas claras y coherentes para todo esto. No hay contradicciones. Veamos.

Los primeros contactos entre el gobierno de Castro y los narcotraficantes se produjeron en las selvas colombianas, cuando narcotraficantes y guerrilleros coincidían en aeropuertos remotos. Ahí surgió una forma de colaboración. Los narcotraficantes tenían dinero, pero necesitaban armas, protección y redes clandestinas. Las guerrillas castristas podían aportar todo eso.

Es verdad que dentro de la estricta moral del hombre nuevo preconizada por La Habana no había espacio para el tráfico de drogas, pero no era difícil llegar a pensar que –al fin y al cabo– los narcotraficantes también eran un factor de debilitamiento de los estados que la guerrilla pretendía destruir.

De manera que la simbiosis comenzó a surgir de una forma casi natural. Los narcotraficantes aportaban grandes sumas de dinero a la guerrilla, y la guerrilla les prestaba apoyo logístico y protección.

Esta historia está perfectamente documentada en los relatos de los traficantes Guillot Lara y Johnny Crump. Esta historia también aparece en las declaraciones de Carlos Lehder, y en las mil confidencias hechas por narcotraficantes y subversivos a lo largo del tiempo, porque la colaboración no es nueva. Data nada menos que de la segunda mitad de la década de los setenta, y se acelera cuando el sandinismo llega al poder en Nicaragua, Noriega obtiene el control de Panamá y Castro acaba por admitir que la droga es también un arma en la lucha contra los Estados Unidos. La droga, como le dijo el general cubano Barreiros al mayor Rodríguez Menier, quien luego desertara y lo contó, «era un arma para ablandar a la juventud norteamericana y para conseguir dólares. Si Estados Unidos había decretado el embargo, ésta era una forma de luchar contra el embargo. Y ya habría tiempo de fusilar a los narcotraficantes cuando la revolución triunfara en todo Occidente».

Es decir, poco a poco Castro fue adquiriendo compromisos y se hizo de una coartada ética. El no manejaba directamente el asunto, sino lo manejaba a través del Ministerio del Interior, a través del organismo que durante 30 años le ha servido para poner en marcha decenas de conspiraciones en veinte países. El Ministerio del Interior era, realmente, el Ministerio de la Conspiración Incesante, actividad que Castro disfruta por encima de todo.

Pero ocurrió algo que Castro no supo prever. Sus conspiradores comenzaron a dejar de ser los leales servidores de la revolución y empezaron a actuar por cuenta propia. La revolución mostraba fallos inocultables, y nadie podía estar seguro del destino final de todo aquel montaje político organizado por Castro. De manera que Ochoa, Abrantes, y otras docenas y docenas de líderes de la revolución, empezaron a hacer lo que hacen las personas prudentes cuando se avecina una crisis: buscar formas de protección. Castro no quería reformar el Estado. Castro insistía en su terquedad estalinista y en su odio a la *perestroika*, de manera que había pocas esperanzas de que la revolución pudiera mantenerse tras la desaparición del líder.

Y esto, quienes mejor lo sabían eran, precisamente, los miembros del Ministerio del Interior que Castro enviaba al exterior a misiones internacionalistas. Ese era el caso, por ejemplo, de los hermanos La Guardia, y también del general Ochoa, un hombre de las Fuerzas Armadas que había visto demasiado mundo y demasiadas guerras para no darse cuenta de que Castro, con su empobrecimiento marxista-leninista, estaba llevando al país a la catástrofe y la revolución a la destrucción.

En ese contexto es donde surge la chispa que le cuesta la vida a Ochoa y a sus compañeros. Durante años, desde 1982, los Estados Unidos estuvieron acusando a Castro de traficar con drogas, pero Castro confiaba en que la falta de pruebas y su imagen de revolucionario incorruptible podrían más que las denuncias norteamericanas. Sólo que eso no pudo sostenerse permanentemente. Llegó un momento en que aparecieron las pruebas físicas y tangibles: le grabaron conversaciones comprometedoras a unos agentes de Castro en Panamá. Los satélites filmaron la utilización de las bases de Varadero para el tráfico de drogas. Fueron capturados unos narcotraficantes que se habían servido de los Migs y de la Marina de Guerra cubanos. Castro ya no podía negar la evidencia. Había sido cogido con las manos en la masa. Cuando Estados Unidos pusiera las pruebas sobre el tapete y lo acusara ante un tribunal, quedaría a la altura de Noriega. Su prestigio de revolucionario sería destruido para siempre.

En ese punto, Castro se encolerizó, como se encoleriza el jefe de la Mafia cuando uno de sus mafiosos empieza a actuar por su cuenta y pone en peligro a toda la banda, y en especial al capo. Por eso se lanzó con tanta violencia contra Ochoa y De La Guardia. Los castigaba no por traficar en drogas, sino por hacerlo torpemente y para beneficio personal. Castro no castigaba al embajador Fernando Ravelo, que también era cómplice, porque siempre había sido leal a la banda. Ni castigaba a René Rodríguez Cruz, otro narcotraficante, que dirigió, hasta su sospechosa muerte (1991), el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, porque cuando Rodríguez Cruz traficaba en drogas, lo hacía única y exclusivamente para la revolución, no para sí. Esa era la diferencia. Por eso, en el tribunal que juzgó a Ochoa y a De la Guardia podía estar sentado el ViceAlmirante Aldo

Santamaría, uno de los mayores artífices del tráfico de drogas en la Isla, pero persona que siempre actuó en beneficio de la revolución.

Fue la víspera del 14 de julio de 1989. Buena fecha para un concierto de guillotinas afinadas. Todos lo vimos. Se asomó a la pantalla del televisor un viejo duro, con mirada torva de pedernal, y dijo que la revolución no podía ser generosa. Luego sus cómplices del Consejo de Estado mecánicamente levantaron la mano de matar, y a la mañana siguiente enterraron los cuatro cadáveres. Los cinco, porque junto a esos ataúdes también pasó a peor vida la imagen de Castro.

Esa vez, ni una sola voz importante lo defendió en Europa. La tónica general fue el escepticismo y el horror. Escepticismo, porque nadie creyó que Castro, que controla hasta los menores movimientos del más humilde de los cubanos, no supiera lo que ocurría con sus aviones militares, con sus barcos de guerra, con su propio yate personal, con sus más íntimos lugartenientes. ¿Cómo es posible que el mismo personaje que dirigía desde La Habana última batalla en una polvorienta aldea angolana y que sabía hasta el nombre del más bisoño teniente, ignorara lo que sus espías, embajadores y diplomáticos hacían en Colombia o Panamá?

Eso es ridículo. De ahí el escepticismo. El horror, en cambio, tiene otro origen. En Europa, la pena de muerte no es nada popular. Aquí ya no se puede acusar a unos hombres de ciertos delitos –penados en el Código con 15 años de prisión– y a las cuatro semanas pasarlos por las armas. No está el Viejo Continente para tolerar sin asco esta barbarie.

Pero hubo una tercera reacción ante la imagen de Castro, más meditada, y totalmente devastadora para la revolución cubana. La consignó Fernando Claudín, el desaparecido teórico del marxismo, en una intervención radial: ese Fidel endurecido, robespierrresco, invocando los espíritus guevaristas la pureza revolucionaria, rodeado de generales disfrazados de oficiales soviéticos, que repetían, como en una letanía, el grito seco y

absurdo de «marxismo-leninismo o muerte», pertenecía a un pasado remoto sin el menor contacto con el mundo que nos rodea.

No era Ochoa el que moría. Era Castro, que no advirtió que sus barbas son ridículas, que el verde oliva de su guerrera es anacrónico, que su convocaría a la insurgencia fracasó, que su discurso revolucionario ya no se entiende en una época en que se ha abierto paso la voluntad de colaboración y se enterrado el hacha de la guerra fría.

Mientras Hungría, Polonia y la desaparecida URSS, ante los ojos atentos de Europa Occidental, ensayan fórmulas para aliviar las torpezas de la economía dirigida y centralizada, ¿cómo puede alguien en esta parte del mundo aceptar en silencio la loca advertencia de Raúl Castro de que «primero se hundirá Isla en el océano que contemplar el regreso del capitalismo?»

Obviamente, la *intelligentsia* europea, incluida la izquierda magullada, de regreso de todas las ilusiones estalinistas, es incapaz de transigir con esta terquedad ideológica.

Ochoa y sus compañeros murieron al alba, como siempre obliga el macabro ritual de los paredones. Pero el día antes, bajo la mirada atónita de toda Europa, a la hora del telediario, Castro anunció su propia muerte. Fue la víspera del 14 de julio. La historia a veces nos depara ciertas dolorosas ironías.

CAPÍTULO 7

LOS BENEFICIADOS DE LA REVOLUCIÓN

*Entonces los de abajo se van
para arriba.
Entonces los de arriba se van
pa'l carajo...*
(Estríbillo de una guaracha popular
de los años 40).

¿Qué pasó en Cuba después del ciclón revolucionario? ¿Cómo quedó estructurada la sociedad cubana tras la explosión comunista? ¿Qué ocurrió desde el momento en que Rusia decidió subvencionar a los cubanos hasta el momento en que el país dejó de pagar las facturas? No pierdo el tiempo describiendo cómo era la Cuba prerrevolucionaria. Para esto remito al lector al primer capítulo de este libro. Allí encontrará un resumen de la mayor fiabilidad. Pero baste saber, para entendernos, que en 1959, sólo el 30% de la población podría considerarse rural, y que en el país existía una anchísima capa de lo que los economistas modernos llaman «niveles sociales medios». (El concepto «clase» está en crisis, como lo está la abstracción «proletariado». Existen, en cambio, niveles sociales que en Cuba se caracterizaban por su fluidez). No era extraño el tránsito del peón agrícola hacia la producción industrial, o de uno y otro hacia el sector terciario de servicios o comercio; y de todos, hacia los centros urbanos del país a desarrollar diversas actividades. En los treinta últimos años, el país había experimentado una notable mejoría en la distribución de la renta. Esa distribución en 1959 era más justa que en España; y en América Latina, sólo Costa Rica mostraba menores diferencias en los ingresos de los distintos grupos.

Por supuesto, había grandes diferencias en el poder adquisitivo de los cubanos, pero ni remotamente parecidas a las que se daban en el Perú, Ecuador, Colombia o Venezuela en la década de 1950. Estos niveles sociales medios, en los que ya hemos dicho se insertaba una gran masa humana, podrían caracterizarse como esencialmente blancos y urbanos. En

los niveles sociales altos, por supuesto, estas características eran casi inapelables. A los niveles social medios y altos, a este vasto y abigarrado mundo de comerciantes, comisionistas, viajantes, vendedores, obreros especializados, técnicos, pequeños, medios y grandes industriales; médicos, abogados, maestros, periodistas, publicitario ingenieros –profesionales, en fin, de toda índole–, obreros cerveceros, cigarreros, de plantas eléctricas, petroquímicos, operarios de laboratorios o de los servicios telefónicos... a estos cientos y cientos de miles de cubanos se les ha llamado, toscamente y sin matizar, «burguesía». Estos son los damnificados del ciclón. Los niveles sociales medios y altos son los que han pagado el pato revolucionario. Son estos millones de cubanos los que han visto reducirse sustancialmente su dieta, su ropero, sus diversiones, su autonomía, su ámbito de movimiento, su peso político. Pero como las revoluciones, por lo visto, están sujetas a las leyes de «acción y reacción» que operan en la física, hay un grupo cubano económicamente beneficiado: el más pobre sector de los niveles sociales bajos. El ejército de desocupados crónicos, muchos provenientes de la etnia negra, que sobrevivía difícilmente en los arrabales de los centros urbanos o en depauperadas zonas agrícolas. Para estos millares de cubanos, la revolución significó una mejora positiva, aunque sólo sea por el hecho de ofrecerles a cambio de su trabajo (obligatorio, como el de todos) la misma cantidad de ropa y comida que al resto de la población (con la excepción de la nomenclatura, claro). En suma: se han beneficiado los cubanos sin oficio ni beneficio, lo que Marx llamaba el «lumpemproletariado», los analfabetos que se apilaban en arrabales o en barriadas de indigentes, la legión de apartadores y limpiadores de coches, los millares de sirvientes, especialmente los que servían a los nivel medios, los vendedores ambulantes de baratijas y billetes de lotería, los limpiabotas, los peones agrícolas de la caña, los carboneros de la costa, los pescadora y los guajiros de la serranía. Es decir, el último de los tres clásicos niveles de pobreza ha mejorado su calidad de vida. Pero no puede decirse lo mismo de los otros dos niveles sociales bajos. El obrero mal remunerado de antes, el empleado de comercio mal pagado, la costurera, el barbero, no han visto aumentado el poder adquisitivo de su dinero ni la calidad de la vida que disfrutaban. A pesar de cierto horror a la reducción de la información a cuadros gráficos, damos una tabla aproximada de perjudicados y beneficiados *materiales*.

Aunque una información honesta añadiría que tanto los niveles sociales bajos como los medios eran infinitamente más anchos que los altos.

Niveles sociales bajos			Niveles sociales medios			Niveles sociales altos		
1	2	3	1	2	3	1	2	3
B	I	I	P	P	P	P	P	P
E	G	G	E	E	E	E	E	E
N	U	U	R	R	R	R	R	R
E	A	A	J	J	J	J	J	J
F	L	L	U	U	U	U	U	U
I	E	E	D	D	D	D	D	D
C	S	S	I	I	I	I	I	I
I			C	C	C	C	C	C
A			A	A	A	A	A	A
D			D	D	D	D	D	D
O			O	O	O	O	O	O
S			S	S	S	S	S	S

La pregunta inevitable que surge es si son más los perjudicados que los beneficiados materiales o viceversa. Yo creo que son muchos más los perjudicados, pero no descarto la posibilidad de equivocarme. Para dar, además, una respuesta honrada, habría que comenzar por definir *perjuicio* y *beneficio*. En una sociedad de consumo, la calidad de vida se mide con unos valores diferentes a los que operan en las sociedades comunistas. Cuba renunció a la sociedad de consumo, pero nunca aclaró qué objetivos sustituyeron a los antiguos en el horizonte, salvo los muy vagos de crear una sociedad nueva y un hombre nuevo.

De acuerdo con este estado de cosas, es lógico suponer que el castrismo recluta sus filas en los niveles sociales más bajos, y sus fobias en los niveles medios y altos. Por supuesto,

la primera excepción a esta generalización la constituye la parte de la jerarquía revolucionaria procedente de los niveles sociales medios y altos, pero *grosso modo* la afirmación es fácilmente comprensible. Dos espinosas cuestiones saltan entonces a la vista. La primera, el ingrediente racial envuelto en las tensiones. Por penosas razones históricas, los negros y mulatos cubanos ocupaban los niveles sociales más débiles, esos que hoy se han visto favorecidos, y es lógica su adhesión al gobierno, especialmente porque la revolución les abrió puertas anteriormente cerradas por el racismo. El dato impresionante de que entre los millares de mujeres condenadas por delitos políticos en todos estos años no ha habido más de unas docenas de negras, bastaría para ilustrar el asunto. Hombres de esta etnia, sí; desde luego, pero en una proporción infinitamente menor a la que ocupan en el censo. La oposición –y también el poder, pero ése es otro tema–, esencialmente, ha sido una actividad de blancos. La otra oleada de clientela política le viene al castrismo de ciertas zonas campesinas, especialmente del peonaje azucarero, del olvidado y paupérrimo guajiro de la serranía, pero no debe interpretarse esta afirmación en un sentido general. El campesinado del Escambray –en el centro del país–, por ejemplo, fue anticastrista desde los años sesenta y alimentó grupos guerrilleros durante más de cinco años.

Comoquiera que la revolución no sólo protege, sino convierte en militantes a sus partidarios, puede decirse que toda la estructura del poder anterior, todos los centros decisorios, han cambiado de dueño. La revolución, masivamente, ha sustituido a unos hombres por otros, a una estructura de poder por otra. Les ha quitado el control a los sectores sociales medios y altos para otorgarlo a los bajos, y como coincidían otros factores étnicos y geográficos, un alto porcentaje de negros y ciertos campesinos han pasado a jugar un papel sin precedentes en la sociedad cubana. En cierto sentido, toda revolución no es más que un fulminante proceso de transmisión de privilegios. La cubana no ha sido la excepción. Y esto, ¿ha sido nocivo para Cuba?

Probablemente ha sido mucho mayor el daño producido al empobrecer a los sectores sociales medios y altos, que el beneficio derivado de proteger a los más bajos. Precisamente uno de los mayores logros de Cuba como nación eran sus anchos y abiertos

niveles medios. Depauperarlos repentinamente ha sido un acto brutal y estúpido. No era indispensable deprimir los sectores medios para beneficiar a los bajos. Este fue el resultado del súbito cambio de dirección económica y de una serie de increíbles errores en la administración del país. De lo que se trataba, era de elevar los sectores sociales más bajos a los niveles medios, no de empobrecer a todo el país en la consecución de una revolución convocada en nombre del progreso. Lo que se prometía era socializar el desarrollo, no la miseria.

Hay, además, una injusticia radical en calificar a los niveles sociales medios como «burguesía explotadora» para justificar la degollina. Esta enorme «clase media» era el producto de una actitud laboriosa ante la vida. Gente que se había ganado su lugar al sol a base de trabajo honrado en la imperfecta sociedad y el duro tiempo que les tocó vivir. Muchos eran obreros de sindicatos privilegiados, como los casos de cigarreros, licoreros y petroquímicos, excepcionalmente bien pagados, y otros profesionales que lograron tener acceso a la universidad a base de trabajo y privaciones. No vivían, es cierto, en una sociedad justa, pero ellos eran quizá lo más justo de cuanto podía enorgullecerse esa sociedad. Podarles dramáticamente el poder adquisitivo tan duramente ganado, reducirles la calidad de la vida insensible y rudamente, ha sido una injusticia tan grande de este nuevo orden como fue del anterior no proteger a la legión de desvalidos. No se sostiene, pues, la obra revolucionaria en el aspecto social. Los damnificados son los más, y ni lo merecían ni era necesario. Por cada capitalista explotador que ha perdido sus privilegios, por cada político deshonesto que se ha quedado sin prebendas, por cada tahúr, proxeneta o ladrón afortunadamente desalojado, han sido empobrecidos millares y millares de cubanos laboriosos que habían logrado alzarse sobre la miseria a fuerza de trabajo. Lo que se ha hecho con ellos, no tiene justificación.

Los aciertos

Queda dicho que la revolución, en general, ha sido benéfica con la franja más pobre de los niveles sociales bajos. Eso, por supuesto, no es todo cuanto puede decirse de los aspectos positivos del proceso revolucionario. Hay más.

La clase dirigente cubana no está guiada, como era frecuente antaño, por desmedidas ambiciones económicas, sino por la voluntad de dominio, aunque es innegable que la actual nomenklatura cubana dispone de claros privilegios, tales como casas confiscadas, coches y alimentos importados, viajes al extranjero o exclusivos «clubes», y hospitales privados como los que poseen los oficiales de las Fuerzas Armadas y los de la Seguridad del Estado. Cuba necesitaba sacudirse siglos de corrupción administrativa. El robo y el peculado –viejas prácticas que datan de los tiempos coloniales– han desaparecido. Pero se producen, por supuesto, pequeños negocios turbios, compradores del Ministerio de Comercio Exterior que exigen discretamente comisiones, funcionarios menores que se aprovechan de sus cargos; no obstante, nada comparable a los escándalos tradicionales del precastrismo. Sin embargo, aquella corrupción que sucedía en la esfera oficial hoy ocurre, multiplicada por creces, en la esfera particular. En el país todo el mundo roba para sobrevivir.

En todo caso, mientras fue posible –mientras Rusia pagaba– existió una indudable voluntad de progreso y desarrollo por parte del gobierno, y una acusada sensibilidad social. El gobierno se sentía responsable del destino de los cubanos, de que se instruyeran, se alimentaran, se curaran, se vistieran. Cuando todas o algunas de estas responsabilidades no podían cumplirse cabalmente, el equipo gobernante acusaba el fracaso. Pero entonces se producía uno de los más irritantes aspectos de la revolución: la ocultación de datos. Allí, nadie se moría de gastroenteritis, nadie carecía de techo, nadie desertaba de la escuela. El fantasma de la imagen –la peor neurosis del comunismo– provocaba un burdo escamoteo de la realidad.

No obstante, en algunos aspectos, el progreso ha sido notable. En el orden social, el fin de la discriminación racial en los sectores laborales, estudiantiles y de tiempo libre, ha sido lo más encomiable. Ha surgido otro tipo de discriminación, como se explica en el capítulo dedicado al tema, pero no hay duda de que negros y mulatos han visto multiplicarse sus posibilidades de integración económica y social en el país.

La práctica de los deportes se ha expandido y mejorado. Ciertos deportes –tenis, natación, baloncesto, remo, waterpolo, que antes sólo practicaban los jóvenes de los estamentos sociales más acomodados– hoy están al alcance de sectores de la población mucho más amplios. Otros deportes –béisbol, boxeo, ajedrez, campo y pista– se ejercitan por un mayor número de aficionados y, en general, con mayor calidad técnica. El gobierno auspicia con entusiasmo esta manifestación de la práctica deportiva, probablemente por haber suscrito la vieja (y discutible) máxima de «mente sana en cuerpo sano, y. poder utilizar los éxitos deportivos del país como instrumento de propaganda pero, en todo caso, el entusiasmo por el béisbol y la devoción por ciertos ídolos los han servido, por lo menos, como umbríos recodos en el tenso trayecto revolucionario. Cuba, en términos generales, deber ser la nación latinoamericana donde más y mejor se practican los deportes.

Medicina

La atención médica ha sido otra de las preferencias de la revolución. Se ha tratado de llevar hasta los más recónditos parajes rurales y se ha efectuado un exitoso esfuerzo para reemplazar a los tres mil médicos cubanos que optaron por exiliarse. La cifra de médicos en la actualidad se fija en treinta y cuatro mil, lo que arroja un promedio de un médico por cada 300 habitantes, cifra notable para un país subdesarrollado. El crecimiento aritmético de los servicios médicos, sin embargo, no concuerda con la calidad que se brinda. En los primeros años la desorganización de la Facultad de Medicina, por la emigración casi total del claustro, y los criterios políticos que primaron en la selección de sustitutos, trajo como consecuencia una apreciable pérdida de nivel académico, paliada en parte por la intensa práctica a que tenían que someterse los alumnos en los nuevos planes de estudio puestos en marcha por la revolución. En otro sentido, la ausencia de medicamentos maniató con frecuencia a los médicos, capaces de hacer un diagnóstico correcto, pero imposibilitado de asignar la terapia adecuada.

No es extraño, pues, que los cubanos que disfrutaban de alguna jerarquía –por ejemplo, Alicia Alonso– acudan al extranjero, discretamente, a operarse o a atenderse serias dolencias. Generalmente concurren a países occidentales, puesto que la medicina de lo

que fue el mundo socialista, cayó en tácito descrédito entre los cubanos casi tan pronto como la conocieron.

Hay, sin embargo, dos capítulos bochornosos en la práctica médica de Cuba: el primero es el confinamiento en régimen semicarcerario a los enfermos de SIDA, procedimiento que parece haber terminado a principios de 1994. El segundo es el trato dado a los presos políticos enfermos. Las cárceles –estamos hablando de varios millares de cubanos– han sido depósito de piltrafa humana. Tuberculosos, sifilíticos y otros enfermos contagiosos han sido despiadadamente mezclados con los presos. Con la misma aguja, sin poder hervirla siquiera, se han inyectado decenas de veces los propios presos para tratar de librarse de diversas epidemias desatadas en las prisiones. A decenas de mutilados, mutilados por la crueldad de los guardias –Armando Valladares, Rigoberto Pereda, etc.–, se les ha negado auxilio. Ricardo Cruz Font tuvo que pegar con sus manos los labios de una herida abierta en su cabeza –un culatazo– hasta que el macerado tejido comenzó a sanar. No hay –tampoco– atención estomatológica. Sólo, a veces, extracciones. Un preso desesperado por el dolor llegó a arrancarse un molar con una cuchara. No veo cómo es posible separar la negra historia de la medicina ejercida en los presidios de las pulcras estadísticas brindadas por el gobierno. A no ser –y esto es exacto, y es lo que dolorosamente ocurre– que al adversario político se le considere una especie de bestia que se puede morir de dolor o de infecciones sin que a los médicos responsables les tiemblen la voz o las manos. A veces, sin que merezcan el esfuerzo de que se redacte un parte médico.

Educación

La educación es otra de las conquistas de las que suele ufanarse el gobierno cubano, y en algunos aspectos tiene realmente derecho a ello. Especialmente la educación de las zonas rurales y en la atención prestada a los adultos analfabetos. Por supuesto, se trata de una educación rígida, concebida para crear comunistas ortodoxos, pero supongo que hasta eso es mejor que carecer de educación alguna.

La enseñanza infantil está al servicio del adoctrinamiento. Las cartillas donde se leía, en la F «el fusil de Fidel», en la Ch «Che» y en la R «Raúl», es un capítulo vergonzoso del culto a la personalidad. Es honesto preguntarse hasta dónde todos los sistemas educativos no han sido puestos en pie para educar dentro del sistema general en que se inscriben, pero no hay duda que la educación liberal –esa palabra que horroriza a Castro– es responsable de las más portentosas aventuras del pensamiento, incluyendo, claro, al marxismo, y, sobre todo, a la revisión del pensamiento marxista.

Entre las supercherías de la pedagogía cubana está la de combinar los estudios con los trabajos agrícolas. Varios meses al año los estudiantes deben trasladarse al campo, con el objeto de sembrar y recoger cosechas. Supuestamente esta actividad ayuda a las tareas de la producción y destruye la tendencia a la agrupación clasista –sustrayendo al adolescente de las perniciosas influencias familiares. En realidad, es sólo una variante de la mitología virgiliana, tan profundamente enraizada en Occidente o –más grave aún– una copia de las locuras que se hicieron en China durante la *Revolución Cultural*. La percepción del campo como terreno purificador es una de las más pertinaces ingenuidades mantenidas a través de los siglos. La revolución incurre en ella, pero la racionaliza en el acostumbrado dialecto comunista.

La politización, la agricultura y la ortodoxia ideológica han producido una notable baja en la calidad de los estudios, a pesar de que los estudiantes formados dentro de la tensión revolucionaria viven obsesionados por la palabra crítica: *responsabilidad*. La misma regla de tres que indica que un mal trabajador es un mal revolucionario, opera en el plano estudiantil. Un mal estudiante es un mal revolucionario porque la revolución demanda siempre niveles de excelencia en cualquier actividad humana que se realice. Lo notable de esta situación es que desde la cumbre jerárquica no se vislumbran los aspectos antihumanos de este permanente estado de tensión. Por lo visto, para estos señores, la *ultima ratio* de la vida es el cumplimiento de ciertos deberes como lo definen ciertos libros, lo cual, sin duda, acaba por convertirse en un horizonte raquíutico.

Es indudable que el gobierno se esfuerza por brindar a todos los cubanos la posibilidad de realizar estudios primarios y, a muchísimos, estudios secundarios; pero no puede decirse lo mismo de los universitarios. La universidad es para los «integrados». Es un feudo exclusivo de los adictos. Para los «cuadros». No se trata de un requisito secreto, sino de algo públicamente conocido. La clase alta ideológica es la única que tiene acceso a la formación de cierto nivel. Por muy brillante que sea un joven «no integrado» –esto es, que no milite en alguna organización revolucionaria o que en cambio sí lo haga en el protestantismo o catolicismo– no tendrá la oportunidad de cultivar su talento. A mediados de la década de 1960, luego en 1968, cuando la ofensiva revolucionaria –una especie de minirrevolución cultural– la universidad fue «depurada». Estudiantes y profesores moral o políticamente dudosos –vistos por el ojo calvinista de Fidel– fueron expulsados de la universidad. En 1980, tras los sucesos de la embajada del Perú y del éxodo de Mariel, se repitió la cacería de brujas.

Castro, que en sus días de estudiante fue un agitador bastante activo –dejó a dos discípulos heridos de bala como muestra–, temía la fuente de rebeldías que desde siempre había sido la Universidad de La Habana. Cuando llegó al poder, dedicó buena parte de sus esfuerzos y de su policía a liquidar esta vieja tradición. Hoy «la Colina» – como se la solía llamar– es un lugar de gente mansa –amansada–, muy celosa del pensamiento ortodoxo y totalmente capacitada para el conformismo.

En cuanto a la calidad de los estudios, es poco lo que de favorable puede decirse. Siguiendo el ritmo del país, durante la década de 1960, la universidad fue deteriorándose insensiblemente. Al comenzar la de 1970, se inició una lenta recuperación. Hoy, tras las últimas convulsiones, vuelve a hundirse en la mediocridad.

Un país de desempleados

Uno de los males del capitalismo es el desempleo crónico, En Cuba –antes del final del subsidio ruso– ya no había (tantos) desempleados. En el capitalismo, los había en abundancia, ¿Qué ha pasado? Muy sencillo: la organización económica del comunismo concibe el trabajo de forma diferente. Sería más exacto decir que en Cuba, durante el

auge de la revolución, no había desocupados. Más aún, que estar desocupado era un delito gravísimo.

Esa distinción entre empleo y ocupación no es bizantina. El empleo se debe a una relación entre demanda, consumo y costos; mientras que la ocupación es una tarea arbitrariamente asignada, por la que se perciben unos emolumentos que no tienen vínculo con la productividad, la demanda o el consumo. La diferencia es bastante obvia: nunca se dio el caso de que existiera un esclavo desocupado. En la Edad Media, dentro de los gremios, tampoco había desocupados. Unos señores –amos, maestros– asignaban una labor, y los empleados la llevaban a cabo. El sistema comunista opera sobre principios parecidos: unos funcionarios asignan un centro de trabajo y un salario. Nadie sabe nunca si esa actividad es rentable o si es un disparate económico.

Pero en última instancia, empleo u ocupación aparte, ¿el cambio ha sido beneficioso o perjudicial para los cubanos? Depende. Para los desempleados crónicos –el 20% de la población– sí lo ha sido. Desde un punto de vista estrictamente personal, es mejor tener una ocupación arbitrariamente impuesta que carecer de ella. Para los empleados –un 80%– ha sido perjudicial, puesto que la capacidad de ascensos no depende ya de factores objetivos, como la productividad, o el interés, sino de factores subjetivos como «conciencia revolucionaria», «integración al sistema», etc. No es posible, tampoco, cambiar de ocupación libremente, buscar otros destinos con fluidez. Todo está celosamente ente regulado. Más aún: miles de graduados universitarios o de centros politécnicos no encuentran «ubicación» en la organización laboral de Cuba, y son –eran– exportados al extranjero por el Estado, que se encarga, por cierto, de percibir las divisas que se les asignan a estos «internacionalistas». Hubo obreros y técnicos cubanos en Libia, Argelia, Checoslovaquia y Alemania, y si no se radicaron en Siberia es porque Moscú no tomó en cuenta la oferta de Castro de suministrarle diez mil leñadores para cortar madera, tal como reportó un cable de la Agencia EFE.

Hay, además, una forma peculiar de alienación en el mundo del trabajo comunista: el trabajador no puede percibir la relación entre su esfuerzo material y la recompensa

material. Los comunistas, maestros del materialismo, pretenden pagar el esfuerzo con monedas espirituales. Me refiero al trabajo voluntario. ¿Cuánto tiempo puede durar el entusiasmo revolucionario de un trabajador al que se le ha asignado arbitrariamente una tarea, por la que recibe unos honorarios arbitrarios? Ahí surge la quiebra del sistema, y las consecuencias represivas. Porque los funcionarios de un sistema comunista atesoran mucho más poder que los patronos capitalistas. La rapacidad del capitalismo se ve inevitablemente frenada por la acción de los sindicatos y el efecto de la competencia. En el mundo comunista del trabajo no existen amortiguadores. Se trabaja porque se es un entusiasta o porque se puede ir a parar a la cárcel. Es verdad que en Cuba, hasta la *débacle* de los noventa, no hubo (tantos) desocupados. Pero las consecuencias fueron nefastas. Tampoco había empleados. Ni había ni hay la libre elección del sitio, del modo y el tiempo de prestar los servicios. No hay una recompensa acorde con el esfuerzo.

El costo de los beneficios

Probablemente el lector esperaba un expediente positivo de la revolución, más amplio y menos condicionado. Podrían anotarse el espectacular incremento pesquero, disminuido drásticamente cuando se utiliza la flota para aventuras imperiales, como ocurrió durante la expedición a Angola; o el aumento de la producción de energía termoeléctrica, o el desarrollo del cultivo de cítricos. Todo esto, sin embargo, es insustancial. Supongamos que en el orden económico la experiencia cubana no hubiera sido un fracaso. Pensemos, incluso, que ha tenido éxito: ¿se justifica con esto la implantación de la dictadura comunista? ¿Puede juzgarse a Hitler, a Stalin, a Mussolini o a Trujillo por la longitud de sus carreteras o los metros cúbicos de agua embalsada? Tiene que haber una relación entre los logros y los medios.

La grandeza de las pirámides siempre será menor que el hecho brutal de haber sido construidas con mano de obra esclava y a costa de millares de vidas. ¿Se justifica entonces la dictadura? Para llevar más niños a unas escuelas mediocres y más enfermos a unos hospitales atestados y mal dotados, ¿era indispensable establecer un régimen totalitario con millares de presos políticos, un millón de exiliados, un comité de confidentes en cada calle, y una población políticamente aterrorizada? Para pescar más,

para cosechar más naranjas, ¿no había otro camino que el de la imposición brutal de una dictadura? ¿No existían otros medios para desarraigar o mitigar las diferencias económicas de los distintos estratos sociales? Me parece evidente que el precio pagado por los «beneficios» de la revolución es mucho más elevado que el valor real de lo obtenido. En definitiva, los uruguayos, los argentinos, los costarricenses y los puertorriqueños tampoco tienen analfabetos y dan, sin tanta alharaca, asistencia médica a sus enfermos. Los peruanos, por otra parte, se embarcaron en una revolución profunda – de la que luego, como todos, renegaron– sin fusilar a millares de adversarios ni encarcelar a otras decenas de millares.

El dilema ético, pues, que se plantea a toda persona no encallecida por el fascismo o el comunismo, es bien claro: ¿cuáles son los límites represivos a que tiene derecho un estado empeñado en la tarea del desarrollo? Para fascistas y comunistas, la respuesta es obvia: no hay límites. Al gobierno, todo puede permitírsele. Mussolini, Stalin, da igual. Para cuantos no suscriben una concepción totalitaria de la sociedad, es indispensable hallar un equilibrio entre el desarrollo y los medios para lograrlo. En Cuba se ha roto brutalmente ese equilibrio.

Los negros

La Cuba precastrista era racista. La poscastrista también, pero sutilmente y en otra dirección. Antes de la revolución, a los negros y mulatos se les vedaba el ingreso a los clubes exclusivos, a las escuelas privadas, a ciertos oficios controlados por sindicatos racistas (bancarios, gastronómicos, plantas eléctricas, telefónica, etc.). Los negros, en cambio, tenían acceso a la política, a las fuerzas armadas y a la administración pública. Es decir, el racismo era una perversión de la nación, no del gobierno. Un problema social más que oficial. No se trataba de un racismo agresivo y abierto, como el sudafricano, pero no por esto era menos repugnante. Había, sin embargo, la curiosa manía de negar la existencia de esta injusticia. Blancos y negros juraban vivir en total armonía, pese a que la evidencia negaba ese aserto.

La revolución, en una de sus acciones más congruentes, eliminó el racismo de playas, sindicatos y escuelas, proclamando el triunfo de una sociedad nueva, igualitaria y fraternal. Pero después del acto justo le pasó la factura a la etnia negra. Dada la «generosidad» de la revolución –que sólo había hecho lo correcto– los negros y los mulatos *tenían –tienen–* que simpatizar con el comunismo. El negro o mulato que no está «integrado» a la revolución es doblemente traidor. Un blanco puede no ser revolucionario, y si es prudente, silencioso y obediente, acaso pueda agazaparse tras una piedra a pasar los eventos. Los negros y mulatos *tienen* que incorporarse. *Tienen* que pagarle a la revolución, con la militancia más estridente, los servicios que les ha prestado.

¿Es o no una odiosa actitud racista ésta de la revolución? Los negros y mulatos exiliados que se enrolaron en la fuerza expedicionaria de Bahía de Cochinos fueron doblemente vejados: por traición a la patria y traición a la raza. El racismo, en este sentido, es ahora oficial: los negros están obligados a suscribir un color político. Es notorio –se cuentan miles de historias– el maltrato que sufren los negros que quieren emigrar. Épocas hubo en que no se les entregaba pasaporte, o se les demoraba, además de hacerlos sufrir una canallesca serie de insultos y amenazas por la «doble-traición-que-estaban-realizando».

Hay otros aspectos del racismo de la revolución que harían temblar a los revolucionarios negros norteamericanos. En cierto sentido, los negros cubanos habían conservado tradiciones, sectas y ritos africanos con esencial fidelidad a los orígenes. Los ñáñigos, los yorubas, los congos formaban comunidades cívico-religiosas que no sólo servían para preservar las tradiciones, sino que reforzaban la identidad de esas minorías. Este culto negro, tolerado y hasta imitado por los blancos en la Cuba racista prerrevolucionaria, fue durante muchos años objeto de persecuciones más o menos veladas. Era muy sencillo: un buen revolucionario no puede ser ñáñigo (secta religiosa), utilizar un «resguardo» (una especie de escapulario) o militar en una «potencia». Luego un negro, para ser un buen revolucionario –a lo que está, por su condición negro, doblemente obligado– debe renunciar a su africanidad. Esto es, debe negarse a la negritud. Porque la «negritud» es un lujo que pueden darse decadentes y tolerantes sociedades occidentales, pero no la Cuba monolítica, unitaria (y todo lo demás) parida por la revolución. Si esa revolución hubiera

tenido en cuenta los valores religiosos y culturales de los negros a la hora definir los valores –en términos absolutos– de la nación en su nueva etapa, hubiera actuado con justicia, pero optó por ignorar al 61% de la población cubana, perfilando una Cuba blanca y criolla, negándose a reconocer el peso de la tradición africana. Desde esta perspectiva resulta candorosa y elocuente la exportación del conocido «ballet negro» cubano. Malla y zapatillas europeas como camisa de fuerza para la oscura carne afroantillana.

Sin embargo, desde hace tres años ha habido un cambio en la actitud del gobierno con relación a las manifestaciones religiosas de los negros. Ahora se potencian. ¿Quiere esto decir que la revolución se ha hecho más tolerante? No: ocurre que Castro está inmerso en un pulso con la Iglesia Católica y hace todo lo posible por debilitar su poder. Por una parte, estimula la religiosidad negra tantos años reprimida, y por la otra intenta fortalecer los lazos con la Iglesia protestante.

El comunismo moderno –Fanon, amargamente, alcanzó a sospecharlo– es un invento europeo y blanco. Cuba, al comunizarse, se europeizó, aunque sólo fuera en la vertiente de Europa oriental. La Habana, que vagamente percibe esta realidad, padece ciertos penosos complejos. Apenas hay diplomáticos negros. Las delegaciones deportivas –la nación– están llenas de negros, pero los oficiales que las conducen –el Estado– son casi invariablemente blancos. En el Comité Central del Partido Comunista, los negros están en proporción ridículamente desfavorable. Sólo menos del diez por ciento. Lo mismo puede decirse del Consejo de Ministros. Seamos honestos: no hay una voluntad marginadora por parte de la revolución. Pero sigámoslo siendo: tampoco hay una voluntad rectificadora. Es más fácil ignorar la injusticia y llamar *contrarrevolucionario* o *divisionista* al que la denuncia, que reconocer que la revolución, a su manera –manera dogmática y rígida–, es también, acaso por la propia naturaleza del comunismo, medularmente racista. Marx había previsto la lucha de clases en un modelo de sociedad homogénea, germana, británica o gala, pero ni por asomo pensó en el mundillo multicolor antillano.

¿Por qué en más de tres décadas de revolución apenas se han producido matrimonios interraciales en la cúspide del poder político revolucionario? Evidente: el racismo no se liquida por decreto. En el substrato del pueblo cubano –blanco y negro– hay unos valores racistas ferozmente enquistados (los negros, claro, han aceptado la visión blanca del mundo). La revolución, que ha sido benéfica al permitir el acceso de los negros a las zonas de trabajo, diversión y estudio, anteriormente reservadas a los blancos, ha sido notoriamente perjudicial en el plano del refuerzo de la identidad de esa etnia. *Black* no es *beautiful* en Cuba, y quienes tienen razón son los revolucionarios negros norteamericanos que orgullosamente exhiben sus *pasas* –peinado afro–, su jazz y su perfil cultural africano. Porque de lo que se trata es de otorgar a lo negro la dignidad *per se* que se merece. Sólo cuando la sociedad blanca norteamericana comenzó a percibir a un negro «*beatiful*», por él mismo, no por lo que se parecía a los blancos, comenzó a respetarlo, ignorando entonces, paradójicamente, el accidente de su color. Fue entonces cuando sin tapujos, negros y blancos se fueron a la cama –en Estados Unidos– para demostrar, en la cópula, que el racismo comenzaba a ceder. Porque el racismo –y no pretendo, en este libro, teorizar más allá de ciertos límites– es en gran medida un temor al asalto sexual o a la competencia de una etnia extraña. Y la única manera de vencerlo es facilitando la aceleración de los índices de mestizaje. En Cuba habrá desaparecido el racismo cuando blancos y negros hayan desaparecido en una mancha mulata, y ese loable objetivo, poco sirve que la revolución ignore paladinamente la existencia de la mitad coloreada del censo.

José Martí, lleno de buenas intenciones, pero equivocado de plano, afirmaba que «cubano es más que blanco o negro», o que hablar de las razas contribuía a dividir. No puede ignorarse el hecho palmario de que la mitad de un país es blanca o negra, especialmente si hay muestras de tensión racial entre ambos segmentos. La nacionalidad cubana fue definida por criollos blancos que hicieron posible la nación en guerras en las que ellos pusieron la dirección, y los negros una parte sustancial de la tropa; o en una sociedad en la que los blancos pusieron la jerarquía y los negros el peonaje. Es obvio que este origen iba a dar de sí una escala de valores en la que lo blanco era lo más noble, lo elegante, lo «fino», y lo negro, el reverso de la medalla. La corrección de esta aberración –común, por

cierto, a todo el Caribe–, sólo podría lograrse reforzando la identidad negra mediante la revalorización del perfil de esta etnia. Probablemente, la sociedad cubana posrevolucionaria hubiera servido a la causa de los negros, que es de lo que se trata, puesto que la solución final de los conflictos raciales no es que los blancos y negros entren juntos a la escuela y a los cabarets, sino que entren juntos a la alcoba; y para esto es menester la mutua admiración y estima. En Europa, donde la ausencia de negros esclavos hasta cierto punto evitó ese prejuicio racial, no se ignora el color de los negros, ni se les «tolera» olímpicamente, sino se les estima como negros. En Cuba, el camino que ha elegido la revolución no conduce hacia la creación de una patria racial y culturalmente mestiza, sino hacia la desaparición de todo vestigio de la aportación negra a la cultura cubana. En carta desde la Isla, un amigo, escritor y negro, me resumía el conflicto en una frase lapidaria: «Ahora somos negros blancos».

En rigor, no ha sido bien entendido el fenómeno racial que ocurre en la Isla. Sólo Cleaver, el dirigente norteamericano de los «Panteras Negras» –ayudado por la perspectiva yanqui–, y Walterio Carbonell, comunista y negro, fundador del Partido Comunista Negro en Cuba, invento *non nato* llevó a la cárcel por cierto tiempo, han penetrado en la cuestión más allá superficialidad habitual. Ambos han censurado el actual racismo cubano, pero no es ni remotamente probable que el gobierno rectifique su rumbo.

El castrismo vive entregado a la superstición de la «unidad», aunque ésta sea sólo aparente. Debe-darse-al-mundo-una-imagen-monolítica. Nadie exactamente para qué sirve la dichosa imagen –lo importante debería ser la esencia y no la apariencia–, pero me imagino que el régimen se lucra políticamente de esa insigne tontería. En el plano interno, en el mundillo de relaciones interracial, son frecuentes los encontronazos. El conflicto típico –planteado miles de veces, todos los días, machaconamente– consiste en fracaso y frustración de los negros en la conquista de las blancas. La negativa de la blanca es, por definición, contrarrevolucionaria, pero la revolución, que le ha dicho que blancos y negros son iguales, no la ha enseñado a admirar y a estimar a los negros, sino pretende que de golpe y porrazo borre quinientos años de prejuicios. La consecuencia de esta tirantez son los ridículos careos en los centros de trabajo, en los que el compañero X

–negro– acusa a la compañera Z –blanca– de prejuicios raciales por negarse a sus requerimientos amorosos –por llamarlo de alguna forma–, y la compañera Z se defiende afirmando que su negativa se debió a otras razones, mientras la «revolución» vigila con ojitos nerviosos. La revolución, en ese instante, está pidiendo a gritos un Valle-Inclán que cuente el esperpento.

Las mujeres

Uno de los más encomiables esfuerzos de la revolución es el encaminado a sacar a la mujer cubana de su papel tradicional. Sacarla de la casa, y mudarla al taller. Que «el reposo del guerrero» salga a hacer la guerra por su cuenta y se deje de tantas languideces. La revolución quiere ser feminista y de paso aumentar la producción. Eso está muy bien.

Desde principios de la revolución, se organizó un tinglado llamado *Federación de Mujeres Cubanas*, a cuyo frente se puso a Vilma Espín, esposa de Raúl Castro durante muchos años, una mujer de singulares dotes personales y gran capacidad de trabajo. Desde entonces, sin pausa, se ha luchado por «liberar» a la mujer. Incluso, se ha llegado a hablar de «lucha de sexos»; pero, sin duda debido a la pobreza imaginativa del marxismo, ventanuco por el que sólo se distinguen engranajes dialécticos, el esfuerzo no coincide con los logros. Las mujeres son sólo el 25% de la fuerza laboral, el 13% del Partido y el 6% de la cúpula dirigente. Entre los miembros del Buró Político, Secretariado y Comité Central del Partido Comunista, apenas hay mujeres. ¿Qué ha pasado? En primer término, que legislar en materia de esta índole es prácticamente estéril; en segundo, que hay una grave contradicción entre la revolución y el feminismo. Voy a tratar de explicarla.

En Cuba, los roles sexuales estaban muy rígidamente perfilados. Los sicólogos cubanos saben de lo que hablo, puesto que la visita más frecuente que recibían era la de los varones angustiados que comenzaban a dudar de su virilidad al notar que no cumplían con algunos de los requisitos exigidos a los «hombres». Para desempeñar su papel el espécimen testiculado debía de ser valiente, gesticular rudamente, tener unas cuerdas vocales bien coordinadas con las hormonas, ser conquistador y alardear de ello, liarse a puñetazos a la menor provocación, vigilar estrechamente la región glútea contra cualquier

roce extraño, proteger a la compañera de miradas lascivas –a riesgo de bronca– y claro, salvaguardar el sagrado honor de la mamá. (Los cubanos dicen «mamá», aunque tengan ochenta y cuatro años). Los cubanos eran puros machos. Machos de pistola, habano, aguardiente y escupir por el colmillo. Y estos machos hicieron la revolución. Peor aún: la hicieron unos hombres –o le pusieron su acento, que es igual– que eran llamados «guajiros machos» por los otros cubanos.

La contradicción está en eso: la revolución cubana es un asunto de machos, con estilo de macho y «sicología» de macho. Si, como ocurrió en Inglaterra en la época de Heath, el presidente cubano se pusiera a dirigir un coro de niños, la gente murmuraría. Juan Almeida, el lugarteniente de Fidel, compuso unos boleros y su jefe se sintió incómodo. Los machos no hacen esas cosas. Los machos andan en *jeep* con grandes pistolones, haciendo revolución. ¿Cómo diablos van a integrarse cómodamente las mujeres en un proceso tan marcadamente varonil? La propia mecánica revolucionaria, inconscientemente, las rechaza. La revolución, como cierto coñac, es cosa de hombres. Toda esa retórica de «las brigadas de ataque contra el tomate», «los guerrilleros de la malanga» y otras beligerantes fórmulas de poner a la gente a trabajar, reflejan el trasfondo epicomachista de la revolución. El proceso, por lo visto, no ha sabido escaparse de sus orígenes guerrilleros. Paga su pecado original. Debe ser –para quien tiene urgencias mesiánicas– muy agradable vivir en olor de heroísmo, pero eso no contribuye a crear una sociedad en la que hombres y mujeres puedan arrimar el hombro con facilidad. Lo cierto es que, para abrir sitio a las mujeres, además de crear guarderías infantiles –que están muy bien– hay que *desmachizar* la nación. Aflojar, la camisa de fuerza de los roles sexuales, en primer lugar para que disminuya el índice de neuróticos, y luego para que el sexo deje de ser un aspecto determinante en la ubicación de las personas dentro de la sociedad. Las mujeres no se integran porque casi tienen que dejar de ser mujeres para integrarse.

Prefiero repetirme a no dejar las cosas en claro: la mujer cubana, presa también de valores seculares en conflicto con la revolución, no puede integrarse decididamente a un proceso en contradicción con lo que ella vagamente entiende que es su femineidad. La

revolución sigue siendo la obra de ciertos machos heroicos que todo lo conciben con pupila de guerrillero en campaña. Fidel, que es el supermacho, el «caballo», como lo llaman sus partidarios por asociación con el supuestamente más viril de los animales, es quizá el inmediato e inconsciente culpable de este fenómeno. No hay dudas de su buena fe ni de las magníficas *intenciones* de la revolución, pero para tomar el camino adecuado tendrían que escribir otra mitología, adoptar otros ademanes y castrar a la revolución. Tendrían que echar las bases de una sociedad totalmente neutra, asexuada. Si *revolucionar* es echar abajo estructuras y sustituirlas por otras más justas, lo revolucionario sería quitarle el acento masculino, el estilo machista que preside la vida pública cubana; pero eso sería tanto como pedir otra revolución distinta a la que tenemos, y sería, además, pedirles a unos dirigentes plétóricos de testosterona, satisfechos y orgullosos de su labor –cada dirigente, a la hora de abrocharse la bragueta verde oliva y comprobar el seguro de la pistola, refuerza su ego varonil y se congratula de su condición de macho tremebundo– sería pedirles, en fin, que renunciaran a uno de los aspectos de la gloria del poder en ese mundillo caribeño. Peras al olmo, como quien dice.

CAPÍTULO 8

UNA REVOLUCIÓN EN BUSCA DE UNA IDEOLOGÍA

Idiosincracia y sistema

El término «idiosincrasia» –por descontado– está en bancarrota. Es muy difícil inventariar las características de los hombres que forman una nación. Se corre el riesgo del clisé banal. Se generaliza sin sentido y acaba uno hablando de la «flema inglesa». Es un tópico peligroso. Bordea audazmente la bobería. Pero hay que intentarlo. Y hay que intentarlo porque no me parece absurdo suponer que la organización económica de un país funcionaría mejor o peor, según encajara o no con la idiosincrasia de sus paisanos. No estoy hablando de sistemas políticos. Una democracia y un parlamento pueden funcionar en cualquier latitud cultural y económica (Suecia y la India, Japón y Guyana): basta con que exista una mínima voluntad de cooperación y se acepte, dentro de ciertas reglas de juego, la decisión de la mayoría. Estos principios elementales están al alcance de cualquier idiosincrasia que no se niegue a la transigencia y a la aritmética. La organización económica es otro cantar. Las comunas paraguayas del siglo XVIII y los kibbutzim judíos del XX han sido benéficas experiencias comunistas, porque la idiosincrasia de guaraníes o de ciertos israelitas encajaban armoniosamente en esos moldes económicos de producción. Más o menos por las mismas razones –entre otras– el capitalismo ha fracasado en el altiplano andino y triunfado (relativamente) en los centros urbanos. Si esta premisa es correcta, antes de elegirle a un país un nuevo modelo de desarrollo, una nueva organización económica, una nueva «ideología», lo prudente sería examinar el perfil del sujeto que va a poner en práctica el sistema. Saber cómo es quien va a arrimar el hombro.

¿Cómo es, pues, el cubano? Me temo –para desesperación de los comunistas– que se trata de una criatura individualista, indisciplinada, imaginativa, irreverente, anárquica. Un español metabolizado por el trópico, despojado de toda solemnidad e inoculado por el espíritu lúdico de los africanos. Los comunistas cubanos están empeñados en la ingeniería de un hombre nuevo, pero mientras lo logran –hasta ahora, Frankenstein es el

único hombre realmente nuevo– tienen que arar con estos bueyes. Por eso aran poco y mal. El comunismo no les «entra» a los cubanos, más o menos como el catecismo nunca les entró a los indios. Iban a misa, sí, pero ponían ofrendas a Viracocha. Nunca se sabía cuándo estaban de rezo y cuándo estaban de burla. Los que en Cuba, en una sacra jornada de corte de caña voluntario, han visto organizarse espontáneamente una sesión de rumba, saben de lo que estoy hablando. A Marx no le sienta el Caribe. Su yerno, que era cubano, debió advertírsele.

Las incongruencias entre el cubano y su organización económica actual han parido un feo invento: los *Comités de Defensa de la Revolución*. Según el propio régimen –muy orondo con sus policías– hay más de doscientos mil de estos pequeños cuartelillos domésticos. Se trata de grupos adictos que se encargan de husmearlo todo, de inventarlo todo, de saber vida y milagros de cuanto bípedo respira en el país. No es una institución autóctona ni tampoco tiene su origen en el comunismo. Los Comités fueron una invención del Partido Nacionalsocialista alemán. Es un hallazgo de la mentalidad represiva de los nazis, y en Cuba funcionan más o menos como funcionaron en la Alemania de Hitler. Son los que instrumentan las orientaciones que «bajan» de lo alto. Nada humano les es ajeno: con quién se acuesta la señora del quinto, cuándo se baña el calvo del primero, por qué Zutano no fue a cortar caña. La represión y la vigilancia existen –obviamente– en razón directa de la posible desobediencia. La policía tiene que corregir los defectos de la idiosincrasia. Tiene que fabricar alemanes a la fuerza. Mussolini se tiraba de los pelos –es un decir– tratando de organizar «fascios» en medio de la algarabía napolitana. Fidel se mesa las barbas –no es un decir– tratando de organizar una colmena laboriosa y eficiente con abejas rumberas. Como no puede, aprieta tuercas. Reprime en el sentido político y en el de la jerigonza siquiátrica. Moldea con prohibiciones, sanciones y temores. Es obvio que los Comités de Defensa no están defendiendo a la revolución contra los *marines* yanquis, sino de los propios cubanos; es una elocuente evidencia que si existen doscientos mil minicuarteles es porque existen millones de posibles transgresores de la ley. Por supuesto, la revolución no tiene la culpa de tener que alimentar la caldera económica con represión. La culpa es de los cubanos, que tienen el descaro de no comportarse como alemanes.

El marxismo-leninismo no puede aceptar la existencia de idiosincrasias. Es parte del dogma suponer que los rasgos de un pueblo y de las clases que lo forman son el resultado de ciertas peculiares relaciones económicas, y que al alterarlas, estos rasgos varían. Bien, ¿cuánto tiempo tardará la revolución en alterar la cubana hasta que el hombre encaje en el sistema. Tengamos en cuenta que no anda muy lejos el cubano del europeo meridional. Lo que de él se dice se puede decir del español, del griego, del italiano, del portugués, de ciertos franceses. Eso que llamo «el cubano», variante mestiza de «el latino»; es una mentalidad social elaborada por milenios de historia, que no empezó obviamente, con la reciente visita de Colón. ¿Cuánto –repito– tardará la revolución en modelar un cubano que sea ordenado, obediente, responsable, respetuoso, etc.? ¿Cuándo –¡por fin!– será el cubano un teutón para que Cuba funcione con eficacia? ¿Pensarán Castro y su equipo seriamente, cambiar en unas generaciones el resultado de miles de años de historia? Pensará nuestro Midas antillano que al toque de su fusil con mira telescópica puede trocar lo latino en germano? Con menos sorna, ¿tienen los gobernantes derecho a jugar con utopías? A mí me parece que toda esa relojería interior de un pueblo es muy delicada para ponerse a trastearla. Muchos de los rasgos del cubano, dentro de una organización económica congruente –como se ha demostrado en el exitoso exilio de Miami–, podía convertirse en virtudes. Pero el comunismo es la nueva escolástica: una caprichosa interpretación de la realidad, que cuando no coincide con la vida, opta por ignorarla. O por crear Comités de Defensa, que es peor.

El «modelo cubano»

No es muy sencillo descifrar el esquema de valores que rige en la jerarquía comunista cubana. Especialmente entre los neocomunistas desovados por Fidel. La vieja guardia –que sabe más por vieja que por lo otro– es más clásica. Se cubre las contradicciones con más maña, con más pudor. Los fidelistas dan más bandazos. En 1960, por ejemplo, no estaban seguros de que el aborto fuera malo; en 1970 no tenían dudas de que era bueno, y en 1980 casi estuvieron a punto de hacerlo obligatorio. Al principio de la revolución, un abortero podía ir a la cárcel por realizar su labor; y a estas alturas, a lo mejor lo premian si trabaja horas adicionales. Y esto que se afirma con relación al aborto también puede

aplicarse al comercio o a la agricultura. Se comenzó por estimular a los pequeños propietarios y se ha terminado por meter en la cárcel a un infeliz que intenta venderle un pobre desayuno o un mísero almuerzo a otro cubano hambriento en el comedor de su casa. En rigor, la escala axiológica del castrismo partió de un presupuesto populista (1959) y se disparó a toda velocidad hacia el estalinismo, con una infructuosa parada en la mitología neorroussoniana del «hombre nuevo» elaborada por el Che. Este «hombre nuevo» era el más original aporte que Cuba hubiera brindado a la experiencia socialista universal, si no se le hubiera atascado su flamante corazoncito de obrero-generoso-trabajador-patriota. Fallaron los transistores del desinterés, y hubo que volver a la ingeniería tradicional de los premios si trabaja, y palos si no trabaja, que tan buen resultado le diera al abuelo Stalin. ¿En qué consiste, pues, el «modelo marxista cubano»? Me temo que no todo lo que de particular tiene la experiencia cubana no es precisamente marxista. Ni el equipo que tomó el poder, ni la forma empleada tienen nada que ver con el catecismo marxista. En abono de Cuba –para lo que sirva– vale decir que nunca el comunismo llegó al poder de acuerdo con las predicciones de Marx. Tampoco es marxista el hecho incontestable de que en Cuba gobierna un ejército surgido de una revolución, y no un partido comunista de base obrera. Luego no es gratuita la observación de que eso de «modelo marxista cubano» puede ser contradictorio. Lo que tiene de cubano, no lo tiene de marxista. Y viceversa. Veamos lo que tiene de marxista. La economía cubana está montada de acuerdo con el más rígido modelo soviético anterior a la era Yeltsin. Castro ha sido transparente en estos extremos: no al socialismo con rostro humano de Checoslovaquia; no al socialismo autogestionario de Yugoslavia; no al socialismo mixto de Hungría; incluso no al colmenarismo maoísta. En cada ministerio cubano trabajaban asesores soviéticos que dictaban la pauta. Las únicas discrepancias de Castro con Moscú surgían cuando Moscú daba algún paso hacia Occidente. Fidel era más papista que el Papa. Era él quien discretamente tiraba de las orejas soviéticas cuando los rusos se apartaban de la ortodoxia marxista-leninista en épocas anteriores a la *perestroika*. Cuba censuraba la coexistencia pacífica y el tratado de no proliferación de armas nucleares, porque ambos pactos le parecían contrarios a la revolución proletaria mundial. Cuba censuraba a los partidos comunistas latinoamericanos por haberse apartado del leninismo. Cuba, primero condenó a Gorbachov y hoy condena a Yeltsin. El

conservador de la mitología tradicional de los libros sagrados de la secta es él, Castro, pero esa conducta intransigente parece ser propia de los nuevos adeptos de cualquier dogma.

¿Qué es, entonces, el «modelo cubano»? En la década de 1970, cuando los militares portugueses decidieron elegir la vía socialista, se habló, con cierto papanatismo, del «modelo cubano». A renglón seguido se pensó establecer unos «consejos locales de la revolución», variante lusitana de los «comités de defensa» cubanos. En rigor, el único aporte que Cuba podía hacer a los portugueses era un eficazísimo sistema represivo aprendido de los nazis. La innovación cubana era hitleriana y no marxista. No pudo La Habana transmitir una fórmula de producción valiosa, ni sugerir un tipo de organización administrativa, sistema de contabilidad o cualquier otra invención positiva y transferible, sino que se limitó a dar un consejo: «organicen a sus partidarios calle por calle, dóntenlos de armas y dedíquenlos a vigilar al resto de la población. No hay una forma mejor para mantenerse en el poder». Ese es el único aspecto exportable del llamado «modelo cubano»: una asfixiante estructura represiva.

Y si no existe un modelo cubano, ¿por qué se habla de él? Muy sencillo: hablan de esto los que no son marxistas. Los que no están en el secreto. Durante años, Cuba fue una contradicción de los liberales de Occidente, empeñados en tapar el sol con un dedo. He visto en un acto cultural celebrado en la Universidad de Nueva York cómo los asistentes pateaban y gritaban contra la Unión Soviética, para, a renglón seguido, aplaudir delirantemente la mención de la revolución cubana. Hasta hace pocos años, no era elegante ni «liberal» manifestarse contra la revolución cubana. Afortunadamente, eso ha cambiado. Hoy, muy poca gente se atreve a defender públicamente el triste matadero cubano, pero antes de la conducta tercamente estalinista de Castro, los cubanos, los actos que un liberal calificaba en Rusia como *crímenes*, los ignoraba cuando ocurrían en Cuba. Y no era exactamente una conducta hipócrita, sino una voluntad renovada de hacer concesiones al castrismo, voluntad que llegaba a operar en el plano subconsciente. Un libro cualquiera de Solzhenitsyn, por ejemplo, ese conmovedor catálogo de denuncias llamado *El Archipiélago Gulag*, podía ser creído sin dudar de una coma, pero un tomo

similar compilado por un exiliado cubano era automáticamente rechazado. Los elementos progresistas de América y Europa pusieron demasiadas esperanzas en la revolución para aceptar el hecho brutal (y evidente) de que Fidel y un grupo de adeptos había elegido para el país una dictadura leninista con todas sus consecuencias. Lo curioso es que La Habana –Fidel, que es el *factótum*– no había tratado de enmascarar estos hecho ni de dar gato por liebre.

Con infinito desprecio, Castro se refiere a los liberales cada vez que lo cree necesario. Con toda claridad, afirma haber suscrito la cosmovisión comunista y lo que esto implica de cárceles y represión para los adversarios. Los comunistas del mundo entero, que saben por dónde van los tiros, lo estiman o lo detestan –los comunistas «liberales» lo detestan– por sus afinidades o sus disidencias, pero lo que sí no se creen es que están frente a un romántico líder nacionalista. Los elementos progresistas no marxistas, en cambio, hasta hace poco se empeñaban en admirar una revolución imaginaria que no existía fuera del ámbito de sus buenos deseos. ¿Qué destino tendrían en Cuba un Mitterrand o un Felipe González que no fuera la cárcel, el paredón o el exilio? Existía, claro, una última y muy repulsiva manera de anular la contradicción: reconocer los excesos de la revolución, su sombrío matiz represivo, suponer que eso estaba bien para los cubanos. Para suecos, mexicanos o franceses, no sería correcto; pero para esos imbéciles de las Antillas era perfectamente aceptable. El abrazo de Castro y Mitterrand o de Castro y Palme sólo se explica en esos términos: Mitterrand y Palme suponían que esas criaturas caribeñas eran inferiores o distintas a franceses y suecos.

En el plano personal, era muy frecuente encontrarse a elementos progresistas, o a liberales bien intencionados, que razonaban –que aún razonan– con el mismo esquema injusto y racista: «yo no cabría en ese país, pero para los cubanos me parece correcto». (Por lo visto, los cubanos deben ser animales de otro mundo). Una variante no sólo racista, sino cínica, del razonamiento anterior es frecuente entre ciertos intelectuales: «la revolución es magnífica, pero mis hábitos burgueses me impedirían vivir dentro del país».

Alejo Carpentier solía decir que los malos escritores eran los que se peleaban con la izquierda. Seguramente todo hombre público –político, artista, escritor, cantante– lo es en la medida en que tiene una imagen– en eso consiste ser hombre público, en ser, además de uno mismo, una imagen– y esa imagen incluye la ideología política del hombre público. Poca gente estaba dispuesta hasta hace poco a arriesgar su imagen en una denuncia contra Cuba. El mismo intelectual no comunista decidido a pedir la excarcelación de los presos chilenos, se negaba a arriesgar su imagen de progresista, laboriosamente construida a base de ciertas posturas viriles y otras tantas concesiones vergonzosas, pidiendo otro tanto para Cuba. Esta deshonesto atmósfera de silencios y medias verdades contribuyó durante años a mantener viva una revolución cubana que sólo gozó del entusiasmo popular en los primeros meses de 1959, y dio oxígeno a esas ridículas invenciones del «modelo cubano», «vía cubana hacia el socialismo» y otros monstruos de un bestiario totalmente imaginario. La verdad era dolorosa y al cabo terminó por imponerse: el único aporte cubano al socialismo era un nuevo y eficiente sistema de patrullaje interior ... aprendido de los nazis. O sea, una mayor eficacia represiva. Esto explica la casi total pérdida del poder de seducción de la revolución cubana, aun antes de la llegada de Gorbachov al poder. Ahora, sólo la aman los temperamentos autoritarios. Los que están podridos de odio a la libertad humana.

El Che y el hombre nuevo

La revolución cubana solamente ha parido dos hombres realmente importantes: Fidel Castro y Ernesto Guevara. Sin Fidel, no hubiera habido revolución; sin el Che, probablemente, hubiera sido distinta. Cuando Fidel y Guevara se conocieron en México, el *Movimiento 26 de Julio* no era otra cosa que una especie de desprendimiento insurreccional del Partido Ortodoxo. Esencialmente, el *26 de Julio* era un grupo de acción. Unos jóvenes que hablaban constantemente de pistolas y tiros. El Che, en cambio, dominaba otro idioma. Traía otra formación. En Guatemala había aprendido el lenguaje de los revolucionarios. En Argentina había conocido el peronismo y no le era extraño el pensamiento más radical de la época. No pertenecía, como dice la leyenda, al partido comunista, pero había suscrito algunos de sus mitos. Tampoco se crea, por esto, que Guevara era un teórico profundo. Se trataba de un *dilettante* revolucionario de veintiséis

años, recién salido de la Facultad de Medicina, irreprimiblemente lírico, que se concebía a sí mismo como una especie de asceta trascendente, a mitad de camino entre el Mathatma Gandhi y León Trotski. Antes de conocer a Fidel, había recorrido medio continente en motocicleta, había planeado dedicarse a cuidar leprosos –un nuevo Dr. Schweitzer– y, por último, había carenado sin mucho éxito en la Guatemala de Arbenz. El Che quería arrimar el hombro a alguna aventura útil. Cuando a estas sicologías les da por la religión, se convierten en misioneros apostólicos. El Che conoció a Fidel y le dio por la revolución, que a fin de cuentas es una misión apostólica. El argentino se enroló en la expedición del yate *Granma* tras conversar un par de veces con Fidel y caer en trance por la dosis de entusiasmo que el cubano le puso a circular en las venas. Guevara estaba mejor formado que Fidel en el orden intelectual, y sin duda manejaba todo el aparato conceptual con más habilidad que su jefe, pero en ningún momento puso en duda el orden jerárquico. Fidel mandaba y el Che obedecía; Fidel era el jefe y el Che voluntariamente lo acataba. De aquella época queda un lamentable arrebató lírico de Guevara, de unos cuarenta versos, donde llama a Fidel «Capitán de la aurora». Este poema y su carta-testamento –el documento por el que libera a la revolución cubana de toda responsabilidad y se acusa del error de no haber entendido siempre a Fidel– son el alfa y omega de doce años de sumisión irracional de un hombre espiritualmente superior a su jefe, no sólo en el plano de la inteligencia o de la formación, sino en el plano ético y en su aplicación al vivir diario. Guevara fue el primer, último y único «hombre nuevo» que dio el proceso revolucionario. Ese cubano del futuro, desinteresado, laborioso, honesto, crítico, no era otro sino él. Esa criatura que vendría, y para la cual el trabajo era como un privilegio, no encontrando mejor remuneración que la satisfacción de llevarlo a cabo, era él mismo. El Che quería multiplicar su imagen. Pretendió –acaso sin tener conciencia de ello– preñar a millones de cubanos con su particular sementera. Como todos los apóstoles, proyectaba en los demás la concepción heroica de sí mismo. Convirtió su tipo en arquetipo repitiendo un fenómeno tan viejo como los hombres. Sin embargo, con la búsqueda del «hombre nuevo» le confirió dignidad a la empresa revolucionaria. Casi nadie notaba entonces el atropello de los hombres viejos. De todos aquellos bípedos que no podían ni querían parecerse a Guevara. De toda la gente que entiende que trabajar es un incordio para quienes el

«futuro de la humanidad» es una abstracción mucho más frágil que el futuro de la familia. Guevara era un héroe y quería poner una fábrica de héroes. La ingeniería de su nuevo bicho revolucionario se le antojaba sencilla por ese inusitado mecanismo simplificador que opera en las neuronas de los apóstoles. Si él, con un asma que se caía, y unas piernas flacas que apenas lo levantaban, había hecho la revolución, ¿por qué no los demás? ¿Por qué no todo el mundo? Para Savonarola, para Ignacio de Loyola, para Robespierre, estas cosas son fáciles.

En cambio, al hombrecito espeso que va y viene a su trabajo, al maridito municipal, al señor que canta en la ducha, Guevara le estaba pidiendo la luna. Muy pronto, el argentino tuvo pruebas de que su entusiasmo no era transferible. La verdad es que «el hombre nuevo» no producía bastante. El Che ha sido uno de los peores funcionarios en la historia de la administración pública de Cuba. Si un ministro de Industria o un director del Banco Nacional de cualquier país civilizado comete los disparates que cometió Guevara, tendría que suicidarse. Más o menos lo que hizo Guevara. Tan pronto comprobó que «el hombre nuevo» no era viable y que él mismo había fracasado en las tareas del gobierno, se encaramó en Rocinante y se largó a atacar nuevos molinos de viento. Todo muy conmovedor, muy raro, pero escasamente leninista. Un análisis – marxista o lo que sea– de las condiciones objetivas y subjetivas que dieron al traste con la dictadura de Batista hubiera bastado para convencerlo de que la experiencia cubana era absolutamente irrepetible. Pero ¿a qué empresa útil podía arrimar el hombro a esas alturas? El Granma y la Sierra Maestra eran la liberación de un país, que no está mal. Luego proyectó la liberación de la humanidad mediante la manipulación ideológica de su carga genética: el dichoso hombre nuevo. Guevara –es evidente–, bajo sus ademanes huraños, bajo su costra de estudiada sequedad –encubridora de su lirismo– escondía una personalidad mesiánica.

Lo lamentable es que, al esfumarse la utopía guevarista e imponerse el pragmatismo soviético de un capitalismo de Estado al que le importaba un bledo la edad o el estilo de sus obreros, desapareció el único aporte original de la revolución cubana a la historia del comunismo. Fidel, que es una inagotable fuente de energía –es decir, un

energúmeno, en la acepción exacta del vocablo—, es incapaz de teorizar. Es más Stalin que Lenin. Toda aquella virginal, amable, roussoniana búsqueda de un hombre que no conociera la codicia ni el agotamiento, un hombre que sintiera en su carne la injusticia cometida contra otro hombre (contra otro hombre que no se opusiera a la revolución, claro), se fue apagando tanto, que nadie lo recordaba. Aquel laboratorio que montaron en Isla de Pinos, con jóvenes comunistas incontaminados por el *ancien régime*, verdaderos «buenos-salvajes-civilizados», acabó en el más rotundo fracaso. Quizás no es honesto criticar a la revolución cubana por apartarse de caminos utópicos en los que ya se perdieron otros soñadores, pero menos honesto aún es ignorar que desde hace muchos años en el país no se cuece nada original ni dignificante. Hace mucho tiempo, Fidel decidió que Guevara estaba equivocado y que había que arar con los hombres viejos y dejarse de tanto cuento, para lo cual resucitó el antiguo e infalible truco del castigo y la recompensa. Si trabaja, premios. Si se sienta, palos. No falla. Viejo o nuevo, no falla. Lo triste es que al final, cuando ya no son posibles las recompensas, sólo quedan los palos.

La soberanía como coartada histórica

Alguien pudo decir aquello de «soberanía, cuántas revoluciones se cometen en tu nombre». La de Cuba no se hizo en nombre de la soberanía, pero ésta acabó justificándola a los ojos de medio mundo. Fidel-David le dio una pedrada a USA-Goliat en medio de sus partes de influencia, que, como se sabe, es donde más duele. Cuba, el traspatio donde los gringos desembarcaban, *marines*, tahúres y putañeros, se convirtió de pronto en territorio vedado. Fidel clausuró la zona de tolerancia. Echó a los *gánsters* a patadas, despidió a los businessmen —*inessmen* redimió a las prostitutas, concienció a los chulos, y le advirtió a todo el mundo que Cuba era el primer-territorio-libre-de América. Como los gringos tienen mala prensa, y Cuba, realmente, dependía de los Estados Unidos más allá de lo prudente, se dio por bueno el hecho de que la Isla ejerciera su soberanía. Una parte sustancial de las simpatías de que el proceso disfrutó se debe a esta interpretación del acontecer cubano. ¿Qué hay de cierto en el asunto? En primer término, si la soberanía es el derecho de los pueblos a regir sus destinos sin que intervengan potencias extranjeras, hay que tener una imaginación alucinada para afirmar

que Cuba ha sido soberana a lo largo de estas tres décadas de subordinación a lo que fue la URSS. En todo caso Fidel, que ha decidido el camino de Cuba, es el único soberano del territorio, pero ni siquiera eso fue cierto. Mientras existió, la Unión Soviética fue la nueva metrópoli. No todo, claro, era igual. Los soviéticos no herían el nacionalismo genital de los cubanos. Rara vez se acostaban con cubanas. Emocionante. Calderón quedaba cesante automáticamente en tan casto país. Alguna vez, unas chiquillas se metieron en las literas de ciertos marineros extranjeros, y el mismísimo presidente intervino en el asunto con un discurso patético sobre la moralidad pública. Fidel en eso no transige. Es un nacionalista a calzón puesto. En el fondo es como esa gente primitiva a la que le molesta que los extranjeros se acuesten con sus mujeres. El repudio de la jerarquía cultural cubana hacia Camilo José Cela surgió cuando le preguntaron si quería un homenaje y respondió que prefería una mulata. Su hormonal preferencia lo puso en la lista de los agentes del imperialismo.

Los soviéticos tampoco desembarcaban *marines* para poner orden en el cotarro cubano. Sus militares eran más discretos. Controlaban –todavía controlan– bases a las que los cubanos no tienen acceso por razones de seguridad, como la de espionaje electrónico situada cerca de La Habana; pero no es éste un asunto que se ventila en público. Estos militares y técnicos, eso sí, gozan de impunidad ante las leyes. Como es razonable, dado el número y los años transcurridos, han acaecido decenas de accidentes e incidentes, con un saldo de muertos, heridos y perjudicados, sin que uno solo de esos extranjeros haya sido citado ante un tribunal. Los putañeros de antes –aquellos gringos escandalosos– de vez en cuando acababan en los juzgados. Los camaradas socialistas tenían mejor suerte. Todo el mundo es igual en Cuba. Debe ser que había algunos más iguales que otros, como solía decir Orwell.

En la sociedad capitalista cubana, el *businessman* yanqui, con su inevitable portafolio, era un tipo importante que empujaba mamparas y al que se le decía *Yes, sir* constantemente. Ese espécimen durante muchos años tuvo su *doppelgänger* soviético en el funcionario-comisario. En Cuba, hubo muchos. Andaban con maletitas oscuras dando órdenes a través de intérpretes. Los cubanos hicieron una clasificación llena de estúpidos

prejuicios: los rusos apestaban y son despóticos (peyorativamente se les llama los «bolos»); los alemanes también apestaban, y sólo son secos; los checoslovacos y rumanos suelen ser amables y no apestaban; los comunistas búlgaros son definitivamente necios. Los más cordiales y menos altaneros eran los chinos, pero «se fueron cuando la bronca del arroz». La «bronca del arroz» fue el contencioso chino-cubano a propósito del precio y condiciones que China puso a Cuba para venderle arroz. Fidel acabó diciéndole – literalmente– «viejo chocho» al venerable Mao. En silencio, sonrientes, los chinos hicieron mutis por la muralla y durante veinte años apenas tuvieron contactos con Castro.

Pero vamos a lo importante: ¿qué grado real de independencia tuvo Cuba con respecto a la Unión Soviética? A fin de cuentas, el hecho de que antes los gringos y luego los rusos tuvieran privilegios no era tan determinante. La pregunta vital, ya materia de historiadores, es ésta: ¿era Cuba un satélite? Si lo era, ¿cuán cerca describía su órbita de la masa que lo gobernaba? Digamos que Cuba fue un satélite en lo fundamental, pero lo fue con entusiasmo y por convicción. Cuba no se apartaba un centímetro de la Madre Patria (adoptiva) en las cuestiones esenciales. La Habana odiaba y atacaba a Mao y a Tito, apoyó la intervención en Checoslovaquia y la invasión de Afganistán, persiguió a los trotskistas, acusó a Israel y se sometió a todos los ritos de la ortodoxia. La Unión Soviética, en cambio, la dejaba ser más papista que el Papa (con perdón). Esta era su independencia. Cuba, por ejemplo, podía apoyar a ciertos grupos comunistas a la izquierda de los partidos comunistas locales. Moscú no le exigía que ayudara a la vieja guardia, y hasta le permitía que Fidel ensayara su internacional criolla y rumbera. Con toda libertad, Castro hacía suya la causa del 5% de los puertorriqueños que quieren la independencia. O se empeñaba en un antiyanquismo a ultranza, vestigio de las peores épocas de la guerra fría. La Unión Soviética, pacientemente, aceptaba que Cuba fuera más ortodoxa que ella. No había riesgo en esto. No podía haber un cisma, como el chino, porque Cuba era insignificante. Además, la única garantía que tenía Castro de que la revolución cubana continuaría existiendo era que la Unión Soviética la protegiera. Si había ruptura, se quedaban indefensos y los yanquis podían darles un manotazo, circunstancia ésta en la que en Washington hoy ya nadie cree, sencillamente, porque no tiene sentido salir a matar a un enemigo que se está muriendo solo.

Esto tal vez parezca un argumento en favor del vasallaje cubano, pero ¿no habíamos quedado en que se trataba de ejercer la soberanía? ¿Qué sentido tiene cambiar de procónsules? Paradójicamente, los países de la zona eran mucho más independientes con relación a los Estados Unidos que lo que Cuba fue con respecto a la Unión Soviética. Carlos Andrés Pérez, Gaviria, y hasta Balaguer, se han permitido unas veleidades autonómicas que Cuba no pudo soñar siquiera cuando dependía de la URSS. Esto en lo político, puesto que en lo económico, el cuadro es incluso peor. Cuba llegó a tener tantos lazos comerciales con la Unión Soviética como los que en su momento mantuvo con Estados Unidos. Sólo que, aisladamente, el dato nada significa. Cuba tenía a ciento cincuenta kilómetros de sus costas el mayor comprador, vendedor y productor de bienes que ha conocido la historia. ¿Había alguna manera lógica y rentable de sustraerse a su influencia? El famoso (y falsamente denominado) «bloqueo yanqui», no le ha hecho tanto daño a Cuba por lo que no le compra como por lo que no le vende. Cuba, como los gringos dejaron de explotarla, tuvo que ir a que la explotaran fuera. Y encima le salía más caro.

Lo que quiero decir con esto es que lo que no es sino un problema político y económico, se ha visto por el lado sentimental, que es tanto como coger el rábano por las hojas. Fidel, sin duda, ha encarnado el papel de David con mucho talento. Se ha dicho más: se ha dicho que los cubanos han cobrado gracias a su influjo a su influjo cierta dignidad nacional de la que carecían, y que hoy se sienten soberanos. Que están orgullosos del lugar que ocupan en el mundo. Es cierto que Castro ha puesto en el mapa político a los cubanos, pero cabe poner en duda la utilidad de ocupar las primeras páginas de los periódicos. Amín hizo popular a Uganda y Gadafi a Libia sin que ugandeses y libios hayan sacado del *show* otra cosa que dolores de cabeza. Suiza y Austria hace años que no paren un titular de periódico, y no creo que eso les quite el sueño. No es muy cuerdo, además, transmitir a la colectividad la megalomanía propia. Los pueblos no tienen urgencias protagónicas. Ese es un microbio que se les inoculara a cierta gente. La ingenua satisfacción que puede sentir la persona de un país insignificante ante la súbita fama de su patria es síntoma de un entusiasmo primario, pariente heroico de la emoción del hincha

deportivo o del «fan» artístico. Fidel no se podía resignar a que su territorio fuera un relativamente importante y risueño balneario, fábrica, o campo sembrado, que es lo suyo, y se inventó un destino que no casa con la realidad del país. A escala desmesurada es la tragedia del enano que se esfuerza por ser alto y acaba complaciéndose con ser famoso. Para algunos incautos, esa sensación de notoriedad equivale a «Dignidad Nacional» y otras palabrotas con mayúscula. Eso no es serio. La soberanía, que siempre es un valor relativo, es la expresión de un consenso mayoritario, no la elección caprichosa de un tipo con vocación de historia; y es, además, una postura coherente de independencia frente a todas las potencias. De lo contrario, es una farsa.

CAPÍTULO 9

LOS MALES OCULTOS DEL CASTRISMO

Hay un castrismo universalmente condenado, hecho de cárceles, paredones, actos de repudio, empobrecimiento y otras desdichas evidentes. Pero tal vez ese castrismo, a pesar de su carga de abusos y brutalidades, no sea lo peor. Hay otras consecuencias mucho más hondas y duraderas que amenazan seriamente la posibilidad de que alguna vez se constituya en Cuba una sociedad habitable. Estas reflexiones van encaminadas a enunciar brevemente esos perjuicios y lo que sigue es algo así como un índice trágico y parcial de los males profundos que el castrismo ha inoculado en el cuerpo social cubano.

La percepción pesimista del destino nacional

Más de tres décadas de castrismo le han agotado a muchos cubanos la esperanza en un exitoso destino como pueblo. Ese generalizado desconsuelo pone en duda la propia viabilidad de la Isla como entidad nacional encaminada hacia la prosperidad material y la felicidad espiritual. Esa actitud pesimista es totalmente nueva en la historia de Cuba, puesto que, pese a los errores y catástrofes políticas y económicas de la república, siempre primó el criterio de que la Isla –de *corcho*, insumergible según la apreciación popular– saldría adelante a pesar de los contratiempos. Existía la muy extendida superstición de que el país «era rico», de que el cubano «era listo» y de que a largo plazo a la nación le esperaba un radiante porvenir. Ese sano optimismo, sin duda exagerado, pero sin el cual es imposible acometer un proyecto nacional constructivo, ha dado paso al más radical pesimismo. El presente castrista se percibe como un terrible fracaso, pero el futuro se avizora como algo tal vez peor. Un enorme porcentaje de los nuevos emigrantes, aun antes de echar raíces en el extranjero, tiene la secreta decisión de no regresar jamás a aquella tierra, gobiérnela Castro o sus adversarios, exista en ella el comunismo o el capitalismo. Ni siquiera hay nostalgia. Más bien resume cierto comprensible rencor porque se asocian los recuerdos a espantosas experiencias vitales. No se trata, por supuesto, de «malos» cubanos. Esa sería una injusta calificación. Se trata

de cubanos muy heridos, muy lastimados, muy doloridos, que han hecho del olvido una obsesión personal.

La aparición de este pesimismo en la historia de Cuba es una terrible desgracia, porque la primera condición que exige cualquier clase de empresa para desarrollarse con éxito es que quienes la intenten, crean en ella. No hay sociedad próspera y sana si el pueblo que la habita no participa de un común optimismo. Es una terrible paradoja que el castrismo, que comenzó con el más alto índice de confianza colectiva en los destinos de la patria, haya servido para desterrar cruelmente la esperanza del corazón de los cubanos. Pero es así.

La percepción negativa del prójimo

El castrismo ha generalizado entre los cubanos la más cruda insolidaridad. Allí –y en vastas zonas de la emigración– se ha instalado una nefasta actitud de «sálvese el que pueda» y se pisa y se atropella al prójimo para salvar el pellejo de un invisible incendio que crepita por todas partes. El pesimismo no sólo se manifiesta en no creer en el destino de la patria, sino en tampoco creer en «los cubanos», en el vecino de carne y hueso. La ingenua y tradicional aseveración de que el cubano era *noble* se ha transformado en la torcida presunción de que el cubano es *malvado*.

El implacable modelo de Estado castrista ha convertido a demasiados cubanos en comisarios, carniceros, apaleadores, chivatos, gentes que han maltratado a sus prójimos con excesiva crueldad y durante demasiado tiempo. ¿Qué huella permanente pueden dejar en la memoria de los cubanos los *actos de repudio* perpetrados en los años ochenta y prolongados hasta ahora mismo contra cientos y cientos de compatriotas que fueron humillados y ofendidos, golpeados y escupidos, por el *delito* de querer abandonar el país? ¿Cuánto pesará sobre la conciencia de los cubanos este último acto represivo del castrismo, las *Brigadas de Respuesta Rápida*, verdaderas turbas parapoliciales dedicadas al pillaje y al linchamiento de los disidentes? ¿Cómo se van a explicar los cubanos del futuro horrores cometidos contra el escritor Luque Escalona, los hermanos Arco, María

Elena Cruz Varela, Elizardo Sánchez, José Luis Pujol, Ricardo Bofill y tantas víctimas de estos repugnantes *pogroms* ordenados por el propio Fidel Castro?

Aquella sorprendente expresión con que invariablemente se intentaba zanjar las disputas apelando a la «cubanía» de quienes discutían, ha perdido cualquier significado. Lo natural es que hoy «entre cubanos» se hagan mucho daño. Lo normal es esperar del prójimo alguna irreparable canallada. No sólo se ha perdido la fe en la patria como entidad abstracta, sino que también se ha perdido la fe en el compatriota. De un risueño prejuicio positivo se ha pasado a un horrendo prejuicio negativo. Mala arcilla para amalgamar a un pueblo.

La destrucción del modelo paradigmático

Cada vez que los horrores del castrismo han embarcado rumbo al extranjero a un ciudadano instruido, educado, formado en la cosmovisión y en los valores de las clases medias y de la burguesía, se ha dilapidado insensiblemente una parte importante del capital humano que ese país atesoraba. Cada cubano sacramentado por la formación técnica y habituado a las complejidades de la vida urbana y a la «sofisticación» –qué horrible palabra–, que era expulsado o marginado, ha sido una terrible pérdida para todo el país. Costó siglos de sufrimientos y luchas darle a esa sociedad una tenue, pero creciente, capa de ciudadanos –habitantes de las ciudades– asimilables a los de las naciones líderes del planeta. Mas, con la mayor irresponsabilidad, el castrismo ha ido borrando esos estratos sociales, retardando desde hace de 30 años el surgimiento de élites de vanguardia en cualquier campo de la actividad ciudadana.

¿Cómo se repone esta caudalosa humanidad destruida por el castrismo? ¿Cómo se restituye a esa sociedad el desaparecido producto de muchas décadas, de siglos de lenta decantación cultural? La primera observación que en estos tiempos hace todo viajero que recorre la Isla, tiene que ver con el evidente encanallamiento y vulgaridad de esa sociedad. A lo largo de toda la república se pudo ver una sostenida evolución de los valores burgueses y de las clases medias –únicos que al fin y al cabo han probado a lo largo de la historia ser capaces de crear una atmósfera social confortable–, pero desde

1959 a la fecha el país se va deslizando hacia la más rampante incivilidad. ¿Por qué? Porque el castrismo ha disuelto, ha eliminado la capa ciudadana que servía de modelo vital al resto de la nación. El castrismo arrancó de raíz el tejido social que lentamente adiestraba y transformaba a la población menos educada e instruida del país en los usos, costumbres y creencias de los niveles sociales más civilizados, propiciando un fluido proceso de migración social de estimable eficiencia. Es probable que en 1959 ese estrato social medio y burgués alcanzara a una tercera parte de la población, y haberlo constituido era la mayor hazaña social del país. Castro y sus incompetentes secuaces lo han destruido sin reparar en el daño terrible que le infligían a la nación cubana al eliminarle su grupo paradigmático.

El Estado enemigo

He apuntado que el castrismo ha producido un cambio muy pesimista en la percepción del futuro del país y una modificación también negativa en la percepción del compatriota. Pero, además, como era de esperar, el castrismo ha agravado la percepción popular del Estado. Hoy el Estado, en cualquiera de sus manifestaciones, es un enemigo al que se le puede –cuando se puede– engañar, robar o perjudicar sin que esto produzca en el cubano la menor crisis de conciencia. El Estado no se percibe como una empresa común perfeccionable, sino como una torpe, extraña, ajena y arbitraria estructura de poder que suministra pocos bienes y malos servicios mientras demanda incómodas y mal pagadas jornadas de trabajo, y –lo que es peor– constantes ceremonias rituales de adhesión ideológica, expresadas por medio de desfiles, actos, reuniones, aburridísimos «círculos de estudio» en los que se analiza con devoción hasta la última coma de los discursos del Comandante, aplausos serviles, trabajo voluntario o abyectas y frecuentes sonrisas aquiescentes.

No es de extrañar, dada esta percepción del Estado, que millones de cubanos se entreguen sin remordimiento a la tarea de destruir el medio social en que viven. El castrismo ha provocado la total alienación de los cubanos en tanto que ciudadanos, convirtiéndolos en legiones de destructivos vándalos. Centros escolares, oficinas, medios públicos de transporte, modernas o rústicas herramientas de trabajo, nada escapa al poder destructor

de un pueblo que no se identifica con el pavoroso Estado que día a día le oprime y le obliga a las más denigrantes genuflexiones.

Debido a ello, la noción del bien común es muy débil o no existe. La propiedad pública es una incomprensible abstracción. Sólo el perímetro individual, por razones del más arraigado egoísmo, merece cuidado y respeto. Este Midas al revés que ha resultado ser Fidel Castro intentó acabar revolucionariamente con la deshonestidad de un puñado de políticos que solía robar al Estado, pero lo que ha logrado es que millones de cubanos se conviertan en enemigos y expoliadores irreconciliables de ese mismo Estado. Quien con comunismo quiso aumentar la conciencia solidaria de los cubanos, ha provocado el surgimiento de un individualismo feroz e ingobernable que lima y desbasta implacablemente cualquier común esfuerzo constructivo. Superada algún día la trágica anécdota del castrismo, ¿cómo se reinstaura entre los cubanos una percepción del Estado mínimamente saludable? ¿Cómo se convence a millones de seres secularmente insurgidos contra un Estado que aborrecen, de que la convivencia en libertad sólo es posible conjugando deberes y derechos, protegiendo la parcela pública con el mismo respeto con que se protege la privada? Me temo que esas preguntas no tienen una respuesta fácil. Es más, me temo que ni siquiera tienen respuesta. No existe fórmula segura para revitalizar la conciencia cívica.

La destrucción del pasado

No contento con ofrecer un presente de privaciones y fracasos, no contento con destruir la esperanza de un futuro mejor, desalojando del corazón cívico de los cubanos una de sus mejores virtudes, el castrismo también ha demolido el pasado republicano, calificando de *pseudo república* el país que existió entre 1902 y 1959. En esa ruina social a que ha sido reducida Cuba, ni siquiera es posible la noción del «renacimiento», esa útil idea de «resurgimiento nacional» que sirve a los países en sus horas críticas, porque renacer o resurgir implica siempre un estadio anterior de plenitud ciudadana en el que ya tampoco creen los cubanos. Y no se trata sólo de que los cubanos aborrezcan su presente y tengan serias sospechas sobre su futuro, sino que también los han

enseñado a aborrecer su pasado, lo que apenas deja espacio para hincar la rodilla y soportar el esfuerzo descomunal de restañar las heridas e intentar reconstruir la nación.

Numerosos países a lo largo de la historia –Japón, Alemania, España, Italia– han tenido que sobreponerse a terribles catástrofes políticas, pero contaron con un legendario Siglo de Oro, con una Arcadia feliz que pudiera servir de punto de referencia en la búsqueda de Utopía. Y es que todo país necesita alimentarse de esta sana mitología para trazar su derrotero histórico. El castrismo ha privado a los cubanos de ese vital recurso.

La Orientalización de Cuba

Todo comenzó con *El acorazado Potemkin*. (No hay imaginación entre los comunistas, siempre comenzaba hasta hace poco con *El acorazado Potemkin*). El clásico expresionista del cine ruso era algo así como la avanzadilla cultural. Luego venía lo otro: el Bolshoi, los ballets folklóricos, una tirada masiva de *Los diez días que conmovieron al mundo*, una exposición científica soviética, etc. Hasta ahí, nada que objetar. Un país se enriquece con esta clase de embajadas culturales. Cuba necesitaba hibridizar sus experiencias con otras que no fueran americanas. Necesitaba reforzar con otras influencias el enorme peso específico yanqui. Pero Cuba, a pesar de todo, es un pedazo del Caribe español, adscrito a la historia de la región, al contexto americano, y al tronco ibérico. Al más famoso texto castrista, *La historia me absolverá*, apostilló un agudo periodista cubano (Bernardo Viera) una frase entre melancólica y humorística: «Sí, pero la geografía te condena». La geografía nos condena a todos: a los yanquis en el sudeste de Asia, a los ingleses en el Medio Oriente, a los franceses en África. En su momento terminó condenando a los chinos en Albania y a los rusos en Cuba. El 90% de los soviéticos no estaba muy seguro de dónde «caía» Cuba. El 90% de los cubanos no sabe si Minsk es una ciudad soviética o una piel que se ponía la burguesía. Este radical y mutuo desconocimiento está plenamente justificado por la total falta de contacto entre esa porción del mundo y el Caribe. No había lazos. La revolución, *contra natura* y a toda prisa, quiso crearlos. En una década, la mitología comunista estilo soviético con sus desfiles militares, sus enormes retratos de Lenin y Marx, Brezhnev, sus héroes, sus cosmonautas, sus historias, sorprendían la azorada retina del cubano. Y aún hoy, después de la desaparición

de la URSS, continúa instalada en la estética sin imaginación del castrismo. ¿Qué calificativos cosecharía el gobernante occidental que hiciera desfilar sus tropas frente a unos retratos de Adam Smith, Jefferson y George Bush? En Cuba hubo un verdadero bombardeo de cultura «oriental». La Unión Soviética, mientras duró, fue algo así como la adoptiva Madre Patria, mientras los países del Este parecían vecino antillanos. Se hablaba y escribía de Bulgaria como si estuviera en Isla de Pinos. Los gobernantes de Ulan Bator – capital de Mongolia, hago la a para el 98% de los lectores– eran recibidos en La Habana a bomba y platillo, mientras las revistas, con la mayor naturalidad, se referían al remoto país como si se tratara de Venezuela. Había algo demencial en este afán de olvidar el entorno histórico y cultural de la Isla. Demencial y alineante. Demencial porque insensiblemente se estaban ignorando los más obvios perfiles de la nacionalidad y la historia. Alienante, porque con todo servilismo se estaba copiando la *mise-en-scène* rusa.

Aquel triste espectáculo de los años cuarenta, en el que el mundo vio desfilar bolivianos y peruanos al «paso de ganso», se repitió en Cuba dentro de la modalidad soviética. Cuba, que es una isla tropical y mulata del Caribe, que no tenía el menor punto de contacto con la cultura y tradición eslavas –sé que hay otros ingredientes étnicos, pero estoy simplificando– quiso estúpidamente confundirse con Europa Oriental. Si esto no es alienación, que baje Marx y lo vea.

Me imagino que dos factores dispararon a la revolución por ese camino absurdo: primero, la imitación. Todos los satélites europeos practicaban la más servil imitación de la metrópoli; segundo, el deseo de borrar de la memoria del cubano todo vestigio del anterior entorno sociocultural. Cuando se hablaba de Estados Unidos era (es) para mencionar a sus gánsters o sus crímenes vietnamitas. Cuando se habla de Latinoamérica, es para destacar lo progresos hechos por el poder de los grupos afines al castrismo o para subrayar las *favelas* y los niños desamparados. Lo demás se ignoraba y se sustituía por unas misteriosas historias polacas o rumanas.

La reacción del cubano durante los años que duró el intento *orientalizador* fue un poco de extrañamiento en el sentido brechtiano del término. El espectáculo estaba ahí, y lo veían o

se lo contaban, pero no lograba despertar sus emociones. Lo que le exhibían era un drama frío, logarítmico, cerebral, que no le afectaba. A la cosmonauta Valentina Tereshkova acababan por llamarla (jugando con la fonética del nombre) «tres escobas», terminando por tirar a chacota la rara monserga. Marx se convirtió en «el viejito que inventó el hambre».

El desconcierto de un guajiro en la Sierra Maestra ante la historia gloriosa de unos héroes lituanos del trabajo era algo que por elemental piedad debería haberles ahorrado el régimen. El esperpento se parece al de los papúes de un villorio de Oceanía aplaudiendo a la reina inglesa, pero más grotesco aún si cabe.

¿Quiénes fueron los directos responsables de este absurdo montaje? El pastiche, ¿lo que pedía Moscú, o era algo que La Habana brindaba? Un poco de todo. La Habana gesticulaba sin elegancia para dar muestras de su acatamiento. Moscú, por su parte, era una metrópoli exigente y celosa de su jerarquía. Su jefatura, además, se calibraba dentro del mundo comunista por la posición y tamaño de los retratos en los desfiles, por los centímetros cuadrados de prensa «corifea» y otras quisquillosas señales. La Habana jugaba su juego, como Alemania, Checoslovaquia o Polonia. El juego, claro, no era recíproco. Brezhnev o Gorbachov no andaban por ahí con un sombrero de guano, ni *Pravda* se dedicaba a contar vida y milagros del extraño apéndice antillano. Era Cuba la que se «orientalizaba», saltándose paladinamente quince mil kilómetros de distancia real, cultural e histórica, mostrando con ello el profundo resentimiento antioccidental de Castro.

En este sentido operaba –lo sé– la superstición del internacionalismo proletario, pero puestos a organizar dictaduras comunistas, menos alucinado y un poco más digno hubiera sido respetar la entidad cultural e histórica de la Isla. Entre otras cosas, porque el decorado soviético chocaba con la estética caribeña. Todos esos carteles, esos desfiles, esos héroes musculosos e infatigables eran muy expresionistas, muy «Acorazado Potemkin», y tratar de asumirlos de un trago sólo podía demostrar la indigencia intelectual del castrismo.

Quizás –es cierto– no podían –ni por lo visto querían– los dirigentes cubanos zafarse de la orientalización en que metieron al país hasta que vino la *débacle* del campo socialista, pero es evidente que de todas las agresiones al sentido común cometidas en estos años azarosos y delirantes, ésta ha sido una de las mayores. Hágase cargo el lector de que mañana su país suscribe una fórmula revolucionaria de origen, tradición y *entourage* neozelandés. Supóngase que desde mañana el cine, la prensa, la radio comienzan masivamente a darle información épica de ese remoto universo. Usted se quedaría estupefacto; esa palabra, por cierto, tiene la misma raíz que estúpido y que estupefaciente.

Un país asincrónico

Aunque me he propuesto no utilizar como referencia el pasado y juzgar a la revolución *per se*, por su aquí y su ahora, es inevitable, de vez en cuando, lo que un cineasta (o un pedante) llamaría un *flash back*. En 1959, Cuba –seamos justos, sus centros urbanos– vivía sincronizada al sistema temporal de Occidente. La ciencia, la técnica, las corrientes estéticas, las modas literarias, las otras modas, la música, llegaban a la Isla con bastante rapidez. A veces –muy pocas–, como en el caso de la música, Cuba aportaba además de tomar. Supongo que la proximidad con Estados Unidos y la esponjosa naturaleza del cubano serían responsables de este fenómeno, pero no era diferente en el siglo XIX. En sus memorias, el italcubano Orestes Ferrara da cuenta de su sorpresa al encontrar en la manigua, durante la lucha contra España, a una serie de criollos perfectamente familiarizados con el último libro europeo. El primer traductor de Kant al español fue un cubano, José del Perojo, y cosas así.

Cuba –repito– vivía a tiempo occidental. No se me escapa que me estoy refiriendo al cubano de La Habana, Matanzas, Camagüey o Santiago, puesto que el guajiro de la Sierra Maestra habitaba en el siglo XVIII, pero estas diferencias están presentes en el 95%. Los que conocen Moscú y las aldeas de Mongolia exterior saben de estas cosas. Trotski, en su momento, escribió páginas lúcidas a propósito de las contradicciones entre espacio y tiempo. El tiempo cultural no existe en las sociedades que no se modifican –como

bosquimanos– y transcurre lentamente entre los grupos que apenas cambian de hábitos y formas de vida (por ejemplo, los campesinos de Cuba o del Cáucaso). No obstante, a Estados Unidos se le juzga por Nueva York, y no por los sioux, más o menos como al «hombre» de fines del siglo XX se le juzga por un señor de Bruselas y no por su contemporáneo hotentote.

Todo este rodeo –esencial para entendernos– era para afirmar, enfáticamente, que el trallazo revolucionario ha desencajado a Cuba de su sistema temporal. En primer término, el país vive casi congelado en la mágica fecha de 1959. La invariable mitología revolucionaria, los mismos rostros, los mismos nombres, las mismas ideas, se suceden como en un cuento escrito por Borges. Es el tiempo circular que cubre la Isla como una campana neumática. No estoy haciendo literatura, sino describiendo un fenómeno real. Los cubanos no se enteraron de las formidables y decisivas corrientes antiautoritarias de la década de 1960. Todo lo positivo que puede dejar en Occidente el sacudidor movimiento *hippy*, con su desmitificación de las jerarquías, el orden y la obediencia, fue celosamente ocultado. La significación del Mayo francés de 1968 –la *ultima ratio* del levantamiento, y no el guirigay de la barricada– es un fenómeno remoto para los cubanos. Las ideas vigentes, los nudos de tensión, la última poesía, el último cine, el último teatro, la última literatura que no encajaban dentro de la retórica marxista, la antisiquiatría, el feminismo militante, la modificación liberadora de la conducta sexual –el sexo se da de baja en la ética en los prodigiosos años sesenta y regresa, poco después, en los ochenta, de la mano huesuda del SIDA–, Marcuse, Watts, Goodman, Fromm, Foucault, Lacan, el renacimiento de cierta vaga religiosidad, el orientalismo espiritual, el yoga, el redescubrimiento de Nietzsche, el Zen, el análisis de la subcultura, la contracultura, el cine *underground*, la literatura *underground*, la pornografía, los alucinógenos, la desconstrucción, el postmodernismo, el liberalismo y el neoliberalismo. Todo lo trivial, estúpido, profundo, nocivo o benéfico que configura nuestro tiempo ha sido ignorado por el pueblo cubano. La dirigencia revolucionaria, esa genial casta de superhombres, se ha dedicado sistemáticamente a taponar rendijas. Que nadie se entere de nada, que no salga una línea en un periódico, que no llegue un libro o un disco corruptor. Que la juventud no se desvíe de los sagrados caminos del marxismo-leninismo. Al *embargo* material de los

Estados Unidos, los jefes cubanos han superpuesto un mucho más riguroso *bloqueo* espiritual. Ellos saben y definen lo que les conviene a los cubanos, ellos deciden lo que es bueno o malo, ellos protegen las frágiles neuronas de los pobrecitos criollos, criaturas incapaces de emitir juicios de valor.

El resultado de este monstruoso aislamiento –Cuba, a pesar de todo, está en el corazón de las Américas– es una desagradable sensación de anacronismo. Se sabe que el mundo que circunda la Isla avanza a un tiempo vertiginoso y distinto, arreado, es cierto, por Estados Unidos, Japón y Europa Occidental, pero esto no cambia las cosas. El cubano se asfixia en la jerga boba del marxismo-leninismo, cogido entre los dogmas, las prohibiciones y los temores teológicos de una nueva escolástica. Vive un tiempo cultural que no es el que le corresponde por su geografía y por su tradición. Esa penosa cara de niño asustado que pone el emigrado cubano ante una calculadora electrónica de bolsillo, o su estupefacción frente a las ideas demolidoras y luminosas de Szasz, Aron, Revel, Laing o Carl Rogers, o el niño horror ante el erotismo de una revista de *avant-garde*, reflejan su gallináceo pasado de avestruz caribeña. Tendrá entonces que reinsertarse en su tiempo. «Volver al mundo», como dicen las monjas de clausura cuando cuelgan los hábitos. Montarse en la máquina del tiempo para remontar una de las más decisivas épocas del mundo moderno y llegar al presente, viaje que no siempre se logra, porque la sincronización del hombre con su época debe ser un proceso natural y espontáneo. Algunos, desgraciadamente, quedan encapsulados para siempre.

El encogimiento del entorno

Para entendernos, tendremos que aprobar varias hipótesis de trabajo. Aceptemos –no es tan arbitrario– que una medida del progreso es el espacio vital que potencialmente tenemos a nuestro alcance. Me refiero a la prosaica posibilidad de desplazarnos en el espacio vital del punto en que nos encontramos a otro libremente elegido. Aceptemos que sucesivamente la bestia de carga, la rueda, el navío, el avión y la nave espacial son hitos en el progreso humano. Aceptemos –y ya estamos llegando– que en la medida en que el hombre hace uso de esos hallazgos *disfruta* del progreso. Me parece evidente que un inglés que pasa una semana en las Baleares o un catalán que acude en su coche a Perpignan está

ejerciendo el progreso, *usufructuándolo*, muchísimo más que un aldeano de las Hurdes, culturalmente autoconfinado al perímetro de su villorrio. En inglés hay una frase de admiración con la que se califica a cierta gente de gran movilidad: la «*Jet Society*». Por ahora, esto resume la idea.

¿Y qué diablos tiene que ver el espacio con la revolución cubana? Mucho. Cierta tipo de dictaduras herméticas producen una especie de asfixia moral. Esto no es una frase. ¿Por qué la loca estampida de los cubanos hacia los barcos, aviones, salvavidas o rústicas balsas que los alejan de Cuba? Por muchas razones. Aquí va una de ellas: porque se asfixian. Y una de las causas de la asfixia es la limitación de movimiento en el espacio, el extraño malestar que ha producido en el cubano un súbito encogimiento de su ámbito vital. La revolución, por cuestiones de economía y por su naturaleza simplista, ha reducido, de golpe, la capacidad de movimiento de los cubanos. Entre los reglamentos y el desastroso sistema de transporte, cursar el más sencillo trayecto es una calamitosa operación. Este problema es gravísimo en La Habana, donde vive un 20% de la población del país, y donde existían, por cierto, unos hábitos de desplazamiento más generosos. *Obviamente, no me estoy quejando del transporte*. Eso puede ser más o menos deficiente –en Cuba es tremendamente deficiente–, sino del terror claustrofóbico que le provoca a un bípedo urbano del siglo de las naves espaciales saber que su vidita va a transcurrir pastosamente encaramado en una bicicleta china, entre los muros metafísicos de las dos «cuadras» que separan la vivienda de su trabajo. Saber que su autonomía itinerante no tiene nada que ver con la de su prójimo de Caracas, San Juan o Madrid, puesto que la revolución –a la ni por asomo se le ocurre que el hombre tenga ciertas necesidades no descritas en *El Capital*– lo ha confinado a un diminuto potrero en el que apenas puede estirar las piernas, a no ser sobre los pedales de su heroica bicicleta. Habrá que añadir el término *parroquialización* para describir el fenómeno que se ha apoderado de los cubanos, pero existe y es terrible. Y causa asfixia.

No son éstos todos los males ocultos del castrismo, pero sí son, probablemente, los peores, porque atentan contra la esencia misma de la nación cubana. Cuba está muy enferma. Esa sociedad está radicalmente podrida y es preferible tomar cuenta de ello

antes de formular cualquier proyecto político. Lo primero, las medidas de urgencia de cualquier grupo que se proponga la sustitución del castrismo, tienen que estar orientadas a la restauración del espíritu social de los cubanos. Es absolutamente imposible crear un espacio urbano habitable si antes no se produce el milagro de la revitalización de la conciencia ciudadana y la devolución a esa pobre gente de cierto grado de esperanza en el destino colectivo. No se trata solamente de sustituir la ineficacia de la centralización planificada por la agilidad del modelo capitalista, y ni siquiera se trata de eliminar los mecanismos represivos creados por el comunismo sustituyéndolos por el Estado de derecho burgués y democrático –lo cual es necesario– sino de la titánica y mucho más difícil tarea de construir un pueblo civilizado y aceptablemente solidario a partir de una azorada masa de ciudadanos incrédulos y cínicos. El único factor de cohesión que el castrismo ha dejado vigente es el miedo al Estado, y el único generador de obediencia que existe en el país es el temor a las fuerzas represivas, o sea, exactamente los elementos que hacen repugnante al sistema, exactamente los elementos que borrar de la faz de esa sociedad si algún día se intenta la difícil empresa de vivir en libertad y sin las crispaciones de la ira.

CAPÍTULO 10

LA REVOLUCIÓN Y LOS INTELLECTUALES

En 1992, tras el final del comunismo y el empecinamiento de Castro en su papel de último estalinista de Occidente, apenas hay intelectuales dispuestos a defender la revolución cubana. Puede que estemos ante un caso de justicia poética. Al fin y al cabo la revolución nació con un feo pecado original: era inculta hasta el tuétano. Fidel y su estado mayor eran una fauna de pocos pero malos libros. Guardo una ingenua carta de Castro a Mañach donde enumera los libros que ha leído y hecho leer en voz alta a los asaltantes del Moncada: las estrellas son *La decadencia de Occidente* de Spengler, *Introducción a la filosofía* de García Morente y algún otro papel de los bachilleres reaccionarios de hace cuarenta años. También se aprendió de memoria los discursos de José Antonio Primo de Rivera, pero se guarda el secreto con cuidado. Durante la lucha, con la excepción de Baeza Flores, Leví Marrero, Jorge Valls, Carlos Franqui y algún otro, la revolución apenas logró reclutar a un solo intelectual o artista. No era extraño el fenómeno, puesto que los intelectuales, como tales, apenas pesaban en la vida del país.

Escribir en Cuba no era precisamente llorar, como en la España de Larra, sino hacer el ridículo. Igual que pintar, o intentar hacer cine. Tareas todas de locos. La burguesía cubana era exageradamente ignorante. Antes de la revolución, escritores de la talla de Virgilio Piñera, Alejo Carpentier, Lydia Cabrera o Lezama Lima eran prácticamente desconocidos. Sólo Novás Calvo o Gastón Baquero, resignados a hacer periodismo, lograban despertar interés en aquella atmósfera superficial y boba. La estupefacción de la burguesía ante los intelectuales era compartida por las agrupaciones políticas. Sólo el Partido Comunista dedicó grandes esfuerzos a captar a creadores y hombres de pensamiento, pero sin mucho éxito. Marinello fue una promesa hasta que se murió a los ochenta y tantos años. Nicolás Guillén –«Guillén el malo», como solía decir Neruda comparándolo con Jorge, el gran poeta español– al cabo de cuarenta años acaso deja de herencia media docena de poemas más o menos salvables. Lo demás era filfa: Félix Pita, José Antonio Portuondo, y toda una cáfila de mediocridades a punto de terminar

heroicamente a décima limpia, en una controversia guajira entre «el Cabezón» Raúl Ferrer y el «Indio» Naborí.

Fidel no contaba ni siquiera con eso. Su más inmediata clientela política era gente de rompe y rasga. Más aún: hay una relación directa entre el grado de ignorancia de sus seguidores y la estimación de Fidel hasta la aparición Carlos Lage, a principios de los 90, y en alguna medida con la excepción de Carlos Aldana, el primer círculo en torno a Castro estuvo formado por gente tan incapaz como leal. No hay un solo intelectual en las proximidades del Poder. No lo ha habido nunca. Fidel no se siente a gusto entre una gente que maneja un idioma que él ignora. Su guardia de hierro está compuesta guajiros de la Sierra incapaces de pensar por su cuenta. El único intelectual que con grandes reservas alguna vez se le aproximó, fue Carlos Franqui, y acabó, claro, exiliado en Europa. A Franqui –insisto en ello en alguna parte de este libro– y a su colaborador Vicente Báez se debe la circunstancia de que una revolución hecha por mentalidades incultas acabara por convertirse en un punto de atracción para los intelectuales de todo el mundo.

Ocurrió lo siguiente: a través del periódico *Revolución*, dirigido por Franqui, se valoró y respaldó a escritores como Cabrera Infante o Virgilio Piñera. Por primera vez, oficialmente, los intelectuales, artistas y creadores de todo género, entraban en el juego. Franqui fue generoso y no le exigió a Carpentier una retractación de los servicios prestados a la dictadura venezolana de Pérez Jiménez, ni a Nicolás Guillén que justificara su condición de censor durante la dictadura de Machado. Tampoco Retamar tuvo que justificar su apatía durante la acción.

Franqui abrió la puerta y entró la alegre tropa. Circularon invitaciones para todo el mundo. Cuba se llenó de viajeros prestigiosos que regresaban a sus países comprometiéndose a defender la revolución. De pronto, parecía que La Habana de los Castro era una especie de Florencia de los Médici. Se comenzaron a publicar más libros de creación que antes; se hablaba del cine cubano como de un proyecto inmediato. Los pintores eran llamados para hacer grandes murales. Hubo una verdadera «escalada cultural», si nos ceñimos al vocabulario entonces en boga.

Toda esta explosión se hacía al margen del Partido Comunista, lo que ponía nerviosos a los viejos camaradas, pero también se hacía al margen del «poder», lo que ponía nervioso a Fidel. Y los problemas no tardaron en surgir. El primer encontronazo lo tuvo Castro con el joven cineasta Orlando Jiménez Leal, autor de un valioso documental titulado *P.M.* La película de Jiménez Leal le sirvió de pretexto al viejo Partido para agredir al equipo de *Revolución*, puesto que Sabá Cabrera Infante, hermano de Guillermo, Director de *Lunes de Revolución*, un semanario cultural, había colaborado con Jiménez Leal en la producción del filme. *P.M.* fue la coartada del Partido para desbandar a los intelectuales que comenzaban a constituirse en un grupo incontrolado de presión. Castro, que no contaba con intelectuales entre sus secuaces más próximos, entregó entonces el aparato cultural al Partido, al menos durante la década de los sesenta y los setenta. Pero era poca cosa lo que entregaba: en la práctica, el poder de los viejos camaradas sólo alcanzó a esfera de la cultura y eso, claro, con precauciones y bajo la estrecha vigilancia de la señora Haydée Santamaría, persona que no tenía nada que ver con la cultura, pero sí mucho con Fidel, que es lo que le interesaba al *Máximo Líder*. El viejo Partido administraba el misterioso asunto de los libros y las artes. Fidel lo fiscalizaba a través de la buena señora que, un buen día, cansada de contradicciones, asqueada de Fidel, se dio un pistoletazo.

¿Libertad estética?

En Cuba –¿cómo evitarlo?– se dio también la polémica a propósito del realismo socialista. ¿Tenía derecho Portocarrero a pintar sus «diablitos» y catedrales, o debía dedicar su talento a pintar obreros felices y musculosos? ¿Podía Lezama dedicarle una oda a un mulo insondable, o debía componer un canto a la victoria de Girón? Con alguna precipitación, Fidel terció en la polémica y dijo entonces una frase que se hizo famosa en virtud del papanatismo universal: «Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada». Esto se interpretó como un espaldarazo a la libertad creadora, cuando sólo quería decir que el requisito indispensable del artista era su militancia política. A Castro, a fin de cuentas, le tenía sin cuidado que Mijares pintara unos extraños muñecos azules, y los poetas José Arcocha y Fernando Palenzuela suscribieran el surrealismo. En rigor, Castro

no percibe las diferencias entre la fantasía elitista y el realismo socialista. Nunca ha creído en la *utilidad* de la pintura o en la *eficacia* de un poema, de manera que tanto montaba una cosa como la otra. Pero se equivocó. Con los años, Fidel descubriría que la libertad estética entraña un riesgo para el estado totalitario. Por el hilo de la libertad estética siempre se llega al ovillo de la crítica. Es inevitable. El principio mismo de que en una sociedad colectivista y comunitaria unas criaturas tengan el privilegio de crear para unos pocos, ignorando a la masa, acaba por ser contrarrevolucionario.

Rápidamente fue creciendo el guirigay y la polémica en el mundillo de los intelectuales. Primero hubo detenidos por conducta homosexual, luego apresaron a los que se permitían algunas críticas, aunque fueran simbólicas, por fin sucedió el «caso Padilla». Ante el *enfant terrible* que escribía versos insolentes y hermosos, Castro perdió la paciencia y decidió poner orden en el alborotado universo intelectual. Como medida provisional, castigó a los escritores. La revolución –año 1971– iba a dosificar en adelante las publicaciones creativas. La educación popular tendría absoluta prioridad. Los «hechiceros de la cultura» quedaban otra vez fuera del juego, pero peor que antes, puesto que ni por cuenta propia ni en el extranjero podían publicar sus obras. A Reynaldo Arenas le costó la cárcel publicar en México *El mundo alucinante*. Sólo los *expresamente* adictos, y en obras *obviamente* castristas, tendrían el derecho de verlas publicadas. Esto, como medida a corto plazo. A largo plazo, la revolución se impuso una tarea mucho más espeluznante: acabar con los «intelectuales». Es decir, eliminar la élite que define lo que es o no cultura, lo que es creación valiosa o simple invención. El papel que antes jugaba la élite de los intelectuales, en el futuro, de acuerdo con los planes de Fidel –explicados en el Primer Congreso Cultural de 1971–, lo jugarían las masas anónimas. No habría pintores o escritores famosos que pudieran convertirse en divos, sino centenares, millares de aficionados que crearían sus obras animados por la revolución. En cualquier caso, Fidel sostiene que la revolución puede prescindir de la élite cultural. En última instancia, razona con toda lucidez que, si el estado burgués subsistía ignorando por completo a los intelectuales, tanto más podía hacer una revolución que contaba con todos los resortes del poder. En el fondo, era un ajuste de cuentas entre Fidel y una gente por la que sentía un amargo desprecio y cierto rencor. Venganza que colocaba a los intelectuales en una

posición terrible: no existe grupo más vulnerable a la policía que el de los creadores, puesto que, además de simular con la conducta, tienen que simular con sus obras, y casi siempre lo segundo es más difícil que lo primero. La consecuencia de esta tensión es el pánico. No hay seres humanos más azorados y nerviosos dentro de Cuba que los intelectuales. Los partidarios gesticulan con vehemencia para que no se les confunda, los adversarios se mueren de miedo. Nadie sabe los límites reales de la censura ni las consecuencias exactas que acarrea transgredir unas normas no publicadas. Cada creador, entonces, se va convirtiendo en su propio censor. Se va automutilando, y cada tajo aumenta su desesperación. Y su vergüenza.

Los intelectuales extranjeros

En el principio, cuando La Habana era una fiesta, Cuba se convirtió en una especie de Jordán bautismal para los intelectuales de todo el mundo. Un poco como se va al zoológico –aunque sea un zoológico histórico–, llegaron Sartre y su carnal Simone. Luego siguieron otros, y el flujo parecía lo de nunca acabar. Castro, que no lee ficción, que detesta la poesía, que no entiende de pintura y mucho menos de escultura, que no sabe de música, que sólo atado y amordazado vería un ballet o escucharía una ópera, que sólo disfruta con las biografías de los grandes hombres o los manuales de veterinaria sobre las grandes ubres –sufre una pasión involucionista por la genética bovina–, se dio cuenta del tremendo peso específico de los intelectuales en la formación de las corrientes de opinión pública, y se lanzó a reclutarlos, como ya se ha dicho, por cuenta de Carlos Franqui, director de *Revolución*. Luego confiaría esa tarea a Haydée Santamaría, nombramiento que acabaría por costarle a ésta la vida cuando no pudo continuar soportando las contradicciones.

El pacto entre los intelectuales y la revolución era sencillo. Cuba los invitaba a que practicasen cierto turismo revolucionario, los promocionaba dentro y fuera de la Isla, y los intelectuales, sencillamente, apoyaban a la revolución. Este convenio tenía la virtud de cohesionar a los intelectuales, puesto que los hacía coincidir en la lealtad al proceso revolucionario, lo que a su vez fortalecía la capacidad de presión del grupo. Como han reconocido Vargas Llosa y Donoso, el «boom» fue posible, en gran medida, porque la

revolución cubana resultó una catapulta colectiva a la fama. Ellos ponían el talento, y la revolución los congregaba y potenciaba el éxito.

Para Castro, el apoyo de los intelectuales era especialmente útil. Cuba –por lo menos en principio– no era Albania, resignada a hacer su revolución intramuros sino un «faro del tercer mundo» y el «primer territorio libre de América». Cuba quería ser paradigma y necesitaba portavoces, estaciones repetidoras, eco, juego de espejos y cuanta herramienta multiplicara su voz y su imagen. Los intelectuales servían para esto. Una declaración política de un pianista notorio, que era un genio en el piano y un ignorante en la política, valía gracias al talento musical de éste y no por su contenido político. Un documento de apoyo a la revolución firmado por escritores y artistas de primer orden significaba un espaldarazo valioso. Lo que estúpidamente ignoró el régimen era que ese mismo documento, de signo condenatorio, tendría un gran impacto negativo. Los intelectuales eran útiles, pero peligrosos.

En el pacto, había varios fallos insalvables. El primero y definitivo era que la mayor parte de los intelectuales no eran comunistas disciplinados, sino elementos progresistas y liberales con algún sentido crítico.

Tan pronto como se hizo evidente el rumbo comunista que tomaba Cuba, comenzó a oírse cierto murmullo tímido. La Habana –dispuesta a no permitir veleidades– condenó a Carlos Fuentes por escribir en *Life* y a Neruda por asistir a una reunión del Pen Club. La condena fue escrita por Roberto Fernández Retamar, un poeta menor procedente del catolicismo que se transmutó en furibundo comisario cultural y cazador de brujas democráticas (quizá como consecuencia de su vergonzosa abstención durante la lucha contra Batista).

La ruptura entre los intelectuales de izquierda y el castrismo era sólo cuestión de tiempo. En sus viajes a Cuba, Fuentes, Vargas Llosa, Goytisolo, no sólo habían trabado contacto con la revolución en abstracto, sino con intelectuales cubanos de carne y hueso. Con Cabrera Infante, Heberto Padilla, Lezama Lima, Virgilio Piñera. Tan pronto como la

revolución entró en conflicto con los intelectuales críticos que quedaban en el país, a sus colegas extranjeros se les planteó un problema de índole moral. Mantenerse en silencio y continuar apoyando a la revolución, en cierta forma era convalidar el atropello a sus amigos cubanos. A Mario Vargas Llosa era a quien más le asediaba la mala conciencia de todo este turbio asunto, y como era el más intrínsecamente honesto, fue quien levantó la polvareda a propósito del «caso Padilla».

Heberto Padilla había escrito un buen libro de poemas titulado *Fuera de juego* que resultó premiado en un concurso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Como el libro contiene varios poemas críticos, la UNEAC aceptó publicarlo, pero sólo con un prólogo en el que acusaba al autor de divisionista y contrarrevolucionario. De otra parte, el libro prácticamente no fue distribuido; algo semejante le ocurrió al dramaturgo Antón Arrufat por su obra *Los siete contra Tebas*. El redactor de ambos prólogos fue José Antonio Portuondo, viejo militante del partido comunista y defensor de la ortodoxia estalinista desde la revista *Verde Olivo*, órgano de las Fuerzas Armadas. Mientras el incidente no pasó de los dominios de la UNEAC, La Habana pudo tenerlo bajo control; pero tan pronto como intervino la policía política, se armó el griterío internacional. Padilla fue detenido por la temible Seguridad de Estado y a los pocos días emergió del calabozo con una cicatriz en la cabeza una declaración de autocensura y arrepentimiento que pasará a la historia universal de la infamia. El abyecto documento, leído en una sesión de la UNEAC, en un salón repleto de escritores y artistas temerosos de que Padilla los mencionara –tal y como el poeta secretamente se propusiera–, constituyó un espectáculo tan deprimente que enfureció aún más a los intelectuales extranjeros que habían pedido la libertad de Padilla en el momento de su detención. La reacción de La Habana no se hizo esperar: acusó a los exsimpatizantes de agentes del imperialismo, y de seudorrevolucionarios que se habían aprovechado de la revolución para escalar a la fama y la fortuna. El más atacado fue Vargas Llosa pero el mismo resentimiento surgió entre los comunistas cubanos contra Goytisolo y Octavio Paz. En tanto, dentro de Cuba, los escritores se sentían simbólicamente protegidos por la viril reacción de sus colegas extranjeros y ansiaban que se mantuviesen a la ofensiva. Dos importantes deserciones fueron hábilmente explotadas por La Habana: la de Cortázar, que se desdijo y escribió un

increíble poema pidiéndole perdón a Haydée Santamaría, a la Casa de la Américas, a Fidel y a su «buchito de café», y la de García Márquez, que afirmó no haber suscrito jamás el documento que pedía la excarcelación de Padilla, y mucho menos el que censuraba la farsa de la autocrítica. No menos útil le fue a La Habana una carta abierta de Alfonso Sastre, definitivamente identificado con la policía política del castrismo e impudicamente junto a la represión.

Dentro de Cuba, los escritores y artistas acosados consideraron la actitud de Cortázar, Sastre y García Márquez como una especie de repulsiva traición que facilitaba y santificaba la represión policíaca ejercida contra ellos. La consecuencia de este choque frontal entre la revolución y los intelectuales de izquierda fue la cancelación definitiva de esta clase de relaciones públicas. Fidel, que siempre ha mantenido una actitud de desprecio hacia los intelectuales, aprovechó la oportunidad para prescindir definitivamente de los costosos servicios que le brindaban. La revolución había perdido un buen aliado en esa extraña e incesante lucha por brindar una imagen benéfica. Pero sus líderes, guerrilleros en el poder sin ningún refinamiento espiritual, se sentían más libres, menos cohibidos, a fuera del ángulo visual forzosamente crítico de los intelectuales extranjeros.

El antropólogo y el policía

A lo mejor Gabriel García Márquez es el escritor más importante del mundo. Su prosa tersa, clásica, dedicada a contar historias insólitas y a describir personajes pintorescos, ha resultado eficaz en todos los idiomas cultos del planeta. García Márquez es un *best seller* en español, inglés, francés, alemán, y así hasta 23 idiomas.

Obviamente, esto lo ha hecho muy rico. Nada queda de aquel periodista «feliz e indocumentado» que apenas tenía dinero para pagar la cuenta de un hotel parisiense de mala muerte. Hoy es un hombre inmensamente poderoso al que le gustan la buena vida, los coches lujosos, las casas confortables, las obras de arte y ayudar generosamente a sus amigos sin recursos.

Sigo con la información. García Márquez no es comunista. Podía serlo, pese a su riqueza y hábitos burgueses, como lo fueron Picasso y Neruda, pero «Gabo» –como lo llaman sus íntimos– tuvo la desgracia de conocer las dictaduras del Este antes de ser un personaje famoso, y el impacto de esa fallida primera noche revolucionaria lo dejó frígido para siempre ante los estímulos del marxismo. Alguna vez me ha contado Mario Vargas Llosa cómo García Márquez, en la década de 1960, mientras ambos visitaban la Alemania comunista, se lamentaba amargamente del dolor que significaría para la humanidad el hecho terrible de que el modelo político de la URSS –«gris y siniestro», creo que decía– se apoderara de los grandes países de Occidente. «¿Te imaginas, Mario, qué horror?»

Bien: ¿por qué vive en Cuba García Márquez ciertas semanas del año? ¿Por qué este personaje rico y famoso que nada espera del comunismo, que tiene casa en México, en Barcelona y en Colombia, pero que pudiera seleccionar cualquier lugar del mundo que quisiera para instalarse como un príncipe, ha elegido como residencia habitual uno de los más tristes rincones de ese universo «gris y siniestro» que tanto le repugna?

Afortunadamente, a partir del 10 de junio de 1988, ese misterio comienza a disiparse. En esa fecha, uno de sus ayudantes, el escritor Tony Valle Vallejo consiguió asilarse en el extranjero y explicar algunas de las contradicciones que rodean al autor de *Cien años de soledad*. Para Valle no fue una decisión fácil –dejó en la Isla una hija a la que tal vez nunca más volverá a ver–, pero quedarse en Cuba y sacrificar su vida al capricho, la arbitrariedad y la necesidad de un estado policíaco era un precio mucho más alto que el de abandonar para siempre a su familia, o el de defraudar la confianza de su amigo García Márquez.

En realidad, García Márquez vive en Cuba extraordinariamente bien y por muy poco dinero. Habita una casa lujosa cedida por el Estado y con bastante servidumbre. Tiene varios automóviles –incluido un Mercedes que magnánimamente Castro le regaló– y realiza sus compras en dólares en tiendas para diplomáticos en las que nada falta. De las penas del pueblo y de la escasez, sólo tiene las vagas referencias que se atreven a hacerle algunos de sus amigos.

Pero no son éstos los factores que explican su permanencia en la Isla, sino su fascinación personal por la naturaleza de Fidel Castro. Parece que García Márquez tiene una especie de curiosidad antropológica por Castro. Lo ve, lo escucha y hasta discute con él, no como si fuera un ser humano que ocupa una posición encumbrada, sino como si fuera un personaje de ficción que hubiera cobrado vida. No se trata de una amistad entre dos personas, sino de las emociones que experimenta un investigador –García Márquez– tras haber descubierto en el bosque un bicho único y prodigioso nunca antes examinado por la ciencia.

De ahí, por ejemplo, la indiferencia de García Márquez ante las atrocidades del sistema que Castro ha puesto en marcha. El gran escritor no se ve obligado a juzgar con criterios convencionales a las criaturas distintas, aunque –hay que decirlo– no ha regateado su influencia para ayudar a ciertos presos políticos a salir de la cárcel. La escala de valores es otra. Cuando un buen antropólogo analiza las costumbres de los indios de la Amazonia, no se horroriza ante la práctica de la antropofagia. Sencillamente anota en su diario: «Se comen los cadáveres de sus adversarios; parece que las nalgas y las mejillas de los niños es lo que más les gusta». García Márquez hace lo mismo. Estudia a Castro con la distante asepsia con que se analiza el comportamiento de los salvajes en la cuenca del Orinoco. Y es un mecanismo inconsciente. El cree que está tomando notas para una novela, pero en realidad le va a salir un reportaje para el *National Geographic*.

A Castro, por supuesto, le agrada la amistad de García Márquez. Pero le inquieta, porque él también se pregunta qué demonios hace García Márquez en Cuba. Y para evitar sorpresas, Castro ha hecho con su amigo lo que hace con todo el mundo: lo vigila de cerca. Las dos personas más próximas a García Márquez son dos oficiales de la Seguridad del Estado que tienen que informar a diario y puntualmente de todos los pasos dados por el escritor. Castro luego revisa esos informes y escudriña las transcripciones de las llamadas telefónicas de su amigo –todas minuciosamente grabadas– porque si García Márquez tiene un interés antropológico por Castro, Fidel tiene por el colombiano un interés especialmente policiaco.

Y se complementan. Tanto así que creo que la gran novela que hay en esta historia no es la del dictador, sino la de las extrañas relaciones surgidas entre ambos. Alguien tiene que contar la apasionante historia del arcnólogo que se enamoró de su alacrán, y del alacrán que le vigilaba para clavarle el aguijón. Y a lo mejor, ese alguien es Tony Valle Vallejo. Porque lo sabe todo.

Los intelectuales cubanos

Haydeé Santamaría, la funcionaria de la cultura más importante de Cuba, se dio un balazo en la cabeza en torno al 26 de julio de 1981. La fecha es importante. No se mató en marzo ni en diciembre. Se mató en julio, probablemente la noche del sábado 26, aunque no lo anunciaron hasta la mañana del lunes 28. Con veintinueve años de retraso, Haydeé Santamaría quiso unirse a los muertos del Moncada. Quiso unir su suerte a la de Boris, su novio, a la de su hermano Abel, a la del puñado de jóvenes heroicos e idealistas que murieron a tiempo, en olor de ilusión, con la última mirada puesta en el sueño de un país democrático y libre. Haydeé Santamaría se mató por fidelidad a sus muertos. Se mató como se mató Félix Pena, el comandante del Directorio Estudiantil Universitario, porque los suicidas políticos se matan para advertir y para censurar. Se matan para dar, como Eddy Chibás lo hiciera a principios de la década del 50, un último y enérgico aldabonazo en la dormida conciencia de las gentes.

Tampoco era de extrañar la inmolación de Haydeé. Cuba tiene el más alto índice de suicidio de América, con una cifra de casi 30 personas por cien mil habitantes, lo que la convierte en la primera causa de muerte en el grupo humano de 15 a 49 años. En contraste con las cifras de suicidio en otros países del continente (Estados Unidos, 12.5; México, 1.8; Costa Rica, 4.4), las de Cuba son elocuentes.

Obviamente, Haydeé Santamaría se mató por razones nítidamente políticas, como luego hiciera el expresidente Osvaldo Dorticós. Si las motivaciones hubieran sido de otra naturaleza, nadie más interesado que el gobierno cubano en revelarlas. ¿Por qué no publicó La Habana la carta escrita por Haydeé Santamaría a Fidel Castro? Si el contenido

de la carta hubiera sido exculpatorio; si dijese, como tantas notas de suicidas, «no se culpe a nadie de mi muerte», habría aparecido en la primera página del Granma, y Castro, conmovido, hubiese pronunciado el discurso fúnebre de despedida. Pero esa carta, probablemente, dice algo así como «cúlpese de mi muerte a mi profundo e inaguantable desengaño, cúlpese a la mala conciencia que me obsesiona porque pertenezco al deleznable grupo de los opresores, cúlpese al hecho brutal de nuestras crueles cárceles políticas, cúlpese al espectáculo conmovedor de once mil infelices cubanos amontonados en una embajada para escapar de lo que yo he ayudado a construir. Cúlpese a nuestras turbas por golpear, vejar, maltratar, y –a veces– hasta *matar* a los que quieren emigrar del país. Cúlpese a mi dolorido corazón, incapaz, por más tiempo, de soportar el peso de la realidad cubana».

El suicidio es siempre un gesto de interpretación equívoca, pero si existe una constante entre las personas que deciden quitarse la vida, es esa terrible convicción de que no habrá un mañana reparador y luminoso. Los suicidas no creen en el mañana. Poco antes de su famoso balazo, Mariano José de Larra, el escritor romántico español, redactó una crónica singularmente desgarradora, y en ella decía que mirando a su corazón podría escribir «aquí yace la esperanza». De eso murió Larra. De eso ha muerto Haydeé Santamaría, en su corazón, antes del balazo final, había sido enterrada la esperanza.

No debe, pues, sorprendernos excesivamente el suicidio de Haydeé Santamaría. La percepción del fracaso de la revolución cubana es mucho más aguda en los medios culturales. La Unión de Escritores y Artistas, el Instituto Cubano del Cine, la Dirección de Editoriales del Ministerio de Cultura, la Casa de las Américas, son viveros de mal controlada inconformidad. Es la *intelligentsia* quien mejor percibe la brutal distancia entre la realidad cubana y la retórica revolucionaria. Esos tristes espectáculos de las rebeldías y las retractaciones, de las disidencias y los *mea culpa*, son el resultado de la fatal coincidencia entre la lucidez y el miedo. Esa es la terrible situación de Lisandro Otero, de Eliseo Diego, de Antón Arrufat, de Luis Agüero, de Miguel Barnet, de Silvio Rodríguez, de Pablo Milanés, de Fina García Marruz, de Pablo Armando Fernández y de otras docenas de intelectuales y artistas cubanos, demasiado inteligentes para ser

dogmáticos y demasiado bien informados para suscribir, realmente, el bárbaro modelo de sociedad impuesto por el grupo castrista. El pobre Cintio Vitier, o el pobre Barnet, o los pobres Arrufat y Pablo Armando Fernández, tendrán que decir lo que el Ministerio del Interior les exija que digan, o lo que ellos supongan que Ministerio del Interior le gustaría que dijeran, pero esos ejercicios declamatorios no pueden ocultar la radical incongruencia entre lo que ellos son y realmente creen, y lo que tienen que aparentar y manifestar creer. Esta simulación no debe escandalizar a nadie. Nadie tiene la obligación de ser, además de poeta, un héroe, como Valladares, Angel Cuadra o María Elena Cruz Varela. Como solía decir, brillantemente, Reynaldo Arenas, «dentro del socialismo sólo se salva el rostro utilizando la máscara». Poco antes del suicidio de Haydée Santamaría, enmascarado como representante de los intelectuales de Cuba, llegó a París Benítez Rojo, el autor de *Tute de Reyes*. Acudía, precisamente, por recomendación de Haydée Santamaría. En París, Benítez Rojo decidió quitarse la máscara y pidió asilo político. Después de este singular escritor otras docenas de intelectuales y artistas han hecho lo mismo.

La formación y la información son incompatibles con la militancia castrista. El castrismo, después de más de treinta años de práctica nefasta, sólo puede reclutar adeptos en los estratos menos educados del país, zonas en las que la emoción sustituye al análisis, y la superstición al juicio objetivo. De esta situación ni siquiera se escapan los intelectuales marxistas. ¿Cómo creerle a Jorge Ibarra su castrismo? ¿Cómo creer que Carlos Rafael Rodríguez no siente náuseas cuando, en nombre del marxismo, en su presencia, se golpea y se escupe a unos pobres obreros que quieren emigrar del país? ¿Cómo creerle a Alfredo Guevara su incondicional apoyo a esa revolución cubana? Alfredo Guevara es inteligente, mordaz. Era marxista cuando Fidel no era más que un buscapleitos. Pero nunca fue un marxista de consigna y estupidez, sino un espíritu que encontraba en el marxismo un método de análisis. Alfredo Guevara no necesita abjurar del marxismo para condenar al fascismo de izquierda que se ha apoderado de Cuba. El castrismo, seguramente, es condenable desde una perspectiva liberal, pero también lo es desde un análisis marxista. ¿Cómo puede Alfredo Guevara, a más de tres décadas del triunfo revolucionario, continuar sosteniendo que las monstruosidades del sistema son errores enmendables en el futuro? La ineficacia, las arbitrariedades, los abusos del sistema no son fenómenos ajenos

a la esencia del castrismo, sino las naturales consecuencias inherentes al modelo elegido. Es absolutamente irracional esperar la modificación de ese sistema. Por eso se mató Haydée Santamaría: porque comprendió, con lucidez, que no había espacio para la esperanza.

El divorcio entre la *intelligentsia* cubana y el régimen castrista entraña una paradójica ironía. Ningún gobierno, en toda la historia de la república, ha hecho más por impulsar la cultura cubana. Pero ninguno, también, ha hecho más por reprimirla. La república que desapareció en 1959 ignoraba el hecho cultural. Los gobiernos no se preocupaban por publicar un libro de Cintio Vitier, pero tampoco les preocupaba lo que Cintio Vitier pudiera decir en sus libros. Fue la atmósfera revolucionaria la que le dio estatura nacional a Heberto Padilla –independientemente de su indudable talento–, pero también fue la atmósfera revolucionaria la que lo encarceló y lo obligó, más tarde, a una bochornosa ceremonia de autohumillación.

¿Cómo extrañarnos de que Elíseo Diego mire hacia atrás con melancolía, y recuerde los apacibles días en que el grupo de «Orígenes», sin subsidio pero sin amo, se reunía en torno al misterioso magisterio de Lezama a comentar una «página» de Juan Ramón, salpicada de impertinentes jotas? ¿Era peor La Habana que despreciaba cuanto ignoraba que La Habana que vigila cuanto sospecha? La respuesta es obvia: de aquella Habana nadie tenía que irse. En aquella Habana inculta y despectiva hizo Labrador Ruiz su obra innovadora. En aquella Habana escribieron Novás Calvo, Montenegro y Lydia Cabrera sus cuentos magistrales. Esa Habana no fue generosa con Brull, con Loveira, con José Antonio Ramos, con Mañach o con Varona, pero ni les exigió una particular devoción política ni los persiguió por las ideas expresadas en sus obras.

La revolución cubana ha provocado el éxodo en masa de su *intelligentsia*. Hoy, en Puerto Rico, solo, lleno de fervor patriótico, escribió Leví Marrero la mejor historia social y económica de Cuba que han conocido los cubanos. Una obra monumental en 15 volúmenes que tenía que haberse hecho en la Biblioteca Nacional de Cuba y con el agradecido auxilio del país, y no en un rincón nostálgico y herido de la emigración. Es en

París, y en francés, donde hoy Eduardo Manet lleva el teatro cubano a su más alta expresión. En Cuba, no pudo. De Cuba, hace unos años, «de sus ojos fuertemente llorando», tuvo que irse. Como también tuvieron que marcharse Reynaldo Arenas; Armando Alvarez Bravo, Jesús Díaz; César Leante; Paquito d'Rivera; Arturo Sandoval o Pío Serrano, el poeta terso y vigoroso descubierto por los españoles. El castrismo, que nada entiende, supone que el universo se divide en gente que los apoya y en gente que los condena. En cubanos que se van y en cubanos que se quedan. El castrismo no entiende que los intelectuales que desertan, que escapan por todos los medios, lo hacen con el más profundo dolor, y que no huyen, claro, de la incomodidad material, sino de la presencia ubicua de la policía, y de la quiebra moral de un sistema en el que alguna vez creyeron. Se huye de la necesidad y de la represión –no de la pobreza– porque se ha llegado a la conclusión dolorosa de que es mejor el desgarramiento del exilio a la tragedia del que no se va, como Retamar, pero que quisiera irse y le faltan fuerzas para tomar la decisión.

Por eso, a nadie debió extrañarle cuando César Leante, Asesor Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura y autor de ocho libros meritorios, se quedó en 1981 en Madrid, en una escala técnica de un viaje destinado a Bulgaria. El titular del periódico decía «César Leante se ha asilado», pero pudo decir «Roberto Fernández Retamar se ha asilado». O «se han asilado Cintio Vitier y Fina García Marruz». O hasta «se quedó en Madrid Lisandro Otero, en compañía de Eliseo Diego, mientras seguían la pista de los desertores Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández, David Buzzy, Norberto Fuentes y Miguel Barnet» (todos en Cuba –todavía–), porque no se conoce entre los intelectuales cubanos uno solo que realmente, y sin fisuras, apoye esa ya muy antigua tragedia conocida como «la revolución cubana».

De ahí se hubiera ido hasta Nicolás Guillén, que murió totalmente decepcionado de Castro, porque ya no se trata de marxismo más o menos, de sistemas políticos más o menos, sino de que esa sociedad ha entrado en una etapa de corrupción, ineficacia, despotismo, arbitrariedad, insolidaridad y abuso que no es respirable para casi nadie, pero mucho menos para los intelectuales, condenados a ejercer la «funesta manía de pensar».

Ser albañil en Cuba es difícil; ser médico o maestro, es lamentable; pero ser escritor es absolutamente trágico, porque la constante demanda de lealtad puede dejar el espinazo en carne viva. Un albañil no tiene que mentir con la plomada, ni un médico –Dios mío, que no se le ocurra– está obligado a interpretar una radiografía desde la perspectiva marxista, pero los pobres plumíferos tienen que hacer sus sonetos en homenaje al poder, escribir novelas «dialécticas» y contribuir con la palabra a la gloriosa aventura de construir el radiante futuro de la humanidad. Pero, además de esa espantosa tarea –celosamente vigilada por una legión de censores, inquisidores y policías de todo pelaje–, los escritores son como objetos suntuarios en las sociedades comunistas, algo así como floreros de lujo, que se exhiben para demostrar la calidad del mundillo construido por los comisarios y el respaldo popular de que gozan los gobiernos.

En las sociedades burguesas, el truco está en retratar al mandamás con el obispo o con el poderoso inversionista extranjero: en la sociedad comunista, ese papel de avalista, de garante, lo juega el intelectual, pero de una forma involuntaria. U obedece y aplaude, o va a la cárcel. En el mejor de los casos, simplemente desaparece de la literatura oficial, como les ocurre a cuantos desertan. Porque en la próxima edición que el infeliz Salvador Bueno haga de su *Historia de la Literatura Cubana*, no podrá incluir a Leante, ni a Benítez Rojo, ni a Cabrera Infante, ni a Labrador Ruiz, ni a Luque Escalona, ni a Heberto Padilla, ni a Severo Sarduy, ni a Reynaldo Arenas, ni a Hilda Perera, a Virgilio Piñera, ni a Pepe Triana, ni a Gastón Baquero, ni a Luis Ricardo Alonso, ni a Armando Alvarez Bravo, ni siquiera al tonto de Edmundo Desnoes, ni a Eduardo Manet, ni a Juan o Pepe Arcocha, ni –por supuesto– a Jorge Valls, Armando Valladares, Angel Cuadra, o la media docena de buenos escritores que hoy cumplen prisión en Cuba, como es el caso de Fernando Velázquez, Jorge Pomar, o como también la cumpliera la gran poetisa María Elena Cruz Varela; y por lo menos, sería interesante averiguar cómo diablos se va a escribir la historia de una literatura que tiene que prescindir de sus plumas más notorias. Pero allá Salvador Bueno con su problema, que a lo mejor no lo es tanto si también – como seguramente sueña– toma las de Villadiego y reescribe su libro en algún lugar soleado del exilio. A fin de cuentas, la *intelligentsia* de la Isla hoy se congrega en la emigración por la contumaz estupidez de La Habana. Ya se han celebrado cinco

congresos de intelectuales cubanos disidentes (París, 1979; Nueva York, 1980; Washington, 1982; Madrid, 1983; Caracas; 1987). Cada vez son más sólidos y representativos. En la década de los noventa de este siglo, como sucedió a finales del anterior, la cultura cubana vuelve a germinar en la emigración. Este triste fenómeno es ya un hecho internacionalmente reconocido. La gran literatura, la ciencia, el pensamiento, la música, el cine, el teatro de los cubanos, radica en el extranjero. El talento que quede en Cuba –todavía mucho– no puede crecer. No lo dejan. Ese es hoy el panorama de la cultura cubana. Triste cosa.

El linchamiento de los intelectuales

Y si crueles son las palizas y las torturas a que someten a los presos, no menos repugnante es el espectáculo de los linchamientos perpetrados por las *Brigadas de Respuesta Rápida*. El más sonado –hasta ahora– ha sido el cometido contra la excelente poetisa María Elena Cruz Varela en su casa de un humilde barrio de La Habana, el día 20 de noviembre de 1991. Según los testigos presenciales, le llenaron la boca de papeles, mientras uno de los energúmenos que la sujetaba por el pelo gritaba «¡que le sangre la boca, coño, que le sangre!». Luego la arrastraron por las escaleras.

La turba parapolicial que asaltó su residencia estaba compuesta por varios centenares de personas –entre ellas algunos niños de 10 y 11 años–, y pertenece al mismo género de terrorismo de estado de los *Batallones de la Dignidad* de Noriega o de las *Turbas Divinas* con las que el sandinismo solía sembrar el terror en Nicaragua. En Cuba, se les llama *Brigadas de Respuesta Rápida* y responden a las órdenes del general Sixto Batista Santana –quien también comanda los *Comités de Defensa de la Revolución*, aunque los objetivos y el momento de ataque, si se trata de disidentes importantes, son prerrogativas de Castro, como ya se han encargado de aclarar algunos desertores recientes del Ministerio del Interior. A veces, incluso, Castro asigna a sus hombres de confianza el dirigir personalmente estos «actos de repudio, lo que explica que nada menos que Roberto Robaina, el actual Ministro de Relaciones Exteriores, y aprendiz de *Máximo Líder*, dirigiera personalmente el asalto de la casa de Gustavo Arcos hace ya cierto tiempo.

La *lógica* detrás de estas operaciones parapoliciales demuestra la enfermiza necesidad que tiene el totalitarismo de ocultar constantemente la realidad y de demostrar a cada paso la inquebrantable adhesión de las masas al aparato de poder. Y ni siquiera a la doctrina, porque ésta puede cambiar al antojo de la clase dirigente; pero la lealtad unánime de los fieles a sus jefes, o al jefe, debe permanecer inalterable y manifestarse periódicamente en ceremonias donde se corean y se aplauden incesantemente las consignas coyunturales o las frases rituales destinadas a exhibir las señas de identidad permanentes del grupo. Naturalmente, el instrumento para someter a los disidentes es el miedo. Pocas cosas puede haber más atemorizantes que una turba que vocifere, maltrate escupa y humille a una persona o a un grupo de personas indefensas. Esa experiencia puede ser aún peor que la tortura en un calabozo, aunque sólo sea porque el miedo es la más intensa de las sensaciones. El dolor físico es una reacción involuntaria a un estímulo neurológico, mientras que el miedo, sobre todo el miedo al linchamiento, es una *emoción* en la que intervienen el *pathos* y el *logos*. Una emoción en la que se trenzan amargamente la conciencia del peligro, la inminencia racional de la muerte, la noción de la impotencia, el sentimiento de inferioridad, la humillación y la sobrecogedora descarga de adrenalina que prepara al organismo para un esfuerzo supremo, pero que acaba paralizándolo, iluminando en ese instante la conciencia con una especie de llamarada indeleble destinada a poner en alerta todos los sentidos, lo que nos hiere la memoria para siempre. El dolor se olvida. El recuerdo del miedo no nos abandona nunca. Se enquista en la memoria y le clava sus dedos afilados hasta el último día de nuestras vidas.

María Elena sintió todo eso. Sintió que la podían matar si hacía un gesto que delatara su rabia. Temió por sus hijos, más desvalidos aún que ella, si es que puede haber sobre la tierra alguien más solitario e indefenso que una persona en medio de una turba de linchadores.

Luego, al día siguiente, la llevaron a la Seguridad del Estado. Probablemente, los expertos de la policía política cubana deben haber pensado que María Elena, a esas alturas, ya estaba *blanda*. Porque en esos actos de repudio no hay nada espontáneo. Ni

siquiera hay un odio visceral e irreprimible contra la víctima. Es un simple juego de gato y ratón. Una aplastante demostración de fuerza y de desprecio, de prepotencia y de indiferente crueldad.

Por supuesto, no siempre estas acciones se pueden mantener bajo estricto control. A veces, las turbas se llenan de excesivo entusiasmo y se les van las manos, y hasta los pies, y matan a patadas al disidente, como le ocurrió –entre varios– a un profesor de lengua del Instituto del Vedado la tarde en que sus alumnos de secundaria, dirigidos por la policía política, lo destrozaron a puntapiés por haber manifestado su deseo de abandonar el país durante los sucesos del Mariel.

¿Qué clase de gentes participan en los actos de repudio? El perfil de estos fanáticos suele ser el de hombres jóvenes con un bajo nivel de educación, gentes que en Alemania podían formar parte de los *skinheads* o en Louisiana afiliarse al *Ku-Klux-Klan*. Pero no son sicópatas: simplemente, le han suprimido al adversario cualquier rasgo de humanidad para poder aplastarlo fácilmente. Por eso lo llaman *gusano*. Así es más fácil exterminarlo. La deshumanización del enemigo suprime ciertas inhibiciones que afectan a la especie. Sin embargo, la agresividad frente al ser *inferior* se desata sin reservas, incluso con esa misma fría alegría o con la indiferencia con que el cazador puede colocarle una bala entre los ojos a un inocente y distante cervatillo.

¿Se puede permanentemente descansar en el miedo para controlar una sociedad y obligarla a obedecer? Es difícil, pero, en todo caso, ese tipo de relación entre el *Gran Intimidador* y sus subordinados conduce a un creciente deterioro de los índices de producción. Reprimir cuesta mucho. Hay que construir una estructura de terror que absorba una parte importantísima de las riquezas nacionales. Esos cientos de miles de cubanos dedicados a vigilar a sus compatriotas –setenta y cinco mil de ellos en el Ministerio del Interior– son un peso parásito que lastra la frágil economía cubana. Pero –más grave aún– las víctimas, esa inmensa masa humana que carece de valor para rebelarse, y se refugia en la simulación y en la mentira para aliviar el miedo que padece, inevitablemente tiene que ser mala productora de bienes y servicios, mala creadora de

riquezas, porque el miedo a los castigos, el refuerzo negativo, como apuntan los sicólogos conductistas, nunca produce buenos resultados. Todo esto, claro, conduce a una espiral del terror. Para lograr los mismos resultados o aún peores, el dictador tiene que castigar más, cada vez más, porque sus subordinados muestran la lógica tendencia a producir cada vez menos.

Hasta el día de la ira, por supuesto. Hasta el día en que se rompan los diques terror y afloren las rebeldías y los deseos de venganza de una manera difícilmente controlable. En Cuba se está llegando a ese punto. Según parece, la detención María Elena Cruz Varela y los actos de repudio no han conseguido silenciar a la oposición, ni han logrado intimidarla para que se rompan los nexos de solidaridad entre los miembros de los diferentes partidos opuestos al gobierno. Obviamente, esos síntomas de rebeldía no son ignorados por el aparato poder, y engendran, a su vez, un enorme miedo en quienes hasta hoy son justamente tenidos por victimarios. Me consta, por ejemplo, que un famoso embajador de la revolución se ha hecho prometer asilo en el país en el que representa al gobierno de Castro. Y conozco de primera mano el atemorizado testimonio de otro embajador cubano –ahora provisionalmente radicado en Cuba– que teme el próximo asalto a su residencia por parte del pueblo enardecido. Y ese embajador se muere, literalmente, de miedo. Como probablemente también le ocurre a Castro, en este momento final de su vida pública. Y quién sabe si de su vida a secas. Castro, que ha sido el *Gran Intimidador* de los cubanos, que se ha relacionado con sus subalternos mediante el temor que en ellos despierta, hoy debe ser víctima de sus propios terrores. Teme que le traicionen. Teme a ese juicio histórico que le obsesiona desde su lejana juventud. Teme –por su infinita soberbia– verse derrotado por sus adversarios. Teme, en suma, que se demuestre su radical impopularidad en un masivo y esta vez espontáneo acto de repudio protagonizado por las masas hambrientas.

Cuanto ocurre en Cuba es muy triste. Hoy, por la terquedad sin límites de Castro y de su puñado de seguidores estalinistas, once millones de cubanos padecen los rigores del miedo. Miedo al presente de linchamientos y represión; miedo al futuro incierto, miedo a un estallido social que puede ser como un grandísimo vendaval que todo lo arrase. Y

nadie, nadie, está exento de esta amarga emoción. Ni Castro, atrincherado en su búnker de mármol, defensor de una gloria que no existe, adalid de una causa podrida por el tiempo, pero dispuesto a dar la última, más sangrienta y cruel de todas las batallas, como si el heroísmo desesperado del combate final pudiera preservar la insalvable integridad de su memoria. Al final, el miedo, como un enorme pájaro negro, revolotea sobre la Isla. Y su sombra lo cubre todo. Todo.

CAPÍTULO 11

LIBERTAD Y REPRESIÓN

La libertad

No hagamos asquitos. Vamos a hablar de la libertad con la mínima cantidad posible de retórica. La palabreja, tradicionalmente, ha sido un refugio de pícaros y demagogos. El curita Sepúlveda, por ejemplo, llegó a invocar la libertad para justificar la esclavitud de los negros. La derecha autoritaria hace siempre unos graciosos malabares semánticos entre «libertad» y «libertinaje», para acabar suprimiendo una y otro. Los comunistas manejan un lenguaje obsceno con el que matizan entre *libertades formales* y *libertades reales*. Las *formales* son las que no valen, las falaces: la libertad de expresión, de constituir partidos políticos y organizar parlamentos, la libertad de cuestionar la esencia del Estado o los dogmas vigentes. Estas libertades de las democracias burguesas son las *formales*, las que no sirven. Las *reales* son las otras, las que ellos propugnan. Las reales, por cierto, no acaban de perfilarse claramente. Tienen algo que ver con la dignidad proletaria, pero no está muy definido por dónde van los tiros. Nebulosa y retórica. Vamos al grano: en Cuba, por supuesto, no hay libertades formales. No creo que nadie en sus cabales me regatee la veracidad de esta afirmación. El régimen no cree en eso. Allá las democracias burguesas con sus inventos. Pero tampoco –aceptemos la denominación leninista– hay de las otras. No hay libertades reales.

Dejemos de lado la libertad de prensa –la primera que me viene al caletre–, la de crear partidos políticos u oponerse al sistema, organizar huelgas, etc. *Nada de eso es necesario en la patria de los trabajadores*. No las toquemos. Son abstracciones. Pompas de jabón. Vamos a las libertades rabiosamente reales. No hay libertad de movimiento porque el estado regula rigurosamente los desplazamientos internacionales de los cubanos; no la hay porque la emigración sólo es posible en circunstancias penosísimas y excepcionales. No hay libertad vocacional porque los altos estudios especializados –universitarios o no– son un privilegio de las personas integradas al sistema, no hay libertad de cambiar

funciones de trabajo porque el Estado, único patrón, decide dónde y por cuánto tiempo va a trabajar el cubano; no puede éste voluntariamente apartarse de los mecanismos de producción, porque el ocio es un delito tipificado en los códigos. El que no trabaja, no come y va a la cárcel. No puede el ciudadano de esa isla mudarse libremente de ciudad, porque el Estado –único que puede hacerlo– no le suministraría vivienda, a no ser que el traslado se haga por orden suya. No puede el cubano decidir qué va a vestir o comer, porque los imperativos económicos han dictado sucesivos planes quinquenales de racionamiento; no puede libremente elegir sus amistades, porque cualquier relación con ciudadanos «no integrados» lo hace reo de las peores sospechas; no puede elegir y practicar una creencia religiosa sin que automáticamente este «atavismo» lo invalide para ascender dentro de la estructura económica y social comunista hasta su nivel potencialmente legítimo, pese a las cacareadas reformas del IV Congreso del Partido Comunista de octubre de 1991. Si se casa, no puede poner piso aparte porque no hay viviendas disponibles, y no las hay porque el Estado, sin consultarle, ha hecho la escala de prioridades, y ya se sabe que la vivienda no es una inversión productiva, por lo cual invariablemente la postergan dentro de las economías socialistas. Lo que quiero decir es que el derecho a la intimidad, la libertad de constituir un núcleo familiar independiente está, en la práctica, coartado por la ausencia de viviendas. La misma historia le cuadra al divorcio. Dolorosamente, las parejas posponen matrimonio o separación, hasta que un techo independiente permita que ejerzan la libérrima decisión de tirarse flores o trastos a la cabeza. ¿Se quieren unas libertades (ausentes) más reales?

Si el ciudadano del «primer territorio libre de América» no puede escoger libremente, sin consecuencias, su trabajo, su techo, su domicilio, sus amigos, sus estudios, y los estudios que quiera darle a sus hijos, la fecha de su boda o de su separación, su religión, sus gobernantes, su credo político, sus lecturas, si no puede, siquiera, emigrar libremente con lo que tiene puesto, ¿puede alguien decir en qué diablos consiste su libertad? ¿Cuáles, por Dios, son las libertades de que ahora disfruta? ¿La libertad de tener un trabajo obligatorio, atención médica, cierta mínima cantidad de ropa y comida? Esas no son libertades: no confundamos el rábano con las hojas. Medicina, ropa, comida y estudios (a veces) son la moneda con que malamente se paga el trabajo, y nada más. El salario que

produce cierto esfuerzo. La libertad entraña siempre una toma de decisiones personales. Ser libre es asumir posturas, y aventurarse a actuar de acuerdo con ellas. Libre es quien dentro de los límites de su particular circunstancia se mueve sin impedimento. Libre es el que rechaza. El que tiene que acatar no es libre. Tal vez acepte la coyunda de buen grado –ésta es otra cuestión–, pero no es libre. Fromm, en *El miedo a la libertad*, describe perfectamente el fenómeno del hombre que prefiere que le den la vida hecha antes de correr los riesgos de hacérsela con sus propias elecciones. Ese animalito tembloroso que prefiere que le asignen un trabajo, unos alimentos, un techo, un horario, unas normas de vida antes que tomar decisiones que puedan poner en peligro su mundillo. Esa pobre y respetable fauna dispuesta a pagar con obediencia ciega la seguridad que se le brinda, más o menos como el perro casero soporta los rigores del amo por no perder el trozo de carne.

¿Qué duda cabe de que la revolución, para estos peculiares espíritus, ha sido benéfica por lo menos mientras pudo alimentarles? Pero, ¿se justifica toda la máquina autoritaria por las rentas que perciben los pusilánimes y los desvalidos? ¿No era posible crear una estructura político-económica que permitiera el ejercicio de las libertades *formales y reales*, y que al mismo tiempo garantizara, con un mínimo de decoro, las necesidades materiales de los ciudadanos sin urgencias autonómicas? Esos Estados existen, a pesar de sus mil imperfecciones. Países en los que no se va a la cárcel por escribir o leer un periódico, y en donde el más infeliz de los ciudadanos tiene acceso a los alimentos, a la escuela, al hospital. Comunidades llenas de defectos estructurales, pero en las cuales los hombres no habitan mansamente su destino, sino lo elaboran a base de decisiones personales. En Cuba, nada de eso es posible. Allí, lo que no está prohibido es obligatorio. La vida viene hecha.

El miedo y la simulación

De acuerdo: siempre al Estado –con razón– se le teme. Es el único depredador autorizado a matarnos de un trancazo, a sentarnos en una silla eléctrica, o a meternos en una celda toda la vida. Puede hacernos cosas horribles. Hay razones muy válidas para tener miedo frente a un policía, un juez, un código penal. Yo-que-no-he-hecho-nada, confieso mis

temores ante un simple sereno. Ante un guardabosques. Ante todo señor que lleve un garrote a la cintura. A lo mejor, ellos sí son capaces de «hacer algo».

El Estado –que siempre es un orden, unas jerarquías y unos códigos– se sostiene en todas las latitudes a base de la cuota de miedo que abonan los ciudadanos. El respeto a la ley no es otra cosa que cierta desagradable presión sobre la vejiga. Probablemente sea inevitable la existencia de algún terror oficial. No discuto este extremo. Pero es indiscutible que a menor cantidad y densidad de miedo, más respirable es la atmósfera del Estado. El totalitarismo marxista no es insoportable porque no exista la propiedad, sino porque se pasa mucho miedo. Demasiado miedo. La presión sobre la vejiga es constante, los sudores fríos no cesan. Marx nunca supuso que su teoría, por lo menos por un tiempo, se salvaría del naufragio flotando en tila y pasiflora. Pero es así, y especialmente en Cuba, donde el gobierno se siente inseguro. Por culpa de la dichosa inseguridad, mata y encarcela más de la cuenta. Castro y su equipo podrían permitirse el lujo de algún Sajarov o Solzhenitsyn criollo, como hicieron los rusos, pero al menor movimiento disidente contestan con un manotazo. Nadie que conozca la realidad cubana podría pensar en uno de los insólitos espectáculos de protesta que se llevaron a cabo en el Este durante la transición a la democracia. El terror local, con mucho, es superior al ruso. El miedo, por lo tanto, más abundante.

¿Quiénes tienen miedo, y por qué?

En primer lugar tienen miedo los no integrados. Los millones de hombres mujeres que no simpatizan con la revolución. Tienen miedo de que se les acuse de «actividades contrarrevolucionarias», de «sabotaje a la producción, de propalar rumores, de oír *Radio Martí*, de delitos contra los poderes Estado, de acaparar víveres, de ausentismo, de vagancia, de hábitos y mentalidad burguesa, de querer salir ilegalmente del país, de inutilizar un teléfono público o de celebrar la muerte del Che Guevara. (Concretamente, eso último le costó una sentencia de diez años a un sujeto de veinticuatro llamado Mateo Gavilán Cifuentes). Tienen miedo, prosigo, de que una indiscreción de un hijo pequeño revele en la escuela el criterio de sus padres. Tienen miedo de recibir una carta comprometedora del exterior. Tienen miedo de acudir a los servicios religiosos, de

bautizar a los hijos, de dejar ver su condición no comunista Tienen miedo –éste es uno de los temores más constantes– de estar en un lugar donde ocurra un hecho contrarrevolucionario, o un simple y fortuito incendio de naturaleza desconocida, e ir a parar a la cárcel porque el gobierno esté convencido de su culpabilidad. Tienen miedo de hablar, y hasta de escuchar, puesto que no delatar al opositor al régimen es tan delictivo como ser de la oposición. Tienen miedo de irritar al señor o señora del *Comité de Defensa de la Revolución* de su calle, pues en el mejor de los casos pueden hacerles la vida imposible. Tienen miedo de estar alegres y que eso se juzgue como altanería, o melancólicos y se piense que exteriorizan su desagrado. Acaban teniendo miedo de las luces y de los ruidos, como las ratas, porque, como las ratas, están siempre en peligro de morir implacablemente pisoteados.

Luego, en segundo lugar, tienen miedo los *integrados*, los que están con el sistema. Estos temen no hacer bien patente la militancia, no colgar suficientes retratos de Fidel o no citar a Marx con la frecuencia debida. Temen perder la preponderancia que les ha ganado la adhesión al sistema, temen que alguna duda –porque no serán tan imbéciles que alguna vez no duden– les asome en la mirada. Temen que algo anormal ocurra en el perímetro de su responsabilidad y se les acuse de haber «bajado la guardia» frente a los enemigos de la revolución. Temen mantener vínculos afectivos –estrictamente prohibidos– con parientes contrarrevolucionarios, y temen acercarse humanamente a quien no pueda exhibir una hoja de servicios al proceso que vive el país. Los partidarios, además, tienen sobre sus cabecitas el machete de Damocles –en Cuba sería un machete, ¿no?– de las metas y la producción. Temen que no llueva. Temen no cumplir con las normas de producción asignadas; temen las emulaciones y toda la presión que sobre ellos aplica el gobierno en la búsqueda de un aumento de la producción. Este miedo de los partidarios opera en relación inversa a la posición que se ocupa. Mientras menos importante se es dentro del sistema, más miedo se pasa y, por lo tanto, más se gesticula para patentizar la devoción política. En la oposición, el miedo no hace maromas matemáticas. De arriba a abajo, todo el mundo lo pasa más o menos igual. No estoy hablando de miedos metafísicos, sino de muy desagradables síntomas fisiológicos que van desde el sudor de las manos hasta la micción de orina. Saber que del capricho o la mala voluntad de un vecino depende la

integridad física o el destino de una familia, es para ponerle la carne de gallina a cualquiera. Los siquiátras y sicólogos cubanos han descubierto, desde hace muchos años, un desmesurado aumento de desórdenes nerviosos –los únicos desórdenes permitidos por ese estricto gobierno de reglamentos y garrotes–, especialmente de estados paranoicos con manías persecutorias. En rigor, los desórdenes tienen un origen indudable: se vigila y persigue constantemente. Los más débiles acaban magnificando estos extremos del estado policiaco, pero en sus comienzos la sensación de persecución era correcta.

La contrapartida del miedo es deleznable: la simulación. Cuba es hoy un país de simuladores. Todo el mundo –menos los casos más agudos de irresponsabilidad– simula cosas. Simulan no ver gente «comprometedora». Simulan estar satisfechos y contentos con el sistema, con el jefe inmediato, con el otro jefe, con el jefe máximo. Se simula gratitud a la escasa cuota de comida, o al trabajo voluntario. Los jerarcas, que no se chupan el pulgar, saben que la ausencia de censuras públicas u oposición tiene que ser irreal; pero el totalitarismo vive de apariencias y no de esencias. Lo que les importa es retratar en *Granma* o en *Bohemia* a un trabajador manco que con la mano intacta, mientras cantaba el himno, cortó mil arobas de caña en un día. Que la gente se queje corazón adentro, o en la ducha, es algo que no le quita el sueño a la jefatura revolucionaria. Tal vez una de las consecuencias más feas del estado policiaco sea la castración masiva del pueblo cubano. Ese país de marionetas obedientes y solícitas alguna vez fue una tierra de gentes altivas y levantiscas hasta que el miedo les comió la valentía. Ese penosísimo espectáculo del exiliado recién llegado, aún con los reflejos condicionados por la represión, que habla con voz queda y mira hacia todas partes antes de emitir una censura, es todo un juicio crítico. Ese recién llegado tendrá que aprender que andar por ahí con una máscara puesta puede ser muy doloroso al cabo de cierto tiempo. Tendrá que aprender que es legítimo quejarse, protestar, oponerse, opinar, rebelarse, discutir y desplegar cuanta actitud subraye la autonomía individual. Tendrá que olvidarse de los días del miedo. Y de las terribles noches del miedo.

Sexo bueno

Durante estas tres décadas de oprobio y bobería, el sexo de los cubanos ha estado en el medio. En las sociedades burguesas, el sexo queda a la izquierda. En las comunistas, a la derecha. Me explico: los marxistas de París o Nueva York son muy liberales, aplauden la porno, y antes del SIDA simpatizaban con los más promiscuos experimentos comunales. Los marxistas de La Habana, en cambio, andan muy preocupados persiguiendo la pornografía –ese decadente vicio burgués–; son decididamente monógamos, seriecitos, resueltamente heterosexuales y muy recatados. Todo un prodigio de moral judeocristiana.

Wilhelm Reich ha explicado con lucidez el papel del sexo y su represión en las sociedades fascistas. Es indispensable que un sociólogo de ese calibre se ocupe de este tema en las sociedades comunistas. La cubana lo está pidiendo a gritos. La secta calvi(comu)nista que le ha caído encima, le transmite ese linaje represivo heredado del marxismo por parte ideológica y –también– por la tradición histórica del país. Hay muchas contradicciones, que iremos viendo, pero vaya por delante que el sexo es uno de los temas que más nervioso pone al gobierno cubano. El asunto es muy vidrioso. Desde siempre, los Estados han intentado seguir la conducta sexual. Sólo desde hace unos años, con Marcuse, Fromm y los herejes marxistas –prohibidos como el demonio en el mundo comunista– que postulan un comunismo no represivo, es cuando comienza a aflojarse la lista de proscipciones formuladas por el Estado en lo tocante al sexo. Occidente avanza hacia posiciones menos rígidas. Transita en dirección a la tolerancia. El sexo, poco a poco, va desapareciendo de la ética. Cada vez son menos importantes las actividades realizadas al sur del ombligo.

En Cuba, la viril y caballeresca casta comunista marcha a contracorriente. Primero se hizo un drama colosal «del problema de la prostitución». En Cuba había prostitución como la hay en España, Francia, Japón o México. Uno de los argumentos para justificar la revolución ha sido la erradicación de la prostitución pública (la otra, claro, es inextinguible). Esto es tan demencial como echar abajo media España para acabar con la madrileña «costa Fleming», o tomar París para clausurar el *Moulin Rouge* y pasar por las armas a Toulouse Lautrec. Por supuesto que la prostitución es una calamidad social,

especialmente por lo que tiene de denigratorio para las prostitutas, y por incubar, además, una mafia parásita; pero la prostitución no es peor que el alcoholismo, y por supuesto es mejor que la intolerancia y la estrechez de miras del gobierno . Lo que realmente ocurrió fue que llegó al poder un sistema hondamente represivo en materia sexual, dirigido por un equipo trasnochado de comunistas con mentalidad burguesa. Tras cerrar los prostíbulos –eliminar la prostitución es otra cosa– el gobierno clausuró las «posadas» (aquellos hoteles discretos para parejas furtivas). Pero, pese a Lenin, los enamorados –o lo que fuesen– seguían acostándose, sólo que ahora lo hacían en los parques oscuros, en las plazas alejadas, en los coches. El gobierno, asustado, permitió la reapertura de varias «posadas»; como eran pocas, las colas de parejas ansiosas y angustiadas no se hicieron esperar. Se repartieron turnos. «Que pase la pareja número dieciocho». Con una carrerita nerviosa entraban atolondrados amantes. Si regresaban rápido, la fila aplaudía; si demoraban había rechifla. Cuando comenzó la escasez –en fecha tan temprana como 1962– las parejas debían llevar, además de dinero, las sábanas, las fundas y el jabón. Mujeres adúlteras o simplemente tímidas, adoptaron resoluciones heroicas: gorros de papel periódico, calados hasta los hombros. Caperuzas hechas de *Granma* para proteger levemente el honor en peligro. Al proceso revolucionario cubano, desde afuera, le pasa lo que al *kitsch*: parece serio, pero tan pronto como nos acercamos se le ve el pelo. El esperpento le sale. Quien ha visto en la cola del ayuntamiento –del otro ayuntamiento (el carnal)– a una dama tapada con un periódico que dice, a ocho columnas, «EL PUEBLO UNIDO JAMÁS SERA VENCIDO» sabe lo que digo. En todo caso, es milagroso que la cópula no haya desaparecido del repertorio de costumbres cubanas. Milagroso.

Después de la batalla contra la prostitución y contra las posadas, se declaró zona de tolerancia el Bosque de La Habana, como una salida airosa a la firme determinación del pueblo cubano en materia de acoplamiento. Un avance. A fin de cuentas, es mejor luchar contra los mosquitos que contra las colas. Más adelante, demostrando una bobalicona mentalidad burguesa, el gobierno se dio a la caza de gentes amancebadas para casarlas legalmente. Se celebraron jubilosas bodas colectivas en las que parejas con treinta años de convivencia, de apareamiento frecuente, hijos y nietos, calvos ya y canos, se casaron.

Firmaron documentos e intercambiaron anillos. Todo deliciosamente corintelladesco. Ejemplar. (Engels rechinaría los dientes).

En cuestiones de adulterio, el Partido funciona como una especie de laico y profano Tribunal de la Rota. Hace años se hizo famoso un juicio público (público para los dirigentes del Partido) en el que se juzgó un pedestre y vulgar triángulo amoroso entre una dama (Edith García Buchaca), un caballero engañado (Carlos Rafael Rodríguez) y un amante incontenible y fogoso (Joaquín Ordoqui, «el Bizco»). El problema era que los comunistas no hacen esas cosas feas; y cuando las hacen, arde Troya. El juicio fue largo y sonado.

Guillén, Blas Roca, Lázaro Peña, Escalante, ocuparon la tribuna. Hubo reprimendas y sanciones morales. Durante la revolución han sido frecuentes conflictos parecidos, pero a niveles más bajos. La peor ofensa de una dama a la revolución es engañar a su marido mientras éste hace guardia. Si lo engaña con otro revolucionario, está mal, pero ¡ay si lo engaña con un varón no integrado! Inmediato juicio público en el Tribunal Popular y fuertes sanciones. La revolución cuida celosamente la honra y el pundonor de los comunistas. Se cuenta, por ejemplo, *sotto voce*, que al comandante de la revolución Eddy Suñol le intervinieron el teléfono por desconfianza política, pero lo que afloró fue el adulterio de su esposa. La Seguridad cubana, ni corta ni perezosa, llamó a Suñol y le hizo escuchar la cinta. Poco después, Suñol se dio un balazo en la cabeza. El honor de la revolución y de Suñol estaban salvados (¡Cornudos del mundo, uníos! ¡No pasarán!). No obstante lo anterior, descrito sin seriedad, entre otras cosas porque no creo que se pueda hablar solemnemente del costado tragicómico de las cosas, la revolución se ha abstenido de reprimir o condenar las relaciones sexuales de los jóvenes –hembras y varones– solteros. Más aún, probablemente esas relaciones se den hoy con más frecuencia, con lo cual, por lo menos estadísticamente, la revolución habrá contribuido a liberalizar el sexo en ese sentido, aunque todavía ande muy lejos de Europa septentrional, Norteamérica y la propia Europa oriental. El aborto, prohibido en la Cuba de antes, pero tolerado, es hoy gratuito, público y al alcance de cualquier mujer, casada o no, que lo desee. Lo mismo puede afirmarse de ciertos anticonceptivos, concretamente los conocidos como IUD

(Intra Uterine Device). Las nuevas leyes de divorcio, por otra parte, han convertido en mero trámite la disolución del vínculo matrimonial. El divorcio es hoy frecuentísimo en Cuba.

¿En qué consiste, pues, esta extraña conducta de la revolución, que por un lado reprime y por otro liberaliza? El secreto es el mismo que se esconde en todas las contradicciones del sistema. Los comunistas han fabricado un mundo ideal con arreglo a la mitología de sus libros sagrados. Estos textos postulan el pensamiento ortodoxo de la secta, y todo lo que se salga de esos rígidos conceptos es herético y revisionista. Y como pasa con todo eso, hay que reprimirlo para que la conducta no se aleje de los dogmas, para que la práctica, aunque sea a las malas, no se divorcie de la teoría.

De acuerdo con esto, los comunistas cubanos conciben las relaciones sexuales como el encuentro de una madura pareja heterosexual, no adúltera, discreta y preferentemente con fines «serios». Todo lo que se aleje del esquema es contrarrevolucionario. Una dama comunista no puede ser promiscua ni lesbiana. Un caballero comunista no puede ser homosexual ni conquistador. Un revolucionario no puede entregarse a los placeres de la *dolce vita*, porque hay leyes tácitas y explícitas que lo condenan. El comandante Ameijeiras, asaltante del Moncada, expedicionario del *Granma*, héroe revolucionario de Girón, es hoy un empleadillo de cuarta fila por transgredir las normas. No es el único caso.

Sexo malo

Es un problema anatómico. En Cuba el homosexualismo ha pasado de ser una fijación anal a ser un dolor de cabeza. Rarezas del mundo socialista. Las razones han sido brevemente explicadas en el epígrafe anterior. La revolución cuenta con una especie de *Manual del Perfecto Comunista*, en el que aparece un obrero vigoroso, gallardo, trabajador, patriota, desinteresado, heterosexual, monógamo y austero. El maravilloso hombre nuevo fabricado por el doctor Castrostein. Bravo.

En la moral de este espécimen paradigmático están inscritas ciertas prohibiciones extraídas de la tradición judeocristiana. Una de ellas es el horror al homosexualismo. Por lo visto, un buen marxista, además de saberse *El Capital*, tiene que exhibir un impecable sistema endocrino. Al Partido se pertenece en cuerpo y alma. Lo del cuerpo incluye los genitales y el orificio excretorio. Puntillosos que son estos camaradas. No hay duda de que la revolución cubana está cubierta por una hirsuta capa de machismo.

Al gran-macho no hay cosa que le ponga más nervioso que la vecindad de una criatura sexualmente ambigua. Es como si temiera el contagio. Cuando el gran-macho se convierte en conductor de una empresa político-revolucionaria, las actitudes que se alejen de su patrón de comportamiento serán calificadas de contrarrevolucionarias. Especialmente la conducta homosexual, antípoda de la machista. No se sabe exactamente cuándo comenzó lo que con humor negro se ha llamado «la cacería de locas». El McCarthy hormonal del régimen es el propio Fidel Castro, pero Raúl y otros jefes han instigado la persecución. En 1965 comenzó la «depuración» en las universidades.

Centenares de estudiantes fueron acusados de homosexualismo y expulsados de la universidad. En algunas facultades –Letras, Medicina– la represión fue implacable. La Unión de Jóvenes Comunistas y la Federación Estudiantil Universitaria dirigieron la campaña. Las acusaciones eran increíbles: «Escribe poemas raros», «lleva el cabello largo», «se les ve siempre juntos». Muchachos y muchachas fueron expulsados sin otra prueba en contra que el prejuiciado criterio de la tribu leninista. En ciertas zonas de La Habana, concretamente en el perímetro conocido como La Rampa, empezaron a reunirse grupos de adolescentes, homosexuales y heterosexuales, vinculados por el gusto a la música rock, la poesía, el arte, y los rasgos comunes de la juventud occidental: ropa ceñida, cabellos largos, cierto desaliño. Dada la paranoia machista, todo eso era contrarrevolucionario y, por lo tanto, punible. A toda prisa se creó la figura delictiva conocida como «lacra social» y se erigieron campos de trabajo forzado para «corregir» esas desviaciones: los tristemente célebres campos de la UMAP (siglas inocentes de un nombre que poco aclaraba: Unidades Militares de Ayuda a la Producción). Rigor, malos

tratos de obra y palabra, burlas, cabezas afeitadas, trabajo de sol a sol, hamaca, piso de tierra, comida escasa y pestilente, ése era el decorado de la UMAP.

Los campos se iban abarrotando, puesto que los procedimientos de arresto eran más expeditivos: en La Rampa, soldados armados detenían a todos los jóvenes, hombres y mujeres, que se les antojaban raros, y los trasladaban a la cárcel en autobuses estacionados en las proximidades.

Luego, en la Seguridad del Estado, la temible policía política, comenzaba un cruel espectáculo a medio camino entre Torquemada y Beria. Por un lado, el lenguaje teológico de «expiar culpas», «pagar el mal comportamiento», y por otro el de la «traición a la revolución por adoptar costumbres burguesas». Los detenidos, muchas veces, eran jóvenes comunistas que descubrían de un mazazo en el alma que la expresión sexual y la ideología que ellos habían elegido eran definitivamente incompatibles. Del espionaje sexual no se salvaba nadie. A Mirta Aguirre –la veterana comunista– le fue registrada su casa en la playa, por orden de la directora de Cultura. Buscaban pruebas de su conducta desviada. Alfredo Guevara, el director del Instituto del Cine, estuvo al borde de ser despedido. Le salvó su personal vinculación con Fidel y Raúl Castro desde los lejanos días universitarios. Le pidieron, eso sí, que «limpiara» el ICAIC de homosexuales y lesbianas y que adoptara siempre una conducta discreta, porque la revolución sería inflexible en cuestiones de moral.

Aunque uno solo de esos atropellos bastaría para condenarlo, recuérdese que la población homosexual suele situarse entre un 3 y un 1% del censo adulto, con lo cual esta persecución aterrorizó cruelmente a cientos de millares de cubanos. Las reacciones de estos hombres y mujeres acosados por el Estado fueron variables. Entre los artistas de cine y teatro llegó a formalizarse una protesta que nunca se hizo pública, pero que Raquel Revuelta, la primera actriz de Cuba, conocida desde entonces como «Nuestra Señora de las Locas», elevó al gobierno, inútilmente. En el círculo de escritores y artistas, las detenciones y vejaciones fueron múltiples. Virgilio Piñera, Lezama Lima, Ballagas, Antón Arrufat, Miguel Barnet, José Mario, Ana María Simo, Rodríguez Feo y decenas de

poetas y artistas plásticos fueron a parar a la cárcel, unos por breves horas, «para asustarlos» –cosa que lograban a la perfección–, y otros por meses y hasta años.

Siguiendo el canallesco modelo médico de enfermedad mental-tratamiento, en algunos casos –Ana María Simo, por ejemplo–, llegaron a utilizar electroshock, además de las amenazas y el encierro.

El pánico cundió entre los homosexuales. Se realizaron matrimonios de conveniencia para ocultar la real naturaleza de los cónyuges. El gobierno no buscaba –nunca lo busca– realidades, sino apariencias. Quería hombres con cabello recortado, pantalones anchos y guayabera inequívoca, aunque ese atuendo escondiera a una criatura feminoide. Lo importante era la maldita imagen de la revolución. Se produjeron varios lamentables suicidios (Calvert Casey, Acosta León). Los homosexuales, acorralados por los «cuadros del partido en sus centros de trabajo o estudio, y hasta en el seno de familias fanáticas, adoptaron actitudes silenciosas y humildes, «para que se les perdonasen sus pecados». De ellos se esperaban y se lograban posturas de abyecto sometimiento. Una especie de *mea culpa* constante en procura de la gracia que la generosa revolución les otorgaría como premio al arrepentimiento por sus vidas licenciosas. Cualquier parecido con otros modelos de represiones morales no es pura coincidencia.

En cierto momento, la revolución cubana –sus líderes, que son los que deciden, y en especial el Líder– tuvo que elegir entre la mala prensa internacional que le ganaba la cacería de homosexuales o tolerar la inevitable presencia de este fenómeno. A duras penas, convencidos de que el «vicio» no era «erradicable», optaron por suprimir los campos de la UMAP, pero marginando a los homosexuales de la universidad, del Partido, del magisterio, y de toda posición de alguna importancia. Hoy, como una especie de símbolo de lo ocurrido, han vuelto a La Rampa, tímidamente, los jóvenes que no se adaptaban al marco rígido y unívoco de la revolución, pero no sólo la policía los molesta con frecuencia, sino que los exhiben como animales raros. Uno de los puntos de obligada visita en los planes de turismo-propaganda con que el gobierno enseña su obra a los extranjeros, es la heladería Copelia, muy cerca de La Rampa. Allí, invariablemente, un

guía gallardo, varonil, con voz bien impostada, señala a los «raros» con su índice y les explica a los turistas que las revoluciones no pueden ser perfectas, y que no han podido limpiar al país de «aquellos animales feminoideos o viriloides que están allá enfrente, mientras el resto del país construye un radiante futuro comunista». En lo que esto ocurre, en lo que se produce la «limpieza», estos cubanos son ciudadanos de cuarta clase. Judíos con el sambenito encima y a la temerosa espera del *pogrom* súbito y brutal.

La religión: el catolicismo

En Cuba no han colgado a los curas de las farolas ni han violado a las monjas. La revolución se ha limitado a suprimir cualquier forma de influencia que pudiera tener la Iglesia como institución. Se confiscaron los colegios y universidades religiosos, se expulsó a una buena cantidad de sacerdotes y monjas, se suprimieron las publicaciones, horas de radio, televisión y cuanto medio de proselitismo tenían a su disposición. No quedaron procesiones ni fiestas religiosas oficiales en el calendario cubano. Se trasladó la fecha de la Navidad al 26 de julio con el objeto de no dejar siquiera una época del año con significado religioso. En Cuba, Cristo nace en medio de la algarabía de la conmemoración del asalto al Moncada. Nace con cañonazos por villancicos. El gobierno mantiene que, pese al censo oficial, Cuba no era un país católico. O sólo lo era en sus manifestaciones externas, y eso en determinados sectores. Algo así como unos cuantos ricos que iban a misa. Hay algo de verdad en todo esto. El catolicismo cubano en su forma más popular sólo llegaba a la ingenua devoción a «Cachita» –la Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba–, y en su expresión más aristocrática, a la pordiosería enjorada de la Liga contra el Cáncer. No creo que hubiera una *militancia* católica como la española, la colombiana o la chilena. La jerarquía eclesiástica apenas tenía peso específico en la opinión pública. Tampoco había anticlericalismo ni ateísmo *militantes*. Simplemente la Iglesia había ido perdiendo poder. Una pastoral tremebunda, que en otras latitudes pone a temblar a los gobiernos, en Cuba pasaba inadvertida. La Iglesia estaba fuera del juego. En la década de 1950, sin embargo, revitalizada por cierta sensibilidad social, comenzaba a operarse un cambio. A través de la Juventud Obrera Católica y la Agrupación Católica Universitaria, la Iglesia iniciaba su reingreso en la lucha por el

poder temporal. Sin riesgo alguno puede afirmarse que de no haber ocurrido el fenómeno Batista-Castro, y por consiguiente la ruptura del orden institucional, los cuadros de dirigentes católicos hubieran accedido al poder quizá en la década de 1960. Amalio Fiallo, Angel del Cerro, José Ignacio Rasco y otras figuras de cierto brillo vinculadas a la Iglesia, se movían hacia «Palacio» a una tremenda velocidad. La insurrección contra Batista los paró en seco. La Iglesia continuó fuera del juego.

Esto explica que, a diferencia de lo que ocurrió en Polonia, los comunistas cubanos no han tenido que pactar con el Vaticano. La Iglesia carecía de un respaldo popular espontáneo capaz de poner en crisis al gobierno. Y también explica la actitud apaciguadora de la Iglesia: o negocia, o desaparece. Si quiere permanecer en suelo cubano, aunque sólo sea para ejercer los rituales del culto, tiene que admitir pacientemente los atropellos del gobierno, aunque esa actitud ha cambiado sustancialmente en los últimos tiempos. Las pastorales del arzobispo Ortega a fines del 1991, el *Mensaje de la Conferencia de los Obispos Católicos de Cuba* en septiembre de 1993, y los ataques de *Granma* a la Iglesia demuestran que las relaciones hoy, en vísperas del final, son tremendamente tensas.

Bien, eso es lo que ha perdido la Iglesia. Los creyentes también han perdido lo suyo. En Cuba no se persigue a los católicos. Simplemente se les tolera, aun cuando en el IV Congreso se les ha invitado a ingresar en el Partido. Eso no es serio. Se les sigue viendo con cierto desprecio irónico. Igual que los blancos arrogantes contemplan a los cafres. El gobierno entiende que heredó unas tribus irracionales –los creyentes– que no puede eliminar. De manera que evita que proliferen y deja que la biología los mate poco a poco. A fin de cuentas, el tiempo es el más eficaz genocida. «Dentro de veinticinco años –dijo Raúl Castro– habrá menos católicos que manatíes». El manatí es un raro mamífero acuático que de vez en cuando se asoma por los ríos cubanos. La diferencia es que en Cuba existe una orden tajante de no cazar manatíes, pero no han sido tan explícitos con los católicos. No los cazan, pero los acosan. Nadie impide que señor entre en un templo a rezar, pero semejante hecho le señala como un contrarrevolucionario potencial. Definitivamente, no se puede ser comunista y católico al mismo tiempo. Los comunistas

se cansan de repetir esto a viva voz, con toda honestidad, pero hay ciertos católicos empecinados en que sí, en que es posible. La fauna charlatana de la «teología de la liberación» se entretiene sin recato en estos devaneos. En Cuba hay un pequeño grupo de «católicos con la revolución» que juegan a esa contradicción sin mucha gracia. El gobierno no los incorpora, sino los utiliza. A una escala tétrica, los nazis, sin dejar de despreciarlos, también utilizaban capos judíos para aterrorizar a sus correligionarios en los campos de exterminio. Si un cubano consigue, al mismo tiempo, ser católico y comunista, el régimen lo «usa». No lo distingue, pero lo usa. Por supuesto, su condición de católico comunista no le autoriza a criticar al gobierno desde los valores católicos. Se le admite que obedezca, pero nada más. Manuel Fernández, serio estudioso de las relaciones Iglesia-Estado en Cuba, ha señalado cómo la «teología de la liberación» se convierte en Cuba en una farsa de señores obedientes que no encuentran una injusticia que señalar, ni un crimen que denunciar. Esas cosas, por lo visto, sólo se hacían en el Chile de Pinochet, pero no en el perfecto paraíso antillano.

No obstante, el plan gubernamental de dejar que el catolicismo muera por consunción parece estar fracasando. La asistencia a las iglesias aumenta, y los templos comienzan a llenarse de cubanos de todas las edades que buscan en la Iglesia la comprensión y la solidaridad que les niega el gobierno. Quizá eso explique el temor de Castro a la revitalización evidente del catolicismo que está ocurriendo en Cuba.

La religión afrocubana

Con menos poder temporal, pero quién sabe si con más arraigo popular, existía en Cuba el culto religioso de origen africano, casi siempre mezclado con el santoral católico. Santa Bárbara, San Lázaro, San José, San Cristóbal eran agentes encubiertos de la teología africana. Con el tiempo, Roma descubrió el truco y pidió aclaraciones. En una de las redadas llevadas a cabo por la Sagrada Congregación del Rito cayeron casi todas las deidades adoradas por los cubanos. Tras la fachada católica se escondía la tradición pagana de Africa. En alguna medida, el «problema» de la religión afrocubana es más grave para el gobierno cubano que el catolicismo. Resultaba muy fácil decir que el

catolicismo era la religión de la clase dominante, pero sería una mentira flagrante decir lo mismo de la más popular manifestación religiosa de los cubanos. Además, si bien no había comunistas que transigieran con el catolicismo, muchos creían en la mitología afrocubana. Lázaro Peña, el líder obrero negro de los comunistas, andaba con un «resguardo» en la cartera. Un resguardo, para entendernos, es un escapulario afrocubano. Hacía cuarenta años que se había entregado a los ritos de «el santo». «Hacerse el santo» es someterse a un ritual de iniciación religiosa de gran trascendencia dentro de la secta. El comandante Vallejo, médico personal de Fidel Castro, era un santero convicto y confeso. Celia Sánchez –Electra, Yocasta y alienista de Fidel, todo a un tiempo– cuando las cosas se ponían malas para el gobierno, colocaba sus vasos de agua para alejar los espíritus. Juan Almeida, uno de los hombres más próximo a Fidel, tuvo –discretamente lo eliminó– su altar dedicado a Santa Bárbara, lleno de manzanas, como es de rigor. Tan delicado es este asunto que el régimen prefiere ignorarlo. Eso sí, la labor de los santeros, las hermandades religiosas, los ritos públicos, han sido considerablemente coartados. La procesión de la Virgen de Regla –el 7 de septiembre– y la de San Lázaro –el 17 de diciembre– son intermitentemente interrumpidas por la policía con el objeto de que la gente pierda el entusiasmo. Los «toques de santo», verdaderas fiestas religiosas, con tambores y gentes «poseídas» por los santos –léase «histeria» en el manual freudiano–, son *algunas veces* autorizados dentro de la intimidad de ciertas casas y con el correspondiente permiso de la policía. Sin embargo, a partir del año 1989 se advierte un cambio en el trato del gobierno a la religión afrocubana. Tal parece que Castro ha decidido «castigar» a los católicos potenciando los ritos africanos, o –cuando menos– dándoles un despliegue en los medios de comunicación totalmente impensables hace sólo cinco años.

Los protestantes y otras sectas

Los protestantes cubanos eran relativamente pocos, pero gozaban de gran prestigio. Habían levantado algunas instituciones educativas realmente valiosas. Lo que existía antes de la revolución no llegó a constituir problemas. De un bocado, el régimen engulló el frágil aparato de proselitismo, sin que apenas se oyeran voces de protesta. El problema surgió después, cuando los protestantes insistieron en la labor evangélica. Hay una

diferencia grande entre el catolicismo y el protestantismo en lo tocante a la captación de fieles. A los católicos se les cierran las iglesias, o se sanciona moralmente al que acude a ellas, y los dejan sin posibilidades de reclutamiento. Los protestantes hacen su clientela casa por casa, con la Biblia bajo el brazo. Realmente requiere un valor espeluznante salir a llamar a las puertas en Cuba para difundir los Evangelios. Y estos señores, por lo menos algunos, lo hacen pese a las reprimendas, golpes, insultos y vejámenes que constantemente reciben. A mediados de la década de 1960, muchos protestantes fueron declarados «laca social» y encerrados en campos de prisioneros junto a homosexuales, escritores «desviados» y otros hombres a los que no encajaba el adjetivo de «nuevo». El Seminario Bautista, *completo*, fue a parar a uno de estos campos. Curiosamente, estas combativas *denominaciones*, en virtud de ese tenaz sacrificio, se han ganado el respeto y la admiración de muchas personas que en otras circunstancias jamás se les hubieran acercado. El régimen interpreta que estos grupos son refugios de contrarrevolucionarios, pero pudiera ocurrir que en un estado totalitario los adversarios que no pueden ocultarse, víctimas el miedo y de la soledad, se inserten en cualquier comunidad de marginados. Por ejemplo, los Testigos de Jehová. En medio de la secta hay una atmósfera de calor humano y una actividad que se desarrolla por propia voluntad y al margen de los designios oficiales. Los aliados se revisten de la mística de los primeros cristianos, se sienten apóstoles. Es cierto que cualquier militancia religiosa es una forma sutil de contrarrevolución, pero la militancia protestante, o la de los Testigos, es la más peligrosa. El régimen tiene un camino trazado para acabar con el catolicismo: el cerco paciente. Pero es más difícil enfrentarse a comunidades religiosas que no están dispuestas a ceder en materia de evangelización.

Los presos políticos

¿Puede juzgarse a un sistema por el tratamiento que da a sus presos políticos? A ratos parece que sí: la Francia de Dreyfuss, la Alemania de Auschwitz, el Chile de los campos de concentración. La izquierda colérica suele denunciar estos hechos y la derecha estremecerse. En el caso cubano, la izquierda colérica se ha amansado. Ha ignorado las denuncias de una manera vergonzosa. Mejor. Me sospecho que en un «Tribunal Internacional Russell» se hubiera condenado a los presos políticos cubanos por no dejarse

partir suficientes costillas y dientes. O se les hubiera pedido que comieran menos y peor para ayudar a la revolución. Nunca se sabe, con esta gente. Se les ponen en blanco los ojitos del alma ante Angela Davis –absuelta por cierto– y se mueren de risa ante la noticia de que durante meses hubo decenas de mujeres cubanas a pan y agua, tapiadas en calabozos infectos. ¿La cárcel? Guanajay. Algunos nombres: Miriam Ortega, Esther Campos, María Amalia Fernández, Georgina Cid, Leopoldina Grau Alsina, etc.

Cuba necesita un paciente Solzhenitsyn que relate la historia del Archipiélago Gulag antillano. Que cuente cómo *La Cabaña*, *El Príncipe*, *Taco-Taco*, *Boniato*, *San Severino*, *Isla de Pinos*, han sido espantosos mataderos de gente. Cuba necesita que un gran escritor, sin ahorrar detalle, relate cómo murió Ismael Madruga, durmiendo en la litera alta de su celda, mientras el sargento «Porfirio» le atravesaba el recto y sacaba los intestinos en la punta de la bayoneta. Alguien tendrá que reproducir su último grito y su mirada de horror. O la muerte lenta del estudiante Alfredo Carrión Obeso –mi pobre y gran amigo– matado a palos y rematado a tiros por un asesino uniformado conocido por «Jagüey Grande», en el campo de concentración llamado Melena 2. Alguna vez un escritor de garra revivirá el dolor del periodista Alfredo Izaguirre, pateado una y mil veces en su pequeña humanidad de 160 centímetros y 40 kilos hasta que lo daban por muerto. Y no se murió ni ésa, ni la vez siguiente, ni la otra, ni la otra. Al cabo, un médico, más médico que esbirro, dijo que no podía soportar que le tiraran en la enfermería, otra vez, «ese pequeño saco de tumores». Quizás el Dostoiewski de *La casa de los muertos* se perdió un personaje en Tony Cuesta, el gigante ciego, manco e indoblegablemente condenado a treinta años; y excarcelado tras una fuerte campaña internacional. O en el español Eloy Gutiérrez Menoyo, sistemáticamente golpeado durante meses, sordo ya de un oído, tuerto ya, y al que sólo pudieron rescatar de la prisión las denuncias de su hija Patricia y la presión del Presidente del Gobierno español Felipe González. ¿Cómo puede explicar la revolución cubana estos crímenes? ¿Cómo puede justificar las torturas y los malos tratos a los adversarios? ¿Qué gana el régimen con machacar a los derrotados? Fidel Castro, personalmente, ordenó que se dinamitara el presidio de Isla de Pinos durante la invasión de Bahía de Cochinos. El jefe de presidio tenía orden de volar a los indefensos presos políticos. El comandante Julio García Olivera se ocupó de situar la carga. Si la invasión llega a tener éxito, diez mil cabezas

hubieran rodado en un segundo. Las cuatro circulares fueron minadas con centenares de kilos de explosivo plástico. Estas cargas se mantuvieron durante meses, aunque en alguna circular la astucia de los prisioneros pudo desactivarlas mediante una complicada excavación.

¿Cómo puede la revolución explicar la muerte de Pedro Luis Boitel, el líder universitario del *26 de Julio*, condenado a cuarenta y dos años de cárcel? ¿Cómo puede explicar el balazo injustificado que mató al también estudiante Paco Pico? ¿Cómo puede un sistema dejar incomunicado en una celda a un hombre, Rigoberto Perera, que tenía los dos brazos partidos? ¿Cómo pudo una revolución castigar al poeta Armando Valladares, condenándole a vivir aislado en una celda sobre una destartada silla de ruedas durante casi cinco años, hasta que al fin la presión internacional forzó, primero, el tratamiento que le devolvió el movimiento de las piernas, y luego su posterior liberación? ¿Cómo responde el comandante Osmani Cienfuegos de los detenidos que se le asfixiaron en un camión hermético? Fueron once los muertos. Los sacaron bañados en sudor, crispados todavía en la búsqueda de una rendija que les permitiera respirar.

¿Por qué este desprecio hacia la vida y el dolor del adversario? En los peores días de la dictadura batistera, después del juicio pasaba el peligro. Fidel Castro tuvo libros y mantas, visitas y comidas. Sus adversarios de hoy –que siempre fueron sus amigos, o hasta sus salvadores de ayer, como Yanes Pelletier, como Ernesto de la Fe– no han tenido otra cosa que golpes, hambre y rigor. De todos los abusos perpetrados por la revolución, ninguno tan injustificado y canallesco como el ejecutado en los presidios.

Cuando los presos se contaban por millares, el régimen buscó una fórmula para vaciar lentamente las cárceles: los planes de rehabilitación. Es un viejo procedimiento que no falla. Parte de la base de que al adversario se le neutraliza permanentemente si se le induce a simular una conducta contraria a su ideología. Es un juego macabro en el que el presidiario finge públicamente reconocer sus errores, descubre la fuente de luz del marxismo, y proclama la adopción triunfal de la nueva fe. Este procedimiento lo inventó Torquemada con los judíos. El castrismo sólo lo adaptó a su modalidad de conversos.

Después de un tiempo de amarga simulación, el converso político descubre que sus fingimientos le han cauterizado las agallas. En el fondo de su alma repudia al sistema que lo tiene postrado, pero las rodillas no son una buena base para la rebeldía. Entonces, con su sambenito al cuello, la revolución lo devuelve a la calle. De estos indignantes «planes de rehabilitación» se felicita el gobierno. Los autos de fe, por lo visto, no se han acabado.

A través de los años, el gobierno cubano se ha negado sistemáticamente a que los organismos internacionales competentes –los que hasta Duvalier dejaba entrar en su país– inspeccionen las cárceles y comprueben las denuncias. El gobierno cubano ha sido condenado por la Comisión de Derechos Humanos de la OEA y de la ONU, pero pocas voces de la izquierda se han atrevido a la denuncia. El silencio cómplice de quienes primero debían condenarlo –porque la izquierda debe ser algo así como la conciencia de la humanidad– es un acto de imperdonable desvergüenza moral. Censurar los crímenes de Pinochet y olvidar los de Fidel Castro es una muestra de cobardía espiritual. Censurar los crímenes de Stalin y callar los de Castro es una prueba del peor oportunismo político. Es muy elegante salir retratado en primera página tras la ardorosa defensa de los chilenos presos y torturados –causa, por supuesto, completamente justa–, pero es comprometedor indagar tímidamente por los que en Cuba mueren de la mano de la otra dictadura, similar en los métodos y diferente en los fines a la que padecía Chile. Más penoso aún: hasta hace pocos años la izquierda estaba dispuesta a apoyar las denuncias de Solzhenitsyn con relación a la Unión Soviética, pero de Cuba nadie decía ni media palabra. Los cubanitos, ¡que se pudran y se mueran en sus celdas! No merecían, por lo visto, una mano solidaria. No era elegante tendérsela. Eso, afortunadamente, ya ha cambiado.

CAPÍTULO 12

EL FRACASO ECONÓMICO

La batalla de la producción

La «producción» es la fijación neurótica del socialismo. Es una misteriosa manía que consiste en perseguir metas, cumplirlas –o no cumplirlas– y luego fijar otras metas. Claro que lo producido se reparte, y toca a más –o a menos, si no hay suerte, o lluvias, etc.–, pero en el fondo no es tan importante lo que se produce como el espíritu deportivo que se trata de insuflar al proceso productivo. En medio de la barahúnda, nadie repara en el absurdo esencial que comporta la conducta de unos señores persiguiendo unas metas que flotan en el horizonte. Eso es tan alienante como los peores aspectos del capitalismo y la sociedad de consumo.

En Cuba, el honor de la patria está en las chimeneas. Es como si Calderón fuera ministro de Industria. Cada fracaso, un luto; cada triunfo, una fiesta y otra meta. La vida, más que sueño, es *trabajo voluntario*. La zafra de los diez millones, como sólo llegó a ocho, y como comprometía el honor nacional, dejó a los cubanos sin honra. Fidel se rasgó las vestiduras, cesó a un ministro providencialmente apellidado Borrego, y el país se sumió en la tristeza. Es cierto que esta atmósfera delirante de metas, emulaciones, tablas de producción y batallas fantasmales contra imperialismos existía en todas las latitudes del socialismo, pero en Cuba la fiebre alcanzó su más alta temperatura. El secreto está en la personalidad de Fidel. Fidel es un competidor por naturaleza. Un hombre en perpetua lucha con otros hombres, sin reparar demasiado en el objeto de la lucha. Fidel ha cogido de su cuenta la batalla de la producción. Personalmente vigila la eficiencia de las vacas lecheras, de las gallinas ponedoras y de los obreros azucareros. Todo esto le entusiasma tremendamente. Mimaba con ternura a un adiposo semental (Rosafé) traído especialmente de Canadá. El bicho murió de un derrame en la millonésima eyaculación y Fidel quedó sumido en un estado depresivo. La producción de buen semen había sufrido un rudo golpe. Fidel acusaba el impacto. No hay una sílaba de broma o exageración en

estas afirmaciones. Todo esto es muy serio pese al decorado de sainete. René Dumont, el socialista francés, cuenta en sus libros sobre Cuba cosas impresionantes de la promiscuidad entre Fidel y la economía. El presidente, que juega al béisbol y al baloncesto y practica la pesca submarina, transmite a la nación su carácter fieramente competitivo. Cuando era apenas un niño del colegio Belén –cuentan regocijados sus partidarios– se hizo famoso entre los compañeros porque por ganar una apuesta trató de abrir un portón de hierro lanzándose a toda velocidad con su bicicleta. Se abrió la cabeza, pero el llanto sobrevino por el fracaso, no por el dolor. Alterando la divisa olímpica, la cuestión es competir y ganar.

Este chismorreo no tendría importancia si el destino de Cuba no estuviera tan ligado a la personalidad de Fidel. Fidel, como el Che con su dichoso «hombre nuevo», quiere hacer el país a su imagen y semejanza. Desea y se desespera porque no lo logra, legiones de cubanos entusiastas que cumplan metas igual a como los corredores saltan vallas. El problema es que, salvo en espíritus excepcionalmente tenaces, el entusiasmo tiene unos límites bastante precisos. Varias décadas de entusiasmo son demasiados años. Amanecer día tras día, semana tras semana, año tras año, con el espíritu radiante *porque-se-está-cumpliendo-un-deber-y-unas-metas*, es una tarea de elegidos o de oligofrénicos. El entusiasmo deportivo –da igual que sea revolucionario, religioso o futbolístico: el fanático y su entusiasmo patológico son uno y lo mismo en cualquier actividad– requiere éxitos y pausas para perpetuarse. No es posible mantener una tensión competitiva permanente como ha exigido la revolución. La gente sencillamente se cansa de todo este fastidio de cortar tantas arrobos, apilar tantos ladrillos o apretar tantas tuercas por minuto. La primera vez que se gana un concurso de rapidez y eficiencia en el trabajo –¡oh las medallas stajanovistas!– se tiene la sensación de que se es un héroe; la segunda vez se sospecha que uno está haciendo el idiota. George Orwell describe bien este fenómeno en su delicioso *Rebelión en la granja*.

Cuba ha renunciado a la sociedad de consumo. Eso –de acuerdo– es una aberración de la sociedad capitalista. Pero en las sociedades de consumo el trabajador, alienado y todo, alcanza a ver una relación entre su esfuerzo y la recompensa, aunque esa recompensa sea

una necesidad artificialmente creada. En Cuba, pasada la euforia y el rito público, no es muy obvio por qué hay que producir más cemento por persona o dedicarle sábado y domingo al trabajo voluntario. Los comunistas, que le tienen horror a las abstracciones, acaban por sucumbir a los fetiches más deletéreos. La producción es uno de ellos. No discuto la necesidad de que se produzcan más gallinas o huevos para atender las necesidades de la población, sino el hecho monstruoso de que ese objetivo se convierta en un *leitmotiv* de la nación. Poner a todo un pueblo con sus implacables medios de comunicación (cine, televisión, periódicos, radio) a girar en torno a la aritmética de la producción es alienante, absurdo aburrido y esterilizador. Las batallas avícolas y porcinas suelen ser soporíferas. Un viejo y cándido camarada alguna vez me contaba su estupor: «No entiendo, cuando son niños no tienen madurez para interesarse por estas cosas, y cuando son maduros no muestran interés». Y venga entonces a culpar a los hombres y a darle a la historia de la «conciencia revolucionaria» para intentar justificar lo injustificable: el total FRACASO del sistema como todo para la creación de riquezas.

Escasez y sociedad de consumo

En todo caso, la libreta de racionamiento me parece lo más justo del mundo. Eso está bien: que lo que haya, se reparta entre todos. En momentos de crisis (la Europa de la guerra y la posguerra, los naufragos de un barco) es inexcusable un racional acopio y reparto de los bienes materiales. Sólo que una crisis de este tipo no puede durar indefinidamente sin que cuestione la capacidad de los responsables. En 1959, Cuba no había pasado por una guerra civil. Batista huyó tras las primeras escaramuzas. El país estaba intacto y podía exhibir la tercer tasa per cápita de ingestión de proteínas en el continente. Más alta, por cierto, que el límite mínimo que señala la FAO. Tres años después de tomado el poder por los comunistas, comenzó el racionamiento de comida, ropa, calzado, y la escasez de todo lo demás. Se dirá que Cuba perdió mucho con el bloqueo norteamericano, pero se supone que ganó con la Unión Soviética, Europa Oriental, China, Corea, y la familia de semisatélites. Con Europa Occidental, Japón y Canadá estrechó lazos económicos. Con América Latina ha comerciado más que nunca en su historia. En ningún momento Cuba ha tenido más puertas abiertas. La imagen del pequeño David luchando por mantener su desarrollo contra la CIA, los ciclones y la

confabulación internacional sólo sirve para enmascarar una verdad rotunda: el país está en manos de una legión de incapaces.

Hace treinta años, cuando la libreta de racionamiento de Castro era mucho más generosa que la de hoy, algún economista curioso comparó la libreta de racionamiento con la dieta obligatoria otorgada por España a los esclavos. El pasmoso resultado fue que los esclavos, entonces, estaban más y mejor alimentados que los cubanos de estos tiempos azarosos.

EL RACIONAMIENTO EN CUBA

ARTÍCULO	1842	1962
	Ración durante la esclavitud	Ración bajo el comunismo
	(Promedio nacional)	
Carne, pollo o pescado	8 onzas	2 onzas
Arroz	4 onzas	3 onzas
Viandas	16 onzas	6,5 onzas
Frijoles (menestras)	4 onzas	1 onza
	(sus crías de cerdo)	(Prohibición de sacrificar cerdos)

La escasez y el racionamiento prolongado tienen una penosa consecuencia: en medio de una sociedad idealista, el «hombre nuevo» cubano vive pendiente de los bienes materiales. Allí se vive por y para adquirir dos libras de manteca, media docena de huevos y una suela *porque-se-me-sale-el-dedo-gordo*. Para sintetizar la nada metafísica angustia a esta modalidad de la obsesiva, algún sicólogo cubano la ha llamado «el trauma del picadillo», plato nacional por excelencia, ha cedido su nombre a la epidemia nacional por excelencia: la búsqueda de comida. Es deprimente escuchar las letanías de «este año van a dar un calzoncillo extra» o «en la tienda hay sardinas por la libre», o la idiota historia de los Kotex que se robaron, la vitamina que mandan por correo para *Chico-que-está-transparente*, la lata de leche que era agua, cambiada por la botella de ron, que también era agua. Típico intercambio entre dos deshonestos negociantes del vendaval revolucionario. Lo peor de la escasez es la manía. La manía de hablar de eso, o de dedicarse a burlarla. Toda la alienante picaresca que la circunda.

En los sesenta y setenta, cuando en las sociedades de consumo los jóvenes tiraban por la borda los bienes materiales y se iban con su guitarra y sus deshilachadas a estrenar una bohemia absurda y pobre, los cubanos, agujoneados por la escasez, buceaban contra la corriente en busca de café, tabaco, un reloj de pulsera o una cremallera *porque-se-me-ve-todo*.

Fidel y su equipo justificaron la implantación del comunismo en Cuba como una fórmula mágica para el desarrollo. Prometieron villas y castillas. Automóviles de fabricación nacional en diez años, techo, comodidades, industrialización. La panacea. Casi la opulencia. «En la próxima década –dijo Guevara en medio de un ataque de alucinación– sobrepasaremos la renta *per cápita* norteamericana». Treinta años después, si no llueve, si no hay frío, si la gente trabaja, si la cosecha se recoge a tiempo y –sobre todo– si los rusos no dejan de comprar azúcar y vender petróleo, a lo mejor aumenta la cuota de yuca, boniato o huevos. El parto de los montes. O el ridículo, que es peor y menos literario.

¿Había en aquellas promesas desaforadas la intención de engañar al pueblo, o pura ignorancia? Yo me temo que lo segundo. Y lo temo porque no hay nada más peligroso que un ignorante eufórico. Los gobernantes cubanos carecían de experiencia laboral y tenían un demencial punto de referencia que daba origen a cualquier decisión atolondrada: la aventura de la Sierra Maestra. ¿Vamos a fabricar automóviles? Claro que sí: más difícil era derrotar a Batista y lo logramos. ¿Vamos a desecar la Ciénaga de Zapata? Claro que sí. ¿Vamos a cosechar diez millones? Claro que sí. ¿A convertir los Andes en la Sierra Maestra? Claro que sí. El éxito contra pronóstico de la guerrilla –explicado al comienzo de este libro– dotó a los dirigentes cubanos de una inagotable confianza en sus iniciativas. En unas mentalidades a «tira tiros», poco reflexivas, y escasamente formadas, no podía concebirse que fuera mucho más difícil fabricar automóviles que volarlos. Cualquier proyecto, cualquier plan, por complicado que fuera, era más fácil que lo otro. Más sencillo que la mitología de la secta.

Se ha dicho que la pobreza y el racionamiento son armas al servicio de la represión totalitaria. Hay algo de esto. El «trauma del picadillo» convierte al hombre en un obseso desenterrador de huesos. No le preocupa nada más que vestirse y alimentarse. El racionamiento, además, es un formidable chantaje. Cuando se acude con la libreta a buscar la cuota, se tiene la sensación de que nos mantenemos vivos gracias a la generosidad del gobierno. Es un poco lo que piensa el pobre cuando recibe sobras de comida de manos del rico. La libreta de racionamiento fomenta la abyecta mentalidad del limosnero: el gobierno pasa a ser un ente poderoso de cuya bondad llega a depender el hambre o la satisfacción. Si se rebelan –miles de cubanos han sido privados de su libreta de racionamiento por diversas razones– pueden dejarlos sin comida o sin ropa. Si obedecen, no les negarán la cuota. Cualquiera persona puede darse cuenta del enorme poder que emana del hecho brutal de tener y controlar la llave de la despensa en un país en el que nadie puede acaparar más alimentos que los que les permiten subsistir setenta y dos horas.

No obstante lo anterior, el gobierno cubano hubiera dado sus barbas por evitarse el espinoso problema del racionamiento, las colas y la escasez de cuanto objeto –desde palillos de dientes hasta ventiladores– hace más llevadera la existencia. Es muy difícil explicar concretamente por qué se ha racionado el café, el tabaco, el azúcar o el ron en una isla que se pasó la vida exportando estas cosas. Las insoportables colas para el restaurante, el helado, el arroz, la leche, la ropa, –para todo hay que hacer cola–, han acabado por irritar al más fanático de los mortales. En Cuba no es posible consumir sin esperar pacientemente. Reparar un paraguas es cuestión de meses; una nevera, de años. Los televisores, como las ovejas negras, no tienen arreglo. La producción es un desastre, pero la distribución es peor; sin embargo, ambas palidecen ante la increíble ineficacia de los servicios. Es el caos dentro de un orden.

La retórica del no consumismo

A mitad de camino, en medio del fracaso económico, el castrismo cambió de cabalgadura. Originalmente, el comunismo era una fórmula perfecta para el desarrollo fulminante de la Isla. Luego, el gobierno ha dicho que ya no propone construir una

sociedad de consumo. La primera impresión de esta paladina declaración es buena. La «sociedad de consumo» tiene mala prensa. Entre las cosas que se consumen en las sociedades de consumo hay una buena dosis de literatura contra las sociedades de consumo. Parece un trabalenguas, pero no pasa de ser una tontería. Lo cierto es que el desarrollo, el *progreso*, no es otra cosa que la creciente lista de objetos, aparatos e ingenios a disposición del hombre a través del tiempo. Las únicas necesidades del hombre son alimento, descanso, y sexo para perpetuar la especie. La sociedad de consumo comenzó con el garrote de la edad de piedra, el fuego, la rueda, y no ha parado hasta las naves espaciales. Puede ser muy poético eso de clamar contra las sociedades de consumo –a mí me parece francamente reaccionario–, pero no encaja en la historia del hombre.

Hay, además, una contradicción evidente en dedicarse frenéticamente a desarrollar un país, mientras se le dice que se renuncia a la sociedad de consumo. El desarrollo es (únicamente) un instrumento del consumo, salvo que todos hayamos perdido la razón. Sólo las sociedades contemplativas –los monjes budistas, los trapenses– pueden honestamente proclamar su renuncia al consumo de bienes materiales y, por lo tanto, su renuncia al progreso. Renunciar al consumo es renunciar a la dialéctica del progreso.

Por supuesto, en Cuba esa proclamada renuncia es la versión tropical de la fábula del zorro y las uvas. Se renuncia al consumo porque la producción está verde. No podía ser de otro modo, dados los escasos incentivos del trabajador, la torpeza de sus jefes y la absurda estructura económica del socialismo. En todo caso, antes de aceptar como válida la proposición que hace el castrismo de crear para los cubanos una sociedad no consumista, alguien deberá contestar las siguientes preguntas:

Primero: ¿en qué versículo de *El Capital* se recetan las bondades de la pobreza ascética permanente? Eso más bien huele a cierto renunciamiento de corte religioso, muy próximo a la teología de la pobreza que en los sesenta se debatía en el seno de la Iglesia Católica, o a las tradiciones místicas orientales.

Segundo: aceptemos, pues, que el no consumismo es un objetivo ajeno, extraño y hasta contrario a la esencia del marxismo. Pero ¿de qué misteriosa manga ha surgido el mandato para decretar el ascetismo no consumista para los cubanos? ¿Cuándo y cómo los cubanos han seleccionado la austeridad como objetivo vital? ¿Cómo puede atreverse un gobierno a decretar el no consumo como norma vital permanente? Puede admitirse el no consumo como fatalidad pasajera ante una catástrofe, pero de ahí a establecer esa desdicha como «modo de vida» va un largo trecho. Es probable que ciertos revolucionarios o ciertos monjes de clausura obtengan recompensas espirituales a consecuencia del voto de pobreza, pero ese tipo de ser humano peculiar es sólo un mínimo porcentaje de la población y me parece una total locura convertirlo en arquetipo.

Tercero: pero admitamos –¿qué más da no admitirla?– la impuesta arbitrariedad sólo que exigiendo cierta precisión: ¿qué tipo de consumo se va a prohibir? ¿Se prohíbe la televisión a color, el vídeo, el estéreo, los juegos electrónicos, las computadoras de bolsillo, la lavadora, el congelador familiar, el automóvil, el reloj de cuarzo, la máquina de escribir o de afeitar eléctrica? ¿Se prohíben las lentes de contacto blandas, la cirugía cosmética o las prótesis de silicona? ¿El papel higiénico, los desodorantes o las compresas femeninas son objetos consumibles o no consumibles? ¿Por dónde pasa la raya entre la necesidad legítima y la superficial? ¿Cuántas camisas, faldas, chaquetas o guayaberas se pueden poseer sin infringir la ley? ¿Cuáles son los objetos *non-sanctos* y por qué son éstos y no otros? Es muy fácil salir del paso con el estribillo de que *no-vamos-a-construir-una-sociedad-de-consumo*, pero esto requiere una multitud de aclaraciones que los cubanos no piden porque –supongo– las aclaraciones también deben estar racionadas.

Cuarto: comoquiera que los objetos y su manipulación son los que determinan la contemporaneidad de las sociedades y su relativa situación en el tiempo, sería interesante que los funcionarios cubanos aclararan a cuál estadio de desarrollo pretenden remitir a los cubanos. Supongo que los gobernantes cubanos se han percatado de que la esencial diferencia que existe entre los londinenses y los hotentotes es la posesión o el usufructo de ciertos objetos y la destreza en su utilización. ¿En qué punto exacto del no consumo y

uso de los objetos deben permanecer los cubanos? ¿A qué distancia de los hotentotes o de los londinenses les corresponde existir a los habitantes de esa Isla? ¿A qué grado de complejidad social les ha destinado la preclara cúpula dirigente revolucionaria? Las bicicletas en que ahora se transportan, ¿son definitivas, o también pueden ser prohibidas?

Quinto: quienes viven en España han podido ver en infinidad de ocasiones a los funcionarios cubanos comprando con incontenible avaricia toda clase de objetos, con el propósito de trasladarlos a Cuba para disfrute personal. ¿Quiere eso decir que el no consumo es sólo para los cubanos que no pueden viajar al exterior? ¿Quiénes pueden disfrutar del consumo y por qué? ¿Cuáles son los límites y la racionalidad de los privilegios? Más aún: ¿cómo deben comportarse los funcionarios que viven en el exterior? ¿Deben sucumbir a la alienación del consumo occidental, o deben mantenerse dentro de las coordenadas éticas de la Isla, o sea, sometidos a la austeridad y pobreza ascéticas del «espartanismo» propuesto por La Habana? ¿Por qué los miembros de la nomenclatura, encabezados por el propio Fidel, están exentos del no consumismo y poseen toda clase de objetos?

Habría muchas más preguntas que hacer, pero prefiero poner fin a este «cuestionario» con una observación final: es comprensible que los funcionarios y los partidarios, siempre a la búsqueda de coartadas y pretextos, enarbolan las virtudes del ascetismo y el no consumo como justificación de la pobreza y el atraso imperantes en Cuba, pero las personas realmente serias que indagan sobre la naturaleza íntima de la sociedad cubana no deben aceptar sin más esa explicación. La cubanología, como cualquier otro apéndice de la ciencia social, debe comenzar por dudar de las premisas y los axiomas que de entrada le obsequian.

La bomba de castrones

Los ingenieros yanquis, como siempre, han hecho las cosas al revés. Los norteamericanos han construido la bomba de neutrones, un burdo artefacto sin imaginación ni clase, que mata a la gente y deja el entorno intacto. Mucho más sutil, diabólica y perversa es la bomba de castrones. La bomba de castrones diseñada en Cuba por el científico Fidel

Castro, rigurosamente probada en el atolón de La Habana, es un terrorífico ingenio que destroza. Aniquila, barre, apabulla, desmenuza y pulveriza el entorno, pero deja a la gente viva. ¿Se imagina el lector qué refinada crueldad? Una bomba que no quita la vida, sino la civilización. Está usted tomando café y fumándose un habano, tranquilamente, en un rincón del siglo XX, y de pronto, y por los próximos treinta años, le cae en la cabeza un incesante bombardeo de megacastrones que le evapora el café, le raciona el habano, le deja desprovisto de papel higiénico –lo cual no llega a ser tan grave, porque también le suprime la comida–, y le fulmina el transporte, convirtiéndole cualquier trayecto en una hazaña himaláyica. Y usted, medio atontado aún, descubre que los pocos taxis que han sobrevivido, enloquecieron por el efecto de las radiaciones, y no paran nunca, como si hubieran descubierto el movimiento continuo. Y luego nota con tristeza que el intenso calor ha destrozado las películas interesantes y sólo sobreviven los bodrios blindados del cine estalinista. Que no hay camisas, ni pantalones, ni medicinas, ni zapatos, ni desodorante, ni sostenes. Que no hay agua. Que la corriente alterna ha tomado en serio su apellido y se va y a viene cuando le da la gana. Que la vida cotidiana del siglo XX, ésa de apresar un botón y hágase la luz, o de aflojar un grifo y hágase la ducha, o de girar el disco de un teléfono y hablar con la remota tía, se ha esfumado. Porque lo que se escapa al galope, ligera, es su época, y la titánica lucha del cubano, como si fueran los mambises contra H. G. Wells, es para evitar que los devuelvan al siglo XIX, al burro, a la vela y a la tracción muscular. Y es una lucha difícil, porque transcurre bajo las cornisas asesinas de una Habana que se derrumba, y con un pie en el juzgado de guardia, mientras se intenta, ilegalmente, adquirir una libra de carne para apuntalar el esqueleto, o una pócima casera que amanse la inclemente ferocidad del sobaco tropical.

El deterioro de la economía cubana es tan severo, tan profundo, tan increíble, que los hermanos Castro, autores del bombardeo de megacastrones, se sienten como Truman después de Hiroshima. Son ellos, ahora, los que tratan de organizar el salvamento, porque ellos son así, extraños. Primero te aporrean el cráneo minuciosamente. Luego se te lanzan al gazzate para darte respiración artificial. Pero la dan mal, porque el problema más grave que tienen Groucho y Harpo Castro es que no entienden a los seres humanos. Por ejemplo, para tratar de rescatar al país del caos, no se les ocurre otra medida que exigir

responsabilidades blandiendo el código penal. Es el padre colérico del «o me dicen quién tiró la piedra o los deslomo a golpes». Porque Groucho y Harpo no han vivido, leído, observado o entendido lo suficiente como para percatarse de que los seres nos se mueven a gusto con el acicate de la recompensa y simulan moverse con la amenaza de los palos. La única verdad incontrastable de la sicología behaviorista radica en que el esfuerzo positivo es mucho más duradero y eficaz que el negativo, y en que se consigue más con terrones de azúcar que con estacazos en las costillas.

Cada cierto tiempo, primero Groucho y luego Harpo zarandean el micrófono para denunciar el caos en que se encuentra sumido el país, y para advertir que rodarán cabezas si esto no se corrige. Hace años, al ministro Lussón lo hicieron responsable del desastre del transporte, *apocalipsisnao* de los cubanos audaces que se atreven a tomar el Moncada de las «guaguas» (autobuses). Gran injusticia. Lussón no era culpable de que los «guagüeros» destrocen sus equipos, los mecánicos no los reparen, de que el tipo del almacén haya vendido el cigüeñal en el mercado negro, o de que las tres cuartas partes de los pasajeros no paguen sus billetes. Lussón –o Diocles Torralba, que vino después– no era culpable de la voluntad de resistencia, de la desobediencia y del vandalismo en que se entretiene todo el país. Lussón sólo era responsable –y ya eso es grave– de ser ministro de un sistema puntillosamente equivocado en sus presupuestos teóricos y ejemplarmente torpe en el desarrollo práctico.

Porque lo que ocurre en Cuba, de una punta a la otra, es la secreta pero total insubordinación civil, producto del desencanto, el desaliento y la universal pérdida de fe en la dirección política y económica de los hermanos Castro, estado anímico que ha engendrado en la población una insolidaria actitud de *sálvese el que pueda*. Cuba es hoy un país de vagos que simulan trabajar y de cínicos que simulan asentir, todos hábilmente encubiertos por una espesa red de complicidades delictivas, de coartadas complementarias y de «sociolismo» (por «mi socio», mi amigo), contra la que nada podrá la represión policíaca. Eso no va a cambiar. La fe en la revolución –las revoluciones, como los misterios, son cuestión de fe– es absolutamente irrestituible. Y va a empeorar. Cada minuto que pasa, el régimen, el sistema, y Fidel –todos para uno y uno para todos–

son más impopulares. El poder siempre desgasta, pero cuando se ejerce estúpidamente, la erosión llega a ser devastadora. La economía –como dicen los economistas– es un 50% ciencia exacta y el otro psicología. El trabajo que uno realiza es, en gran medida, el resultado del estado psicológico previo. En esa zona íntima de las creencias, zona en la que nada valen las presiones, zona que determina la conducta laboral y el comportamiento social, la revolución cubana está completa e irreversiblemente liquidada, muerta, *kaput*, y con el encefalograma de los entusiasmos rigurosamente aplanado.

Hay, sí, un Ejército poderoso, y una aparentemente sólida estructura del poder, pero detrás de esa fachada sólo existe una sociedad podrida, desencantada, envilecida, que acabará por derribar el edificio del poder.

Resumen

El 31 de diciembre de 1958 –24 horas antes del triunfo de la revolución– Cuba era un país subdesarrollado, pobre, pendiente y dependiente del azúcar, y bajo el control de un tirano. Treinta años después, Cuba es un país subdesarrollado, pobre, pendiente y dependiente del azúcar, y bajo el control de (otro) tirano. Entre una realidad objetiva y la otra, claro, media la inagotable retórica fidelista, el rayo de saliva que no cesa.

Pero ese apabullante torrente de palabras no puede ocultar los hechos: en 1958, pese al lamentable cuadro descrito, Cuba, según los indicadores económicos más fiables –consumo *per cápita* de cemento, kilowatios, proteínas, teléfonos, acero y otros misteriosos síntomas– era el tercer país de América Latina en nivel de desarrollo. Hoy ni se sabe qué puesto ocupa, pero debe ser de los últimos. Costa Rica, por ejemplo, que hizo su revolución unos años antes, y que no instaló paredones, ni sistemas de espionaje, ni encarceló a millares de disidentes, y que en lugar de crear un *Afrika Korps* tuvo la saludable iniciativa de licenciar al Ejército y sustituirlo por una policía de silbato y bicicleta, Costa Rica –repito– ha progresado el doble que Cuba en estos treinta años. También con escuelas para todos. También con hospitales para todos. Pero, además, con derechos humanos. La realidad de carne y hueso, la observable, la inexorable evidencia, apunta hacia una tristísima verdad: la vía cubana es un mito totalmente desacreditado. Se

hundió la revolución, se hundió el país (aún más) y se hundieron las ilusiones de la bienintencionada izquierda que soñó y penó por la aventura durante más de tres décadas.

Este diagnóstico pesimista lo comparten en privado el egregio señor Fidel Castro, el señor Carlos Rafael Rodríguez y el hermanísimo Raúl, y no queda cabecilla cubano con la sesera bien puesta que sea capaz de ignorarlo. No hay dogma que resista treinta años de creciente libreta de racionamiento. No hay estupidez invulnerable al hambre.

Hay otro camino económico, por supuesto, pero significa el fin de la revolución. Se trata de dismantelar ese monstruoso *holding* centralizado e ineficaz, fragmentándolo en unidades independientes, reguladas por el mercado y lejos la nefasta influencia de los comisarios. Cuba tiene soluciones económicas, pero todas pasan por el fin del comunismo y la gradual devolución del país a un modelo económico menos rígido.

Castro y sus más próximos seguidores saben esto perfectamente bien, pero también saben que esa inexorable transformación trae aparejado el fin de su poder político y por eso no cesan de gritar «socialismo o muerte». Con alguna precaución, el castrismo intenta poner en marcha reformas capitalistas, pero a renglón seguido las aplasta sin compasión. ¿Por qué? Porque el capitalismo y la competencia generan ciudadanos económicamente poderosos que no responden a la maquinaria del Poder Central. Poseer dinero es una forma de detentar el poder, y esto es algo que las dictaduras comunistas no pueden tolerar, especialmente las que descansan en una sola persona.

Es válido, a estas alturas, preguntarse por qué un cambio de sistema puede sacar a Cuba de su postración, si la Isla seguiría careciendo de petróleo, dependiendo del azúcar y sometida a la falta internacional de capitales. La respuesta –mi respuesta– es ésta: porque el origen del rigor de los males económicos de Cuba hay que buscarlo en otro factor mucho más importante: porque durante casi un cuarto de siglo, la creatividad *personal* de los cubanos, de millones de cubanos, ha sido sustituida por la creatividad de un solo hombre, infatigable y enérgico, pero a fin de cuentas un solo hombre, rodeado de una cohorte directiva mediocre y minuciosamente atemorizada.

Parece evidente –y en Cuba se ha comprobado– una vez más que la clase comunista es mucho menos creativa, trabajadora y eficaz que la inquieta clase empresarial. Esas decenas de millares de cubanos ambiciosos, preocupados por la prosperidad propia y por ascender dentro de la estructura social, son una hélice mucho más poderosa que la de los atormentadores funcionarios del partido comunista.

Nueva Zelanda, Japón o Inglaterra han podido demostrar, en circunstancias totalmente diferentes, que ciertas islas pobres y sin recursos energéticos son capaces de prosperar si no se maniatan a la población con esquemas dogmáticos. Cuba pudiera ser una de esas islas afortunadas, pero para ello tiene que desatarse la creatividad de los cientos de millares, de los millones de cubanos que sienten la urgencia de tener éxito, pero a los que el comunismo les coloca un grillete en los tobillos.

CAPÍTULO 13

CUBA Y LOS USA

Cada cierto tiempo, Cuba entra en celo y le hace señas a los Estados Unidos. Los Estados Unidos menean la cola del Departamento de Estado y hacen entonces un ademán de acercamiento. Se olisquean, hay como unos gruñiditos, parece que la cosa va a comenzar, pero de pronto, a mitad de camino, se arma una algarabía de ladridos y mordiscos, y vuelta a empezar la discordia. ¿Por qué?

Básicamente, porque Fidel Castro es un tipo de animal político absolutamente incomprensible para sus interlocutores yanquis. Los yanquis dan a las negociaciones un carácter institucional y las conciben como eso: como negocio. Como no-ocio. Como no-deporte. Como no-batalla. La negociación es toma y daca de asuntos comunes. Con Fidel ocurre lo contrario: la negociación no es un negocio, sino un deporte al que se va a ganar. Es su deporte favorito. Porque Fidel no negocia, sino discute, y su máximo placer de sofista es derrotar al adversario. Fidel va a las negociaciones no con el ánimo de intercambiar, sino con el de seducir y vencer. Su fórmula ideal para «resolver» el problema Cuba vs. USA radicaría en encerrarse en una habitación, o en una cacería de tiburones, con el «jefe de los yanquis», y echar pulsos como dos antiguos caudillos bárbaros hasta que uno de los dos se rindiera. De ahí su capacidad de seducción en ciertas zonas del planeta. De ahí su diálogo fácil con los tiranuelos del Tercer Mundo. Fidel los pone de su parte mediante gestos histriónicos, ademanes afectuosos, infinita curiosidad y la lógica leguleya de sus razonamientos.

Esas «virtudes» se vuelven defectos en la negociación con Washington. Su leguleyismo lo enreda en una madeja de sofismas. ¿Por qué, si los yanquis tienen el derecho a intervenir en Vietnam, no lo va a tener él a intervenir en Angola? ¿Por qué si los yanquis tienen una base en Puerto Rico, él no va a tener otra en Jamaica? ¿Por qué si los Estados Unidos tienen bases en Alemania, y hasta en la propia Cuba, los soviéticos no pueden tener la suya en Cienfuegos? Fidel, cuando le conviene, no entiende de historia, ni de la existencia de una

particular lógica política que deposita en algunos países ciertas responsabilidades congruentes con sus potencialidades, sus historias, sus orígenes y todos los ingredientes que entran en el juego del diseño de la política internacional.

Fidel no puede entender el legítimo estupor de Kissinger cuando se preguntaba qué hacían los cubanitos despachando sus ejércitos a diestra y siniestra, porque Kissinger tiene una fina percepción de la trama política, mientras Fidel no puede abandonar los más elementales esquemas. Fidel parte de la extraña superstición legal de que Cuba es tan potencia como Estados Unidos, y él tan presidente como el yanqui. Sus resabios de sofista empedernido no le han permitido descubrir que la igualdad entre las naciones no es más que una tosca extensión del igualitarismo entre los hombres, tontería que apenas resiste el análisis. Es probable que entre un pigmeo africano y un londinense sólo medie la corbata, o sea, el tipo de civilización. Y seguramente ese pigmeo, trasladado a Inglaterra, pueda ser un médico o un maestro eficaz, o el inglés, en la selva, se convierta un magnífico cazador, con lo que se prueba que existe una igualdad potencial entre los hombres. Pero de ahí a proclamar la igualdad entre Burundi e Inglaterra hay un trecho que sólo lo recorre la cortesía o el sofisma. Pago-Pago y Francia, o Cuba y Estados Unidos, claro, no son iguales, pero Castro no lo entiende.

Aferrado a sus esquemas leguleyos, a la ficción del derecho internacional –abstracción ajena a la política–, Castro ni siquiera es capaz de entender que si mañana un ciclón borrara del mapa todo vestigio de sociedad cubana es probable que las consecuencias planetarias de la catástrofe apenas se percibieran en el suministro de maracas a los combos tropicales, mientras que si lo mismo ocurriera a Estados Unidos, el planeta quedaría de cabeza.

Fidel suele decir que en treinta años ha pasado de ser un revolucionario a un estadista. Falso. Estos treinta años sólo han servido para convencerle de que hace tres décadas no tenía la menor idea de lo que significaba dirigir un país. Tal vez en los próximos treinta –ahora que desapareció la tutela soviética– logre entender las exactas dimensiones de Cuba, las suyas, y el escaso peso específico que le corresponde a su país dadas la extensión, la

población, la historia y el subdesarrollo de los nativos. Tal vez para entonces haya aprendido a negociar con realismo.

El caso de las Malvinas

Y como prueba de que Castro sigue siendo Castro, hay que remitirse a episodios como el de la guerra del Golfo Pérsico, donde se constituyó en casi el único y más agresivo defensor de Sadam Hussein, pese a que le era muy fácil condenar la invasión de Kuwait. Al fin y al cabo, se trataba de la agresión de un país grande contra uno pequeño. Pero quizás más reveladora aún fue su posición durante la guerra de las Malvinas. Era perfectamente previsible: Castro quiso enviar sus tercios a la guerra de las Malvinas. Castro es capaz de luchar contra los elementos, y luego fusilarlos. Ninguna guerra le es suficientemente ajena o remota a este infatigable Napoleón del Caribe. Da lo mismo que sean Etiopía, Angola, Yemen del Sur o el quinto archipiélago. Para Castro, el mundo es como una máquina de matar marcianos y su función personal es la de apretar botones hasta que no quede uno vivo.

Es una ingenuidad suponer que la presencia cubana en este embrollo era por encargo de la Unión Soviética. No hubo tiempo para coordinar nada de esto. Sonaron los tiros y en La Habana se desató el manicomio. El olor de la guerra los vuelve locos. Castro tomó partido porque le resultaba absolutamente inconcebible una guerra latinoamericana en la que Cuba no participara. Daba exactamente igual que en las Malvinas aceptara lo que combate en Belice, o que sus armas fueran al auxilio de los argentinos «desaparecidos» de izquierdistas. Cualquier signo de incoherencia ideológica será siempre menor que la incontenible urgencia de jugar a los soldados que padece este inquieto señor de la guerra que se gastan los cubanos (o al revés).

Y es bueno que esto se sepa, porque aparentemente Castro fue un instrumento de los designios imperiales de Moscú, cuando ocurría exactamente lo contrario: Moscú era el instrumento de los designios imperiales (y hormonales) de Castro. Sin Moscú no había protagonismo a escala planetaria, y Castro no concibe la vida sin protagonismo, de ahí su actual melancolía. En todo caso, es Castro quien convocó a la URSS a las masacres de

Angola y Etiopía. Es Castro, frente a la tibia cautela de la URSS, quien jubilosamente ofreció sus Migs para pelear en las Malvinas. Antes de Castro, Moscú no tenía una política africana o centroamericana basada en la toma violenta del poder. Castro se la propuso.

Treinta y tres años después, continúan fracasando todos los intentos de acercamiento entre Washington y La Habana. Ni troyanos ni troyanos se explican por qué fracasan las negociaciones, pero la clave es ésta: Washington no tenía un rol que ofrecerle a Castro. Los presidentes yanquis mantienen la rara superstición de que el presidente cubano es un presidente como ellos, de carne y hueso, preocupado por equilibrar el presupuesto y reducir la inflación. Craso error: si se le hubiera podido dar un caballo, un winchester y unos cuantos indios para tirar al blanco, quizás todo hubiera sido diferente.

El asunto del «bloqueo»

Como se sabe, Estados Unidos, de diferentes maneras, «bloquea» o ha «bloqueado» a Rodesia, a Chile, a Cuba, o a la Argentina. Pero es el «bloqueo» a Cuba, por ir dirigido contra un país comunista, el que concita mayores repulsas. Cuba alienta esas condenas porque desea ardientemente las relaciones con USA. Esa es la obsesión, la manía de los dirigentes cubanos. En ese país, minuciosamente equivocado, los dirigentes han acabado por aferrarse al delirante consuelo de que las relaciones con Washington aliviarán la situación económica y acabarán por traer la prosperidad.

Esa pobre gente, desesperada, supone que el fin del «bloqueo» será como una mágica especie de pomada milagrosa que curará el cáncer de la escasez, el caos y la ineficacia doméstica, en virtud de unas misteriosas y no explicadas propiedades benéficas. Esa pobre gente no se ha detenido a pensar que donde no han bastado los miles de millones de ayuda soviética, más el sobreprecio del azúcar, más el subsidio al petróleo, más la ayuda de Europa Este, más los créditos, a veces generosos, de España, Canadá. Francia. Japón, Argentina, México, Argelia o Libia, más el COMECON, más el alquiler de miles de técnicos y soldados cubanos a los países árabes prosoviéticos, muy poco significará el

fin del «bloqueo», porque Cuba, francamente, no tiene nada que venderle a los Estados Unidos, y dispone de muy pocos recursos para poder comprarle.

¿Qué espera Cuba, entonces, del fin del *embargo comercial*, mal llamado «bloqueo»? ¿Que llueva maná? ¿Tal vez la posibilidad de endeudarse un poco más en el frente financiero norteamericano? ¿Emitir unos bonos en condiciones lastimosas para el mercado yanqui? ¿Fondos del BID y del Banco Mundial? Lo que logre –veinte, treinta, cien millones de dólares– apenas bastará para hacer frente a la enorme catástrofe económica. Son dosis homeopáticas para una infección generalizada e incurable. O sea: que Cuba necesita que la exploten y los Estados Unidos se niegan a explotarla. (¿A que no se le hubiera ocurrido esa tortura, señor Sade?).

Y si esto es así, ¿por qué los Estados Unidos no levantan el «bloqueo» y le ponen fin a la última coartada del régimen cubano? Por varias razones. La primera es casi una ley de la conducta política: la inercia es más poderosa que la voluntad de cambio. El «bloqueo», que no es otra cosa que ciertas limitaciones al comercio entre los dos países, es la política que existe, lo que está ahí, el *modus vivendi* al que se han acomodado los norteamericanos sin graves tropiezos. Nadie siente la urgencia de levantarlo, porque nada sustancial se juega en ello. Levantarlo, en cambio, es revolver el avispero de las fuerzas políticas moderadas, contrariar al *lobby* de las compañías perjudicadas por las nacionalizaciones de hace treinta y tres años, agregar una issue al reñidero político que no trae votos a quien lo propone, pero que acaso se los quite. O sea, que para los norteamericanos no hay razones prácticas para finalizar la política del embargo a Cuba, aun cuando esa política tenga escaso sentido.

En sus inicios, para Kennedy, el embargo fue la alternativa a la guerra. Un ademán enérgico que quería decir que Estados Unidos estaba dispuesto a pelear. Luego lo mantuvo mientras hacía desarrollar planes secretos que pondrían fin al castrismo. Lo que en sus orígenes era sólo un «lenguaje» belicoso, quedó luego como el visible marco de hostilidad en el que la CIA llevaba a cabo sus intentos de derrocar a Castro mediante el asesinato o las conspiraciones. Porque las capitulaciones que dieron fin a la crisis de

octubre, parece que excluían de manera explícita la guerra convencional, el desembarco de *marines* o de fuerzas de la OEA, pero no la lucha clandestina. Kennedy renunció a intervenir en Cuba con su ejército, pero no a liquidar al régimen de Castro. Con esos propósitos en mente, era absurdo que levantara el embargo. Y éste quedó como la señal de beligerancia, el banderín izado en el palo mayor.

¿Qué ocurrirá, pues, con el embargo? Objetivamente, da igual que exista como que se elimine. Pero tiene un enorme valor simbólico para Fidel y sus partidarios acostumbrados a evaluar todos los eventos como «batallas» que se «ganan» o se «pierden». Cosechar diez millones de toneladas de azúcar, que era una simple cuestión agrícola, en manos de nuestros epónimos héroes se convirtió en una delirante «batalla» por la dignidad y «contra el imperialismo». La épica de ahora, el Moncada de estas fechas, es obligar a Estados Unidos a levantar el «bloqueo». Fidel quiere ahora derrotar al imperialismo en la modalidad diplomática, como ya antes lo «derrotó por las armas» en la legendaria batalla de Bahía de Cochinos, Termópilas y Lepanto de la subdesarrollada mitología cubana.

De ahí que no ande muy descaminado el gobierno norteamericano al exigirle a Cuba «derrotas» paralelas como condición del levantamiento del embargo. Si es Castro quien eleva a la categoría de símbolo pugnar su batalla contra el embargo, debe hacérsele pagar un alto precio simbólico por obtener su objetivo. Que deje de perseguir a los disidentes. Que permita el multipartidismo. Que decrete una amnistía política. O que no haga ninguna de estas concesiones y permanezca suspirando por el fin del embargo. Si a Sudáfrica o a Rodesia se les forzó a modificar su política a cambio de «desbloquearlas», no hay razón alguna para no hacer lo mismo con Cuba. A fin de cuentas, alguna vez Castro deberá aprender que en los negocios, aunque sean negocios simbólicos, la esencia del asunto consiste en dar y recibir.

El asunto de la CIA

Desde 1959, la Agencia Central de Inteligencia –la famosa CIA– con bastante torpeza, comenzó a hostigar a Castro como respuesta al antiyanquismo agresivo que exhibía el dirigente cubano. Quien embestía, claro, era la CIA, unas veces directamente, y otras a

través de cubanos anticastristas. Lo cierto es que a cada movimiento de la CIA, Castro respondía desplazándose a babor. Esa rítmica radicalización del proceso revolucionario cubano mostró crudamente su engranaje dialéctico el 16 de abril de 1961, veinticuatro horas después de haber comenzado el bombardeo que precedió a la invasión de Bahía de Cochinos. Fidel se creyó obligado declarar que la revolución era socialista y que él mismo, desde sus años de estudiante, había sido comunista, pero que lo había ocultado por razones de estrategia. Al empujón que culminaba los esfuerzos de la CIA – una invasión en toda regla– respondía con la culminación de la radicalización. Fidel, obviamente, buscaba protegerse bajo el paraguas soviético. El mismo mecanismo que le hizo vencer su repugnancia hacia el partido comunista cubano (PSP), sirviéndose de sus cuadros en el interior de Isla para resistir la presión creciente de la oposición dentro de las propias filas de la revolución, operó en el plano internacional al alinearse en la órbita soviética con una falaz declaración de militancia comunista. En rigor, era un pacto entre oportunistas. Fidel ponía la revolución, y el comunismo se la protegía. Fidel conservaba el poder –lo cual le interesaba– y Moscú la ideología, lo que ídem.

La influencia de la CIA

Por una punta, en alguna medida, Washington sirvió de acelerador del comunismo cubano, y por la otra fue un mezuquino organizador del anticastrismo, llegando muchas veces a obstaculizar a los grupos anticomunistas independientes.

La primera estupidez del sombrío organismo fue la de tratar el «caso cubano» de acuerdo con unos modelos que le habían dado resultado en el «caso Guatemala», sin percatarse de que la hora, los hombres y las circunstancias eran totalmente diferentes. Ni Castro era Arbenz, ni Cuba era Guatemala. La CIA, con una larga serie de éxitos en Latinoamérica, menospreció la capacidad de maniobra de Castro y desempolvó el *manual-de-operaciones-en-las-repúblicas-bananeras*. La consecuencia fue uno de sus más sonados fracasos: Bahía de Cochinos, y el principio de su propia liquidación como organismo omnipotente, al tener que someterse desde entonces a la creciente vigilancia del poder legislativo norteamericano. Hasta Bahía de Cochinos, la CIA

había sido un garrote contundente que el presidente de los Estados Unidos guardaba en su despacho y manejaba a su antojo. Después, lo sería menos.

Por supuesto, la CIA no fabricó los movimientos anticastristas, sino que se los encontró hechos –en embrión– desde finales de 1959. A finales de 1959, un sector bastante amplio de las fuerzas que militaron en la lucha contra Batista estaba dando los primeros pasos en la lucha contra Castro y los comunistas. Curiosamente era la élite revolucionaria la que se ponía en marcha. La CIA, decidida a derrocar a Castro, comenzó entonces su reclutamiento.

Los hombres de la CIA

La CIA buscaba –y encontraba– gente de espinazo endeble. No quería, por supuesto, elementos independientes, sino *boys* obedientes y con cierta tendencia a la corrupción. Para una oposición que comenzaba a gestarse, la irrupción de un elemento poderoso y mítico como la CIA sólo podía acabar por desvirtuarlo todo. La CIA compraba hombres y grupos con dinero o con pertrechos de guerra. Me explico: había pocos medios –como siempre– para la lucha clandestina. La CIA los tenía todos: explosivos, detonadores electrónicos, sistemas de comunicación, armas convencionales. Y todo el dinero del mundo. (Falso o bueno, daba igual). Dinero, por demás, muy difícil de hallar fuera de estos suministros foráneos, porque los millonarios cubanos no se defendieron. Huyeron pasivamente jugando a la canasta, aunque bien es cierto que un buen número de los participantes en la expedición de Bahía de Cochinos pertenecía a la clase acomodada.

A la postre, esta «agentización» del anticastrismo tuvo consecuencias fatales. Lo indudable es que la «Agencia» o «los americanos» acabaron siendo un factor de debilitamiento del anticastrismo: por su dinero corruptor, que convertía en agentes asalariados a los supuestos patriotas; con sus preferencias, que para nada tenían en cuenta el mejor destino de Cuba, sino los intereses de Washington; con la absurda pretensión de crear una contrarrevolución con métodos extraídos del manual de espionaje. Pero tampoco el hecho de que ciertos cubanos buscaran la colaboración de la CIA puede interpretarse como una especie de oscura traición. En 1959 se vivía dentro de unos

esquemas paridos por la guerra fría, en los que «mundo libre» y «civilización cristiana y occidental», eran artículos de fe. Los Estados Unidos eran la cabeza del «mundo libre», pero esa cabeza necesitaba un garrote para vigilar el perímetro de la defensa. Ese garrote era la CIA, y resultaba perfectamente congruente que los cubanos «mundolibristas» –por llamarles de alguna forma– buscaran el apoyo de la CIA, más o menos como, en su momento, lo habían buscado los exiliados españoles del Partido Nacionalista Vasco. No en balde, cuando esta cuestión fue planteada como dilema ético en el seno de la balbuciente oposición, paradójicamente se buscó en el comportamiento de los comunistas justificaciones para la alianza. La resistencia europea frente a los nazis, especialmente la resistencia francesa, gesta en la que participaron miles de comunistas –junto a otros miles que no lo eran–, no tuvo escrúpulos en aceptar la ayuda y la dirección técnica de los agentes norteamericanos de la OSS, organismo que dio origen a la CIA, para hacer frente al invasor alemán y a los franceses de Petain. Era una cuestión de «fuerza mayor», como alguna vez justificó Maurice Thorez. Muchos cubanos, pues, entendieron que frente al apoyo soviético a Fidel, a la oposición no le cabía otra opción que la de meterse bajo el ala norteamericana, especialmente tras comprobar que las repúblicas democráticas latinoamericanas no estaban dispuestas a mover un dedo por la libertad de la Isla.

Sin embargo, en la primera etapa, los yanquis no querían *exactamente* que los cubanos se liberaran de una dictadura comunista que comenzaba a arraigar, sino que Fidel y su equipo fuesen sustituidos por unos criollos dóciles, que garantizaran las inversiones norteamericanas en Cuba. Más adelante, cuando los pactos con la Unión Soviética congelaron los planes de derrocamiento, la CIA dirigió sus esfuerzos a mantener informado al gobierno de los Estados Unidos de cuanto acontecía en la Isla en el plano militar.

Durante casi diez años sobrevolaron la Isla aviones de reconocimiento y se infiltraron centenares de cubanos –fueron más de mil misiones– en busca de información militar útil para la defensa yanqui. Esta historia desconocida de la CIA tuvo sus éxitos más importantes con el rescate de partes del avión U-2 derribado por La Habana durante la crisis de los cohetes, y con las fotografías de varias bases secretas, operadas por

soviéticos, tomadas por un agente cubano que logró escaparse con documentación soviética.

Para quien no conoce la historia de Cuba, esta promiscuidad política entre Estados Unidos y Cuba, caracterizada por la violenta injerencia yanqui en los asuntos cubanos, acaso puede parecer extraña, pero desde hace ciento cincuenta años es una inocultable realidad. Períodos hubo en que la anexión de la Isla a Estados Unidos parecía inminente, épocas en las que los cubanos ilustres querían y pedían formar parte de la gran nación americana. Esta situación ha sido frecuente en el Caribe, y la península de Yucatán, la República Dominicana y Puerto Rico han pasado por similares etapas. Es preciso recordar que los Estados Unidos fueron, en el siglo pasado, la nación más admirada. Hasta la lejana España, durante aquella curiosa aventura del Cantón de Cartagena (1873), pudo comprobar cómo una entrañable región del país pedía desmembrarse y pasar a formar parte de los Estados Unidos.

CAPÍTULO 14

EL ANTICASTRISMO

El primer anticastrismo

El anticastrismo comenzó antes de que Castro se convirtiera en «Máximo Líder». No me refiero, por supuesto, a las fuerzas batistianas. El batistianismo nunca fue específicamente anticastrista. Batista –su gente– se enfrentó al *26 de Julio* con la misma brutalidad e ineficacia con que se enfrentó a otros sectores de la oposición. Más aún: es muy difícil suponer que Castro hubiera tomado el poder sin que Batista, con una tenacidad digna del psicoanálisis, hubiera eliminado el resto de las alternativas políticas. Sistemáticamente, el exsargento destruyó todas las opciones que proponía la oposición, con el objeto de no entregar jamás el poder a *ortodoxos* o *auténticos*, sus enemigos (generacionales) declarados. Eso explica que el 31 de diciembre de 1958, fecha que eligió para su huida, el cónclave opositor ya tenía papa: Fidel Castro. Es decir, secretamente, es mucho lo que Fidel debe agradecer a Fulgencio. El viejo y corrupto dictador se sostuvo exactamente hasta el instante en que su sustituto no tenía rival visible, y entonces se largó del país. Fidel, en ese eufórico minuto, se convirtió en el ídolo del 90% de la nación.

¿Quiénes no eran fidelistas en esa primera madrugada del triunfo revolucionario? Dejemos a un lado a la exigua tribu batistera. El anticastrismo comenzó entre los propios grupos que hicieron la revolución, pero sospechaban de Fidel y de sus antecedentes. Primero, el viejo partido comunista (PSP). Los comunistas de carnet, al Fidel que recuerdan es al líder estudiantil, militante de la UIR (Unión Insurreccional Revolucionaria), grupo de acción ferozmente anticomunista, y candidato a representante por el Partido Ortodoxo, entidad igualmente antimarxista. Por otra parte, la estrategia de la lucha se apartaba radicalmente del manual de procedimiento clásico. Allí no había lucha de clases, huelgas proletarias, ni demás condimentos de la receta leninista. Una élite pequeño burguesa había congregado a cierto campesinado en las zonas rurales, y a estudiantes y profesionales en las ciudades. Eso era todo. Los comunistas, encharcados en

la mitología insurreccional marxista-leninista, no podían aceptar a Fidel. Ni su *pedigree* ni sus métodos tenían nada que ver con el misal de la secta.

Tampoco, por otras razones, eran castristas los *auténticos* y los *ortodoxos*. Los *auténticos*, porque a fin de cuentas, Fidel Castro era un *chibasista* (partidario del desaparecido líder Eduardo Chibás), reiteradamente *antiauténtico* y con antecedentes universitarios gangsteriles. La cúpula *ortodoxa*, porque un líder de segunda fila del partido, que nunca contó con las simpatías de Eduardo Chibás –Chibás lo consideraba un «tira-tiros»–, había terminado por seducir a la masa del organismo sin tomar en cuenta a los cuadros dirigentes.

El *Directorio Revolucionario* y el *Segundo Frente del Escambray*, dos grupos insurreccionales del mismo origen que le disputaban al 26 de Julio la dirección de la lucha antibatistiana, tampoco podían ser castristas. Diversas rencillas, aumentadas por las críticas de Fidel al ataque a Palacio (la residencia oficial de Batista) llevado a cabo por el *Directorio*, y luego por la actuación nada diplomática del Che con las guerrillas de Las Villas, trajeron como consecuencia el surgimiento de un sentimiento de celos y hostilidad hacia el caudillo de la Sierra Maestra.

Hay anticastrismo, pues, el primero de enero de 1959, debut oficial de la revolución. Se trata de un anticastrismo incubado durante la lucha, pero sólo en el plano de la dirigencia. La masa –ortodoxa, auténtica, estudiantil, profesional o sin ocupación– era delirantemente fidelista.

Segunda oleada anticastrista

Mil novecientos cincuenta y nueve amanece con la noticia de que Fulgencio Batista se había largado hacia tierras de Trujillo. Cuba presencia una explosión de alegría no vista desde que en 1902 se inauguró la República. Castro entra en La Habana a hombros de las multitudes. Es el jefe indiscutible, pero no indiscutido. A los pocos días, el *Directorio Revolucionario* anuncia que no entregará el Palacio Presidencial ni la Universidad a las

fuerzas del 26 de Julio. Fidel los ataca con un arma inédita y terrible: un discurso televisado de cuatro horas. El Directorio se rinde despavorido y entrega las armas.

Pocas semanas después, el partido comunista (PSP), aterrorizado porque ha descubierto que Fidel piensa establecer una dictadura personal, organiza una manifestación ante Palacio pidiendo elecciones. Secretamente, Carlos Rafael Rodríguez le notifica al Partido que no sea imbécil, que es verdad lo de la dictadura, pero que hay grandes probabilidades de que sea comunista. El Partido respira hondo y entona a todo pulmón el estribillo de «elecciones... ¿para qué?».

No hay otros incidentes notables en los primeros meses de gobierno. Hay, censura a los procedimientos judiciales de la revolución. En las capas más instruidas del país surge cierta repugnancia hacia la evidente arbitrariedad de los tribunales revolucionarios. El país no está acostumbrado a los juicios sumarios ni a los fusilamientos masivos. No es que ciertos crímenes no fueran condenables, sino que los juicios no resultaban, muchas veces, convincentes. Fidel, públicamente, pide un nuevo y condenatorio juicio contra unos pilotos de la Fuerza Aérea batistiana previamente absueltos por un tribunal revolucionario. En el segundo juicio, los pilotos son sentenciados a treinta años. Félix Peña, comandante de la Sierra y presidente del *Tribunal*, se suicida, y la imagen pública de Fidel sufre un primer golpe serio. Casi todo el mundo sabe su aquello de «la santidad de la cosa juzgada».

Surgen las primeras polémicas con los comunistas. La prensa liberal y conservadora censura al gobierno. Los grupos antibatistianos que no participan del poder –la Triple A del doctor Sánchez Arango, los auténticos de Tony Varona, el Segundo Frente de Gutiérrez Menoyo, ciertos dirigentes del Directorio– comienzan a ponerse nerviosos. Hay dos hipótesis tremendas. La optimista afirma que Fidel va a implantar una dictadura terrible y personal. La pesimista opina que esa dictadura será de signo comunista. A mediados de 1959, todavía no hay conspiraciones formales, sino tanteos, conversaciones, intercambio de opiniones. El propio 26 de Julio está escindido en dos alas claramente perfiladas desde los años de la lucha. El 26 de Julio urbano –el Llano– formado

esencialmente por estudiantes y profesionales, constituía la «derecha». El 26 de Julio rural –la Sierra– seguía a Fidel ciegamente, y éste se había embarcado en la aventura marxista.

A escasos meses del triunfo, se produce la ruidosa deserción del comandante Díaz Lanz, jefe de la Fuerza Aérea. En su denuncia, radiada por Estados Unidos, el alto jefe afirma que Castro tiene la intención de establecer una dictadura comunista.

En julio de 1959, el presidente Urrutia se enfrenta a los comunistas, y Castro le obliga a dimitir. Poco después, el periodista y dirigente político Conte Agüero mantiene una polémica con el Partido que apasiona a todo el país. Castro, contra la expectativa general, interviene atacando al periodista. Más adelante, la opinión pública vuelve a dividirse ante el «caso Húber Matos». Húber era un querido comandante de la Sierra que renunció a su cargo mediante una carta privada que dirigió a Fidel, en la que le exponía sus reservas frente al avance de los comunistas y le notificaba su renuncia. Castro responde públicamente, acusando de traición a Húber y a los oficiales de su Estado Mayor. El propio Consejo de Ministros se divide ante este hecho evidentemente injusto y excesivo. Varios ministros, entre ellos Manuel Ray y Manuel Fernández, renuncian a sus cargos. Faustino Pérez se niega a firmar una condena a Matos. Manuel Fernández, viejo revolucionario guiterista, César Gómez, expedicionario del *Granma*, y Carlos Varona, han dado una batalla tremenda por preservar un sindicalismo libre. En el noveno congreso de la *Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC)*, los dirigentes sindicales se niegan a colaborar con los comunistas. Castro, personalmente, acude al congreso para exigir que se acepte a los rojos. Hay cierta resistencia, pero David Salvador, el dirigente sindical del 26 de Julio, acaba cediendo ante la enorme presión. En la Universidad de La Habana, los comunistas apenas tienen poder. Todos los dirigentes que se disputan las elecciones son anticomunistas: Pedro Luis Boitel y Rolando Cubela. Gana Cubela, pero años después él y Boitel coincidirían en la cárcel.

Los acontecimientos «Díaz Lanz», «Urrutia», «Conte Agüero», «Húber Matos», «Universidad», «CTC», fueron paulatinamente cerciorando a los cubanos del giro

comunista que Fidel le había imprimido a la revolución. El anticastrismo pasó de la polémica de barbería a la conspiración.

Los conspiradores

El anticastrismo, a los ojos de la propaganda, parece haber sido el refugio de batistianos y millonarios, pero esencialmente no ha sido otra cosa que la continuación del esquema ideológico antibatistiano basado en una arraigada tradición liberal: unas batalladoras corrientes reformistas dirigidas por hombres de los niveles sociales medios. Los batistianos, como grupo, prácticamente no intervinieron en la lucha anticastrista, y los grandes intereses económicos no realizaron otra actividad que la del lamento. Más aún, lo verdaderamente novedoso de la lucha anticastrista lo constituyó el surgimiento de guerrillas campesinas, que operaron autónomamente en el Escambray durante cinco años, sin la dirección de élites urbanas. El otro ingrediente «nuevo» en la lucha viene dado por el carácter apostólico que ciertos grupos orientados por los jesuitas quisieron darle a la conspiración. Por primera vez en la historia de las luchas intestinas cubanas, se moría al grito un tanto exótico de «Viva Cristo Rey», lema, por cierto, de mala fortuna para los «cristeros» mexicanos de los años veinte.

Los herederos de la revolución contra Batista

Los grupos anticastristas más vigorosos se forjaron entre los disidentes de la revolución. El *Movimiento Revolucionario del Pueblo* (MRP), dirigido por el ingeniero Manuel Ray y por un grupo de hombres valiosos provenientes del *26 de Julio urbano* –Emilio Guede, Reynol González, Enrique Barroso, etc.– logró aglutinar a una buena parte de los revolucionarios socialdemócratas que se oponían a la implantación de una dictadura comunista. Tan pronto Ray renunció al Ministerio de Obras Públicas –octubre de 1959–, se dedicó febrilmente a organizar la resistencia. A mediados de 1960, el MRP era una impresionante estructura clandestina, pero muy vulnerable precisamente por sus dimensiones. El aparato de inteligencia de Castro había logrado penetrarlo a diversos niveles.

El *30 de Noviembre* (llamado así por la fecha de un abortado levantamiento contra Batista) fue otro de los grandes movimientos anticastristas directamente paridos por la revolución. El jefe era David Salvador, líder sindical del *26 de Julio* y Secretario General de la *Confederación de Trabajadores de Cuba*. El *30 de Noviembre* era casi exclusivamente de factura proletaria. Sus dirigentes lo eran al mismo tiempo de diversos sindicatos, y sus cuadros se nutrían de disidentes del *26 de Julio*. Cientos de sus miembros terminaron pasando muchísimos años en la cárcel.

La tradición política liberal

El partido *Auténtico*, desplazado del poder por Batista mediante el golpe de 1952, creó dos núcleos insurreccionales para enfrentarse al usurpador: la *Triple A*, dirigida por Aureliano Sánchez Arango, Mario Escoto, Pepe Utrera, Mario Villar Rocés y otros revolucionarios de la década de 1930, y la *Organización Auténtica*. Estos dos grupos se enfrentaron al castrismo tan pronto se hizo obvio el rumbo comunista del proceso político. La Triple A, muy vinculada a la izquierda democrática latinoamericana, logró renovar sus cuadros con estudiantes universitarios atraídos por la honesta ejecutoria de Sánchez Arango. La «OA», en cambio, desapareció, surgiendo en su lugar el movimiento llamado *Rescate*, fundado por Tony Varona ante la discreta retirada del expresidente Carlos Prío, cabeza natural del autenticismo. Los cuadros y la base de *Rescate* fueron reclutados entre los miembros de la vieja estructura del partido Auténtico, con algunas excepciones juveniles que no tardaron en apartarse del liderazgo de Varona.

Un elemento anticastrista extraño

Si los grupos anteriores respondían a unas raíces fácilmente identificables, la aparición del factor religioso dio origen a una colectividad anticastrista sin precedente histórico: el *Movimiento de Recuperación Revolucionaria* (MRR). La *Agrupación Católica Universitaria* (ACU), bajo la dirección del jesuita Llorente, había creado una especie de masonería católica, muy cerca en sus métodos y objetivos del modelo conocido como Opus Dei. Pretendía el padre Llorente que los «agrupados» constituyeran una élite capaz de controlar el poder económico y político. El dirigente más audaz y persuasivo de la ACU era Manuel Artime, y en los últimos meses de la dictadura de Batista, el propio Llorente

(amigo de Fidel Castro y su consejero espiritual durante la etapa estudiantil de Fidel en el colegio Belén) logró incorporarlo, junto al joven y valiente abogado Emilio Martínez Venegas, a las fuerzas de la Sierra Maestra. Al triunfo de la revolución, a Artime se le nombraría director en la provincia de Oriente, de una zona de desarrollo agrario dependiente del INRA (*Instituto Nacional de Reforma Agraria*). Artime, imaginativo, dinámico y con cierto carisma, organizó entonces los «comandos rurales» con sus camaradas de la *Agrupación Católica Universitaria*. Más adelante –puesto ya a conspirar– Artime y sus seguidores fundarían el *Movimiento de Recuperación Revolucionaria*. A su vez, el sector estudiantil de ese movimiento dio lugar al *Directorio Revolucionario*, organización cuyo parentesco con la que originalmente había luchado contra Batista era sólo nominal.

El MRR, organismo sin tradición histórica, sin vínculos eficaces con la facción no comunista de la vigente estructura del poder, se convirtió, no obstante, en el centro de la lucha anticastrista en virtud del apoyo preferente que obtuvo de la CIA. El aparato norteamericano de inteligencia se entendía mejor con el «grupo de muchachos católicos» que con el MRP, el *30 de Noviembre* o *Segundo Frente Nacional del Escambray*. Inclusive, las bases para la colaboración entre la CIA y el anticastrismo fueron sentadas por el doctor Rubio Padilla, miembro destacado de la *Agrupación Católica Universitaria*. La CIA en su búsqueda de elementos idóneos, olvidaba que un conflicto político como el que se estaba gestando no podía mantenerse sobre los hombros de un grupo escasamente representativo y totalmente extraño a la tradición revolucionaria del país. Sin embargo, hay que reconocer que aquellos jóvenes católicos dieron muestras de un enorme valor, enfrentándose con total integridad a la muerte o a la cárcel, como fue el caso de Alberto Müller, Emilio Martínez Venegas o Lino Bernabé Fernández, por sólo mencionar tres nombres entre los centenares que tuvieron que afrontar un dramático destino.

Playa Girón

El escritor alemán Hans Magnus Enzensberger hace un negativo retrato de los invasores de Bahía de Cochinos en un libro particularmente estimable: *El interrogatorio de La*

Habana. Se equivoca el ensayista al juzgar al anticastrismo por el análisis de la composición socioeconómica de los integrantes de la brigada invasora. Seguramente Bahía de Cochinos ha sido el episodio menos representativo de la historia de la lucha contra Castro. Una amalgama como la de la *Brigada 2506* –el nombre del ejército invasor– sólo pudo realizarse en virtud de los recursos enormes de la CIA, puestos al servicio de un objetivo discutible: derrocar al castrismo para implantar un orden de estricta obediencia norteamericana. Sin embargo, individualmente habría poco que objetar entre los miembros de la *Brigada*. Con tres docenas de excepciones –eran casi mil quinientos hombres–, los brigadistas eran personas bien intencionadas y de correctos antecedentes. Tampoco nadie debería alarmarse porque entre ellos hubiera muchos miembros de la burguesía. Desde Carlos Manuel de Céspedes en 1868 –el *Padre de la Patria* cubana– hasta el mismísimo Fidel Castro, ha sido una tradición que los terratenientes cubanos y los grupos poderosos peleen por lo que creen. No obstante, la *Brigada* no era una organización revolucionaria con determinada proyección política, sino un ejército arbitrariamente reclutado por la CIA para dar una batalla estrictamente militar, y luego servir como herramienta de poder a un movimiento (MRR) sin arraigo popular, adscrito a un catolicismo militante.

Uno de los aspectos más incomprensiblemente estúpidos de la historia de Bahía de Cochinos radica en el hecho inaudito de que la CIA eligiera librar una batalla convencional, privando al mismo tiempo a sus fuerzas de protección aérea. Aun sin el respaldo de la opinión pública –muy dividida en abril de 1961–, la Brigada hubiera podido por la fuerza de las armas mantener varias semanas una cabeza de playa y cierto territorio si la correcta protección aérea hubiera impedido que sus pertrechos se convirtieran en un tiro-al-blanco de la intacta aviación castrista. Esas semanas hubieran bastado para provocar un golpe dentro del propio ejército castrista –también muy dividido por aquellas fechas–, o el reconocimiento de un gobierno beligerante instalado en el territorio controlado por los invasores.

La *Brigada 2506*, cuyo triunfo hubiera significado el fin del anticastrismo independiente y nacionalista, marcó con su derrota el fin de cualquier clase de anticastrismo, puesto que

el aparato represivo del gobierno aprovechó la coyuntura para desarticular en cuarenta y ocho horas las redes clandestinas, mediante la detención masiva de medio millón de personas en una de las operaciones policíacas más grandes de la historia. Estadios deportivos, ministerios, escuelas, sirvieron de cárceles temporales para albergar a cuanto ciudadano no era obviamente adepto al régimen. Después del triunfo, tamizando cuidadosamente a los detenidos, fue puesta nuevamente en libertad la mayor parte de los encarcelados. Tras aquellos azarosos días de abril de 1961, el anticastrismo, desorganizado, derrotado, y con sus líderes asilados en embajadas, detenidos o fusilados, no volvió a tener posibilidades reales de éxito.

La lucha guerrillera anticastrista

El gobierno les llamó bandidos y creó unos *Batallones de lucha contra bandidos*. No eran bandidos, sino campesinos visceralmente anticomunistas. Sólo campesinos muy duros eran capaces de sobrevivir en las montañas del Escambray, frente al asedio constante de decenas de miles de hombres. Cito el periódico *Granma*, de mayo 25 de 1970: «Cumpliendo órdenes de Eisenhower –como él mismo confesara–, a los pocos días del triunfo de la Revolución, la CIA empezó a organizar bandas contrarrevolucionarias en nuestras montañas. En las seis provincias de nuestro país existieron diseminadas en diferentes épocas y llegaron a haber 179 bandas asolando los campos de Cuba simultáneamente. Ciento setenta y nueve bandas que integraban 3.591 bandidos alzados y armados por la CIA. Las cifras pueden ser ciertas. Lo que no es verdad es lo de la CIA. De esos 179 grupos guerrilleros, apenas una docena tuvieron contactos esporádicos con la CIA. El gobierno les llamaba «bandidos» y no guerrilleros, para escamotear el hecho evidente de que existía una tenaz y sangrienta oposición campesina que obligó a Raúl Castro a exclamar en el momento del recuento: «¿Qué precio nos costó? Lo más valioso antes que todo: cerca de 500 vidas de nuestros combatientes, algunos casi adolescentes. ¿Cuánto nos costó en recursos materiales? Hubo años que la lucha contra los bandidos nos costó cerca de 200 millones de pesos, y no es una exageración decir que en su conjunto nos costó entre 500 y 800 millones de pesos». (*Granma*, ob. cit).

¿Por qué esa explosión guerrillera, quiénes eran sus jefes? Para entender este largo, cruento y –¿por qué no?– heroico episodio del anticastrismo, hay que tener en cuenta cierto factor regionalista surgido en la época de la lucha contra Batista: Fidel Castro había elegido las montañas de Oriente para desarrollar su acción guerrillera, escenario lo suficientemente abrupto y extenso para operar con cierta seguridad, pero Eloy Gutiérrez Menoyo, Faure Chomón y Rolando Cubela –líder el primero del *II Frente Nacional del Escambray*, y los segundos del *Directorio Revolucionario*– habían dado un paso mucho más audaz al crear sus focos guerrilleros en la provincia de Las Villas, en medio del país, en una zona montañosa mucho menos escarpada y más accesible que la Sierra Maestra. Cuando Fidel Castro lanza su invasión hacia occidente comandada por el Che y Camilo Cienfuegos, lo que pretende no es ampliar su frente militar, sino disputarle a los hombres de Menoyo y del *Directorio* la jefatura revolucionaria de la parte central del país. Tanto temor tenía Fidel Castro a las actividades del *II Frente* y del *Directorio*, que probablemente de ahí surgiera su pacto secreto con el Partido Comunista. El PC logró alzar en el norte de Las Villas dos pequeños núcleos guerrilleros, uno al mando de Félix Torres y otro bajo la dirección de Armando Acosta, viejos veteranos del Partido. Lo que el PC le ofrece a Fidel en la Sierra Maestra –convencido el Partido de la eventual derrota de Batista y temeroso del anticomunismo del *Directorio* y del *II Frente*– son esas dos guerrillas que operan en Las Villas y que le permiten al *26 de Julio* poner un pie en las montañas del Escambray en lo que el Che y Camilo emprenden su difícil trayecto de Oriente a Occidente.

Cuando el Che y Camilo llegan a Las Villas son recibidos con entusiasmo por los comunistas que les han ido calentado la cama, cordialmente por el *Directorio*, y con franca hostilidad por los hombres del *II Frente*. Los campesinos de la zona, masivamente, son partidarios de Gutiérrez Menoyo. Este pequeño y delgado revolucionario –nacido en España y exiliado en la adolescencia– es uno de los guerrilleros más valientes e imaginativos que dio la lucha contra Batista. Su carisma no descansa en su formación política ni en sus condiciones de líder –de las que carece–, sino en la leyenda de su valor personal y en su extraordinaria habilidad para ejecutar acciones guerrilleras.

Es en ese contexto del Escambray, dominado por la figura de Gutiérrez Menoyo, y en el que Fidel Castro no dejó su impronta militar, donde hay que situar el surgimiento de la actividad guerrillera anticastrista. Casi todos los líderes de la guerrilla son caudillos locales que en la lucha contra Batista se habían echado al monte, y que ahora contemplaban la comunización del país como la obra de gentes por las que sentían una vieja rivalidad. Este fue el caso de Osvaldo Ramírez –casi una leyenda entre los campesinos, y el único guerrillero al que Castro le ofreció tregua y amnistía si deponía las armas. Fue el caso de Porfirio Ramírez, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Las Villas; de Luis Vargas, Evelio Duque, Edel Montiel, César Páez, Ramonín Quesada, Thorndike, José Andrés Pérez («Rabo de nube», sobrenombre que le vino por andar siempre perseguido por un enjambre de milicianos), Plinio Prieto, Vicente Méndez y otros jefes guerrilleros.

Lo que el gobierno llamó la «limpia del Escambray», operación a cargo de los comandantes Tomassevich y Víctor Dreke, fue una guerra a sangre y fuego que duró varios años, y en la que el gobierno cometió no pocos excesos. Decidido a impedir a toda costa el asentamiento de los núcleos guerrilleros, y sabedor de las simpatías que suscitaban en el campesinado de la zona, el gobierno hizo trasladar poblaciones completas en una táctica que recordaba la reconcentración empleada por el general español Valeriano Weyler en la lucha colonial del siglo anterior.

La táctica militar del castrismo era tan primitiva y costosa como efectiva: cadenas de soldados peinaban palmo a palmo la zona, fusilando en el acto a los alzados. Se utilizaron helicópteros traídos de Rusia y perros de Alemania Oriental. Los alzados capturados eran fusilados rápidamente, frecuentemente sin el trámite inútil del juicio sumario, y sus cadáveres entregados sin pérdida de tiempo al forense, con el objeto de que mediante la autopsia dictaminara qué clase de alimentos habían ingerido los alzados. Este pequeño detalle –maíz, azúcar, cerdo o res– podía ser de utilidad en el rastreo de los sobrevivientes. En un día excepcional, el forense del hospital de Topes de Collantes tuvo

que hacer treinta y ocho autopsias de otros tantos jóvenes campesinos alzados a los que había visto llegar vivos esa misma mañana.

La «limpia del Escambray», Playa Girón y los intensos días de la Crisis de Octubre (1962) han sido los hitos fundamentales en la elaboración castrista de una mitología posterior al triunfo revolucionario. Parte de la jerarquía militar, luego perfeccionada en academias rusas y checas, recibió su bautizo de fuego en el Escambray. De aquel episodio apenas quedan crónicas, fuera de la visión triunfalista y parcial de la prensa cubana, exceptuando dos valiosos libros debidos al corresponsal de *Granma* en el frente, el joven escritor Norberto Fuentes, por aquellos años decididamente castrista, pero con suficiente objetividad para no ocultar su admiración por cientos de hombres desamparados, tenazmente idealistas, rodeados por un ejército poderosísimo, pero incapaces de dar o pedir treguas. Los libros se llamaron *Cazabandidos* y *Los condenados de Condado*. Andando el tiempo, Norberto Fuentes acabaría, claro, marginado. Peor aún: acusado de intentar salir ilegalmente del país.

Las penúltimas acciones

Después de la Crisis de Octubre, comprometidos los Estados Unidos a la convivencia con Castro, y prácticamente destruidas las organizaciones clandestinas que operaban en el interior del país, algunos grupos, desde el extranjero, comenzaron a organizar acciones comandos. El *Comando L*, bajo la dirección de Tony Cuesta, ex capitán del *26 de Julio*, y de Santiago Alvarez, lograron averiar seriamente el petrolero soviético *Bakú Alfa 66* – nombre críptico que adoptaron Gutiérrez Menoyo y sus hombres– llevó a cabo varias acciones contra instalaciones costeras. El *Directorio Revolucionario Estudiantil*, en una acción dirigida por Juan Manuel Salvat, el más combativo de sus líderes, ametralló desde el mar un hotel frecuentado por soviéticos.

Tras la excarcelación de Manuel Artime y los brigadistas de Girón (1963), la CIA organizó varias acciones comando, pero meses después los planes fueron eliminados por presión internacional tras el ataque llevado a cabo contra un carguero español, el *Sierra*

Aránzazu, al suponer los comandos que se trataba del Sierra Maestra, buque insignia de la marina mercante cubana.

Tres combatientes, entre pocos, con un largo historial guerrillero a sus espaldas, insistieron en regresar a Cuba con el objeto de comenzar de nuevo la guerra de guerrillas: Eloy Gutiérrez Menoyo, Vicente Méndez y Amancio Moqueda, conocido por el sobrenombre de «Yarey». Gutiérrez Menoyo desembarcó con tres hombres en 1966. Al mes fue capturado tras ofrecer una ardua resistencia. «Yarey», por sus múltiples infiltraciones y exfiltraciones en la Sierra Maestra, se había convertido en una figura legendaria para los campesinos orientales. Su fusilamiento fue público con el objeto de *probar la* muerte de quien parecía inmortal a los ingenuos ojos de la ruralía. Vicente Méndez, tras años de tropiezos y fracasos, logró regresar a Cuba con una guerrilla de varios hombres, pero sólo para caer luchando unas semanas después. Veinte años después, en diciembre de 1991, otros tres jóvenes regresaban en una embarcación a fomentar las guerrillas. Castro los capturaba sin disparar un tiro, pero no vacilaba en fusilar a uno de ellos, Eduardo Díaz Betancourt. Hay en las vidas de muchos de estos hombres una misteriosa voluntad de sacrificio más allá de cualquier aventurerismo. La biografía de todos ellos se reduce a una sola palabra: lucha. Lucha desde la adolescencia, primero contra la dictadura batistiana, y luego contra la comunista. Es realmente patético el espectáculo de media docena de guerreros con simples fusiles emprendiendo jubilosos el viaje hacia una muerte casi segura; pero ese episodio, repetido mil veces en los últimos ciento veinticinco años, parece ser el inevitable *fátum* de Cuba.

CAPÍTULO 15

VOTAR CON LOS PIES: LOS QUE SE EXILIAN

Sólo se salvarán los que sepan nadar

(Cataneo, conocido cantante popular,
viendo la televisión el 9 de enero de 1959,
fecha del primer discurso de Fidel Castro
en La Habana después del triunfo).

Si se dice «emigración» suena a paro obrero, a trámite de aduanas y a remesa de divisas. Todo irreprochable y civilizado, aunque doloroso. No es eso. Si se dice «diáspora» –y se dice a veces–, viene a cuento la Biblia y la historia de un pueblo perseguido por otro pueblo. Tampoco es eso. En Cuba se persigue a la gente para que no se vaya. Es al revés. Tal vez «éxodo» o «exilio» sean las palabras más cercanas al fenómeno de la huida en masa de casi un millón de cubanos a bordo de todo lo que vuele o flote.

¿De qué huyen los cubanos? Vamos por partes. La primera camada –enero/febrero de 1959–, apenas tres millares, con algunas excepciones, huía de la justicia revolucionaria. La segunda tanda –resto de 1959, principios de 1960– iba a salvar su dinero, incuestionablemente en peligro por el sistema que se anunciaba. (El olfato político más sensible lo tiene el dinero). La tercera oleada (1960-1962), medio millón de cubanos huía de la implantación de la dictadura comunista. Este flujo no se hubiera detenido si en octubre de 1962 no se produce la «crisis de los cohetes». Entonces se prohibió la salida de cubanos rumbo a suelo norteamericano. El éxodo *legal* se detuvo.

Pero comenzó, se incrementó, el otro: los cubanos se embarcaron en yates, botes, tablas, balsas o simples salvavidas. Se metieron de polizones en barcos mercantes o aviones. Las embajadas que concedían asilo político se vieron virtualmente inundadas. Venezuela, cuatrocientos y tantos, a la vez, hacinados en tres pisos familiares. Uruguay,

por el estilo; Honduras, Brasil, Argentina, Colombia, lo mismo. Centenares de hombres y mujeres, disfrazados de vendedores ambulantes, de boticarios de turno, de médicos, de policías lograban cruzar las puertas de los recintos diplomáticos y respirar hondo. El gobierno decidió parar el éxodo a tiro limpio. A la entrada de la embajada del Ecuador quedaron siete cadáveres en una tarde sangrienta. Luego comenzaron a disparar contra los emigrantes clandestinos. Los guardacostas americanos se encontraban botes ametrallados, supervivientes abrasados por el sol, náufragos que habían visto morir de hambre, sol o heridas de bala a toda la familia. Un pobre hombre fue arrojando por la borda los cadáveres de sus hijos, hasta que concluyó con el de su mujer y llegó solo y loco hasta un puerto americano, navegando a la deriva.

Ni la inseguridad de las embarcaciones, ni el temor a las lanchas asesinas del régimen – las temibles torpederas–, que primero disparaban y luego preguntaban, servían para detener a las familias que se echaban a la mar. Casi diez mil personas alcanzaron la costa continental, Yucatán, Gran Caimán. Según los gringos, que todo lo computan y lo promedian, otros tantos murieron en el trayecto. El estrecho de la Florida comenzó a llamarse *El estrecho de la muerte*. Hubo episodios de increíble solidaridad, como el del joven náufrago aferrado a una tabla, que mantuvo a una anciana entre sus brazos varios días, sin dejarla morir, hasta que un barco imprevisto los recogió. Pero otros hechos incalificables, como el del barco sueco que entregó en La Habana a cuatro obreros de plantas eléctricas que habían naufragado. El gobierno fusiló a tres y condenó al cuarto – Alberto Rodríguez Vizcaíno– a treinta años de presidio.

Las embajadas y consulados cubanos veían reducir sus nóminas por la súbita escapada del embajador u otros funcionarios menores. Delegaciones comerciales, deportivas y artísticas, pescadores, bailarines, compradores; cualquier salida servía de coartada para asilarse. Inclusive dentro del mundo comunista. El problema era llegar a Yugoslavia, luego a Italia, y se era libre. El gobierno adiestró a sus sabuesos para que detectaran a posibles desertores. A veces había un agente por cada deportista; la mitad del personal de las embajadas era de la *Seguridad del Estado*, pero continuaba, pertinaz, la filtración.

Dos cubanos, que nada sabían de fisiología o aeronáutica, se escondieron en el tren de aterrizaje de un avión de Iberia. Uno cayó en algún momento: el otro, un joven pintor, logró aferrarse e hibernar milagrosamente durante el trayecto hasta alcanzar Madrid, tumefacto y aterido. Se salvó y hoy vive en Nueva York. Años después, otros dos muchachos intentaron repetir la hazaña y llegaron muertos a España.

El gobierno, sin embargo, obtiene del éxodo sus ventajas. En primer término, aquello irrefragable del puente de plata para el enemigo que huye; después, viviendas para los que quedan, puesto que la falta de techo es uno de los más agudos problemas del país. Pero la carnicería repugnante de las costas se estaba convirtiendo en una fuente de desprestigio para una revolución obsesionada con la imagen. Fidel decidió, un día de 1965, permitir a los exiliados que recogieran a quienes quisieran en el puerto de Camarioca. En Cuba y Estados Unidos se organizó la locura. Comenzó el viaje, en la otra dirección, para buscar familiares y amigos en «Camarioca». En veinticuatro horas, el gobierno se dio cuenta del error. Miles de cubanos, exricos, clase media, pobres, se apelotonaban en el litoral mientras la voz corría por toda la Isla. De las provincias orientales, las más alejadas de Camarioca, comenzó la caravana rumbo al «puerto libre». En Miami y Cayo Hueso (Key West), contra la voluntad del Departamento de Inmigración de Estados Unidos, horrorizado por unos hechos sin precedentes y contra reglamento, centenares de botes y barcos cruzaban el estrecho. Los funcionarios de Seguridad del Estado –la Gestapo criolla– veían con estupor cómo hijos, hermanos y hermanas de los jefes huían del país. A la semana vino el cierre de nuevo. El gobierno se dio cuenta que la prolongación de Camarioca hubiera sido la despoblación desordenada de la Isla. La puntilla llegó con la noticia de unos cubanos exiliados que tramitaban el alquiler de un buque capaz de transportar dos mil personas en cada viaje y realizar un viaje de ida y vuelta cada veinticuatro horas. Se iba todo el mundo. Se reglamentó entonces el éxodo. Rumbo a Estados Unidos saldrían los «Vuelos de la Libertad» a razón de dos diarios, además de los que marchaban rumbo a España en dos vuelos a la semana. Se compilaban interminables listas de espera que no flaqueaban por la incesante incorporación de nuevos solicitantes. El gobierno decidió entonces castigar a los emigrantes como jamás se ha visto en la historia moderna de las naciones civilizadas. Primero, decidió que entre los

quince y veintisiete años no podía irse ningún varón, porque estaba «sujeto a servicio militar». Como es lógico, esto ataba a los padres de los jóvenes comprendidos entre esas dos edades, puesto que no estarían dispuestos a abandonar a sus hijos.

Tan pronto como se presentaba la solicitud de salida, la familia pasaba a ser algo así como enemiga de la patria. Los jóvenes tenían que abandonar los estudios especializados, los padres eran expulsados deshonrosamente de sus centros de trabajo y pasaban, en régimen de presidiarios, a los campos de trabajo agrícola en las regiones más remotas del país. Allí, si trabajaban de sol a sol, si cumplían las metas, si respetaban la incuestionable y siempre insolente autoridad de los guardianes, podían, una vez al mes, visitar a su familia. Cualquier rebeldía o incumplimiento se pagaba con la anulación de la salida, lo que automáticamente convertía al castigado en una especie de paria dentro de su propia nación.

Las mujeres que abandonaban la isla no eran mejor tratadas que los hombres. Con bastante frecuencia, muchas prisioneras tuvieron que aplacar la ira de los guardias acostándose con ellos. La alternativa era no poder salir junto a los hijos y esposos que estaban en otros campamentos.

Durante muchos años, el gobierno no escatimó dureza para desalentar el éxodo. La espera en los campos de trabajo forzado duraba un promedio de tres años, aunque muchos cubanos llevaban cinco y hasta seis sin lograr que se les permitiera salir del país. ¿Qué atmósfera debía respirarse cuando cientos de millares de hombres y mujeres estaban dispuestos a cumplir tres, cuatro o cinco años de trabajo forzado, alimentación miserable, separación de la familia, tratamiento de perro, con tal de largarse con lo que tenían puesto hacia el siempre azaroso exilio? El propio gobierno investigó todo lo investigable. Puso a sus pavlovianos sicólogos a indagar las razones de una decisión aparentemente suicida. Al cabo, los sicólogos se callaron, y el gobierno, de un manotazo, cerró las compuertas. Desde mayo de 1970 no se admitieron más solicitudes de salida. Otra vez se imponía la lección de Camarioca. Se iba hasta el gato. A Fidel y Raúl Castro se les habían ido dos hermanas. A Sergio del Valle, el que venía detrás, otra hermana: al comandante Piñeiro,

«Barba Roja», toda la familia; a Nicolás Guillén, un sobrino. Hermanos de Celia Sánchez, de Armando Hart... Cualquiera. No se veía límite ni fin. Años después –en 1980– el episodio de Camarioca volvió a repetirse, pero por el puerto del Mariel. Unos ciento treinta mil cubanos lograron embarcar antes de que el gobierno norteamericano prohibiese la entrada a los refugiados, producto, quizás, de un hecho alarmante: aprovechando el éxodo masivo de opositores, Castro decidió sacar de cárceles, manicomios y hospitales a unos cuantos millares de endurecidos delincuentes o de enfermos crónicos, para remitirlos a los Estados Unidos en medio de la ola migratoria.

Pero en 1980, como en 1965, como en 1961, no se iban sólo los perjudicados, sino muchos beneficiados. La propia gente del gobierno, la familia de la nueva clase. Esto no se había visto ni en el Berlín del muro. Los hermanos de Brezhnev no están asilados en ninguna parte, ni el hijo de Mao, ni la sobrina de Tito. Es falso que el éxodo fuera el refugio de los elementos arruinados por la revolución. También es falso que las «privaciones del bloqueo» impulsaron el éxodo. El cubano había sido siempre una fauna casera. Bicho insular. Animal de campanario al que no le gustaba emigrar. ¿Cuántos vivían en España antes de 1959? Cuando la hambruna terrible de la década de 1930, el censo apenas varió. Además, el gobierno siempre ha garantizado trabajo y una mínima cantidad de comida. Estos son los dos factores que generan la emigración económica en el mundo. El español que ha visto a cubanos humildes haciendo llaves en la Puerta del Sol no puede creer que estos señores hayan emigrado en busca de fortuna. Se han ido, fundamentalmente, por razones de ecología política. Cuba es irrespirable. Se llegó a exiliar –por si quedaban dudas– un comandante que había perdido la vista y los brazos como consecuencia de una bomba que le estallara en la lucha contra Batista.

¿Qué podía ganar con el exilio, pobre y mutilado como estaba? Sacrificó, en cambio, la protección de la revolución, los honores que le brindaban, la elevadísima posición que tenía. Es una canallesca falsedad caracterizar al millón de cubanos que ha logrado huir del país como «burguesía en estampida», «explotadores», «putas» o «traficantes de drogas». Se trata de un corte transversal de la sociedad cubana, con el acento puesto en los niveles sociales medios, pero con millares y millares de representantes de la más baja

extracción económica. Esto se comprueba fácilmente entre los pescadores de la Florida y en cierto campesinado que ha hecho prosperar la caña en los ingenios del sur americano, y especialmente en los más de dos mil jóvenes que escaparon en balsas y botes a lo largo de 1991.

Los gringos, que ya sabemos que todo lo miden, antes del éxodo del Mariel habían concluido que la emigración cubana era el grupo que mostraba el menor índice de criminalidad en el país, con niveles incluso por debajo de la media norteamericana. Eso tal vez haya variado con la incorporación de varios millares de delincuentes criminalmente «exportados» por Castro, pero lo predecible es que en pocos años las estadísticas vuelvan a revelar las virtudes de la emigración cubana, la más exitosa desde el punto de vista económico que ha conocido Estados Unidos.

En Madrid, Caracas o San Juan de Puerto Rico, ciudades con cierto número de cubanos exiliados, se repite el mismo patrón de comportamiento que desmiente la falsa imagen que La Habana quiere proyectar. Un millón de cubanos, que a su vez han parido un millón de hijos, son demasiados para que no constituyan una muestra válida de toda la sociedad. Son demasiados para caracterizarse con varios prejuicios facilones. En la viña del señor (presidente) había de todo y todos (los que pudieron) pusieron pies en polvorosa.

Por supuesto, para explicar el desprestigio de la fuga en masa, el gobierno ha echado mano de los más absurdos argumentos. Ha dicho que algo parecido le ocurrió a Puerto Rico con su millón largo de boricuas avecinados en Nueva York. Si los cubanos hubieran huido hacia Moscú, el razonamiento habría tenido base, pero es una burla si nos percatamos de que la huida ha sido hacia las antípodas de La Habana. Incluso, alguna vez, rizando el rizo, Fidel ha comparado la fuga de sus compatriotas con la ocurrida en los Estados Unidos cuando la guerra de Independencia. Otra tontería. Ni la hermana de Washington ni la tía de Jefferson se montaron en un bote desesperadas. De la excolonia huían los súbditos británicos, como en Cuba, a principios de siglo, emigraron varios miles de españoles cuando ocurrió el cambio de soberanía. Pero eso no tiene nada que ver con

el impresionante fenómeno cubano. No hay argumento convincente para explicar por qué un millón de personas huye de su país, a sabiendas de que el pasaje no sólo vale buenos dólares, sino años de castigos y privaciones. No existe razonamiento aceptable que aclare por qué un padre de familia, cuerdo y responsable, sube a su mujer e hijos en una balsa y se aventura a remontar el «Estrecho de la Muerte» con un cincuenta por ciento de posibilidades de morir en el intento. Si malintencionadamente puede hablarse de «perjudicados» por la revolución, ¿qué puede alegarse de los diplomáticos, bailarines, escritores, funcionarios, cineastas, y demás *beneficiados* por la revolución, que han optado por asilarse en el extranjero? Me parece evidente, obvio, que la atmósfera cubana es totalmente irrespirable. Neruda, después de una visita nada grata a Cuba, le hizo a Asturias una confesión dolorosa y melancólica. «Qué lástima, Miguel Angel, que nos pasemos la vida defendiendo países en los cuales no podemos vivir». La única prueba válida que podría aportar la revolución para mostrar el apoyo con que realmente cuenta, sería abrir los puertos aéreos y marítimos. Pero ya el régimen ha chocado dos veces con la realidad. Se va todo el mundo. A los cubanos, por lo visto, no les gusta el «paraíso». Lenin dijo una vez que «los exiliados votan con los pies». Eso han hecho los cubanos cada vez que han podido. Es mejor la nostalgia que la asfixia moral. Pero de Cuba no sólo se exilian los cubanos. También se exilian los exiliados, como ocurrió con la mayor parte de los españoles republicanos –el caso de Néstor Almendros no es la excepción, sino la regla–, y posteriormente con los exiliados chilenos que llegaron huyendo de la represión de Pinochet. La experiencia ha sido nefasta para los chilenos. Aunque ideológicamente afines al castrismo teórico, la práctica les ha resultado insoportable. Todos se fueron de Cuba. Tras el suicidio de la hija de Salvador Allende, el gobierno los dejó salir poco a poco, para evitar la propaganda negativa. Si los chilenos hubieran leído *Persona non grata*, de su compatriota Jorge Edwards, uno de los primeros diplomáticos que envió Allende a La Habana, o los relatos de los atribulados piratas aéreos que han optado por entregarse al FBI antes que seguir en Cuba, hubieran elegido con cuidado el sitio del asilo. Pinochet –ya saben– no era peor que Castro. Sólo otra modalidad de la barbarie, eso sí, mucho más fácil de derrotar.

La embajada de Perú

En abril de 1980, tras asilarse en la embajada de Perú unos pocos cubanos, Castro decidió *castigar* a Lima por no entregárselos, y les quitó la guardia que impedía el acceso al recinto diplomático. Diez mil cubanos –el *Anábasis*, el Apocalipsis, la rebambaramba– se precipitaron sobre la embajada de Perú para castigar al Comandante, silbando por así decir aquello de «*Deja que yo te cuente, limeña, deja que yo te cuente mis penas*». Por unas horas, Cuba tuvo su territorio libre, su puerto franco, para huir, con lo puesto de esa cosa monstruosa, cruel y boba que el Comandante inventó hace treinta y tres años y que no ha dejado de agravar con sorprendente tenacidad.

Hasta ahí lo que el universo sabe. Hay otros detalles menos divulgados, y más tristes, como los de los otros millares que no cupieron, y que fueron apresados, y apaleados, y escupidos por las turbas castristas, motivadas, como el Comandante, por una rabiosa soberbia. Más horror, y con más saña, cayó sobre los infelices que llegaron tarde a su centímetro cuadrado de libertad.

Y también –lo que es más grave– sobre todo el pueblo de Cuba, puesto que de este insólito episodio Fidel Castro no extrajo la conclusión de que el pueblo repudia su régimen porque ha sido meticulosamente nefasto, sino que decidió, por el contrario, que había sido demasiado «blando», que los Comités de Defensa «bajaron la guardia», que la revolución se había excedido en tolerancia. La conclusión castrista de este episodio fue que había que salvar a la revolución a palo y tentetieso. Que había que apretar clavijas. Del hecho conmovedor de «Los diez mil de La Habana» –como lo llamó el *New York Times*– salieron más paredón, más represión, más desdicha para ese pobre y machacado pueblo.

Pero ésa sólo fue la etapa inmediata. A largo plazo «Los diez mil de La Habana» se convirtieron en el punto de partida de una mayor rebeldía juvenil, de deserciones de funcionarios, de un todavía mayor grado de inconformidad. De pronto, la gran sospecha, compartida por diez millones de personas, se verificó sin apelación: los cubanos, abrumadoramente, estaban contra el sistema. Ese es el significado simbólico que encerró

el episodio de «Los diez mil de La Habana». Antes de los sucesos de aquel abril loco y tumultuoso, esa creencia era sólo una razonable hipótesis gritada sin talento por los enemigos del castrismo, y siempre contestada hábilmente por los partidarios. Antes de «Los diez mil de La Habana», dentro y fuera de Cuba, ondeaba la superstición de que el castrismo –pese a sus errores– tenía el apoyo del pueblo. Con el espectáculo de la embajada, eso se acabó dentro y fuera de Cuba. Eso se acabó para la oposición y se acabó para los simpatizantes.

Ya no hubo coartada. Ya no hubo Plaza de la Revolución, desmentida como quedó por el fulminante plebiscito de esos millares de ciudadanos apresurados y madrugadores. Cuando se escriba la lamentable historia del castrismo –dure lo que dure– los historiadores podrán señalar que la estampida de abril de 1980 marcó el comienzo del fin de un mito.

Por qué desertan los jóvenes

El recuento definitivo de las últimas oleadas de exiliados invariablemente reitera un dato significativo: un enorme porcentaje tiene menos de 30 años, y muchísimos no llegan a los veinte. ¿Qué ha sucedido? En la década de 1990, sería absurdo calificar los anticastristas recién llegados como «burgueses explotadores», y nadie medianamente serio puede creerse que estamos ante «lumpen», prostitutas y drogadictos. Como es obvio, se trata de una representación proporcional del pueblo cubano. ¿Qué ha ocurrido? Vamos a ello:

Los niños cubanos ya no cantan rondas infantiles. Ahora, en vez de «Alánimo, Alánimo» entonan «Bush no tiene madre porque lo parió una mona». Y luego regresan a casa, silenciosos, a que la abuela les cuente historias fantásticas de países en los que los niños no tienen que odiar ni aprender en las escuelas rimas idiotas, para luego salir a corearlas en las manifestaciones:

*Fidel, seguro,
a los yanquis dales duro.
O aquella otra, obscena, tonta:
Carter, cabrón, acuérdate de Girón.*

Porque la revolución, para los niños cubanos, no es juego, diversión o alegría, sino responsabilidad, compromiso político, contradicción total entre un hogar en el que se odia al sistema y una sociedad que exige la tensión emocional de tener que fingir todo el día, a toda hora, siempre. Nadie puede saber que la madre esconde un Corazón de Jesús en el escaparate. Ni que por las noches, en secreto, la familia oye *Radio Martí*. Ni que el padre estudia inglés con la esperanza obsesiva de poder huir del país. En la escuela hay que mostrar otra cara. Hay que sonreír sin ganas, colaborar sin ganas. Para los niños, la revolución no es una experiencia feliz, sino un monstruoso pareado, repetido hasta la náusea a lo largo de una infinita avenida. La revolución es penuria y consignas. Miedo y consignas. Simulación y consignas. Pero todo ello amalgamado, incomprensible, siempre doloroso.

Sin embargo, las mayores desdichas comienzan en la adolescencia. Al fin y al cabo, los niños menores de doce años no van a la cárcel en Cuba; eso vendrá más tarde, cuando sean hombres y mujeres. Pero el ensayo general comienza en la pubertad y se llama la «escuela al campo». Tres meses al año, los adolescentes son alejados de sus familias y llevados a las siembras y recogidas de vegetales. Durante ese tiempo, en barracones insalubres, viviendo en régimen semicuarterlero, alimentándose mal, los jóvenes deben someterse a la superstición de que el trabajo agrícola purifica, enaltece y hace mejores ciudadanos. El régimen, que por lo visto es tan simplista como sus pareados, quiere romper la supuesta tendencia a la formación clasista. Quiere destruir la influencia familiar. Pero lo único que el régimen consigue es fastidiar al adolescente, molestarlo durante varios preciosos meses de su vida, convirtiéndolo en el crítico permanente de un sistema que le obliga a llevar una vida desagradable y sin ninguna justificación racional.

A estas alturas –la escasa altura de los 13 a los 17 años– la vida se ha vuelto aún más tétrica que durante la niñez, porque con los años ha ido aumentando la demanda de entrega y compromiso. Son obligatorias más responsabilidades, más obediencia, más simulación, más sometimiento a las arbitrariedades del Estado. Si ha sido «bueno», si ha gritado suficientes consignas, si se ha inscrito en las organizaciones políticas juveniles, si

es suficientemente varonil, si lleva el pelo corto, si ha renunciado a los *blue jeans* y al *rock*, sus padres están «integrados al proceso histórico», entonces, tal vez entonces, pueda tener acceso a una facultad universitaria –«la universidad es para los revolucionarios», ha dicho Fidel–, pero no para estudiar la carrera que le indique su vocación, sino la que le señale el Estado.

En rigor, la vida que tiene por delante es triste. Carece de los objetos que ansía. No puede elegir su destino. No puede soñar con ser piloto, médico o aventurero. (Será lo que el Estado le permita ser). No puede viajar. No puede leer los libros que desee. No puede exteriorizar sus peculiaridades o sus extravagancias, porque alejarse del arquetipo conformista y disciplinado es un acto contrarrevolucionario. No puede rechazar o burlarse de la verdad oficial. No puede protestar contra la absurda aventura africana. La vida ya, y para siempre, es un «no poder» realizar un proyecto personal libremente elegido. ¿Cómo sorprenderse de que millares de jóvenes formados por la revolución corrieran hacia la embajada peruana o hacia los botes del puerto de Mariel o hacia las balsas en las que (a veces) logran navegar hasta la Florida? Frente al horror sólo cabe una respuesta: huir.

El regreso de los exiliados

A finales de los setenta, calladamente –todo lo calladamente que les resulta dable a los cubanos– millares de exiliados viajaron a la Isla. Fueron visitas breves, intensas y demoledoras. Este turismo de exilio realizó una irreparable erosión en la línea de flotación del castrismo. El exiliado, que se fue porque no soportaba la intolerancia y la ineficacia del colectivismo castrista, y que regresa al cabo de los años a contar la batalla del Cadillac, la de la casa a plazos que financió el FHA, la del viaje a Europa –«se la comieron en el Louvre, viejo»– y la del niño que estudia en Yale, y que tiene «carro» desde los dieciséis años, es la incontestable demostración de que lo único sabio, prudente y aconsejable que podía hacerse bajo el castrismo era largarse. Largarse y volver luego –por la cosa de la morriña–, en plan «*miembro-de-la-comunidad-del-exterior*», para evidenciar que pertenecer a la *comunidad* es mucho más inteligente que pertenecer al comunismo.

Los «miembros de la comunidad» llevaban a Cuba calzoncillos, *blue jeans*, relojes, una faja «para que a la abuela no se le escape la persona galopando en celulitis», una *Polaroid* –«¡Mira, mira, mira, mira cómo va saliendo... Caballero, ejto americano son la pataeldiablo!»–, calcetines, zapatos, bolígrafos. (Alguna vez, alguien tendrá que explicar la misteriosa incompatibilidad entre el comunismo y los bolígrafos). El comunismo, en cambio, era la guerra de Angola, el trabajo voluntario, la guardia frente a la tintorería para que no se robaran las perchas, y la rifa del derecho a comprar una nevera, cuando las lluvias y el precio del azúcar coincidieran en el plano astral de un plan quinquenal. El comunismo era una lata. Y una lata aburrida, monótona, ineficaz, gris, boba y palabrera. Eso ya lo sospechaban –¡ay!– los cubanos, pero entonces, con el regreso fugaz –de fuga– de los exiliados, tuvieron la patética confirmación de la sospecha. Porque Yeyo, que era un imbécil, que abandonó la escuela porque no podía redondear una bola de masilla, y que era guagüero, parqueador o saltamuros, regresó al barrio de su infancia envuelto en una nube radiante de poliéster, como un profeta infalible del legendario reino de *Union City*, tierra de Eldorado y del *overtime*. No hay manifiesto comunista ni dialéctica materialista, no hay plusvalía ni alienación, que resista a la contundente refutación del victorioso regreso de Yeyo; él mismito, con su diente de oro, sus piropos antiguos y la irónica sonrisita de «te lo dije, mi helmano, había que idse».

Pero no es sólo eso, la infinita caravana de exiliados llevó a Cuba información desconocida. Fueron a contar, no a que les contaran. Durante casi veinte años –esto ocurrió a finales de los setenta– ese pobre país había tenido que sufrir las letárgicas monsergas de *Granma*, *Bohemia* y otros horrores parecidos. Los exiliados que regresaron, contribuyeron a la patriótica labor de desintoxicar a sus conciudadanos ofreciéndoles otra versión de los hechos, otra interpretación de la realidad internacional. Durante casi veinte años, los castristas se habían dedicado a taponar, censurar y bloquear cuanta información contradijera el dogma oficial. Esa gigantesca labor de manipulación se destruyó bajo el alegre trote de los exiliados que regresaban de visita.

Y más aún: varios centenares de jóvenes exiliados se habían hecho castristas en el desarraigo y la mitificación de una Cuba que no conocían. El choque entre la fantasía – el *exilium tremens*– y la Cuba de carne y hueso había sido decisivo. Y era frecuente el íntimo reconocimiento del error: la Cuba pensada no era eso. Era cierto: había que *idse*. Esto, tristemente, lo comprobó hasta una buena parte de la Brigada Maceo, una organización pantalla que la Seguridad Cubana organizó en el exterior.

CAPÍTULO 16

LA CUBA FUTURA

Cuba es el único país realmente comunista que queda en Occidente; pero en sus horas finales, el propio Castro se está empeñando en llevar a la Isla algo así como un capitalismo salvaje, en forma de *joint-ventures*, sin otro objeto que intentar apuntalar su régimen, ahora que han colapsado los vínculos económicos con el ya inexistente Bloque del Este. A este cambio de rumbo, los cubanos le llaman *la vía capitalista para salvar el estalinismo*.

En realidad, esas inversiones extranjeras no van a poder sustituir el subsidio soviético o los créditos que antes concedía la Europa Oriental. Sencillamente, el sistema comunista en Cuba es insalvable, y es difícil pensar que las multinacionales gallegas o asturianas consigan reflotar lo que se ha hundido pese a contar con una ayuda de la URSS, a lo largo de 30 años, calculada en miles de millones de dólares.

La Habana carece de reservas, de crédito y hasta de clientes fiables para los pocos productos que el país puede exportar. Le debe unos veinte mil millones de dólares a Moscú, siete mil a Europa oriental y otros nueve mil a Occidente. El ochenta por cien de sus exportaciones depende del azúcar, pero los cuatro millones de toneladas con que cuentan para exportar, a precio de mercado mundial, ni siquiera alcanzan para cubrir los costos del petróleo que el país necesita para su consumo normal: 200.000 barriles diarios. Y ese altísimo consumo energético es obra de una fatalidad natural: Cuba carece de grandes ríos capaces de generar energía hidráulica. Tiene que depender de la energía térmica convencional, puesto que la central nuclear comenzada a construir hace unos años jamás será puesta en servicio. Ni la Rusia actual tiene alicientes o recursos para concluirla, ni Cuba tiene a dónde acudir para conseguir los carísimos equipos electrónicos que tendría que comprar en Occidente, concretamente en Francia, para ponerla en funcionamiento.

Por otra parte, Cuba es un importador neto de alimentos y hoy carece de recursos para efectuar esas compras. Asimismo, todo el parque industrial adquirido en Europa del Este o en la antigua Unión Soviética requiere de unas piezas de repuesto que sólo le venderían en divisas fuertes, y Cuba no cuenta con ellas.

Los inversionistas extranjeros

En suma: la Isla marcha hacia la parálisis económica y hacia la desintegración de prácticamente todo el aparato productivo. Cualquier préstamo que se haga al gobierno de Castro, cualquier línea de crédito que se le conceda, será tirar el dinero al mar Caribe, porque el país no tiene la menor posibilidad de cumplir con sus compromisos económicos.

En pocos meses, la situación tiene que volverse totalmente ingobernable y comenzaremos a ver el final del castrismo y el surgimiento de una Cuba distinta. Todavía no podemos predecir si el colapso definitivo va a ser violento o mediante una evolución pacífica pactada con la oposición, a la manera de Checoslovaquia o Hungría –lo cual nosotros estamos procurando desesperadamente–, pero lo que sí resulta previsible es que la nueva Cuba que surgirá tras el fin del castrismo no verá con buenos ojos a los inversionistas que a última hora acudieron a la Isla a la llamada de un Castro que les ofrecía villas y castillos con tal de prolongar su estancia en el poder.

En efecto, y a juzgar por los informes de prensa, el pueblo cubano no podrá tener una buena opinión de quienes contribuyeron a prolongar su agonía, y en especial de quienes invirtieron en negocios hoteleros que –de acuerdo con el juicio quizás apasionado de los cubanos– constituyen una afrenta para los naturales del país, puesto que a ellos les está prohibida la entrada, dado que se trata de sitios en los que exclusivamente se puede pagar en moneda extranjera. A esa discriminación en su propio suelo, los cubanos la llaman *apartheid*.

En todo caso, sería desleal no advertirles a los empresarios españoles de última hora – muchos de ellos amigos nuestros bien intencionados– sobre el extraordinario riesgo que están corriendo. En primer término, sea o no una percepción correcta, el pueblo los ve como cómplices de la dictadura; y en segundo lugar, como administradores de un injusto y humillante trato hacia la población. Tan humillante que, al decir de algunos prominentes miembros de la oposición, con los que no siempre estamos de acuerdo, entra en el capítulo de la violación de la propia ley revolucionaria, puesto que se supone que todos los nacidos o residentes en la Isla cuentan con los mismos derechos, principio que se viola en los hoteles, discotecas, restaurantes y tiendas a las que los cubanos no tienen acceso, así como en los leoninos contratos laborales con los que se disciplina a los trabajadores de esas empresas.

Obviamente, se podrá decir que esas reglas las puso el gobierno de Cuba, pero esas reglas probablemente son inconstitucionales, vulneran los derechos civiles y humanos de los cubanos, y seguramente servirían de base para futuras acciones legales civiles y criminales contra quienes han practicado la discriminación contra los naturales del país. Súmesele a esto las dudosas cláusulas de los contratos firmados entre el gobierno y los empresarios extranjeros, los derechos de los antiguos propietarios de bienes afectados por las nuevas inversiones, más el clima general de hostilidad que hay en el país contra estos inversionistas, y se tendrá una idea de los enormes riesgos futuros que amenazan a quienes hoy invierten en la Cuba de Castro. Advertencia que no quisiéramos que nadie tomara como una amenaza, porque no nos hace felices que los industriales y comerciantes españoles de hoy se vieran mañana sujetos a represalias probablemente injustas, como las que a principios de la década de los sesenta afectaron a miles de honrados inversionistas, casi todos gallegos y asturianos, que perdieron el fruto de su trabajo o de sus ahorros.

La economía del futuro

En realidad, esto es lamentable, porque si de algo va a necesitar la Cuba del futuro es de inversionistas extranjeros que se den cuenta de las enormes posibilidades que tiene la Isla tan pronto como se haya puesto fin al comunismo. Y precisamente el campo más

halagüeño es el de la hostelería. Tras el fin del castrismo, súbitamente aparecerá en el país un potencial turístico de dos millones de cubanos y descendientes de cubanos avecindados en la cuenca del Caribe –la mayor parte en el sur de la Florida–, que serán visita frecuente en su país de origen. Y eso quiere decir que –de haber un clima de razonable sosiego en el país– la cifra actual de visitantes anuales (250,000) puede inmediatamente multiplicarse por diez, dando origen a una verdadera industria turística comparable a la de Puerto Rico, con la indudable ventaja geográfica de que el grueso de esos viajeros potenciales estaría situado a media hora en avión del punto de destino y a un costo de transporte realmente reducido.

Pero ése es sólo el más inmediato efecto. El segundo factor será la cuantía creciente de las remesas de dinero de los cubanos domiciliados en el exterior hacia sus familiares de la Isla. De la misma manera que en el caso de los salvadoreños con relación al café y de los dominicanos al azúcar, los dólares libremente enviados por los cubanos desde Estados Unidos, Venezuela o Puerto Rico a sus parientes en Cuba, seguramente sobrepasarán la cifra que el país recibe por las ventas de su zafra azucarera.

No obstante, aun siendo muy importante, no es en el turismo o en las remesas de los emigrantes donde radica la gran posibilidad de despegue económico de Cuba, sino en las exportaciones de productos no tradicionales rumbo a Estados Unidos. Y si algún momento de la historia de la nación cubana ha sido propicio para este fenómeno, ese momento llegará tras el fin del comunismo, debido a tres razones fundamentales.

La primera es que en Estados Unidos existe una clase empresarial de origen cubano que tendrá unas densas ramificaciones con la economía de la Isla. Los vasos comunicantes ya existen y son numerosísimos. Todo lo que Cuba puede producir a buen precio y buena calidad hallará de inmediato su nicho en el mercado de Estados Unidos. Todo: frutas, mariscos, vegetales, pescados, flores, zapatos, muebles, tejas, ladrillos y un largo etcétera que se puede ir haciendo más complejo y refinado en la medida en que los productores se vayan adaptando a las necesidades y los estándares de sus rigurosos compradores.

En segundo lugar, ya existen unas ventajas arancelarias conocidas como *Iniciativa del Caribe*, concebidas para estimular las exportaciones de la zona hacia Estados Unidos, y Cuba podría beneficiarse inmediatamente de ellas, *maquillando* en la Isla ciertos productos originados en otras islas o en los propios Estados Unidos, hasta que consiga un aumento sustancial de las exportaciones, fenómeno que ha acompañado a todos los países que en las últimas décadas han logrado abandonar el subdesarrollo, como demuestran los ejemplos de los famosos dragones de Asia.

Pero el tercer elemento que hay que tomar en cuenta es el más prometedor de todos: el Mercado Común de América del Norte que hoy forman Estados Unidos, México y Canadá. Casi con toda seguridad, una Cuba democrática se incorporaría a este gran mercado sin dificultades, con menos tropiezos aún que los que tuvo México, debido a dos razones básicas: la influencia de la comunidad cubana en el Congreso americano y el tamaño relativamente pequeño de la economía de Cuba. Para los 350 millones de habitantes que forman ese conglomerado, la incorporación de una isla de apenas once millones de personas no es nada que pueda quitarles el sueño. Especialmente en un momento en el que los Estados Unidos querrán hacer todo lo posible por demostrar la superioridad del sistema de economía de mercado sobre el que preconizaban los comunistas.

Las oportunidades futuras

Obviamente, la Cuba del poscastrismo puede convertirse en un sitio ideal para los inversionistas de todo el planeta porque su potencial de rápido crecimiento puede situarse entre los primeros del mundo, aunque sólo sea porque el punto de partida será extraordinariamente bajo.

El país está totalmente desabastecido, y en la medida en que crezca el poder adquisitivo, la población querrá comprar todos los productos que el gobierno actual les ha vedado a lo largo de los años. La mayor parte, casi la totalidad de las empresas productoras de bienes y servicios que actualmente funcionan en el país, tendrán que ser privatizadas, y no hay duda de que eso ofrece grandes posibilidades a los empresarios e inversionistas

extranjeros que quieran llevar a la Isla sus recursos económicos, su crédito o su *know-how*. Más aún: quienes no sólo piensen en el mercado cubano, que de por sí será interesante, sino en el norteamericano –y ahí incluimos a México y Canadá–, harán muy bien en tomar posiciones cuanto antes en la Isla, porque no podrá tardar demasiado la vinculación económica entre Cuba y el gran mercado norteamericano surgido en el curso de este año. Y ésta será una indudable ventaja para los inversionistas norteamericanos que quieran buscar en la Isla una mano de obra menos costosa que la de su país; pero ese atractivo es aún mayor para los europeos, japoneses o latinoamericanos que también quieran acceder a los Estados Unidos por un camino ventajoso.

La experiencia pasada

¿Puede ser una Cuba poscastrista tan promisorio como la estoy describiendo? Yo creo que sí, y es bueno remitirnos a la historia para entender del todo esta perspectiva risueña.

En el siglo XIX, Cuba era uno de los territorios más ricos del mundo. Tanto, que de las arcas de la Isla –entonces colonia de España– se financiaron las guerras carlistas y una buena parte de los gastos de la monarquía madrileña.

A finales de ese mismo siglo, las dos guerras cubanas de independencia devastaron el país, se perdió una décima parte de la población, y fue destruida la mitad de la producción agroindustrial. Pero entre 1902, año en que se inaugura la República, y 1920, el país crece vertiginosamente y logra unos niveles per cápita de desarrollo y de comercio interior y exterior comparables a los países europeos de entonces. A mediados de la década de 1950, pese a la dictadura y la corrupción del gobierno de Batista, Cuba había alcanzado cotas de desarrollo y bienestar entonces similares a las de Italia y apreciablemente superiores a las de España (cuando Castro llega al poder, en el consulado cubano en Roma había 15.000 solicitudes de italianos que querían trasladarse a Cuba, y si hay un signo que mide el grado de oportunidades y de prosperidad, es, precisamente, el de la dirección en que se mueven los emigrantes).

La experiencia de los Cuban Americans

En realidad no exagero un ápice la potencialidad de desarrollo con que cuenta la Isla. Y otra prueba puede ser la experiencia económica de los cubanos en el exterior. El último censo norteamericano –el de 1990– revela que el ingreso familiar medio de los cubanos es semejante al de las familias blancas norteamericanas, y está muy por encima del de los otros grupos hispanos. Asimismo, muestra la gran tendencia de los cubanos a desarrollar actividades comerciales de toda índole, lo que ha convertido a este grupo en el que posee más empresas *per cápita* entre todas las comunidades de ascendencia española en la nación americana.

Lo que es cierto en Estados Unidos, también se repite en Venezuela, Puerto Rico, Costa Rica, República Dominicana y la propia España. Son decenas de millares los cubanos laboriosos y emprendedores que han sabido sobreponerse a la pobreza de los años iniciales del exilio para conseguir abrirse paso como trabajadores, ejecutivos o empresarios exitosos. Y si traigo a colación este dato, es porque la clave del futuro de las naciones radica, en gran medida, en el capital humano con que se cuenta, y el de Cuba es, realmente, elevadísimo.

Por supuesto, podría decirse que quienes han vivido sometidos al comunismo durante tres décadas, no van a reaccionar de igual manera ante un sistema de economía de mercado, pero la experiencia demuestra que los más recientes exiliados provenientes de Cuba, aunque se hubieran formado bajo el castrismo, responden a los estímulos de la economía capitalista con el mismo vigor que los exiliados de los primeros años. Y ahí está el ejemplo de quienes salieron por el puerto de Mariel en 1980. Una década más tarde se confunden en los datos del censo norteamericano con los exiliados de la primera ola. No hay diferencia.

Más aún: si alguna herencia positiva deja la experiencia castrista en el seno de la sociedad cubana, es la de una población que ha roto con su pasada insularidad emocional e intelectual, y hoy goza de una nacionalidad enriquecida por los múltiples componentes que la forman: millares, decenas de millares de cubanos han estudiado en Praga y

Varsovia, en Moscú y en Sofía, en Madrid o en Caracas, en París, en New York, en Los Angeles o en Boston. Nunca la *intelligentsia* nacional ha sido tan variada, múltiple y rica. Nunca ha habido tantos científicos, artistas, empresarios, escritores o profesionales. Nunca el país ha tenido, como ahora, el potencial para alcanzar un destino de primer rango. Todo está, claro, en que los cubanos podamos controlar nuestros peores instintos políticos y sepamos crear un Estado de Derecho, moderado y sobrio, tolerante y abierto, pero con voluntad de orden y de respeto a la ley, capaz de desatar la enorme creatividad que hoy abriga la sociedad cubana, y las inmensas ganas de ser libre que tiene nuestro pueblo. Si eso se logra, el futuro es nuestro. Y cuando digo *nuestro*, incluyo a todos los que arrimen el hombro a la tarea de crear una Cuba nueva.

EPÍLOGO Y RECAPITULACIÓN

Cuba: delfín de la utopía al descubrimiento de la libertad

En julio de 1991, el presidente cubano llegó a Guadalajara disfrazado de Fidel Castro. A sus casi 65 años seguía vistiendo el mismo uniforme verde oliva con el que entró en La Habana en 1959 a bordo de un tanque. Continuaba luciendo las barbas, ya canosas, y hasta la gorra de militar en campaña.

En realidad, había cierta coherencia. El presidente cubano no sólo llegó a Guadalajara disfrazado de Fidel Castro, sino también hablaba como Fidel Castro. Como aquel Fidel Castro *antiestablishment*, anticapitalista, antiimperialista, suma y resumen de todos los radicalismos latinoamericanos acumulados a lo largo de varias décadas de errores, análisis superficiales y distorsión de la realidad política y económica.

No hay duda de que estamos ante el fascinante caso de un hombre prisionero de su propia imagen. Un personaje más que una persona, atrapado por su propio discurso circular, e incapaz de reaccionar ante los estímulos que le aporta la realidad.

Fidel Castro estaba rodeado de 22 Jefes de Estado y de gobierno totalmente sujetos al curso de la historia. Había entre ellos un exgeneral paraguayo que había hecho el recorrido de la dictadura a la democracia, de la guerrera a la corbata, sin demasiados contratiempos. Había un presidente mexicano empeñado en colocar a su partido, el PRI, dentro de las corrientes ideológicas de su tiempo. Había un mandatario venezolano que en su primer período había gobernado dentro de las coordenadas populistas del cepalismo, pero que ahora, en alguna medida, buscaba su norte sociopolítico en el vecindario liberal. Había un socialista español que, cuando se aproximó al poder, purgó rápidamente su lenguaje de cualquier referencia tercermundista. Todos y cada uno de ellos, personas al fin y al cabo alertas e inteligentes, habían sabido cambiar a lo largo de

sus exitosas vidas, porque esa capacidad de adaptación es, precisamente, lo que distingue a los seres humanos de los minerales o de los fósiles.

Todos cambiaron menos Fidel Castro. *El Máximo Líder* se mantiene inmutable y cree que hay cierta grandeza en su inflexibilidad. Ha tomado como divisa la disparatada máxima de los más testarudos españoles: «sostenella y no enmendalla».

En cierto sentido, existe una extraña ventaja en que Castro se mantenga paralizado en el tiempo. Una ventaja para la antropología política. Es como si descubriéramos a un dinosaurio congelado, le quitáramos la escarcha y comenzara a moverse. ¡Qué no darían los científicos de nuestros días por poder acercarse a un dinosaurio vivo y coleando! No andaba, pues, muy desacertado el presidente de Portugal, Mario Soares, cuando lo llamó «dinosaurio político». Pero el periódico ABC de Madrid fue un poco más preciso en la clasificación zoológica: le llamó tiranosaurio.

La coherencia de Castro

Acerquémonos a ese tiranosaurio. Y lo que primero vamos a ver es que no se trata de un mutante sin antecedentes biológicos. Todo lo contrario. Se trata de la última criatura de una especie que se ha extinguido. Una especie latinoamericana que se fue haciendo a partir de la década de 1920, y que acumuló en su carga genética los más lamentables rasgos políticos del siglo que termina. Esa especie estaba convencida de que la pobreza latinoamericana era el producto de una fatal combinación entre los capitalistas locales y los explotadores de los diversos imperios. En Castro coinciden desordenadamente las lecturas o la huella vital de los jesuitas falangistas de su época adolescente, del Perón de la década de 1940, de Julio Antonio Mella, del activismo semigangsteril surgido en Cuba tras la revolución de 1933, de José Antonio Primo de Rivera, de Mariátegui, de Fanon, de Gunder Frank, de los clásicos Marx, Lenin y así hasta del último de los ideólogos y políticos radicales, sin ahorrarse ni una sola de las malas o dudosas influencias.

Castro es un cóctel muy latinoamericano donde se mezclan el análisis cepaliano, la falta casi total de experiencia laboral propia, la variante más hirsuta del nacionalismo

mexicano de viejo cuño, el antiyanquismo a ultranza, el odio a la clase política burguesa, el desprecio por las formas y el más peligroso de todos los elementos: *la convicción revolucionaria*. Es decir, la creencia en que un grupo de hombres audaces, iluminados por el amor a sus semejantes, es capaz de imponer un orden justo por medio de la violencia y la coacción.

En realidad no hay ningún error lógico en que Castro haya adoptado el modelo comunista para la sociedad cubana y la batalla antinorteamericana como razón de ser de su gobierno. Si se pensaba que los bolsones de pobreza que había en Cuba eran producto de la codicia de los capitalistas, lo razonable era erradicar el capitalismo y hacer tabla rasa de la economía de mercado. Si se creía que eran los latifundistas y propietarios agrarios los responsables de la pobreza del peonaje campesino ¿cómo no despojar de sus bienes a esos endurecidos explotadores? Si se tenía la certeza de que la sociedad civil era torpe y cruel en la gestión empresarial, ¿cómo no privarla de los recursos que tenía y con los que perpetuaba su vil manera de enriquecerse a expensas de los pobres? Si se suponía que los males del país provenían de la explotación del imperio yanqui, ¿no era lo justo terminar con esas relaciones comerciales y cortar por lo sano las garras del imperialismo? Por último, si los Estados Unidos eran, efectivamente, el origen de todo mal, ¿no correspondía a todo aquel que sintiera urgencias éticas salir a derrotarlo en una gigantesca batalla planetaria? Y –por supuesto– la pregunta final: ¿cómo llevar adelante una tarea de esa naturaleza sin ser aplastado por la reacción de las víctimas y de los enemigos internos o por los implacables y demasiado próximos *yanquis*? Muy sencillo: sirviéndose de la fórmula represiva creada por los comunistas –la famosa dictadura del o para el proletariado– y poniéndose bajo la protección de Moscú como escudo contra la previsible respuesta de los estadounidenses.

Lo que quiero decir es que, en un acto final de coherencia ideológica, el discurso nacionalista-antiimperialista-populista, en su última fase conducía a la dictadura marxista, al internacionalismo militante y a la alianza con Moscú. Exactamente al tipo de comunismo preconizado por Castro: una tiranía revolucionaria dispuesta a imponerle la felicidad al pueblo, enérgicamente empeñada en amputar en todo el planeta las supuestas

garras del imperialismo, y perfectamente incardinada en el desaparecido Bloque del Este. Castro, simplemente, llegó al capítulo final de un lamentable trayecto al que los demás apenas alcanzaron a asomarse.

Cuba y Latinoamérica: tientos y diferencias

Los demás, el resto de los países de nuestra cultura, afortunadamente se quedaron a medio camino y hoy rectifican los viejos juicios y prejuicios. A ninguna persona sensata ni en puesto de responsabilidad se le escucha en estos días atacar a los inversionistas extranjeros, ni acusar con vehemencia a los pulpos multinacionales. Ya nadie cree que los Estados Unidos ni las naciones poderosas de Occidente sean responsables de la pobreza de los hondureños o de la miseria de los haitianos. Ya no se acusa a la clase empresarial de ser culpable de la situación de los desposeídos. Ya apenas se oyen voces en defensa de un Estado centralizado fuerte que dirija a la sociedad y se constituya en el motor de la economía. Ya son pocos los que recurren a la cantinela de la *injusticia-de-los-términos-de-intercambio* para explicar el atraso relativo de ciertas naciones subdesarrolladas.

Afortunadamente, un país como México, que hasta hace pocas fechas era el paladín del nacionalismo, busca hoy su prosperidad estrechando las relaciones comerciales con Estados Unidos y Canadá, aunque con ello sacrifique elementos de su soberanía. Es evidente, pues, que el nacionalismo-revolucionario-populista-internacionalista está de capa caída. Lo han herido de muerte el inocultable fracaso económico, la corrupción de los gobiernos, el ejemplo penoso de las burocracias parásitas, la inflación, la deuda externa y así hasta el último de los síntomas que en la década de 1980 provocaron en América Latina lo que se ha llamado «la década perdida». Lo han desacreditado –también y ojalá que para siempre– el ejemplo de ciertos países triunfadores que se movieron en dirección contraria a América Latina. Nadie puede ignorar, por ejemplo, que en 1960 Perú era considerablemente más rico y desarrollado que Corea del Sur. Y esa comparación pesa como una lápida sobre el viejo discurso *revolucionario* de los latinoamericanos.

Pero mientras América Latina es capaz de evolucionar en otra dirección, Castro se mantiene empeñado en continuar insistiendo en un modelo de desarrollo económico y político que no tiene la menor posibilidad de conducir a sitio alguno que no sea a un mayor y creciente grado de empobrecimiento y conflicto social. Hasta que en algún momento se produzca un estallido.

A grandes números, la situación económica de Cuba es hoy mucho más grave que la de la mayor parte de los países latinoamericanos. La deuda externa es la más grande: nueve mil millones de dólares con Occidente y veinticinco mil con la Europa del Este. Todo esto para una población que no llega a los once millones de habitantes. A precios del mercado mundial, el monto anual de todas las exportaciones (azúcar, níquel, tabaco, mariscos, cítricos) apenas alcanza para comprar y transportar los diez millones de toneladas de petróleo que el país necesita para mantenerse funcionando. El Banco Nacional carece de reservas. El desempleo aumenta, pero hay algo mucho más grave que el desempleo, y es la desocupación. Es decir, el desempeño ficticio de un empleo. Un empleo en el que no hay, realmente, ocupación. En el que no hay un trabajo que efectivamente contribuya a la creación de bienes o servicios. Y se ha calculado que entre un 25 y un 30% de la fuerza laboral cubana con empleo está desocupada. Súmesele a esto unas Fuerzas Armadas compuestas por 300.000 hombres, 75.000 miembros del Ministerio del Interior (policía política), más la estructura paralela del Partido Comunista, y se comprenderá por qué la situación laboral en Cuba es terriblemente desesperada: los que realmente trabajan son pocos, pero el salario a que tendrían acceso en una economía racional, tienen que dividirlo con una multitud de personas que no realizan actividad productiva alguna.

Es verdad que en Cuba no existe una inflación como la peruana, por ejemplo, pero también es cierto que el desabastecimiento es casi total y que los precios oficiales en modo alguno se corresponden con el mercado negro. El precio oficial del dólar es de 75 centavos cubanos, pero en el mercado negro la cotización, en junio de 1994 era de 100 pesos por un dólar.

Se podrá decir, en favor del castrismo, que, pese a todas las penurias, hay unos sistemas de educación y de salud pública muy extendidos, pero eso no se debe a un impulso especial de la revolución cubana, sino al elevado punto de partida que Castro encontró en 1959.

Pocos años antes del triunfo revolucionario se había publicado el Atlas de Ginsburg (v. Cap.I), en el que se medían los niveles de desarrollo de distintos países, y Cuba, en materia sanitaria, ocupaba el rango 22 entre 122 países analizados, mientras que en materia educativa era el número 35 entre 136 que pudieron ser clasificados. Estaba situada, por cierto, por delante de varios países europeos. Pero hay algo más: las dimensiones –porque la calidad es bastante baja– de los sistemas de salud y educación de Cuba se deben, en gran medida, a la ayuda de la URSS –esos más de cien mil millones de dólares que Cuba ha recibido de la Unión Soviética a lo largo de estos años, en calidad de subsidio, de acuerdo con la cifra aportada en 1989 por Irina Zorina, historiadora de la Academia de Ciencias de la URSS–. Sólo que ese respaldo se ha acabado. En otras palabras, el sistema elegido por Castro nunca fue viable como proyecto propio, capaz de cierto crecimiento autosostenido, y no puede mantenerse tras el derrumbe del mundo socialista y la total deslegitimación del marxismo. En Cuba ya hay hambre, y la situación se agravará en la medida en que Castro se empeñe en mantenerse en el poder contra la historia y el sentido común.

Las dificultades del cambio

Bien: no puede caber duda de que el modelo político económico de Cuba está en crisis. Una crisis mucho más profunda que la que aqueja al resto de América Latina. Y la diferencia es importante, puesto que América Latina sólo tiene que enmendar, reparar su modo de producir, mercadear y asignar bienes y servicios, mientras que los cubanos nos veremos obligados a cambiar totalmente de sistema.

No se me oculta que la tarea es difícilísima. Mucho más difícil de lo que en un principio se supuso que sería. Y el error era comprensible: surgía de la experiencia del foral de la Segunda Guerra mundial. En aquellas fechas se vio cómo de las ruinas humeantes de

Japón o Alemania, a los pocos años emergían unas sociedades asombrosamente prósperas. ¿Por qué iba a ser más difícil relanzar las economías de los checos o de los húngaros, por ejemplo, de lo que fue reconstruir el poderío económico de Alemania o Austria?

Pocas personas advirtieron que el comunismo había destruido dos elementos relacionados con la producción mucho más importantes que las instalaciones industriales arrasadas por la artillería o la aviación de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Me refiero al Derecho, a la trama jurídica que se había gestado en Occidente a lo largo, literalmente, de milenios, y en la que descansaba el sistema de propiedad; y me refiero, también, a los vasos comunicantes que mantenían bien informada a la *intelligentsia* técnica y científica de los países que luego fueron sometidos al comunismo.

El desmantelamiento del denostado derecho burgués hizo que se acabara también con el dinamismo de la clase empresarial, mientras que el dirigismo y el carácter hermético del modelo comunista, produjeron un lamentable atraso técnico y científico que ha dado como resultado unas sociedades –por ahora– incapaces de competir en un mercado que busca precio, calidad y fiabilidad en los compromisos de los productores.

En 1945, maltrecha y desmoralizada, existía una clase empresarial alemana o japonesa que sabía cómo construir artefactos o suministrar servicios. Y en esos tiempos, los ingenieros y los científicos de esos países eran tan buenos, que muchos de ellos fueron a parar a las universidades y laboratorios de los adversarios para comunicarles sus saberes.

Lamentablemente, el comunismo ha empobrecido de una manera brutal el capital humano de los pueblos sobre los que ha imperado, y Cuba no es una excepción. En Cuba, como en Checoslovaquia o Hungría, hay que rescribir el Derecho, reinventar la clase empresarial y reconstruir paciente y dolorosamente los vínculos entre la Isla y los principales centros culturales, científicos y financieros del planeta. Y todo eso hay que hacerlo, además, en medio de una abismal crisis económica, y sin una clase política

profesional habituada a transacciones pragmáticas o a los pactos entre diferentes puntos de vista.

No hay duda: el comunismo también dejará en Cuba –como ha ocurrido en Europa del Este– otra peculiar carencia: la ausencia de políticos profesionales, con una idea clara de cómo funciona un gobierno, de cuáles son los intereses del Estado o de cómo contribuir al mejor dinamismo de la sociedad.

En Cuba, por ejemplo, habrá que convocar en su momento a una Constituyente, pero desde hace tres décadas los pocos expertos en leyes graduados en las universidades han sido formados en las concepciones marxistas del Derecho.

Y si en el terreno jurídico la situación es desastrosa, no menos difícil será la tarea gerencial. Durante treinta años, la clase trabajadora cubana ha sido sometida a un sistema que castigaba la autonomía de juicio, mientras premiaba la dócil sujeción a los dictados de los planificadores. En ese sistema, cualquier manifestación de originalidad podía ser considerada como un acto de rebelión, de desacato, o como una expresión de ocultas tendencias del egoísmo burgués. De manera que la población, en general, se acostumbró, de mala gana, a seguir directrices y a obedecer órdenes, con lo que se dificulta tremendamente la tarea de reconstruir una sociedad basada en la hipótesis de que la creatividad individual es uno de los más formidables motores del progreso y del desarrollo.

Los cubanos, pues, cuando nos llegue el momento de emprender la tarea de abandonar el modelo socialista, inevitablemente tendremos que partir de unos enormes problemas subjetivos para poder enfrentarnos a las dificultades concretas y mensurables que tendremos por delante. Es decir, a la deuda externa, al desabastecimiento, al desempleo real, a la terrible falta de vivienda, y a la pobreza extrema, porque se olvida que todavía hay un millón de cubanos sin agua ni electricidad y varios millones que tienen acceso a esos servicios de forma desesperadamente intermitente.

Azúcar, ron y otras calamidades

En efecto, al margen de esos tremendos escollos psicológicos con los que los cubanos tendremos que enfrentarnos, hay unos gravísimos problemas de orden económico que sólo podemos esbozar muy brevemente en un texto de esta naturaleza.

Y el primero de esos problemas es el azúcar. Durante dos siglos el azúcar ha sido la principal fuente de riqueza del país y su casi único renglón de exportación. Todavía hoy, más del setenta y seis por cien de los ingresos generados por las exportaciones provienen del azúcar. Pero sucede que el precio de ese producto en el mercado mundial (aproximadamente nueve centavos de dólar por libra) tiende a mantenerse en unos niveles por debajo, incluso, del costo de producción (probablemente unos trece centavos), mientras hay una lenta contracción de la demanda debido a cuatro factores: la aparición de otros edulcorantes tales como el jarabe de maíz o el aspartame; el aumento del número de productores en el Tercer Mundo; las barreras aduaneras en Estados Unidos y la Comunidad Europea; y la voluntad de los países desarrollados de consumir menos azúcar por razones de salud. Añádasele a eso el mal estado de los ingenios cubanos –de 154 que hay en funcionamiento, tal vez 50 o 60 tendrán que ser clausurados por antieconómicos, lo cual no es extraño si sabemos que fueron construidos antes de 1913–, y se tendrá una idea del nada dulce porvenir del azúcar cubano.

Pero todavía hay más: el único gran comprador de azúcar que hay en el mundo es Rusia, con sus importaciones anuales potenciales de más de cinco millones de toneladas, de las cuales Cuba suministra el 40%, y no hay garantía alguna de que esa relación entre cliente y vendedor se vaya a mantener tras la desaparición del comunismo en la Isla o tras la desaparición del comunismo en la propia Rusia. Incluso, aunque las reformas de Yeltsin tengan éxito en el terreno económico, pueden poner punto final a esas transacciones, como consecuencia de un aumento en la eficiencia productiva, cuyo rendimiento azucarero es sólo un tercio del promedio mundial (2.5 TM por hectárea). Bastaría con que Moscú alcanzara unas *cotas normales* de productividad (7.5 TM por hectárea) para que no necesitara importar azúcar de la Isla.

O sea: el tradicional corazón económico de Cuba está mortalmente enfermo. Y lo más imperdonable es que los síntomas de esa enfermedad eran totalmente perceptibles en 1959, cuando triunfó la revolución. Ya entonces se sabía, era *vox populi*, que el monocultivo y la dependencia del azúcar podían llevar a Cuba a un desastre económico total. Hasta el propio Castro, en un principio, proclamó su voluntad de diversificar radicalmente la economía del país para conjurar este peligro. Pero luego terminó plegándose a la división internacional del trabajo socialista, dirigida por la URSS, aceptando con ello el papel de la Isla como modesta azucarera del bloque socialista.

A fin de cuentas, el resultado de esa anticubana decisión ha resultado evidente: Cuba perdió tres décadas preciosas en las que hubiera podido –como hizo la vecina Puerto Rico– sustituir la dependencia de la caña por una fuente variada de ingresos: turismo, pequeñas industrias y servicios.

La Cuba futura, en medio de los dramáticos y difíciles cambios que tendrá que efectuar, va a tener, además, que enfrentarse a este enorme problema. ¿Cómo buscar nuevos mercados para el azúcar? ¿Cómo conservar los existentes pese a los cambios políticos? ¿Cómo operar con pérdidas una industria ruinoso y arruinada? ¿Cómo reprivatizar negocios que requieren unas cuantiosas inversiones, si ya es un lugar común que, antes de privatizar, hay que reflotar el bien que se quiere poner en manos particulares?

Y si grave es la situación del azúcar, no muy distinto es el panorama de otras riquezas tradicionales en Cuba. Se ha dicho, con cierta melancolía, que la economía caribeña pertenece al dominio del postre y de la sobremesa: frutas, café, tabaco y ron. Mala cosa para los cubanos, porque la gerencia castrista ha ido perdiendo terreno en todos esos epígrafes. La producción de frutas, si exceptuamos los cítricos, ha mermado tanto que la población cubana rara vez consigue adquirir piñas, mangos u otros productos tropicales, mientras la exportación de dulces en conserva sigue siendo apenas perceptible.

El café es un artículo casi de lujo en la dieta nacional, y más de un periodista ha reparado en el patético espectáculo de soldados o «consejeros» cubanos que regresaban a la Isla

desde Angola o Nicaragua con las alforjas repletas de café, porque el que podían obtener en Cuba era escaso o se encontraba mezclado con otros granos.

Con el tabaco y el ron no ha habido mejor suerte, pues la represión y los atropellos del régimen dispersaron por toda la Cuenca del Caribe a los tabaqueros y a los fabricantes de ron cubanos, con lo cual el castrismo ha creado una mortal competencia para algunos de los tradicionales productos de exportación con que contaba la Isla.

Todavía más insólito. Lo que nadie había discutido a lo largo de varios siglos, el socialismo ha conseguido hacerlo dudoso: si son mejores los puros elaborados en República Dominicana, Honduras o Jamaica, o si todavía mantienen su superioridad los que se tuercen en Vuelta Abajo, en el Occidente de Cuba. Por lo visto, Davidoff piensa que ya los cubanos no producen el mejor tabaco y hoy les coloca su anillo a los que se fabrican en otras islas vecinas.

Con el ron ha ocurrido lo mismo: mientras que en tres décadas el castrismo no ha logrado acreditar en el exterior los licores cubanos, una marca del *ancien régime*, *Bacardí*, afincada en Puerto Rico, Bahamas y otra docena de puntos estratégicos, ha conseguido convertirse en el principal vendedor de bebidas blancas en Estados Unidos, construyendo un imperio que debiera haber tenido su capital en Santiago o en La Habana si el barbado Serendip de los cubanos no le hubiera arrebatado sus propiedades a la industriosa familia. De manera que la situación económica y la perspectiva futura no pueden ser más alarmantes, lo cual nos obliga a plantearnos cambios radicales a muy corto plazo. De ahí que, para los cubanos, sea tan extraordinariamente importante cuanto ocurre en esa parte del planeta que hasta hace pocos meses se denominaba socialista. La analogía es una fuerza histórica irresistible y los cubanos nos veremos precipitados a seguir de cerca cuanto hoy hacen los húngaros y los checos, los polacos o los búlgaros, los rusos o los alemanes, y –por supuesto– los nicaragüenses, para aprender de sus errores y de sus aciertos.

Grosso modo, el debate sobre el modo y manera de terminar con el socialismo y establecer una economía de mercado tiene dos grandes variantes. Quienes opinan que el tránsito debe ser de forma gradual, y quienes piensan que debe hacerse una cirugía rápida y profunda, porque los errores que se cometan siempre serán menos dañinos que los que provocaría el gradualismo. Personalmente, y hasta que la evidencia me demuestre lo contrario, pienso que es mejor, en el más breve plazo posible, asignarle a la sociedad civil la mayor cantidad de propiedades y el mayor número de decisiones autónomas, de manera que el gobierno pierda velozmente su nefasto protagonismo. Es decir: en el debate en curso, opino que tienen razón quienes abogan por esa temida expresión de *terapia de choque*, pues poco a poco no se impide la agonía. Todo lo que se consigue es postergar las soluciones y sumir a las sociedades en el cinismo y la desesperanza.

La tentación autoritaria

En todo caso, antes de abordar cualquier clase de cambio, es importante detenernos frente a una peligrosa hipótesis que va cobrando fuerza en estos días: la idea de que es mejor intentar la metamorfosis de los países bajo la atenta mirada de los militares.

Las ingentes dificultades que entraña la transición a la libertad y la economía de mercado en los países que abandonan el comunismo está generando una especie de tentación autoritaria que hay que rechazar con toda energía. Son esas voces que hoy defienden la supuesta inevitabilidad de una etapa Pinochet, de mano dura y bando militar, para desde arriba poner orden –nunca mejor dicho– en el desbarajuste social.

Y eso, al menos en el concreto caso cubano, no es admisible, aunque aceptemos que los más recientes ejemplos de desarrollo económico se hayan producido en países regidos por gobiernos extremadamente severos.

En primer lugar, lo que hace detestable al comunismo es, por encima de todo, su carácter opresor, sus atropellos, sus violaciones de la dignidad humana, su sordidez y su desprecio por los derechos individuales. Es cierto que, además, se trata de un género de dictadura profundamente ineficaz, pero lo más grave es su condición depredadora. Aunque el

marxismo-leninismo fuera capaz de producir con la eficiencia de la economía de mercado, habría que seguirlo combatiendo exactamente igual, dado el grado de dolor y desdicha que siempre provoca en las sociedades a las que hace víctimas de sus abusos. No obstante, vale la pena hacer algunas precisiones sobre las diferencias que se observan entre los casos, por ejemplo, de los «cuatro dragones de Asia» y los países que hoy abandonan el comunismo.

Es verdad que Singapur, Corea y Taiwan padecen distintos grados de autoritarismo, siendo el más benigno, probablemente, el de Singapur. Y también es verdad que no sería justo medir con el mismo rasero a Hong Kong, puesto que el centro de poder de ese enclave chino radica en Londres, y su sistema político emana de la tradición inglesa. En todo caso, es conveniente señalar que, con mayor o menor brutalidad, con mayor o menor injerencia por parte del gobierno central, en esos cuatro exitosos casos de desarrollo acelerado, el peso de la gestión económica ha sobrecaído en sociedades civiles que han segregado fuertes grupos empresariales.

Es decir, los militares o la policía política han creado un marco de seguridad en el que la sociedad civil ha desarrollado sus acciones económicas. El aparato represivo no ha sido el agente del cambio económico, sino un mero poder tutelar. En las sociedades que hoy abandonan el comunismo, como ocurrirá en Cuba tras la caída de Castro, es impensable que el aparato militar juegue otro rol que no sea el de simple garante del orden constitucional surgido en la nueva etapa. Los militares formados en el comunismo apenas conocen los rudimentos de la economía de mercado, y si algo están demostrando en algunos países del antiguo Bloque del Este, como en la desaparecida URSS, Rumania o en lo que fue Yugoslavia, es que no entienden en absoluto los mecanismos y razonamientos sobre los que descansan las sociedades libres y prósperas del mundo contemporáneo.

En Cuba, de manera espontánea, tendrá que revitalizarse la sociedad civil, con sus grupos políticos, sus equipos dirigentes en el sector empresarial y todos los estamentos que se

requieran para poder darle un vuelco radical a la nación, pero nadie debe pensar que ese giro de 180 grados puede hacerse con mejor tino bajo las bayonetas de los militares.

En efecto, si algo necesitan los países que abandonan el comunismo para salir de la pobreza y del atraso relativos es, precisamente, un clima de libertades totales en el cual se puedan examinar a fondo los males que deja en herencia el comunismo. Sin esa auditoría, sin ese inventario de errores y de horrores, la recuperación va a ser mucho más difícil.

Pero hay más. Al fin y al cabo, no es justo remitirse solamente al limitado ejemplo de los dragones asiáticos para recetar el autoritarismo como parte de la fórmula que asegura el desarrollo. Después de la Segunda Guerra Mundial, algunas naciones, como Japón o Alemania, pudieron prosperar muy rápidamente mientras construían sistemas democráticos. En el otro extremo de la balanza, un país como España, también sujeto al rigor dictatorial, hasta 1958 no consiguió alcanzar los niveles de producción que tenía 20 años antes, en 1936, cuando comenzó la Guerra Civil. Y algo aún más elocuente: fue a partir de 1959, cuando aumentó el caudal de libertades públicas, y cuando la sociedad civil adquirió más protagonismo a expensas del que perdían militares y falangistas, cuando realmente se produjo el despegue económico español. Por lo menos en España, a mayor grado de libertad se correspondió un mayor grado de prosperidad.

No es un principio vacío ése que asegura que «la libertad es un componente de la prosperidad». Y si en alguna región del mundo hay que desconfiar del autoritarismo castrense como fuente de creación de riqueza, ese sitio es América Latina, continente en el que, junto al raro caso de un Pinochet al que le salieron bien las cuentas del país, hay que situar a los Velasco Alvarado, los Noriega, los Perón, y el resto de esa fauna corrupta y despilfarradora que tanto daño le ha hecho a nuestras naciones.

Observaciones para una Cuba nueva

Bien, hasta ahora, someramente, hemos revisado el fracaso total del modelo de desarrollo impuesto por Castro a los cubanos, y hemos descrito algunos aspectos de las enormes dificultades que habrá que afrontar en la transición hacia la democracia y la economía de

mercado, mientras que no parece razonable que a estas alturas alguien proponga, otra vez, una «tercera vía» o un sistema distinto al que ha triunfado en numerosos países.

Esto nos conduce a la inevitable pregunta: ¿cómo construir una economía capitalista en Cuba, donde no hay capitales, ni grupos empresariales, ni prevalece la necesaria *ética de trabajo*, y en donde las tradicionales fuentes de riqueza –especialmente el azúcar– más bien parecen militar en favor del subdesarrollo?

La respuesta a esta pregunta acaso esté en un factor que distingue a Cuba del resto de los países que hoy abandonan el comunismo: su extensa, y en alguna medida, poderosa emigración. Ahí radica la mayor esperanza de recuperación que poseen los cubanos: ese millón de personas que se ha duplicado en el exilio y que hoy cuenta con comunidades bastante prósperas asentadas en Florida, Nueva Jersey, Nueva York, California, Puerto Rico, Venezuela y, en menor medida, España.

Esas comunidades, en las que abundan los comerciantes, y de las que pocos miembros regresarán a Cuba con carácter permanente, pueden convertirse en importadoras de muy variados artículos cubanos que antes rara vez alcanzaban a remontar las fronteras insulares. A su vez, podrán llevar a la Isla variadísimas formas de intercambios comerciales, reconstruyendo y multiplicando a gran velocidad los lazos económicos de Cuba con el exterior.

Los economistas suelen equivocarse cuando tratan de predecir la capacidad para crear riquezas de los seres humanos. Y eso lo recordaba en sus papeles, con cierta ironía, Ludwig Erhard, cuando contaba cómo uno de los planificadores norteamericanos, asignados por los Aliados como asesores a la reconstrucción económica europea tras el fin de la guerra, le explicara, en tono contrito, que sólo uno de cada tres alemanes de los que murieran en los cinco años siguientes podía ser enterrado en un ataúd de madera, porque la capacidad productiva del país no daba para más. Y todos sabemos lo que finalmente ocurrió: Alemania comenzó a crecer a un ritmo absolutamente imprevisible, incluso para los más optimistas, y el país no tardó en exportar ataúdes.

En Cuba existe un antecedente histórico que suele recordar con frecuencia Leví Marrero, el más insigne de nuestros historiadores y geógrafos: en 1898, cuando terminó la Guerra de Independencia, Cuba tenía un alto índice de miseria, analfabetismo y subdesarrollo. Sólo 20 años después era *el país del mundo con mayor nivel de comercio internacional*. Y la manera de llegar a la cifra era interesante: se sumaban las importaciones y las exportaciones y el resultado se dividía entre el número de habitantes. Pues bien, de acuerdo con esa peculiar contabilidad, en 1919 Cuba estaba por delante de países como Estados Unidos o Suiza, mientras, simultáneamente, había conseguido despegar de manera espectacular en el terreno de la sanidad y la educación. Silenciosamente, sin aspavientos, sin siquiera proponérselo, la sociedad civil había realizado una profunda y benéfica revolución.

Por supuesto, ese saldo cualitativo pudo darse gracias a las especiales relaciones que la Isla mantenía con Estados Unidos, vínculos que sin duda favorecieron a los cubanos, pero las condiciones que hoy imperan aseguran que, en el futuro, los lazos económicos entre Cuba y el mayor y más rico mercado de la tierra deben ser aún mejores y más fructíferos de lo que fueron en la primera mitad del siglo XX.

Es sencillo de entender: probablemente la fuerte capacidad de *lobby* de los cubanos y de los *Cuban-Americans* avocados en Estados Unidos haga posible que el enorme poderío económico de este país pueda beneficiar a la vecina Cuba, más o menos como el inteligente cabildeo de las comunidades judías en territorio americano suele beneficiar al estado de Israel.

Téngase también en cuenta, por supuesto, además del mencionado tráfico comercial entre Cuba y USA, la inyección que puede significar para la Isla el incesante tráfico turístico de estos dos millones de personas con raíces cubanas, muchas de ellas con recursos económicos, en sus presumiblemente constantes viajes a la Isla, y ello sin mencionar el seguro incremento de turistas norteamericanos. Es decir, con la libertad y la democracia,

Cuba adquirirá todos los elementos para desarrollar a corto plazo las bases de una gran industria turística.

No obstante, como si Castro estuviera empeñado en destruir cualquier asomo de prosperidad entre los cubanos, ya existe una campaña, aireada por el propio dictador, en la que se intenta sembrar la semilla de la discordia entre los cubanos del interior y del exterior. De ahí surgen todas esas patéticas advertencias de que «están en peligro la esencia de la nación cubana, su soberanía o hasta la patria misma». O las ridículas advertencias contra una supuesta «corriente anexionista que pretende convertir a Cuba en un estado 51 », circunstancia en la que muy escasa gente piensa en Cuba, y menos aún en los propios Estados Unidos. Pero con esos fantasmas es con los que se intenta asustar a la población de la Isla, amenazándola con unos exiliados que regresarían para echar de sus casas a los pobres inquilinos que hoy las habitan o para tomar toda clase de horribles represalias. Es decir, no contento con haber enturbiado el pasado de los cubanos, hasta hacerlo irreconocible por la sistemática distorsión de la historia, no satisfecho con haber destruido el presente con más de tres décadas de pavoroso ejercicio del poder, ahora Castro se empeña, en su minuto final, en tratar de impedir la reconstrucción del país. Se empeña en destrozarse el futuro.

Y alguna mella hace esta campaña, porque no son pocos los cubanos que hoy quieren el cambio, pero –simultáneamente– sienten un enorme pavor por el futuro. Estos cubanos quizás no han advertido que las grandes emigraciones suelen ayudar tremendamente a sus países de origen, pero en modo alguno determinan la política interior. Y este aserto se ve con toda claridad en el caso de México, donde los numerosos, y en muchos casos prósperos chicanos, contribuyen de mil maneras distintas a la riqueza de su país de origen, pero no determinan el curso de los acontecimientos mexicanos.

Y lo que es verdad con relación a México, también puede aplicarse a puertorriqueños, salvadoreños, dominicanos o colombianos. Más aún: también es posible decirlo de la muy fuerte judería americana (hay más judíos en Estados Unidos que en Israel), elemento

clave en el sostenimiento de Jerusalén de diversos modos, pero sin constituirse jamás en un factor de decisión en los asuntos internos de ese país del Medio Oriente.

Clima político

Sin embargo, para que la reconstrucción y el relanzamiento de Cuba sean alcanzables, es necesario que previamente la sociedad cubana establezca una especie de pacto de sosiego, abandone su lamentable tradición levantisca y se coloque, con carácter permanente, bajo el imperio de la ley.

En Cuba es posible la reconstrucción económica del país, es posible el crecimiento acelerado, es posible en pocos años alcanzar ciertas cotas de prosperidad, pero todo ello depende de la capacidad de los cubanos para negociar pacíficamente sus diferencias, construir una atmósfera legal hospitalaria para las actividades económicas, y forjar una firme voluntad de no romper el curso institucional de la democracia.

Al mismo tiempo, es extraordinariamente importante, para no hipotecar el futuro, la manera en que enterremos al castrismo. Si la liquidación final del comunismo se hace a base de componendas que permitan la supervivencia de ideas absurdas con relación al manejo económico, o con el mantenimiento de poderes arbitrarios de los que dependa la autoridad final, la reconstrucción va a ser mucho más larga y dolorosa. Y tampoco son buenos los pronósticos si el final del castrismo es producto de una sucesión de hechos violentos que entronicen en el poder a una nueva camarilla carente de valores democráticos. De ahí que nosotros defendamos con gran energía la necesidad de imponer la voluntad de la mayoría en procesos abiertos y multipartidistas. De lo que se trata, no es sólo de cumplir con nuestras convicciones ideológicas: hay que cerrarles las puertas a otras expresiones del despotismo. El procedimiento democrático es también una forma de desarmar a los aventureros y de orillar a los violentos salvadores de la patria.

Por último, para un liberal no tiene demasiado sentido hacer planes detallados orientados a conseguir el desarrollo de los países. Un liberal supone, sobre todas las cosas, que la llave maestra del desarrollo y la prosperidad está en librar de trabas innecesarias a la

imaginación y la creatividad de las personas. Y propone que el Estado debe proporcionar las condiciones para que los individuos desenvuelvan al máximo su potencial. Es decir, el Estado liberal debe crear las normas jurídicas y proveer la necesaria seguridad para que los ciudadanos puedan realizar sus transacciones lícitas sin temor, y debe suministrar la educación y los cuidados sanitarios para que la mayor parte de las personas estén en condiciones, realmente, de competir, de manera que los seres humanos sólo encuentren los obstáculos naturales inevitables en la lucha por conseguir la realización de sus sueños o proyectos vitales. Pero sería un contrasentido que un liberal intentara planear o definir las metas a las que deben dirigirse sus compatriotas. A nosotros sólo nos es dable desatar la espontaneidad y desbrozar los caminos, sin ninguna certeza de hacia dónde nos dirigimos. Y ahí está, precisamente, la grandeza de este modo de entender la vida.

Cómo puede terminar Fidel Castro

A muy corto plazo, el señor Castro y su gobierno tendrán que afrontar la evidente realidad de que no pueden salvar el socialismo con la ayuda del capitalismo. Y tendrán que admitir que tampoco lo pueden salvar con carretas tiradas por bueyes, ni con una sudorosa muchedumbre que se desplaza en bicicleta. No lo pueden salvar obligando a los cubanos a que se bañen (cuando hay agua), en lugar de jabón, con rodajas de pepinos (cuando hay pepinos). Y no lo pueden salvar haciendo retroceder al pueblo al siglo XIX, sin luz eléctrica y sin alcantarillas, sin agua corriente y sin trenes, porque las sociedades son el producto de una cierta armonía interna, generada por millones de circunstancias irrepetibles.

A finales del siglo XIX cubano, la población apenas alcanzaba el millón de habitantes y las costumbres, las expectativas y las necesidades del pueblo eran absolutamente distintas a las de un cubano de finales del siglo XX, que ha visto llegar a un hombre a la Luna y que está acostumbrado a los entresijos de un modo de vida esencialmente complejo.

Es cierto que ante circunstancias excepcionales, una comunidad cualquiera puede verse privada de los rasgos de su contemporaneidad; pero sólo lo aceptará si eso sucede durante un período muy breve y con una promesa de rectificación inmediata. Alguna vez, por

ejemplo, Nueva York quedó sin fluido eléctrico y las personas se vieron sin ascensores, televisores, escaleras mecánicas ni iluminación, y la ciudad, no obstante, vivió el percance como si fuera una extraña fiesta. Pero si a los neoyorkinos les hubieran dicho entonces que a partir de ese momento, por un largo período, no recuperarían ninguna de aquellas comodidades, lo más probable es que se hubiera producido una especie de revuelta colectiva contra tan arbitraria situación.

Eso, exactamente, es lo que Castro les está proponiendo a los cubanos, sin advertir que la resistencia, sólo por el gusto de la hazaña y sin que al final pueda vislumbrarse alguna posibilidad de esperanza, es algo que conduce a la catástrofe.

Admitamos, en fin, que la propuesta de Castro de «salvar el socialismo a todo costo» fracasa y se intensifica una caída en picado de los índices de producción y un alarmante aumento de las tasas de mortalidad y morbilidad. Supongamos, también, que el país día a día se va haciendo cada vez más ingobernable, porque la desmoralizada estructura de mando, en consecuencia, pero sin manifestarlo, se niega a cumplir las órdenes, lo que da lugar a una progresiva parálisis de la sociedad cubana.

Sin embargo, pese a ese panorama, supongamos que la policía política impide las conspiraciones de los civiles, mientras la contrainteligencia militar mantiene a raya al estamento castrense y los motines antidisturbios consiguen reprimir cualquier manifestación importante de desorden callejero.

Estaríamos entonces ante el curioso caso de un país inviable desde el punto de vista económico, organizado dentro de un sistema que ha hecho su crisis definitiva bajo la dirección de un gobierno sin legitimidad política alguna, en la que la gente carece de lo más elemental, pero en el cual el desenlace violento no parece probable dada la capacidad represiva del régimen. ¿Qué puede suceder entonces? Sucedería que la vieja frase, dicha hace unos años, de «esto no hay quien lo arregle, pero tampoco hay quien lo tumbe» daría paso a un nuevo análisis más realista. A pesar de todo, Castro no puede sostenerse si no le propone a su propia gente una fórmula de alivio a la situación del país, y tan pronto le

falle su «ofensiva capitalista» se verá inevitablemente abocado a admitir cambios que deben conducir al desmantelamiento del comunismo en Cuba.

Castro podrá decirle a su amigo García Márquez que no hace elecciones porque no le sale de sus glándulas reproductoras; pero, aun frente al coro sumiso de su Comité Central, del generalato o de los sindicatos, tiene que sostener su autoridad sobre una proposición viable y no por la simple imposición de su entropierna. A fin de cuentas, en ningún trono pueden los dictadores sentarse sobre sus testículos permanentemente sin padecer las dolorosas consecuencias de tal postura.

De ahí que sea tan importante que la oposición política, que no tiene ejércitos para invadir la Isla, que carece de fuerzas para organizar la resistencia armada, proponga y sostenga, contra viento y marea, el único curso de acción que puede reemplazar al castrismo en el momento del agotamiento definitivo: una serena negociación política que conduzca a un proceso electoral abierto, de manera que la sociedad cubana exprese libremente sus preferencias. Para esa propuesta –sostenida en el exterior por la *Plataforma Democrática Cubana* y en el interior por la *Concertación Democrática Cubana*– la oposición cuenta con el respaldo inmediato de todos los gobiernos de Occidente y con la solidaridad secreta de todos los cubanos dentro de la Isla, cerca o lejos del poder, que ven en una salida de esta naturaleza una especie de protección contra la incertidumbre y el miedo.

Ante esta proposición, sin embargo, no faltan quienes dicen que con los hermanos Castro ni se puede ni se debe establecer ninguna forma de negociación o diálogo, ignorando con ello que cualquier proposición política sería sólo es posible llevarla a buen término con quien tiene la autoridad para pactar.

No obstante, es muy probable que el señor Castro jamás admita la «humillación» de tener que reunirse con la oposición. Pero si el país se le vuelve (como se le volverá) absolutamente ingobernable, se verá obligado directa o indirectamente a buscar una solución política que, al cabo, *tendrá que pasar por la consulta electoral al país*. Castro,

quien él designe, o quien lo sustituya por la violencia si lleva el empecinamiento a unos límites insostenibles, se verán obligados a dialogar con la oposición, porque eso es lo que ha ocurrido en todos los regímenes comunistas, y el de Cuba no va a ser la excepción. Y mientras eso sucede, mientras ese momento llega, la oposición moderada, con sólo tender la mano y proponer una salida racional y decorosa, ya ha conseguido aislar al régimen de Castro en el orden internacional, confiriéndole a la oposición una respetabilísima imagen, condición absolutamente necesaria para que pueda desempeñar su papel cuando llegue el momento de enterrar definitivamente al castrismo.

¿Qué hacer con Castro?

La pregunta que todo el mundo se hace es ¿qué hacemos con Fidel Castro cuando el comunismo se acabe? Lleva tantos años de mandamás que nadie se lo puede imaginar en guayabera, paseando un perro o escribiendo sus memorias en una aldea gallega.

No obstante, pese al generalizado pesimismo que despierta la tarea de reeducarlo, todo el mundo está de acuerdo en que la solución del problema cubano pasa por modificar el rol de Castro. Aquí van cuatro destinos predecibles.

El inmovilismo

Comencemos por el más improbable. Castro tendrá el destino que él quiera. Se trata – claro– de una ligera variante del mundo en el que ha vivido. Castro sueña con seguir siendo el mismo de siempre, pero no ya como punta de lanza de la revolución comunista, sino como su último baluarte. Castro quiere resistir lo suficiente como para ver el desplome del capitalismo y la resurrección de las ideas marxistas.

En sus momentos más delirantes, se contemplará a sí mismo mucho más viejo, a punto de morir sentado en su trono, mientras un coro planetario, visto través de la CNN, entona un *mea culpa* y admite la infinita sagacidad del gran estadista cubano.

Algo de esto está implícito en sus últimos análisis de la situación mundial. Castro quiere creer que Occidente, y en especial Estados Unidos, están al borde del colapso económico.

Es un disparate, pero le resulta útil. Así puede explicar mejor su loca posición política. Todo un caso de razonamiento paranoico. Algo que hay que examinar desde la siquiatria. La politología, sencillamente, no entiende de estas cosas.

Los reformistas, sin embargo, no creen una palabra de lo que Castro dice. Quieren reformas, y saben que, para eso, tienen que quitar a Castro de la vía.

Fidel como reina madre

Los reformistas de su régimen quisieran relegarlo al papel de reina madre. Sueñan con instaurar un premierato que gobierne, y dejar a Fidel como símbolo de la patria, en el último cuarto del palacio, para sacarlo a pasear en ciertas fechas señaladas, como a un santo de palo. Pero, mientras tanto, que gobiernen el hermano Raúl, Carlos Lage, Osmani Cienfuegos y el resto de un infinito etcétera que incluye, prácticamente, a todos los miembros prominentes del aparato de poder, puesto que Fidel se ha quedado absolutamente solo en la defensa a ultranza del inmovilismo.

Eso no quiere decir que los reformistas sean demócratas *in pectore*, sino que saben que para prolongar el placer de gobernar hay que hacer modificaciones sustanciales. Casi todos ellos quisieran, por ejemplo, acogerse al modelo chino: pequeña propiedad privada, mercados libres campesinos, fin de la planificación y grandes dosis de palo y tentetieso, porque el comunismo asiático tiene muy poco que ver con la apertura democrática. Es una variante bastarda de la economía de mercado, sin vínculo alguno con la democracia liberal.

Cadáver exquisito

El tercer escenario posible es el de la conspiración palaciega. Estos son quienes quieren que Fidel represente el papel de cadáver exquisito. Y el riesgo de la degollina aumenta en la medida en que Castro se niega a efectuar reformas. Es difícil creer que Raúl formaría parte de un intento golpista contra su propio hermano, pero hay suficientes evidencias que demuestran la absoluta fatiga de los mandos militares, especialmente tras el fusilamiento del general Ochoa en 1989. Incluso, ya se conoce la consigna que suele

repetirse en los cuarteles: «para salvar a la revolución hay que sacrificar a Fidel y a Raúl». Y luego viene la explicación: los logros revolucionarios –de acuerdo con este análisis– se centran en la salud y la educación. Y ambos avances corren el peligro de desaparecer por la insistencia de Castro en mantener un sistema incapaz de generar la riqueza que requieren unos vastos, extendidos sistemas de sanidad e instrucción públicas. Es decir: los golpistas ya tienen una coartada ética para descabezar de un tajo a quienes obstaculizan la felicidad del pueblo. En ese complot, los Castro serían liquidados por contrarrevolucionarios.

Modelo español de transición

El cuarto escenario es el menos probable, pero es el que le gustaría ver a personas como Carlos Andrés Pérez, Felipe González o José María Aznar. En ese idílico (pero no imposible) guión, Castro despierta de su sueño estalinista, rompe su autismo ideológico, se compra una guayabera y se convierte en su propio Adolfo Suárez. Me explico: Castro acepta la inevitabilidad del fin del régimen y crea las condiciones para una transición pacífica hacia la democracia, dándole cabida a la oposición no marxista y pactando con ella el calendario y la fórmula para iniciar una nueva etapa en la historia de la Isla.

En ese modelo español de transición, habría garantías para todas las partes, un acuerdo de borrón y cuenta nueva para los crímenes, delitos y agravios del pasado, y un espacio para cada fuerza política, incluida la del muy debilitado partido comunista. En ese escenario, Castro seguramente perdería el poder, pero –como ha sucedido con Daniel Ortega en Nicaragua– quedaría agazapado tras las urnas, a la espera de una segunda oportunidad. En ese caso, la historia tal vez lo absolvería; pero a regañadientes, con amonestaciones severas, y sin demasiado entusiasmo.

¿Después de Castro, qué?

No se acaba la Historia con mayúscula, sino las historias pequeñas y agotadas. Como la de Castro, por ejemplo. Lo que nos conduce a la pregunta inevitable: ¿Después de Castro, qué? Y la respuesta más razonable es: gobernará la oposición. Así ha ocurrido en la

mayoría de los países que abandonaron el totalitarismo. Cuba no tiene por qué ser diferente.

¿Cómo es esa oposición? La primera observación es que el núcleo central, los Havel y los Walesa, están en la Isla y no en Miami. Se llaman Gustavo y Sebastián Arcos, Elizardo Sánchez Santa Cruz, Roberto Luque Escalona, Mario Chanes de Armas, María Elena Cruz Varela, Indamiro Restano, Osvaldo Payá y otra docena de valientes disidentes y luchadores por los Derechos Humanos. Es cierto que son pocos y están desvalidos, pero no en mucha mejor posición estuvieron Vaclav Havel, el presidente de Checoslovaquia; Zhelyu Zhelev, el presidente de Bulgaria; y Arpac Goncz, el expresidente de Hungría. En cada uno de esos países, la policía política se burlaba de ellos y los manejaba como los gatos suelen manejar a los ratones. Hasta el día en que los roedores acabaron poniéndoles el cascabel.

En Cuba, pues, debe suceder exactamente lo mismo. Sólo que en el drama isleño hay un actor secundario: el exilio. De Cuba se ha ido un millón de cubanos que en estos 33 años han parido una cifra similar. Hay dos millones en el exterior gravitando sobre el destino político de la Isla. Están profundamente divididos. Sin embargo, hoy es posible identificar dos grandes tendencias: los moderados y los extremistas.

Los moderados quieren terminar con el comunismo mediante una evolución pacífica. Admiten que la cabeza de la oposición está en la Isla. No quieren revanchas ni piden recuperar bienes perdidos. Están dispuestos a negociar con el poder, sean los hermanos Castro o el general que los derribe violentamente. Los moderados están convencidos de que sólo mediante un proceso electoral libre, abierto y vigilado es posible entronizar la democracia en el país y desarmar el aparato totalitario, y saben que para lograr ese objetivo hay que hablar con el enemigo. No creen en la violencia y han renunciado a ella de forma expresa.

Donde mejor encarna esa tendencia es en la *Plataforma Democrática Cubana*, una institución creada en Madrid en agosto de 1990 por tres partidos políticos afiliados o

vinculados a sus respectivas internacionales: la *Unión Liberal Cubana*, el *Partido Demócrata Cristiano de Cuba* y la *Coordinadora Social Demócrata de Cuba*, cada uno relacionado con grupos afines dentro de la Isla. No muy lejos de éstos anda hoy el comandante Húber Matos y su movimiento *Cuba Independiente y Democrática*. Han entendido que el camino de la rebelión armada ya no es el más adecuado para los tiempos que corren.

Frente a esta corriente, y en una posición francamente extremista, está la *Fundación Nacional Cubano Americana*. Una poderosa organización de *lobby* dirigida por un grupo de cubanos económicamente prósperos, a cuya cabeza se encuentra Jorge Más Canosa, un enérgico líder de Miami con ciertos vínculos con el Partido Republicano.

La estrategia de la *Fundación* es tan sencilla como peligrosa: alentar un golpe militar en la Isla, deshacerse de los hermanos Castro y luego ofrecer a los vencedores una reconciliación con los Estados Unidos en la que ellos actuarían como mediadores. El propósito de la *Fundación* no es asistir a los grupos internos de disidentes para que asuman la dirección del país, sino convertirse ellos mismos en poder. Para ello cuentan con una constitución redactada por un notable experto guatemalteco, D. Manuel Ayau, y varios proyectos económicos solicitados a colaboradores de Milton Friedman. En todo caso, y por si no cuajan las conspiraciones internas, la *Fundación* forma parte de un pacto de unidad realizado en Miami entre diversas fuerzas del exilio que no descartan la convocatoria a una insurrección organizada en el exterior por una docena de cubanos que alcanzaron el grado de coronel en el Ejército de los Estados Unidos. O sea, puro *exilium tremens*.

¿Cuándo veremos el desenlace? No muy tarde. El hambre aprieta en Cuba, y con ella aumenta la división del Partido Comunista. Eso explica el cese del general Manuel Piñeiro, hasta hace poco hombre clave del aparato subversivo. «Barbarroja» Piñeiro –si creemos a su mujer, la chilena Martha Harnecker– también era un criptoaperturista. No es imposible, pues, una cadena de renunciadas o de ceses fulminantes si Castro no cede ante los reformistas. Es decir, una desintegración de la cadena de mando que se prolongaría hasta que Castro entienda que va a perder el poder por las buenas o por las malas, aunque sólo

sea porque a cada patriarca le llega su otoño, como diría García Márquez, o a cada cerdo su inevitable San Martín, como suelen repetir quienes no conocen de cerca el realismo mágico.